M. I. Finley

La economía de la antigüedad

Fondo de Cultura Económica / Serie de Economía

M. I. FINLEY

LA ECONOMÍA DE LA ANTIGÜEDAD

Traducción de
JUAN JOSÉ UTRILLA

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición en inglés, 1973
Primera edición en español, 1974
Primera reimpresión, 1982
Segunda edición en español,
corregida y aumentada, 1986

Título original:
The Ancient Economy
© 1973, M. I. Finley
Publicado por University of California Press, Berkeley
ISBN 0-520-02436-2

D. R. © 1986, Fondo de Cultura Económica, S. A. de C. V.
Av. de la Universidad, 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-2192-1

Impreso en México

Para la
Facultad de Estudios Clásicos
de la
Universidad de Cambridge
y al
Departamento de Estudios Clásicos
de la
Universidad de California en Berkeley

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Para esta edición he escrito un considerable capítulo nuevo "Reflexiones ulteriores" (1984) y he hecho unas 75 pequeñas correcciones y alteraciones al texto y las notas originales.

Han transcurrido poco más de 11 años desde que acabé de escribir la primera edición. En este periodo relativamente breve, el volumen de publicaciones sobre la historia de la economía de la antigüedad ha crecido tan rápidamente que ya es difícil organizarlas, y me gusta pensar que este libro es en parte responsable de ello. Las nuevas obras son, en general, más avanzadas, más refinadas en lo metodológico y lo conceptual. Yo he tratado de tomar en cuenta las publicaciones más importantes, pero he sido bastante selectivo en mis citas y referencias. Como mi enfoque básico no ha cambiado mucho, la selección necesariamente lo refleja, tanto en lo que he rechazado explícitamente como en aquello que reconozco que necesita corrección o adaptación de mis afirmaciones anteriores.

En años recientes con frecuencia he discutido sobre estos problemas, íntimamente con dos amigos, Peter Garnsey y Dick Whittaker, de Jesus College y Churchill College, Cambridge, respectivamente. Me han prestado valiosa ayuda mientras yo estaba preparando esta edición revisada, que deseo dedicar a ellos.

M. I. F.

Darwin College, Cambridge
Mayo de 1984

I. LOS ANTIGUOS Y SU ECONOMÍA

En 1742, Francis Hutcheson, profesor de filosofía en la Universidad de Glasgow y maestro de Adam Smith, publicó en latín su *Breve Introducción a la Filosofía Moral*, seguida cinco años después, de mala gana, por una traducción al inglés, habiendo descubierto el autor que "era imposible prevenir una traducción". El libro III, titulado "Los Principios de Economía y Política", se inicia con tres capítulos sobre matrimonio y divorcio, sobre los deberes de padres e hijos y patrones y criados, respectivamente, pero por lo demás es, exclusivamente, acerca de política. En el Libro II, intitulado "Elementos de la Ley de la Naturaleza", es donde encontramos un estudio de la propiedad, la sucesión, los contratos, el valor de los bienes y de la moneda, las leyes de la guerra. Esto, evidentemente, no formaba parte de la "economía".

Hutcheson no era descuidado ni mal intencionado: se hallaba al final de una tradición que se remontaba a más de dos mil años antes. La palabra "economía", de origen griego, se compone de *oikos*, casa, y de la raíz semánticamente compleja *nem*—, aquí en su sentido de "regalar, administrar, organizar". El libro que llegó a ser modelo para la tradición que aún representaba Hutcheson fue el *Oikonomikos*, escrito por el ateniense Jenofonte antes de mediar el siglo IV a.c. Redactado en la forma de un diálogo socrático, el *Oikonomikos* de Jenofonte es una guía para el caballero terrateniente. Comienza con una larga introducción acerca de la vida buena y el uso apropiado de la riqueza, seguida por una sección acerca de las virtudes y cualidades de dirigente necesarias para el cabeza de familia, y acerca del entrenamiento y la administración de sus esclavos, una sección más larga aún acerca de las virtudes de la esposa y de la preparación de la mujer, y luego la sección más larga de todas, sobre agronomía (pero agronomía en griego coloquial, por así decirlo, sin exigir al lector conocimientos técnicos). Fundamentalmente, se trata de una obra de ética, y no hay duda de que Francis Hutcheson la conocía bien cuando escribió sus propios capítulos acerca de matrimonio, padres e hijos, patrones y sirvientes, en la sección de "economía"

de su *Introducción a la filosofía moral.* En su prólogo, dirigido a "los estudiantes universitarios", explica que si estudian cuidadosamente su libro, "podrá dar a los jóvenes un acceso más fácil a las obras, tan conocidas y admiradas, sea de los antiguos, Platón, Aristóteles, Jenofonte, Cicerón; sea de los modernos, Grotius, Cumberland, Puffendorf, Harrington y otros". Añade luego una encantadora disculpa, por haberse ahorrado la "desagradable e innecesaria molestia" de dar referencias "durante todo el libro de los escritores más eminentes. . . , considerando que esto podría ser inútil, excepto para quienes tienen a mano los libros citados, y que éstos, mediante sus índices, podrán encontrar fácilmente por sí mismos las citas correspondientes".

No es que siempre hubiera citas correspondientes. Los conceptos de Hutcheson sobre el matrimonio y el divorcio, por ejemplo, son cristianos (aunque liberales, deístas, sin referencia a ningún sacramento) y significativamente distintos de los de griegos y romanos. Y no habría podido encontrar un preciso equivalente antiguo a la palabra clave en su definición de "economía", la cual "trata de los derechos y obligaciones de la familia".[1] Ni el griego ni el latín cuentan con una palabra que exprese el sentido moderno más común de "familia", así como nosotros podemos decir "Pasaré la Navidad con mi familia". El latín *familia* tenía una vasta gama de significados: todas las personas, libres o no, bajo la autoridad del *paterfamilias*, el jefe de la casa; o todos los descendientes de un antepasado común; o toda la propiedad de uno; o sencillamente todos los sirvientes de uno (de allí que la *familia Caesaris* comprendiese a todos los esclavos personales y libertos del servicio imperial, pero no a la esposa ni a los hijos del emperador). Como en el griego *oikos*, se hacía resaltar poderosamente el aspecto de propiedad; nunca se hizo sentir la necesidad de dar un nombre específico al restringido concepto que evoca nuestra palabra "familia". El *paterfamilias* no era el padre biológico, sino la autoridad que presidía el hogar, autoridad que la ley romana dividía en tres elementos (esquemáticamente expresados): *potestas* o poder sobre sus hijos (incluso los adoptivos), sobre los hijos de sus hijos y sus escla-

[1] *Moral Philosophy* (3ª ed., Glasgow, 1764), p. 274.

vos, *manus* o poder sobre su esposa y sobre las esposas de sus hijos, y *dominium* o poder sobre sus posesiones.[2]

Esta triple clasificación es una descripción precisa de una familia campesina; el jefe administra y gobierna tanto al personal como a la propiedad del grupo, sin distinciones en cuanto al comportamiento económico, personal o social, distinciones que pudieron hacerse como abstracto ejercicio intelectual, pero no en la práctica.

Es la misma clasificación en que se fundamentó la *Oikonomikos* de Jenofonte, aunque la intención de éste estuviese muy por encima del nivel campesino, y siguió siendo base de la sociedad europea hasta bien entrado el siglo XVIII (y aun después en zonas considerables).

No hay palabra en inglés para *patria potestas*, pero sí la hay en alemán, a saber, *Hausgewalt*. También el alemán careció de palabra propia para "familia" en el sentido estrecho, hasta que en el siglo XVIII fue comúnmente aceptada *Familie*.[3] El vocablo alemán *Wirtschaft* tuvo una historia parecida a la de "economics"; hubo una correspondiente literatura impecablemente llamada *Hausvaterliteratur* por un estudioso moderno.[4] Para cuando llegamos a la *Georgica curiosa oder Adeliges Land —und Feldleben*, de Wolf Helmhard von Hohenberg, publicada en 1862, que en el prólogo emplea la palabra *oeconomia*, la gama de los asuntos tratados es mucho más variada y más técnica que la de

[2] *Cf.* La definición de Aristóteles, *Política*: "El arte económico es el gobierno de los hijos y la esposa y el hogar en general." Para un reciente estudio de la distinción entre "familia" y "hogar", véase D. R. Bender, "A Refinement of the concept of household", *American Anthropologist* 69 (1967), 493-504. Este estudio se beneficiaría con un ensanchamiento de su horizonte para incluir las sociedades históricas, así como la limitada clase de comunidad que comúnmente estudian los antropólogos.

[3] Véase O. Brunner, "Das 'ganze Haus' und die alteuropäische Ökonomik", en su *Neue Wege der Sozialgeschichte* (Gotinga, 1956), pp. 33-61, en la p. 42 (originalmente publicada en la *Zeitschrift für Nationalökonomik* 13 [1950], 114-139). C. Ampolo, "Oikonomia", *Archeologia e storia antica* 1 (1979), 119-20, remplaza todas las versiones previas de la historia de la palabra en el mundo griego.

[4] Brunner, *ibid.*, y H. L. Stoltenberg, "Zur Geschichte des Wortes Wirtschaft", *Jahrbücher für Nationalökonomik und Statisti* 148 (1938), 556-561.

Jenofonte, pero la concepción fundamental de su tema, el *oikos* o *familia*, no ha cambiado.

Éstas eran palabras prácticas, por su enseñanza ética o psicológica, así como por su instrucción agronómica y sus exhortaciones a mantener una buena relación con la deidad. Sin embargo, en Jenofonte no hay frase que exprese un principio económico o que ofrezca un análisis económico, nada sobre eficiencia de la producción, sobre elección racional, sobre la venta de las cosechas.[5]

Los manuales de agricultura romanos (e indudablemente sus predecesores griegos) consideran ocasionalmente las condiciones del mercado, del suelo, etcétera, pero nunca pasan de unas observaciones de rudimentario sentido común (cuando no resultan disparatadas o engañosas). El consejo de Varrón (*De re rustica*, I.16.3) de cultivar rosas y violetas en una granja cercana a la ciudad, pero no si la posesión se halla demasiado lejos de un mercado urbano, es una buena muestra de sentido común.[6] "El profano sabe —insiste atinadamente Schumpeter— que las cosechas abundantes están asociadas con precios bajos de los productos alimenticios. . . ; pero es evidente que estos conocimientos son de carácter precientífico, y sería absurdo que subrayásemos, en los autores antiguos, estas afirmaciones como si fuesen descubrimientos". Según Schumpeter, "la mayoría de las afirmaciones que se refieren a hechos fundamentales, tanto en la economía como en cualquier otro campo, solamente adquieren importancia en razón de las superestructuras que sobre ellas se construyan y, en ausencia de éstas, son simples lugares comunes".[7] La *Hausvaterliteratur* nunca pretendió soportar una superestructura, y por ello no condujo a ninguna parte, al menos en lo que respecta a la historia del análisis o la teoría económica. Ningún camino va de la "oeconomics" de Francis Hutcheson a

[5] Las traducciones fácilmente pueden ser engañosas. La mejor es la francesa, de P. Chantraine, en su edición del *Oikonomikos* en la serie de Budé (París, 1949); véase mi crítica en *Classical Philology* 46 (1951), 252-253.

[6] Véase G. Mickwitz, "Economic Rationalism in Graeco-Roman Agriculture", *English Historical Review* 52 (1937), 577-589.

[7] *History of Economic Analysis*, comp. E. B. Schumpeter. [*Historia del análisis económico*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 25-26, 67.]

la *Riqueza de las Naciones* de Adam Smith, publicada veinticuatro años después.[8]

En el aspecto lexicográfico, el camino empezó no con el sentido literal de *oikonomia*, sino con su extensión aplicada a cualquier índole de organización o administración. Así en la generación que siguió a Jenofonte, un político rival tildó a Demóstenes de ser "inútil para la *oikonomiai*, los negocios de ciudad", metáfora repetida dos siglos después por el historiador griego Polibio.[9] Cuando la palabra entró de rondón en el latín, vemos que Quintiliano la utiliza para la organización o plan de un poema o de una obra retórica.[10] Y todavía en 1736 François Quesnay pudo titular a un trabajo *Essai phisique sur l'économie animale*. Era el mismo Quesnay cuyo *Tableau économique* de 1758 debe ser puesto al lado de la *Riqueza de las Naciones* como piedra fundamental de la moderna disciplina que hoy llamamos "economía".

Como los ingresos son tan importantes en los negocios de un Estado, no es de sorprender que ocasionalmente *oikonomia* sirviera para significar la administración del ingreso público. El único intento griego de hacer una definición general se halla al principio del segundo libro del seudo-aristotélico *Oikonomikos*, y lo que vale la pena de observar en esta media docena de párrafos no es sólo su aplastante trivialidad, sino también su aislamiento en el total de los escritos antiguos que se han conservado. Al parecer fueron los franceses los que hicieron una práctica de hablar de *l'économie politique*, y aun ellos normalmente querían dar a entender la política, antes que la economía, hasta cerca de 1750. Para entonces había crecido una política económica, y en la segunda mitad del siglo XVIII, por fin, "economía política" adquirió su sentido familiar y especializado, la ciencia de la rique-

[8] E. Cannan, *A Review of Economic Theory* (Londres, 1929, reedición 1964), p. 38. El breve segundo capítulo de Cannan, "The Name of Economic Theory", aporta la documentación esencial para mis observaciones siguientes: *cf.* el artículo "Economy" en el *Oxford English Dictionary*.

[9] Dinarco 1.97 y Polibio 4.26.6, respectivamente. En otra parte (4.67.9) Polibio se vale de esta voz para significar "disposiciones militares".

[10] Quintiliano 1.8.9, 3.3.9. En un diccionario es fácil encontrar ejemplos de este uso en los escritores griegos posteriores (y, para el caso, en inglés).

za de las naciones. El más breve término "economía" es una innovación de fines del siglo XIX, que no se adueñó del campo hasta la publicación del primer volumen de los *Principles of Economics* de Alfred Marshall, en 1890.*

El título de la obra de Marshall no puede traducirse al griego o al latín, ni tampoco sus términos básicos, como mano de obra, producción, capital, inversión, ingreso, circulación, demanda, empresario, utilidad, al menos no en la forma abstracta requerida por el análisis económico.[11] Al subrayar esto, no estoy sugiriendo que los antiguos eran como el *monsieur* Jourdain de Molière, que hablaba en prosa sin saberlo, sino que, en rigor, carecían del concepto de una "economía" y, *a fortiori*, que carecían de los elementos conceptuales que, unidos, constituyen lo que llamamos "la economía". Desde luego, cosechaban, comerciaban, manufacturaban, explotaban las minas, gravaban con impuestos, acuñaban moneda, depositaban y prestaban dinero, obtenían ganancias o sufrían pérdidas en sus empresas. Y discutían estas actividades en sus conversaciones y escritos. Empero, lo que no hacían era combinar conceptualmente estas actividades particulares en una unidad, dicho en términos parsonianos, en "un sub-sistema diferenciado de la sociedad".[12] Por lo tanto, Aristóteles, cuyo programa era codificar las ramas del conocimiento, no escribió una *Economía*. Por lo tanto, asimismo, las eternas quejas por la escasez y mediocridad de los escritos antiguos de "economía" se basan en una idea fundamentalmente errada del tema de estos escritos.[13]

Resulta esencial, entonces, preguntar si esto es puramente accidental, una falta intelectual, un problema en la historia de las ideas en su sentido más estrecho, o si es consecuencia de la estructura de la sociedad antigua. Permítaseme plantear nuevamente la cuestión por medio de dos ejemplos concretos. David

* Incluidos en las *Obras escogidas* de Alfred Marshall, publicadas en español por el Fondo de Cultura Económica, México, 1949.

[11] Esta observación fue hecha por Karl Bücher, allá en 1893; véase *Die Enstehung der Volkswirtschaft* (5ª ed., Tubinga, 1906), p. 114.

[12] Véase Talcott Parsons y Neil J. Smelser, *Economy and Society* (Londres, 1956).

[13] Véase mi "Aristotle and Economic Analysis", *Past & Present*, núm. 47 (1970), 3-25.

Hume, cuya lectura de los autores antiguos fue vasta y minuciosa, hizo esta importante observación (a menudo olvidada): "No recuerdo un pasaje de ningún autor antiguo en que el crecimiento de una ciudad sea atribuido al establecimiento de una manufactura. El comercio, del que se dice que floreció, es principalmente el intercambio de aquellos artículos que se dan en distintos suelos y climas".[14] Más recientemente, un historiador de la economía, Edgar Salin, contrastó las modernas crisis cíclicas, a las que llamó "perturbaciones racionales de un proceso racional" (no respondo por el lenguaje), con las crisis antiguas, siempre atribuidas a catástrofes naturales, a la cólera divina o a disturbios políticos.[15] ¿Se trataba sólo de distinciones —o fallas— del análisis, o había diferencias fundamentales en la realidad que se investigaba?

Los economistas modernos no se ponen de acuerdo en una definición precisa de su tema, pero creo que, aparte de ciertos matices, pocos rechazarían la siguiente, que tomo de Eric Roll: "Así pues, si consideramos el sistema económico como un conglomerado enorme de mercados interdependientes, el problema central de la investigación económica estriba en la explicación del proceso de cambio, o más concretamente, en la explicación de la formación del precio".[16] (La palabra "mercado" se usa en sentido abstracto, desde luego, y no puedo dejar de indicar que, en tal sentido, es intraducible al griego o al latín.) Pero, ¿qué ocurre si una sociedad no estaba organizada para la satisfacción de sus necesidades naturales por medio de "un conglomerado enorme de mercados interdependientes"? No sería posible, entonces, descubrir ni formular leyes ("uniformidades estadísticas", si se prefiere) del comportamiento económico, sin las cuales

[14] "Of the Populousness of Ancient Nations", en sus *Essays* (Londres, World's Classics ed., 1903), p. 415.

[15] "Der 'Sozialismus' in Hellas", en *Bilder und Studien aus drei Jahrtausenden-Eberhard Goitien zum siebzigsten Geburtstag* (Munich y Leipzig, 1923), pp. 15-59, en pp. 52-53.

[16] *A History of Economic Thought* (ed. rev., Londres, 1945) (*Historia de las Doctrinas Económicas*), Fondo de Cultura Económica, México, 2ª ed. 1955, p. 383. Roll no introduce en su definición el elemento de "recursos escasos" que es común en otras formulaciones, pero ello no afecta mi argumento en lo más mínimo.

no es probable que surja un concepto de "la economía" y sin las cuales es imposible el análisis económico.

"Me parece que ha llegado el momento —escribió el conde Pietro Verri en el prólogo de la edición de 1772 de sus *Meditazioni sull'economia politica*—, en que la enconomía política está desarrollándose en una ciencia; sólo han estado faltándole ese método y ese encadenamiento de teoremas que pueden darle la forma de una ciencia".[17] Como hipótesis de trabajo, sugeriré que tal momento nunca llegó en la antigüedad porque la sociedad antigua no tenía un sistema económico que fuera un conglomerado enorme de mercados interdependientes; que las afirmaciones de Hume y Salin, que elegí para ejemplarizar el punto, eran observaciones acerca de un comportamiento *institucional*, no acerca de una falla *intelectual*. No había ciclos de negocios en la antigüedad; no había ciudades cuyo crecimiento pudiese ser atribuido —ni aun por nosotros— al establecimiento de una manufactura; no había "Riqueza por el Comercio Exterior",* para tomar el título de la célebre obra de Thomas Mun, provocada por la depresión de 1620-1624, con su subtítulo "la balanza del comercio exterior es la norma de nuestra riqueza", y esta obra cae dentro de la prehistoria del análisis económico.[18]

Puede objetarse diciendo que yo, arbitrariamente, estoy limitando la "economía" al análisis de un sistema capitalista, siendo así que también las sociedades no capitalistas o pre-capitalistas tienen economía, con reglas y regulaciones y aun cierta medida de predecibilidad, ya sea que las conceptualicen o no. Convengo en ello, salvo por la palabra "arbitrariamente", y sin duda convengo en que tenemos derecho a estudiar tales economías, a plantear preguntas acerca de su sociedad, en las que los antiguos nunca pensaron. Si me he extendido tanto en esta introducción, quizá con un exceso de lexicografía, es porque hay una fundamental cuestión de método. El lenguaje y los conceptos económi-

[17] Citado en Cannan, *Review*, p. 42.

* *La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior*, Fondo de Cultura Económica, México, 1954.

[18] Véase la crítica-artículo de M. Blaug, "Economic Theory and Economic History in Great Britain, 1650-1776", *Past & Present*, núm. 28 (1964), 111-116.

cos con que todos estamos familiarizados, aun los legos que hay entre nosotros, los "principios", sean los de Alfred Marshall o los de Paul Samuelson, los modelos que empleamos, tienden, todos, a arrastrarnos al mal camino. Por ejemplo, las tasas de salarios y de interés en los mundos griego y romano fueron, ambas, bastante estables, localmente, sobre largos periodos (con reconocidas fluctuaciones súbitas en momentos de intenso conflicto político o conquista militar), por lo que hablar de un "mercado de trabajo" o de un "mercado de dinero" es falsificar inmediatamente la situación.[19] Por ello mismo, ningún modelo moderno de inversión es aplicable a las preferencias de los hombres que dominaron la sociedad antigua.

Entre las tasas de interés que permanecieron estables se hallaron las de los préstamos marítimos, primer tipo de seguro que se remonta, al menos, al siglo IV a.C. Un cuerpo considerable de doctrina legal creció alrededor de esta forma de seguro, pero no hay rastros de ningún concepto de actuaría, y ello puede interpretarse como razonable símbolo de la ausencia de estadísticas; de allí nuestra dificultad al tratar de cuantificar los asuntos económicos antiguos, causa de frecuente descontento de los historiadores. Aun las escasas cifras que nos dan algunos autores antiguos son sospechosas *a priori*: acaso no sean más que su cálculo, o pueden estar citándolas por ser excepcionales, y nosotros no siempre podemos distinguir. Resulta irritante tratar de analizar la tenencia de la tierra en la Atenas clásica a partir, precisamente, de cinco cifras para propiedades individuales, diseminadas sobre un periodo de casi un siglo, y al menos una de las cuales depende de una difícil interpretación de los límites de la propiedad descrita. No menos exasperante nuestra falta de conocimiento acerca de las propiedades romanas.[20]

[19] Para Roma, donde los testimonios acerca de las tasas de salarios son aún más escasos que para Grecia, el predominio de un cifra convencional no determinada por el mercado, cifra mostrada por M. H. Crawford, *Roman Republican Coinage* (2 vols., Cambridge, 1974) II, cap. 6.

[20] Véase G. E. M., de Ste. Croix, "The Estate of Phaenippus (Ps. Dem. xlii)", en *Ancient Society and Its Institutions: Essays for V. Ehrenberg*, ed. E. Bradian (Oxford, 1966), pp. 109-114. La crítica falta de información cuantitativa acerca de la propiedad romana es revelada por Duncan-Jones, *Economy*, Apéndice I.

Cuando Tucídides (7.27.5) nos dice que más de veinte mil esclavos escaparon de Ática en la última década de la Guerra del Peloponeso, ¿qué sabemos, en realidad? ¿Tuvo Tucídides una red de agentes emplazados a lo largo de la frontera entre Ática y Beocia durante diez años, contando los fugitivos conforme pasaban? Ésta no es una pregunta frívola, dada la solemnidad con que su afirmación es repetida en los libros modernos y luego utilizada como base de cálculos y conclusiones. El contexto indica que Tucídides consideró tal pérdida como un rudo golpe para Atenas. Un historiador moderno, sin duda, llegará hasta indicar qué proporción representaban veinte mil de la población total de esclavos. Tucídides no lo hizo, porque no conocía el total, como tampoco lo sabía nadie en Atenas. De allí se sigue que veinte mil no es más que un cálculo. Y yo dudo de que nuestras esperanzas estén igualmente bien cifradas en el caso del número de ciento veinte mil esclavos armados que, se dice, marcharon contra Roma en 72 a.c., encabezados por Espartaco.[21]

Pero quejarse no sirve de nada. Aun en la moderna historia económica, en una declaración programática sobre la historia econométrica, Fogel indicó que en la "nueva historia económica", "a menudo es verdad que el volumen de los datos disponibles se encuentra debajo del mínimo requerido por los procedimientos estadísticos normales. En tales casos, el determinante crucial es la capacidad del investigador para inventar métodos eficientes al utilizar los datos; es decir, para descubrir un método que le permita llegar a una solución con los limitados datos de que disponga".[22] Para nosotros, los límites son muy estrechos: ningún historiador antiguo puede equipararse a Fogel y su estudio de la significación económica de los ferrocarriles en el siglo XIX par-

[21] Apiano, *Las Guerras Civiles* I. 14.117. No hay gran mérito en las cifras dadas por Veleyo Patérculo 2.30.6 (90 000) y por Orosio (70 000) sólo porque son menores. Hipotéticamente, los escritores romanos pudieron haber compilado razonables totales de los esclavos, al menos para Italia y otros distritos, basándose en las cifras del censo en que se detallaban las propiedades. Sin embargo, lo esencial es que nadie hizo jamás una cuenta fidedigna de los seguidores de Espartaco y, si alguien lo hubiera hecho, tal cuenta no habría llegado hasta nosotros.

[22] R. J. Fogel, "The New Economic History, Its Findings and Methods", EC HC, 2ª ed., 19 (1966), 642-656, pp. 652-653.

tiendo de la suposición contractual de que no se habían inventado los ferrocarriles y de que, en cambio, se habían ensanchado las redes de canales. Veremos, no obstante, que a veces pueden descubrirse métodos para organizar datos antiguos que, a primera vista, parecían sin redención posible.

Veremos también los peligros. Los historiadores antiguos no eran inmunes al actual fetichismo de los números. Empiezan a alegar prueba cuantitativa cuando la evidencia no la sostiene, o a juzgar erróneamente las implicaciones que, legítimamente, pueden hacerse partiendo de sus cifras. Pautas y modos de comportamiento se hallan en el núcleo mismo de toda investigación histórica como ésta. "Aparte de una pauta presupuesta", dice Whitehead, "la cantidad no determina nada".[23] Las estadísticas ayudan a descubrir y a elucidar las pautas, pero existen también facetas que no son cuantificables.[24]

Existe el nuevo peligro, cuando se ha logrado producir un buen cuerpo de cifras, de imputar entonces tal conocimiento a los propios antiguos como componente importantísimo de sus elecciones y decisiones. "Después de todo, una sociedad no vive en un universo de estadísticas",[25] ni siquiera hoy, y mil veces no en la antigüedad. A la postre, por consiguiente, nuestro problema consiste menos en inventar métodos nuevos y complicados —los cuales, dados los datos disponibles, por necesidad han de permanecer al nivel de lo sencillo— que en plantear las preguntas pertinentes. Y, debo añadir, en abandonar la técnica anecdótica de desempolvar un ejemplo o dos como si constituyeran pruebas contundentes.

En cuanto a los antiguos, su desconocimiento de la estadística, como su falta de análisis económico, se resiste a toda explicación

[23] A. N. Whithead, *Modes of Thought* (Nueva York, 1938), p. 195, citado del Apéndice, "A Note on Statistics and Conservative Historiography", en Barrington Moore, J., *Social Origins of Dictatorship and Democracy* (Penguin ed., 1969), p. 520, nota 15.

[24] "Y, sin embargo", escribe Nicholas Georgescu-Roegen, uno de los precursores de la moderna economía matemática, "hay un límite a lo que podemos hacer con números, como lo hay a lo que podemos hacer sin ellos": *Analytical Economics* (Cambridge, Mass., 1966), p. 275.

[25] J. Stengers, "L'historien devant l'abondance statistique", *Revue de l'Institut de Sociologie* (1970), 427-458, p. 450.

puramente intelectual. Una sociedad que produjo la obra de Apolonio de Pérgamo sobre las secciones cónicas tenía más que suficientes matemáticas para aquello que los ingleses y holandeses del siglo XVIII llamaron "aritmética política" y nosotros llamamos estadística, definido por sir Charles Davenant en 1698 en su *Discourse on the Public Revenues*, como "el arte de razonar por cifras sobre cosas relacionadas con el gobierno".[26] El mundo antiguo no careció por completo de cifras de las cosas relacionadas con el gobierno. Cuando Tucídides (2.13.3-8) nos informa del número de hoplitas, jinetes y barcos atenienses disponibles, y de la cantidad de dinero en reserva al estallar la guerra, aquello no es un cálculo. Todos los Estados de la antigüedad llevaban registros de sus fuerzas de combate, por lo menos, y algunos Estados, sobre todo los autocráticos, levantaban censos con propósitos impositivos y obtenían otros informes en interés del ingreso público (real).[27] Sin embargo, razonar por medio de cifras no solamente consiste en contar y registrar, y allí está la gran diferencia.

Razonar por medio de cifras implica un concepto de las relaciones y tendencias; sin éste las categorías contadas se restringían estrechamente y, lo que no es de menor importancia, pocos registros se conservaban, habitualmente, después de haber servido a su propósito inmediato. Por lo tanto, no había series cronológicas en la antigüedad, ni en el sector público ni en el privado, salvo excepcionalmente, y sin una serie de tiempo no puede haber razonamiento mediante cifras, ni estadística. Tucídides no pudo aportarnos (al menos, no lo hizo) los datos necesarios para hacer una evolución continua de la posición de las fuerzas bélicas en el curso de la Guerra del Peloponeso.

No he estado diciendo nada particularmente nuevo. Allá en 1831, Richard Jones sostuvo que la teoría de la renta se fun-

[26] Citado de H. Westergaard, *Contribution to the History of Statistics* (Londres, 1932), p. 40.

[27] No necesito internarme en la cuestión, no improcedente, de hasta qué grado los registros inhabitualmente extensos del Egipto tolomeico eran expresiones de presunción burocrática más a menudo que verdaderos registros de lo que en realidad acontecía en el país; véase P. Vidal-Naquet, *Le bordereau d'ensemencement dans l'Égypte ptolémaique* (Bruselas, 1967).

damentaba en la suposición de que lo que él (Jones) llamaba "renta del granjero" era la forma universal de renta, suposición que la investigación histórica ha demostrado que es errónea.[28] Más recientemente, lo inaplicable al antiguo mundo de un análisis centrado en el mercado fue poderosamente sostenido por Max Weber y por su discípulo más importante entre los historiadores de la antigüedad, Johannes Hasebroek; en nuestros días por Karl Polanyi.[29] De poco ha servido.[30] La obra que actualmente, en idioma inglés, ha establecido la pauta acerca de la economía griega, no incluye en su índice ni *household* (gobierno de la casa) ni *oikos*.[31] Sir John Hicks ofrece un modelo de la "Primera fase de la economía mercantil", en la ciudad-Estado, el cual presupone que *no es probable que el comercio* (aceite por maíz) *comience* a menos que, para empezar, obtenga buenas ganancias" (cursivas mías).[32] Un especialista en cuestiones clásicas nos habla de la "inversión de capital del gobierno en el fomento del campo" en competencia con el "capital de inversiones en el comercio" en Atenas bajo la tiranía pisistrátida del siglo VI a.C.[33] Sus suposiciones, expresas o implícitas, equivalen a

[28] *An Essay on the Distribution of Wealth...* (Londres, 1831); véase Karl Marx, *Theorien über den Mehrwert*, en la edición de sus *Werke* publicada por el Institut für Marxismus-Leninismus, vol. 26 (Berlín, 1968), pp. 390-393.

[29] Véase mi revisión en *Proceedings...* Aix, pp. 11-35; É Will, "Trois quarts de siècle de recherches sur l'économie grecque antique", *Annales* 9 (1954), 7-22; E. Lepore, "Economia antica e storiografia moderna (Appunti per un bialancio di generazioni)" en *Ricerche... in memoria di Corrado Barbagalla*, vol. I (Nápoles, 1970), pp. 3-33. Las publicaciones pertinentes de Polanyi están convenientemente reunidas en *Primitive, Archaic and Modern Economics*, ed. G. Dalton (Garden City, N. Y., 1968). *Cf.* W. Nippel, "Die Heimkehr der Argonauten aus der Südsee", *Chiron* 12 (1982), 1-39.

[30] Es instructivo leer la discusión entre E. Lepore y W. Johannowsky (y otros especialistas sobre los griegos en Occidente) en *Dialoghi di Archeologia* (1969), 31-82, 175-212.

[31] H. Michell, *The Economics of Ancient Greece* (2ª ed., Cambridge, 1957). Contrástese con C. Mossé, *The Ancient World at Work*, trad. Janet Lloyd (Londres, 1969), versión revisada del original francés.

[32] *A Theory of Economic History* (Oxford, 1969), pp. 42-43.

[33] A. French, *The Growth of the Athenian Economy* (Londres, 1964), p. 54.

"una doctrina química de la sociedad", la cual asegura que "todas las formas de sociedad pueden ser analizadas objetivamente en un número finito de elementos inmutables".[34] Si tales suposiciones no resultan válidas para la antigüedad, entonces todo lo que sigue debe ser falso, tanto respecto al comportamiento económico como a los valores guía. Sugiero que hemos de buscar distintos conceptos y distintos modelos, apropiados para la economía de la antigüedad, no a la nuestra (al menos, no necesariamente).

Pero ya es tiempo de que especifique lo que entiendo por "antigüedad". En el siglo XIX no habría tenido que tomarme la molestia. La visión de la historia de Europa en periodos antiguo, medieval y moderno, concepto que tenía sus raíces en el Renacimiento, era una convención universalmente aceptada. En nuestro siglo se han planteado dudas y objeciones de varias índoles: epistemológica, psicológica, política. Y, sin embargo, a la postre, una vez registradas todas las dificultades y protestas, si admitimos que el "concepto de periodo histórico depende más de la estipulación que de las inferencias sacadas de testimonios comúnmente aceptados",[35] si convenimos en abandonar el juicio de valor implícito en una frase como "la Época de las Tinieblas", si reconocemos que China y la India también tienen sus historias que no se pueden pasar por alto, queda entonces en pie: primero, que la civilización europea tiene una historia única, que es legítimo estudiar como tema aparte;[36] segundo, que hasta un conocimiento superficial del alcance de la historia de Europa produce un inconfundible sentido de diferencia cualitativa entre los periodos tradicionales (sean cuales fueren las diferencias que puede haber dentro de los periodos);[37] tercero, que la historia y la

[34] Georgescu-Roegen, *Analytical Economics*, p. 111. Toda su Parte I es un poderoso argumento contra lo aplicable a otras sociedades de las teorías económicas y los conceptos formulados por un sistema capitalista; véase también su declaración, bellamente compendiosa, en pp. 360-362.

[35] G. H. Nadel, "Periodization", en *International Encyclopedia of the Social Sciences* II (1968), pp. 581-585, en p. 581.

[36] Sobre la inaplicabilidad de las divisiones, categorías y conceptos de la historia occidental a la historia de China, véase A. F. Wright y D. Bodde en *Generalization in the Writing of History*, ed. L. Gottschalk (Chicago, 1963), pp. 36-65.

[37] "Algunos historiadores parecen incapaces de reconocer continuidades

prehistoria deben seguir siendo distintos temas de investigación, que los poblados neolíticos, como las actuales sociedades ágrafas estudiadas por los antropólogos, corresponden, por así decirlo, a otro "periodo" más.

Pero, ¿es también legítimo, con los vastos conocimientos de que hoy se dispone, excluir de la "historia antigua" las importantes civilizaciones seminales del antiguo Medio Oriente, los sumerios, babilonios y asirios, los hititas, cananeos, hebreos y fenicios, los egipcios, los persas? El que estas civilizaciones existieran en los continentes que hoy llamamos Asia y África y no en Europa no es un argumento válido para excluirlas; tampoco lo es el hecho de que, en su mayoría, hablasen idiomas ajenos a la familia indo-europea (a la que, de hecho, sí pertenecen el hitita y el persa). Por otra parte, como argumento para su inclusión no es válido recalcar la influencia y las conexiones económicas o culturales existentes entre el mundo greco-romano y el Cercano Oriente: la aparición de la porcelana azul de Wedwood no requiere la inclusión de China como parte integral de un análisis de la revolución industrial en Inglaterra. Lo que importa es el modo en que dos civilizaciones (o complejos de culturas) divergen fundamentalmente en cada punto, en sus estructuras sociales, en sus estructuras de poder (en lo interno y lo externo), en la relación entre la estructura de poder y la religión, en la presencia o ausencia del escriba como figura clave. Baste con decir que es imposible traducir la palabra "libertad", *eleutheria* en griego, *libertas* en latín, u "hombre libre" a ningún idioma del antiguo Medio Oriente, incluso el hebreo o, para el caso, a ningún idioma del Lejano Oriente.[38]

Las economías del Medio Oriente estaban dominadas por grandes complejos de palacios o templos, que poseían la mayor parte de las tierras labrantías, monopolizaban virtualmente todo lo

y distinciones al mismo tiempo". Tal es la primera frase de una pertinente nota de pie de página de E. Panofsky, *Meaning in the Visual Arts* (Penguin ed., 1970), p. 26, nota 3.

[38] Véase mi libro "Slavery and Freedom"; más en general, el supuesto "diálogo" entre J. Gernet y J. P. Vernant, "L'évolution des idées en Chine et en Grèce du VIe au IIe siècle avant notre ere", *Bulletin de l'Association Guillaume Budé* (1964), 308-325.

que pudiera llamarse "producción industrial", así como el comercio exterior (que incluía el comercio inter-ciudades, no sólo con extranjeros), y organizaban la vida económica, militar, política y religiosa de la sociedad por medio de una sola operación complicada, burocrática y archivadora, para la cual la palabra "racionamiento", en sentido muy amplio, es tan buena como cualquiera que yo pueda imaginar. Nada de esto es aplicable al mundo greco-romano hasta que las conquistas de Alejandro Magno y después de los romanos incorporaron grandes territorios del Medio Oriente. En ese punto, tendremos que observar más detenidamente esta clase de sociedad del Medio Oriente. Pero, por lo demás, si mi definición de "antigüedad" abarcara ambos mundos, no habría un solo tema que yo pudiese analizar sin recurrir a secciones desconectadas, valiéndome de distintos conceptos y modelos.

Por lo tanto, la exclusión del Medio Oriente no es arbitraria, aunque retener el marbete de "antiguo" francamente es menos fácil de defender, como no sea por motivos de tradición y conveniencia.

No deseo simplificar en exceso. Hubo propiedades privadas de tierra en el Medio Oriente, trabajadas en privado; hubo artesanos y buhoneros "independientes" en sus poblados. Nuestros datos no nos permiten cuantificar, pero no creo que sea posible elevar a esta gente a las pautas prevalecientes de la economía, en tanto que el mundo greco-romano era, esencial y precisamente, de propiedad privada, fuese de unas cuantas hectáreas o de los enormes dominios de los senadores y emperadores romanos, un mundo de comercio privado y manufactura también privada.

Ambos mundos tenían gente secundaria, atípica, marginada, como los nómadas que constituían una perenne amenaza a las comunidades establecidas de las cuencas de los ríos en Mesopotamia y Egipto, quizá las ciudades fenicias de las costas de Siria, seguramente las espartanas en Grecia. Además, los frigios, medos y persas no eran babilonios ni egipcios, en tanto que el gobierno del imperio romano se volvió tan autocrático y burocrático, en ciertos aspectos, como el de los Tolomenos y, ante ellos, el de los faraones de Egipto. Pero no en todos sus aspectos. Hemos de con-

centrarnos en los tipos dominantes, en los modos característicos de comportamiento.[39]

El mundo greco-romano es, desde luego, una abstracción, y muy elusiva, como vemos al tratar de fijarla en el tiempo y en el espacio. En números redondos, trataremos del período comprendido entre 1 000 a.c. y 500 d.c.* Al principio, tal mundo

[39] Yo he tenido que aclarar mi posición breve y dogmáticamente, y sólo citaré a A. L. Oppenheim, *Ancient Mesopotamia* (Chicago y Londres, 1964), cap. 2, y "Trade in the Ancient Near East", trabajo preparado para el 5º Congreso Internacional de Historia Económica, Leningrado, 1970, y publicado en la Nauka Publishing House (Moscú, 1970). No están de acuerdo todos los especialistas en el Medio Oriente; véase, por ejemplo, S. L. Utchenko e I. M. Diakonoff, "Social Stratification of Ancient History", trabajo similarmente publicado, preparado para el 13º Congreso Histórico Internacional, Moscú, 1970, que debe leerse a la luz de la actual discusión en los círculos marxistas del "modo de producción asiático", única discusión teórica seria que yo conozco del problema de clasificación que he estado considerando ("Asiático" es un marbete taxonómico poco feliz, impreciso y condicionado históricamente: probablemente abarca, fuera de las grandes cuencas de Asia, la Grecia minoica y micénica, los aztecas y los incas, quizá los etruscos, pero no los fenicios).

La bibliografía se ha vuelto casi inordenable; señalaré la introducción de E. J. Hobsbawm a Karl Marx, *Pre-capitalist Economic Formations*, trad. J. Cohen (Londres, 1964), volumen que sólo contiene un extracto de un extenso y olvidado manuscrito alemán de Marx; dos artículos en alemán de J. Pecírka, en *Eirene* 3 (1964), 147-169; 6 (1967), 141-174, que compendian y analizan el debate soviético; G. Sofri, "Sul 'modo di produzione asiatico'. Appunti per la storia di una controversia", *Critica storica* 5 (1966), 704-810; H. Kreissig y H. Fischer, "Abgaben und Probleme der Wirtschaftsgeschichte des Altertums in der DDR", *Jahrbuch für Witschaftsgeschichte* (1967), I, 270-284; I. Hahn, "Die Anfänge der antiken Gesellschaftsformation in Griechenland und das Problem der sogenannten asiatischen Produktionsweise", *ibid.* (1971), II, 29-47. Toda esta discusión parece desconocida de N. Brockmeyer, *Arbeitsorganisation und ökonomisches Denken in der Gutswirtschaft des römischen Reiches* (diss. Bochum, 1968), tanto en su revisión de la literatura marxista (pp. 33-70) como en la polémica contra las opiniones marxistas, que corre por todo su libro. Para él, como para su maestro Kiechle, el "marxismo" parece estar limitado a los historiadores de la Unión Soviética y de otros países del Este de Europa.

* Ninguna de estas dos fechas es significativa en el sentido de que ocurriera algo importante en 1000 a.c. y 500 d.c. La fecha 1000 a.c. es símbolo del principio de la "Época de las Tinieblas" de Grecia que, según creo yo, se refleja en los poemas homéricos.

estuvo restringido a un pequeño rincón de los Balkanes y a unos minúsculos establecimientos en la costa turca del mar Egeo. Gradual, espasmódicamente, se extendió en todas direcciones, hasta que en un momento dado, a la muerte del emperador Trajano, en 117 d.c., el imperio romano avanzó casi cinco mil kilómetros, desde el océano Atlántico hasta los bordes del Cáucaso, y desde Inglaterra y el Rin en el norte hasta una línea meridional que, poco más o menos, corría a lo largo de los límites del Sahara y luego hasta el Golfo Pérsico, eje norte-sur de cerca de 2 800 kilómetros, sin contar Inglaterra. En aquellos momentos el área quizá fuese de 4 532 000 kilómetros cuadrados, cerca de la mitad del área actual de los Estados Unidos.

Es ésta una cifra impresionante, mas para apreciar la escala de la actividad humana hemos de ver un poco más de cerca. Gibbon hizo la aguda observación de que el ejército romano, en el apogeo del imperio no era mayor que el de Luis XIV, "cuyo reino cabía dentro de una sola provincia del imperio romano".[40] El ejército no es necesariamente un índice del total de la población; el propio Gibbon añadió en una nota: "debe recordarse que Francia aún resiente ese extraordinario esfuerzo". No obstante, hemos aprendido algo: el imperio fue incapaz de hacer un esfuerzo comparable, a ningún precio. Nuestro mejor cálculo del máximo de población jamás alcanzado en el mundo greco-romano es de 50 a 60 millones, al principio de la era cristiana, aproximadamente la del Reino Unido o la Italia de hoy.[41] Estos millones se hallaban desigualmente distribuidos no sólo entre las regiones, sino también entre el poblado y el campo y, dentro del sector urbano, entre cinco o seis atestadas capitales administrativas, por una parte, como Roma, Alejandría o Cartago y, por la otra, en un buen número de comunidades, en su mayoría en la parte oriental, del orden de cien mil habitantes, y luego centenares de minúsculos poblados a los que nosotros dignificamos con el pom-

[40] *The Decline and Fall of the Roman Empire*, ed. J. B. Bury (Londres, 1900), I, 18.

[41] La obra fundamental sobre las cifras de las poblaciones antiguas sigue siendo la de Julius Beloch, *Die Bevölkerung der griechischen-römischen Welt* (Leipzig, 1886); véase la conclusión a la que, después de un reexamen general de una parte del campo, llega Brunt, *Manpower*.

poso título de "ciudades". Conviene recordar que en una época anterior, la célebre y poderosa Esparta nunca pudo tener más de nueve mil ciudadanos adultos del sexo masculino, y durante la mayor parte de su historia ni siquiera tal cantidad.

Un aspecto de la distribución de la población requiere un comentario. Es un lugar común que, durante gran parte de su historia, el mundo greco-romano estuvo unido por el mar Mediterráneo, llamado *mare nostrum* por los romanos. Pueden enumerarse casi todos los grandes centros —Atenas, Siracusa, Cirene, Roma, Alejandría, Antioquía, Constantinopla— sin internarse más que unos cuantos kilómetros tierra adentro. Durante largo tiempo, todo lo que quedó fuera de esta delgada faja fue mera periferia, tierras donde había que ir en busca de escondrijos, de alimento, de metales y de esclavos, que había de atacarse en pos de botín y de fortificarse como defensa, pero que sólo podían habitar bárbaros, no griegos ni romanos. "Habitamos una pequeña porción de la tierra", escribió Platón (*Fedón* 109 B), "desde Fasis [en la costa oriental del mar Negro] hasta las Columnas de Hércules [el estrecho de Gibraltar], alrededor del mar, como hormigas y ranas alrededor de un estanque."

La zona mediterránea constituye una sola "región climática",[42] caracterizada por lluvias de invierno y largas sequías de verano, por suelos delgados y agricultura de temporal, en contraste con la agricultura de regadío en que se basó gran parte de la economía del Medio Oriente. Es una región relativamente fácil de habitar, donde se vive mucho al aire libre, y que, en sus mejores tierras, las planicies costeras y las grandes mesetas del interior, produce buenos abastos de sus típicos cereales, verduras y frutas, particularmente uvas y aceitunas, con apropiados forrajes para ganado menor, ovejas, cerdos y cabras, pero, en general, no para ganado mayor. El omnipresente olivo —principal proveedor de grasa comestible, del mejor jabón y de combustible para la iluminación— es una clave esencial para el estilo de vida mediterráneo. El olivo florece aun durante la sequía del verano, pero,

[42] Véase E. C. Semple, *The Geography of the Mediterranean Region. Its Relation to Ancient History* (Nueva York, 1931), cap. 5, libro aun valioso por su material geográfico si no por otra cosa. *Cf.* A. Philippson, *Das Mittelmeergebiet* (Leipzig y Berlín, 1914), cap. 5.

aunque no exige un trabajo intensivo, sí pide atención y requiere tiempo, ya que no produce durante sus primeros diez o doce años. Es, así, el símbolo de una existencia sedentaria —era célebre su longevidad— y la región mediterránea no es, en general, lugar para pueblos nómadas.

Por otra parte, ni el olivo ni los cultivos de temporal requieren generalmente la compleja organización social que hizo posible las grandes civilizaciones fluviales que florecieron a lo largo del Nilo, el Tigris y el Éufrates, el Indo y el Amarillo. La agricultura de regadío es más productiva, más consistente y más apropiada para formar una población densa. No fue accidental que Egipto, centro principal de agricultura de regadío en todo el imperio romano, tuviera en el siglo I una población de 7 500 000, sin contar Alejandría[43] (ésta es una de las contadas cifras antiguas sobre población que, probablemente, son precisas). En compensación, los deltas se convirtieron en virtuales desiertos en el momento en que se desplomó la organización central; en cambio, las regiones de agricultura de secano se recobraban rápidamente de los desastres naturales o las devastaciones humanas.

Desde luego había distritos habitados en Grecia, en la Italia Central y septentrional y en la Turquía central, que se hallaban a tal distancia del mar que sus productos no tenían fácil acceso a él. No obstante, lo que he dicho acerca del eje del mediterráneo fue cierto durante ochocientos años de nuestro período de mil quinientos, y luego ocurrió un cambio trascendental: el avance del mundo greco-romano hacia el interior, en especial hacia el norte, en una escala considerable. A la postre, fueron totalmente incorporadas Francia, Bélgica, Inglaterra y la Europa central hasta la cuenca del Danubio, con consecuencias a las que, quizá, no se ha prestado suficiente atención. Dos sencillos hechos deben tomarse en cuenta: primero, aquellas provincias del norte se hallaban fuera de la región climática mediterránea y solían tener suelos más gruesos; segundo, los prohibitivos costos del transporte por tierra les impedían compartir proporcionalmente las ventajas del tráfico del Mediterráneo, salvo a los distritos de gran proximidad a ríos navegables (desconocidos en el Asia Menor, Grecia, la mayor parte de Italia y África, con excepción del

[43] Josefo, *Guerra de los judíos* 2.385.

Nilo).[44] No sólo las grandes arterias, como el Garona, el Saona, el Rin, el Danubio y el Po, llevan un activo tráfico, sobre todo en la Galia, sino también muchos ríos secundarios.

Hasta aquí, al hablar de un eje mediterráneo y de una región climática mediterránea, no he detallado la extensión de las variaciones dentro de la zona, y he de volverme a ello, aun de manera preliminar. No estoy pensando en las variaciones evidentes de fertilidad, de adecuación para ciertas cosechas específicas en la presencia o ausencia de importantes riquezas minerales, sino en las variaciones de la estructura social, de la tenencia de la tierra, del sistema laboral. El mundo que los romanos unieron en un solo sistema imperial no tenía tras él una larga historia sino un número considerable de historias diferentes, que los romanos no querían ni podían borrar. La posición excepcional de la propia Roma y de Italia, con sus exenciones al gravamen de la tierra, es un ejemplo obvio. Otro es la continuación en Egipto y otras provincias orientales de un sistema campesino que no dejaba lugar para las plantaciones trabajadas por esclavos, como las de Italia y Sicilia. No creo que necesite seguir enumerando; el argumento fue resumido por André Déléage en su fundamental estudio del sistema impositivo radicalmente nuevo introducido por Diocleciano en todo el imperio. Este sistema, escribe Déléage, era "extremadamente complejo" porque tomaba "diferentes formas en las diferentes secciones del imperio",[45] no por razones de capricho imperial, sino porque, para ser efectivo, para producir los ingresos imperiales requeridos, el sistema impositivo tenía que reconocer las profundas diferencias, de origen histórico, que había en el subyacente régimen de las tierras.

¿Es legítimo, entonces, hablar de una "economía" de la antigüedad"? ¿No se la debe descomponer mediante sucesivas

[44] Entre los eruditos contemporáneos, Lynn White, Jr., ha sido el que más ha insistido en las implicaciones de los suelos pesados; véase, por ejemplo, su *Medieval Technology and Social Change* (Londres, 1960), cap. 2. Sobre las consecuencias de los poblados interiores, véase G. W. Fox, *History in Geographic Perspective. The Other France* (Nueva York, 1971).

[45] A Déléage, *La capitation du Bas-Empire* [*Annales de l'Est* núm. 14 (1945)], p. 254. La diversidad de capitación prevaleció asimismo a principios del imperio, por la misma razón, pero no existe ningún estudio moderno del tema.

eliminaciones como ya he eliminado las antiguas sociedades del Medio Oriente? Walbank, siguiendo a Rostovtzeff, recientemente ha llamado al Imperio del siglo I "una sola unidad económica", que estaba "entretejida por el intensivo intercambio de toda clase de bienes de primera necesidad y artículos manufacturados, incluso los cuatro artículos fundamentales del comercio, granos, vino, aceite y esclavos".[46] Las industrias de la Galia, especifica Walbank, "rápidamente se volvieron competidoras en el mercado mundial" y "los artículos de metal de Egipto se vendían fácilmente por doquier; se han desenterrado ejemplos aun en la Rusia meridional y en la India".[47] De modo similar, Rostovtzeff afirma que "el intercambio de bienes manufacturados, no artículos de lujo, sino de uso cotidiano, era sumamente activo".[48]

Esto es demasiado vago: tales generalizaciones exigen un esfuerzo más elaborado para enfocar la cuantificación y la formación de normas. Wheeler habla, a manera de advertencia, del descubrimiento en la isla sueca de Gotlandia de 39 piezas de alfarería de *terra sigillata* diseminadas sobre un área de unos 400 metros cuadrados, que, a la postre, resultaron ser los fragmentos de un solo cuenco roto.[49] Por el año 400, el rico obispo Sinesio de Cirene (en la moderna Libia) escribió a su hermano desde Alejandría (*Epístolas* 52), para pedir que le comprara tres mantos ligeros de verano a un ateniense que, según informes, había llegado a Cirene. Es el mismo hombre, añadió, "a quien le compraste para mí unos zapatos el año pasado, y te ruego apresurarte antes de que haya vendido la mejor mercancía". Tenemos aquí dos ejemplos de "venta rápida" en un "mercado mundial".[50] No los cito como caricatura, ni para dar a entender que todo el

[46] F. W. Walbank, *The Awful Revolution. The Decline of the Roman Empire in the West* (Liverpool, 1969), pp. 20, 31. *Cf.* "Mit der politischen Einheit verband sich die kulturelle und wirtschaftliche Einheit": S. Lauffer, "Das Wirtschaftsleben im römischen Reich", en *Jenseits von Resignation und Illusion*, ed. H. J. Heydorn y K. Ringshausen (Frankfurt, 1971), pp. 135-153, en la p. 135.

[47] Walbank, *Awful Revolution*, pp. 28 y 26, respectivamente.

[48] Rostovtzeff, RE, p. 69.

[49] M. Wheeler, *Rome beyond the Imperial Frontiers* (Penguin ed., 1955), p. 109. El texto dice "400 millas cuadradas", obvio error de imprenta.

[50] Para ejemplos comparables, véase Rougé, *Commerce*, pp. 415-417.

comercio de la antigüedad estaba a ese nivel, sino para concretar mi exigencia de más especificación, más cualificación, donde sea posible cuantificación, de frases que, de otro modo, son tan vagas y engañosas como "intercambio intensivo", "sumamente activo", "se han desenterrado ejemplos", etc. La ciudad imperial de Roma vivía de granos importados de Sicilia, España, África del Norte y Egipto, pero en Antioquía, durante el hambre de 362-363 d.c., se requirió la intervención enérgica del emperador Juliano para obtener el grano llevado desde dos distritos interiores de la Siria septentrional, uno situado a 80 kilómetros, el otro a 160.[51]

Para tener sentido, "mercado mundial" y "una sola unidad económica" deben abarcar considerablemente más que el intercambio de algunos bienes sobre grandes distancias; de otra manera China, Indonesia, la península malaya y la India también formarán parte de la misma unidad y del mismo mercado mundial. Hemos de demostrar la existencia de un comportamiento y unas respuestas entrelazadas sobre grandes regiones —el "conglomerado enorme de mercados interdependientes" de Eric Roll— en los sectores preponderantes de la economía, por ejemplo, en los precios de los alimentos y los metales, y no es posible hacerlo; al menos, nadie lo ha logrado.[52]. "Ni el comercio local ni el efectuado sobre grandes distancias", ha señalado un distinguido geógrafo de la economía, "perturbaba la base de subsistencia de las unidades familiares en las sociedades campesinas. En cambio, el papel de las modernas jerarquías centrales está dictado por la ex-

[51] Juliano, *Misopogon* 368c-369d.

[52] El intento de F. M. Heichelheim, "On Ancient Price Trends from the Early First Millennium B. C. to Heraclius I", *Finanzarchiv* 15 (1955), 498-511, es mera fantasía. Los elaborados "índices de precios" y otros cálculos hechos por J. Szilagyi, "Prices and Wages in the Western Provinces of the Roman Empire", *Acta antiqua II* (1963), 325-389, tampoco pueden tomarse en serio: el material está demasiado disperso en el tiempo y en el espacio, y los cálculos no hacen suficiente distinción, por ejemplo, entre campesinos y obreros urbanos, además de basarse en demasiadas suposiciones indemostrables, a veces patentemente falsas, que ni siquiera se explicitan. El punto esencial, que un "comercio mundial" no implica automáticamente un "precio del mercado mundial", fue agudamente establecido hace ya mucho tiempo por K. Riezler, *Über Finanzen und Monopole im Alten Griechenland* (Berlín, 1907), pp. 54-56.

trema división del trabajo y la falta de autosuficiencia de los hogares en casos de necesidad".[58] Ninguna de las dos condiciones existió hasta un grado suficiente en la antigüedad.

El lector ya se habrá percatado de que yo rechazo tanto el concepto como el enfoque comentados brevemente. Las pocas pautas aisladas que habitualmente se aducen, el fin del breve monopolio de la ciudad italiana de Arezzo en la producción de *terra sigillata*, la aproximada correlación entre las guerras en gran escala y el precio de los esclavos, no pueden soportar el gran edificio que sobre ellos se ha levantado. Mi justificación para hablar de "economía de la antigüedad" está en otra parte: en el hecho de que, en sus últimos siglos, el mundo antiguo fue una sola unidad política; y en su común marco cultural-psicológico, cuya importancia para un estudio de la economía espero demostrar en capítulos subsiguientes.

[58] B. J. L. Berry, *Geography of Market Centers and Retail Distribution* (Englewood Cliffs, N. J., 1967), p. 106.

II. ÓRDENES Y "STATUS"

QUIENQUIERA que lea con frecuencia a los autores de la antigüedad se sorprenderá, a la larga, por el hecho de que, en una cultura que carecía de estadísticas en general, hay una curiosa abundancia de cifras precisas, desenvueltamente publicadas, acerca de fortunas individuales, o al menos transacciones financieras particulares. Cuando, en la *Odisea* (14.98-104), el porquerizo Eumeo habla al "desconocido" acerca de la riqueza de su amo ausente, "Te la voy a especificar. Doce vacadas hay en el continente; otros tantos ganados de ovejas y otras tantas piaras de cerdos... Pues la hacienda de mi amo era cuantiosísima y ni juntando veinte hombres la suya pudieran igualarla", etcétera, en todo esto no hay el menor asomo de ironía, nada de lo que, en *Las armas y el hombre*, de Shaw, hace decir al hotelero suizo, capitán Bluntschli: "Tengo nueve mil seiscientos pares de sábanas y frazadas, con dos mil cuatrocientos edredones. Tengo diez mil tenedores y cuchillos, y la misma cantidad de cucharillas... y tengo tres lenguas maternas. ¡Muéstrame a un hombre en Bulgaria que tenga tanto que ofrecer!" Eumeo estaba demostrando la grandeza de Odiseo de la manera más objetiva, así como el emperador Augusto hizo constar en el acta de su reinado que él mismo preparó para su publicación póstuma: "Pagué cerca de 860 millones de sestercios por la compra de tierras para los veteranos; entregué, en efectivo, 2 400 millones de sestercios a la tesorería, a los plebeyos de la ciudad de Roma y a soldados desmovilizados"; y mucho más.[1]

El juicio de la riqueza era, en la antigüedad, fundamentalmente sencillo e inequívoco. La riqueza era necesaria y buena; era un requisito indispensable para la vida buena; y, en general, eso era todo lo que había que decir. Desde Odiseo, quien dijo al rey Alcino de los feacios que aguardaría un año, de ser necesario, los muchos regalos que se le habían prometido, porque "más ventajoso será llegar a mi querida patria con las manos llenas, y así seré más amado y reverenciado entre los hombres"

[1] Augusto, *Res gestae* 16, I y Apéndice I.

(*Odisea* 11.358-360), la línea fue continua, hasta el fin de la antigüedad. Sólo citaré a Trimalción, el liberto "héroe" del *Satiricón*, cuando se dirige a sus invitados: "Si no os gusta el vino, yo lo haré cambiar. A vosotros toca hacerle justicia. Yo no lo compro, gracias al cielo. En realidad, cualquiera que sea el vino que esta noche halague vuestros paladares, viene de una propiedad mía, que aún no he visto. Me han dicho que está contigua a mis tierras de Terracina y Tarento. Lo que ahora me gustaría hacer es añadir Sicilia a mis tierritas para que cuando vaya a África pueda embarcarme allí sin salir de mis propiedades".[2]

El Satiricón, escrito por un cortesano y cónsul de Nerón, no es una obra fácil para sopesar sus valores, juicios o inferencias. Es una obra satírica y chusca, pero no es *Alicia en el País de las Maravillas*; acaso Trimalción no sea una figura típica de la antigüedad, pero tampoco es totalmente atípica.[3] En el pasaje que acabo de citar, con la posible excepción del uso del diminutivo *agellae* (tierritas), con su falsa modestia, lo chusco está en la *reductio ad absurdum*, en la extensión de valores aceptados hasta el punto de lo disparatado. En dos respectos, Trimalción estaba expresando una doctrina perfectamente válida, que sólo exageró: abiertamente, estaba encantado de sus riquezas y alardeaba de ellas, y no menos contento estaba de su autosuficiencia, de su posesión de tierras capaces de producir todo lo que él necesitara, por extravagantes que fueran sus deseos y necesidades.

Hubo excepciones. Sócrates llegó hasta sugerir, en su propio modo de vida, que la riqueza no era esencial ni aun necesariamente útil para llevar una buena vida. Platón fue más lejos, al menos en la *República*, donde negó a sus filósofos-estadistas toda propiedad (junto con otros bienes normalmente aceptados). El principal discípulo del cínico Diógenes fue Crates de Tebas, quien voluntariamente cedió sus posesiones como después los héroes de las vidas de los santos durante el imperio romano.

Se han compilado antologías de frases en que se idealiza la vida sencilla, filosófica o bucólica, y aun la pobreza.[4] Pero se las

[2] Petronio, *El Satiricón* 48, 1-3 .

[3] Véase, para lo general, a Veyne, "Trimalción".

[4] Véase Wilhelm (Gulielmus) Meyer, *Laudes Inopiae* (tesis, Gotinga, 1915); R. Visscher, *Das einfache Leben* (Gotinga, 1965).

debe tratar con espíritu crítico. "La pobreza —dijo Apuleyo, a mediados del siglo II (*Apología* 18.2-6)— siempre ha sido la criada de la filosofía... Pásese revista a los mayores pillos de quienes haya quedado memoria, y no se encontrarán pobres entre ellos... La pobreza, en suma, ha sido desde el principio de los tiempos la fundadora de Estados, la inventora de artes". Fuera de contexto, esto parece bastante claro; sin embargo, el contexto tiene su importancia. Apuleyo, hijo de un alto funcionario de Madauro, colonia romana del norte de África, había pasado muchos años en el extranjero, especialmente en estudios filosóficos y retóricos. A su regreso al África septentrional, se casó con una mujer rica, de mayor edad que él, la cual había enviudado catorce años antes, y fue acusado por el hijo de ésta de haberla seducido por medio de magia. Entre los pormenores se afirmaba que Apuleyo era un pobre cazador de fortunas; él, en su defensa, a la que pertenece la cita, contestó con la inconsecuencia que puede perdonarse a un acusado. En primer lugar, dijo, ¿qué hay de malo en la pobreza? En segundo, yo soy en realidad un hombre bastante rico, pues he heredado de mi padre (junto con mi hermano) casi dos millones de sestercios, que en su mayor parte conservo, pese a los costos de mis viajes y a mi liberalidad.

En otra esfera, tenemos la famosa observación que el historiador Tucídides (2.37.1) atribuye a Pericles: "Tampoco la pobreza ni la condición humilde son obstáculos, si un hombre puede prestar servicios a su ciudad." Otra vez muy claro, pero era precisamente el carácter excepcional de Atenas lo que Pericles estaba elogiando. No muchas ciudades griegas del periodo clásico, y absolutamente ninguna del mundo antiguo en otro periodo, permitieron a los hombres pobres desempeñar un papel positivamente constructivo en la vida política, y aun en Atenas es casi imposible descubrir en una posición de dirigente un hombre de medios modestos, no digamos ya un hombre realmente pobre.

A pesar de todo, no quiero desdeñar las excepciones. Siempre hay excepciones, y acaso sea muy significativo el que las antologías que he mencionado no sean muy grandes. Lo que debe interesarnos es la ideología prevaleciente. Citando a Platón, puede "demostrarse" que él refutaba casi cualquier afirmación que uno trate de hacer respecto a la sociedad griega, pero tal

método histórico es autodestructivo y fundamentalmente erróneo. Al fin y al cabo, los griegos del siglo IV a.C. no suprimieron, y ni siquiera pusieron en duda, la monogamia o la familia, pese a los argumentos aducidos contra ambas en la *República.* Tampoco es una objeción legítima el que los escritores a quienes debemos nuestro conocimiento de la ideología, de Grecia como de Roma, fuesen en su gran mayoría hombres de las clases superiores, o adscritos a ellas. La ideología nunca se divide claramente de acuerdo con las líneas de clase; por el contrario, su función, si ha de ser útil, consiste precisamente en cruzar esas líneas, y en la antigüedad había, respecto a pobreza y riqueza, una notable unanimidad. Trimalción es un portavoz más auténtico que Platón.

Los antiguos moralistas, al menos desde el tiempo de los sofistas (y de manera rudimentaria aun de antes, como los poetas Solón y Teognis), examinaron todos los valores recibidos de su sociedad, incluso la riqueza. Examinaron, debatieron, disintieron, no acerca de la economía, sino de los aspectos éticos privados de la riqueza (un tema reducido). ¿Es ilimitada la riqueza? ¿Es un bien la riqueza, si no se la utiliza apropiadamente? ¿Hay medios moralmente buenos y moralmente malos de adquirir riquezas? Y, entre una minoría de moralistas, hasta ¿es posible vivir una vida de virtud sin riquezas? Sin embargo, a pesar de todo, "bienaventurados los pobres" no pertenece al mundo greco-romano de las ideas, y su aparición en los Evangelios —sea cual fuere la exégesis del texto— apunta a otro mundo y a otro conjunto de valores. Ese otro mundo, a la postre, desarrolló una ideología paradójica, en que un feroz afán adquisitivo fue acompañado por arranques de ascetismo y de santa pobreza, por sentimientos de inquietud y aun de culpa.

La historia de la palabra *filantropía* ("amor al hombre") ilustra esta distinción[5]. Originalmente, se la utiliza para definir una cualidad divina, o el acto benéfico de un dios, y tal sentido persistió hasta el fin de la antigüedad, en contexto cristiano o pagano. No obstante, la *filantropía* pronto llegó a atribuirse a seres hu-

[5] Para una rápida revisión del uso, véase H. Hunger, "Φιλανθρωπία. Eine griechische Wortprägung auf ihrem Wege von Aischylos bis Theodoros Metochites", *Anzeiger d. Oesterreichischen Akad. d. Wiss., Phil., hist. Kl.* 100 (1963), 1-20.

manos en posiciones elevadas, en el sentido de un sentimiento humanitario o simplemente de un acto de bondad o de cortesía. Cuando individuos o comunidades recurrían a un monarca o un alto funcionario para que atendiera una queja o concediera un favor, recurrían a su *filantropía*. De tener éxito, recibían un *philantropon*, que podía ser una exención de impuestos o de otra obligación y que, por lo tanto, tenía un valor monetario, pero que más a menudo era una amnistía, el derecho de asilo o una intervención contra alguna injusticia administrativa. El gobernante y sus agentes eran los protectores del pueblo, contra la opresión y el daño inmerecido, y se recurría a su *filantropía* junto con su benevolencia y su justicia, esencialmente sinónimos.[6] Una anécdota característica del siglo III es aquélla en que un gladiador vencido imploró por su vida a Caracalla, quien se hallaba presente en el anfiteatro; éste negó tener poder para otorgársela y le sugirió apelar a su vencedor, quien no se atrevió a perdonarlo, para no aparecer "más filantrópico" que el emperador (Dión 78-19.4). Allí se detuvo, para la antigüedad, el desarrollo de la palabra; quedó para épocas posteriores expresar el humanitarismo en términos puramente monetarios, degradarlo hasta el nivel de las donaciones a los pobres y menesterosos, al de limosna.

Sin duda, el mundo antiguo no careció por completo de actos caritativos, en el estrecho sentido moderno. Sin embargo, normalmente la generosidad iba dirigida a la comunidad, no a los necesitados, fuesen individuos o grupos.[7] (Excluyo la generosidad para con los parientes pobres, clientes y esclavos favoritos, por considerarla como una situación diferente.) Los actos benéficos de Plinio el Joven probablemente no superados en Italia ni en el Imperio de Occidente, fueron típicos a este respecto.[8] Podemos

[6] Véase M. T. Lenger, "La notion de 'bienfait' (philanthropon) royal et les ordonnances des rois Lagides", en *Studi in onore di Vincenzo Arangio-Ruiz* (Nápoles, 1953), I, 483-499. Hay un paralelismo exacto en el romano *indulgentia principis*; véase J. Gaudemet, *Indulgentia principis* (Publication no. 3, 1962, del Istituto di storia del diritto, Univ. de Trieste), p. 14.

[7] En general véase A. R. Hands, *Charities and Social Aids in Greece and Rome* (Londres, 1968), esp. caps. 3-6; H. Bolkenstein, *Wohltätigkeit und Armenpflege im vorchristlichen Altertum* (Ultrecht, 1939).

[8] Véase R. Duncan-Jones, "The Finances of the Younger Pliny", PBSR, N.S. 20 (1965), 177-188, reproducido con modificaciones en su *Economy*.

citar excepciones, pero son casi contadas, y éste es el factor decisivo. En toda la antigüedad los muy pobres despertaron muy poca simpatía y nada de piedad. "Dad al que da, mas no deis al que no da", recomendó el poeta Hesíodo en el siglo VII a.C. (*Los trabajos y los días*, 355), y entre todos los escritores antiguos, Hesíodo no puede ser acusado de mero portavoz de los valores de las clases altas. Lo que faltaba era un sentido del pecado. Un griego o un romano podía ofender a sus dioses con bastante desenvoltura y a veces, aunque no a menudo, encontramos nociones que se aproximan a la idea de pecado. Pero básicamente sus actos malos eran externos, por así decirlo, y, por lo tanto, las enmiendas se hacían por purificación ritual, o eran intelectualizadas, como en la doctrina socrática de que ningún hombre hace el mal a sabiendas. Lo que se hace resaltar es la palabra "acción", no un estado pecaminoso que sólo pueda remediarse por gracia divina. Por ello, no era necesaria ninguna ambigüedad respecto a la riqueza como tal, o la pobreza como algo malo.[9]

Ni siquiera el Estado mostraba gran preocupación por los pobres. La excepción célebre es el caso, intensamente político, de la ciudad de Roma (y también de Constantinopla en el periodo final), donde desde los tiempos de Cayo Graco alimentar a la plebe se convirtió en necesidad política, de la que ni aun los emperadores estaban libres (y cuando los emperadores ya no pudieron satisfacerla, los papas ocuparon su lugar). Si alguna vez una excepción confirmó una regla, éste fue el caso. Dejando aparte el matiz —no insignificante— de que hasta el siglo III d.C., los ciudadanos residentes eran elegibles como beneficiarios sin ningún examen de sus medios de vida, es lícito preguntar, ¿quién aportaba granos y carne de cerdo gratuitamente, como cosa normal, en alguna otra ciudad del imperio? Nadie, y todo intento ocasional de humanitarismo como el de Juliano cuando Antioquía padeció un hambre generalizada, terminó en completo fracaso. Trajano estableció un esquema, interesante y singular, de

[9] El hecho de que algunos modernos especialistas en la antigüedad hablen a veces del pecado es improcedente; véase K. Latte, "Schuld und Sünde in der griechischen Religion", *Archiv für Religionswissenschaft* 20 (1920/21), 254-298, reproducido en sus *Kleine Schriften* (Munich, 1968), pp. 3-35.

concesiones familiares en Italia, conocido como los *alimenta*, pero sólo pudo ponerlo en marcha en una minoría de las ciudades, y aunque duró más de un siglo se sabe de buena fuente que hasta el testimonio indirecto de una nueva extensión es notablemente endeble. Además, hay razones para creer que el principal móvil de Trajano era aumentar la tasa de nacimientos en Italia (pero no en ninguna otra región del imperio).[10] Otra excepción que confirma la regla.

Si se desea captar la actitud básica hacia los pobres, no debe verse la filantropía ocasional, sino la ley de adeudos (tal como se les aplicaba a ellos, no a los de condición igual en las clases altas). Esta ley era uniformemente dura e inflexible. Aun después de desaparecer el arcaico sistema de servidumbre por deudas, el deudor insolvente siguió pagando, de una manera u otra, mediante trabajos forzosos, suyos y algunas veces de sus hijos.[11]

Fundamentando el positivo juicio greco-romano de la riqueza se hallaba la convicción de que entre las condiciones necesarias de la libertad estaban la independencia y el tiempo libre. "La condición del hombre libre", escribió Aristóteles (*Retórica*, 1367a32), "es no vivir bajo la coacción de otro", y es claro, por el contexto, que su idea del vivir bajo la coacción no se limita a los esclavos, sino que se extiende al jornalero y a otros que eran *económicamente* dependientes. Hay una clave en el idioma griego. Las palabras griegas *ploutos y penia*, habitualmente traducidas como "riqueza" y "pobreza", respectivamente, tenían, en realidad un matiz diferente, lo que Veblen llama "la distinción entre hazaña y tráfago".[12] Un *plousios* era un hombre

[10] El mejor análisis es el de Duncan-Jones, "The Purpose and Organisation of the Alimenta", PBSR, n.s. 19 (1964), 123-146, reproducido con modificaciones en su *Economy*. Pese a ciertas críticas válidas de Duncan-Jones, "La table des Ligures Baebiani et l'institution alimentaire de Trajan", *Mélanges d'archéologie et d'histoire* 70 (1958), 177-241, de P. Veyne, sigue teniendo validez en el objetivo estrechamente italiano del esquema (esp. 223-241). Véase también P. Garnsey, "Trajan's Alimenta; Some Problems", *Historia* 17 (1968), 367-381. Hubo también algunos *alimenta* privados, sin importancia para el cuadro total. (Véase cap. VII, sec. 6.)

[11] Baste con citar "Caesar", de Frederiksen.

[12] Thorstein Veblen, *Teoría de la clase ociosa* (Fondo de Cultura Económica, México), p. 19.

lo bastante rico para vivir decorosamente de sus ingresos (como él lo habría dicho), un *penes* no lo era. Este último no necesitaba carecer de propiedades o ser siquiera pobre en todo el sentido de la palabra; podía poseer una granja o esclavos, y acaso tuviera apilados unos pocos cientos de dracmas, pero tenía que dedicar su tiempo a ganarse la vida. *Penia, en suma, significaba la dura obligación de laborar,*[13] en tanto que el indigente, el hombre totalmente desprovisto de recursos, por lo general era llamado *ptochos*, mendigo, no *penes*.[14] En la última pieza que se conserva en Aristófanes, el *Pluto*, Penia es una diosa (invención del autor), que enérgicamente rechaza (versos, 552-554) la sugestión de que ella y *ptocheia* son hermanas: "La vida del *ptochos*... consiste en no tener nada, la del *penes*, en vivir frugalmente y en aplicarse al propio trabajo, en no tener un excedente, pero también en no carecer de lo necesario".

El *Pluto* es, empero, una obra muy complicada y no se le puede considerar como un texto que glorifique la *penia*, que pese a su diferencia con la miseria, en la mente popular, conservó un matiz peyorativo, precisamente como la *paupertas* de Apuleyo.[15] Su interés para nosotros es como nota de pie de página a un libro de Aristóteles y, si puedo decirlo así, también a un célebre pasaje de Cicerón, que he de citar casi por entero (*De officiis*, I.150-I):

"Por lo que hace a cuáles oficios y profesiones deben ser tenidos por liberales y cuáles por viles, esto es más o menos lo que hemos recibido por tradición: en primer lugar, se reprueban aquellas profesiones que incurren en el odio de los hombres, como la de los cobradores de gabelas y la de los usureros; después, son también serviles y despreciables las profesiones de los asalariados y de todos aquellos cuyo trabajo se compra, no sus artes; porque para ellos la paga misma es una obligación de servidumbre. También deben ser reputados como despreciables los que compran a

[13] Visscher, *Das einfache Leben*, p. 31; *cf.* C. J. Ruijgh, "Engie Griekse adjectiva die arm betekenen", en *Antidoron... S. Antoniadis* (Leyden, 1957), pp. 13-21.

[14] Las pruebas han sido sistemáticamente compiladas por J. Hemelrijk, *Πενιά* en *Πλοῦτος* (tesis Utrecht, 1928); J. J. Van Manen, *ΠΕΝΙΑ* en *ΠΛΟΥΤΟΣ* *in de periode na Alexander* (tesis, Utrecht, 1931).

[15] Visscher, *Das einfache Leben*, pp. 30-31.

los mercaderes para vender inmediatamente; porque ningún provecho obtienen sino mintiendo mucho, y nada hay más feo que el engaño. Además, todos los operarios se encuentran dentro de un oficio despreciable, porque nada de honroso puede tener un taller. Y de ninguna manera deben aprobarse aquellos oficios que sirven a los placeres: 'los vendedores de pescado, los carniceros, los cocineros, los choriceros y los pescadores', como dice Terencio. Añade a éstos, si te place, los perfumistas, los bailarines y todos los artistas de teatros frívolos de baja estofa.

"En cambio, aquellas artes en las que hay un mayor ingenio o por las que se obtiene una utilidad no pequeña, como la medicina, la arquitectura y la enseñanza de cosas honestas, son decorosas para aquéllos a cuya condición convienen. El comercio, si es en pequeño, debe considerarse despreciable: si, por el contrario, es grande y abundante y trae muchas cosas de todas partes, y participa de ellas a muchos sin engaño, no debe censurarse del todo.* Y aun parece que con toda justicia puede alabarse [el mercader] si, colmado de ganancia, o, más bien, satisfecho, igual que muchas veces de altamar al puerto, así también se retira del puerto a sus tierras y posesiones. Pero entre todas las cosas de las que se obtiene algún provecho, nada hay mejor, nada más rico, nada más agradable, nada más digno del hombre de bien que la agricultura."

¿Por qué —preguntará alguien al punto— hemos de aceptar a Cicerón como más representativo que otros moralistas a quienes antes hemos tildado de excepcionales, como Sócrates, Platón o los cínicos? Su comienzo "esto es más o menos lo que hemos recibido por tradición" (*haec fere accepimus*) es la clase de cláusula *ex parte* que no vale como testimonio. Acaso sea convincente el hecho de que *De officiis*, en que aparece el pasaje, haya sido hasta hace poco uno de los más leídos tratados de ética escritos en Occidente. Los *Offices* de Tully "dan al alma un noble curso", escribió el obispo Burnet al recomendar esta obra al clero en su *Discourse of the Pastoral Care*, publicado en 1692 y que para 1821 había llegado a catorce ediciones, aprobadas por

* Obsérvese que el comercio exterior es evaluado positivamente porque aporta bienes a los consumidores, no, en el idioma de Thomas Mun, porque aumenta el ingreso nacional.

la Sociedad para Promover el Conocimiento Cristiano para todo el que pensara ingresar en las Sagradas Órdenes.[16] La distinción entre los escritores que son más o menos representativos de un medio social particular es bien conocida en la historia de las ideas, tanto entre John Stuart Mill o Emerson y Nietzsche, por ejemplo, como entre Cicerón y Platón. Los moralistas "no representativos" ciertamente ofrecen penetrantes atisbos de las realidades de su sociedad, pero han de ser leídos de otra manera; no se les puede tomar al pie de la letra, como a simples cronistas.

A pesar de todo, no discutiré con estos argumentos. En cambio, trataré el pasaje de Cicerón como hipótesis de trabajo que deba ponerse a prueba. ¿Refleja acertadamente, sí o no, el modelo de conducta prevaleciente en tiempos de Cicerón? ¿Y más allá? Se trata de hacer una elección. Puesto que ningún hombre, ni aun Robinson Crusoe, es absolutamente libre, ¿cuán libre era un griego o un romano para escoger entre una gama de "empleos" posibles, de sus energías o de su bienes? Más precisamente, quizá, ¿qué peso se atribuía en la elección a los que hoy llamaríamos factores económicos, como maximización del ingreso o cálculos del mercado? Más precisamente aún, ¿cuán libre era un rico griego o romano, ya que obviamente los pescadores, artesanos y artistas de teatro frívolo estaban rígidamente limitados y sólo podían pensar en el tiempo libre y en la independencia como en algo utópico?

Un reciente estudio de los oficiales de baja graduación del ejército imperial de Roma comienza con las dos frases siguientes: "Se convendrá en que en la sociedad del imperio, como en todas las sociedades, de parte del individuo como de parte de la familia había un deseo de avanzar socialmente. Era tarea del emperador no frustrar este deseo, sino proveer para su satisfacción de una manera que fuese del máximo beneficio para la sociedad".[17] Que esta generalización sea válida para todas las sociedades o para

[16] Tomado de M. L. Clark, *Classical Education in Britain 1500-1900* (Cambridge, 1959), p. 169.

[17] B. Dobson, "The Centurionate and Social Mobility during the Principate", en *Recherches sur les structures sociales dans l'antiquité classique*, ed. C. Nicolet (París, 1970), pp. 99-116.

todos los sectores de una sociedad es algo demostrablemente falso, y el papel atribuido al emperador romano es extraordinariamente difícil de documentar o defender. Sin embargo, aparte de estas flaquezas, se nos presenta aquí un punto de vista familiar, no sostenido ni demostrado, sino sencillamente planteado, se convendrá en que refleja una moderna visión "individualista" del comportamiento social que un distinguido indólogo ha llamado el mayor obstáculo para una comprensión de la estructura social de la India: "Es nuestra errónea comprensión de la jerarquía. El hombre moderno es virtualmente incapaz de reconocerla por completo. Para empezar, sencillamente no se entera de su presencia. Y si, por fuerza, llama su atención, él suele eliminarla como a un epifenómeno".[18]

En su comportamiento económico, ¿dónde se encontraba el mundo greco-romano entre los dos extremos de "individualismo" y "jerarquía"? Ésta es una pregunta crucial; merece cuidadosa consideración, mediante categorías claramente definidas. Hay contextos en que, por ejemplo, es inofensiva una referencia imprecisa a las clases: yo mismo hablo de las "clases altas" de esta manera, cuando confío en que el significado es inequívoco. Sin embargo, ahora intentaré establecer la situación social con mayor precisión.

Se habrá observado ya que la clasificación de Cicerón no puede precisarse exactamente. La mayoría de los empleos específicos que enumera son ocupaciones, pero no todos: el ganar un salario no es una ocupación, como no lo es la agricultura, que abarca desde un pobre arrendatario hasta un propietario ausente de cientos o miles de hectáreas. Aunque el propio Cicerón fue un gran terrateniente, su "ocupación" no fue la agricultura, sino el derecho y la política, los cuales, comprensiblemente, dejó de mencionar. Es un excelente ejemplo de lo cierto de que, en la antigüedad, la posesión de tierras en una escala suficiente caracteriza "la falta de toda ocupación",[19] no sólo en las circunstancias particulares de Roma al final de la república, sino asimismo en la Esparta o la Atenas clásicas. Plutarco nos dice que Pericles

[18] L. Dumont, *Homo Hierachicus. The Caste System and Its Implications*, trad. al inglés M. Sainsbury (Londres, 1970), p. XVII.

[19] Veyne, "Trimalción", pp. 238-239.

heredó una posesión de su padre, y que "organizó su administración de la manera que, según consideró, sería la más sencilla y estricta. Vendía en bloque todo el producto de un año, y luego compraba en el mercado todo lo necesario... Todo gasto y toda entrada quedaban registrados por cuentas y medidas. Para lograr esta exactitud contaba con un sirviente, Evangelo, quien por talento natural o porque Pericles lo había enseñado, era insuperable en la administración de la casa". Los hijos y las hijas de Pericles, sigue diciendo Plutarco, estaban disgustados por sus métodos, "al no haber abundancia como debía haberla en una gran casa y en circunstancias generosas" (*Pericles*, 1.3-5). En este ejemplo, el desacuerdo no era por cómo adquirir riquezas, sino por cómo gastarlas. Ni Pericles ni sus descontentos hijos revelan más interés en la agricultura como profesión que Jenofonte cuando escribió el *Oikonomikos*.

Por lo que hace a los *plousioi* de la antigüedad —y sólo a ellos tenemos aquí en consideración—, las categorías de la división social ajenas a la ocupación tienen prioridad en todo análisis, y yo examinaré tres, por turnos: orden o posición (*état* en Francia antes de la Revolución, alemán *Stand*), clase y *status*.[20] "Orden" es, desde luego, el latín *ordo* pero, predeciblemente, los romanos no lo emplearon en ningún sentido sociológico preciso, así como nosotros no lo hacemos con términos comparables, y yo no me ceñiré demasiado a su uso. Un orden o posición es un grupo jurídicamente definido que forma parte de una población, con

[20] Excluyo de consideración la casta, por la buena razón de que las castas no existieron en el mundo antiguo; véase Dumont, *Homo Hierarchicus*, esp. pp. 21, 215; E. R. Leach, "Introduction: What Should We Mean by Cast?" en *Aspects of Caste in South India, Ceylan and Northwest Pakistan*, ed. Leach (Cambridge, 1960), pp. 1-10; J. Littlejohn, *Social Stratification: An Introduction* (Londres, 1972), cap. 4. Las definiciones de casta difieren notablemente, pero la mínima formulación de C. Bouglé bastará para mi argumento. Según lo presenta Dumont (p. 21), "el sistema de castas divide toda la sociedad en un gran número de grupos hereditarios, distintos unos de otros, y unidos por tres características: separación en cuestiones de matrimonio y contacto, sea directo o indirecto (alimento); *división* del trabajo: cada grupo tiene, en teoría y por tradición, una profesión de la que sus miembros sólo pueden apartarse hasta cierto límite; y, por fin, *jerarquía*, que ordena los grupos como superior o inferior entre sí". Cuando los historiadores antiguos escriben "casta" quieren decir "orden".

privilegios e incapacidades en uno o más campos de actividad gubernamental, militar, jurídica, económica, religiosa, marital, y *que se halla en una relación jerárquica con otros órdenes.* En su forma ideal, se es miembro de él por herencia, como en el ejemplo más antiguo y claro, la división de los romanos, en su primera etapa, en dos órdenes: patricios y plebeyos. Pero ninguna sociedad que no sea completamente estacionaria puede quedarse a un nivel tan sencillo, y desde luego no cuando, como en el caso de Roma, no había manera de renovar una familia patricia carente de herederos masculinos.

En cuanto Roma dejó de ser una primitiva aldea de campesinos y pastores a orillas del Tíber y empezó a extender su territorio y su poder, el sistema existente, aunque firmemente sancionado por la ley, la religión y la tradición, hubo de ser adaptado a las nuevas circunstancias para evitar que la comunidad fuese violentamente destruida. La versión de los propios romanos de los primeros siglos de la república —que conocemos por las historias de Livio y de Dionisio de Halicarnaso, que escribieron en tiempo de Augusto— tiene por tema central la pugna entre patricios y plebeyos. Entre las victorias "plebeyas" que se narran se encuentra la abolición, en 445 a.c., de la prohibición de matrimonio entre los órdenes y, por el decreto de 366 a.c., la concesión de elegibilidad a los plebeyos para uno de los dos consulados, los puestos más altos del Estado. No se requiere ningún conocimiento especial de la historia de Roma para apreciar quiénes, entre los plebeyos, fueron los beneficiarios de tales victorias. El relato es "ininteligible a menos que hubiera plebeyos ricos".[21] Otra victoria fue la abolición del *nexum*, forma de servidumbre por deudas; esta vez los beneficiarios probablemente fueron los plebeyos pobres, contra los patricios y los plebeyos ricos.

A partir de 366, no se mencionan más que 21 nombres de familias patricias. El patriciado siguió existiendo durante siglos, pero su importancia práctica pronto quedó reducida a ciertos privilegios sacerdotales y a la inelegibilidad para el cargo de tribuno, en tanto que "plebeyo" llegó a significar, poco más o menos, lo

[21] P. A. Brundt, *Social Conflicts in the Roman Republic* (Londres, 1971), p. 47. Su capítulo 3, "Plebeians versus Patricians, 509-287", quizá sea el mejor tratamiento breve del tema.

que significa hoy. La original dicotomía patricio-plebeyo había perdido su importancia. El orden superior fue entonces el *ordo* senatorial, miembros del senado, plebeyos en creciente mayoría al pasar el tiempo, orden en el sentido más estricto, pero no hereditario *de jure*, por mucho que lo fuera *de facto*. Otra adaptación ocurrió a fines del siglo II a.C., cuando el orden ecuestre fue definido *de facto* para que incluyera a todos los senadores que tuviesen un mínimo de propiedad de cuatrocientos mil sestercios.* El antiguo nombre de *equites*, caballeros, dejó de ser tomado literalmente, aunque no se suspendió el viejo rito de asignar el "caballo público" a un número selecto (1 800 o 2 400), con tonalidades honoríficas. Aun para los otros *equites*, ahora la gran mayoría dentro del orden, había un genuino significado sociopsicológico en un título arcaico "con sus asociaciones de alto rango y censo de propiedad, tradición antigua e imágenes decorativas".[22]

El entrecruzamiento de categorías revela que para fines del siglo II a.C., cuando Roma se había vuelto un imperio que incluía no sólo toda la Italia situada debajo del Po, sino también Sicilia, Cerdeña y Córcega, y toda la parte de España que podía gobernar, el norte de África, Macedonia y Grecia, los meros órdenes eran inadecuados como institución integradora, pero que, al mismo tiempo, la tradición de los órdenes era demasiado poderosa para ser abandonada. De hecho, la jerarquía ya no estaba encabezada por el orden senatorial en conjunto, sino por un grupo interno, la "nobleza" (su propio término), que no tenía definición jurídica pero que, ante todo, estaba limitada, *de facto*, a las familias que podían contar con un cónsul, pasado o presente, entre sus miembros.[23]

* Obsérvese lo burdo de la clasificación: los *equites* más ricos poseían más riqueza que los senadores más pobres.

22 M. I. Henderson, "The Establishment of the Equester Ordo", JRS 53 (1963), 61-72, en p. 61, reproducido en R. Seager, ed., *The Crisis of the Roman Republic* (Cambridge y Nueva York, 1969), pp. 69-80. Creo que huelga considerar en detalle la confusa historia de los *equites equo publico*, para la cual lo más reciente que puede verse es T. P. Wiseman, "The Definition of 'Eques Romanus' in the Late Republic and Early Empire", *Historia* 19 (1970), 67-83.

23 P. A. Brunt, "*Nobilitas and Novitas*", JRS 72 (1982), 1-17; Keith Hopkins, *Deathand Renewal* (Cambridge, 1983), cap. 2. Sobre la movi-

La nobleza no era un orden, sino lo que brevemente definiré como *status*. Cuando la república fue remplazada por una monarquía, en tiempo de Augusto, el emperador revitalizó el sistema de órdenes en grado considerable, pero para mis propósitos es innecesario seguir adelante con la historia de Roma,[24] como no sea para esclarecer un último punto. Todo lo que hasta aquí he dicho acerca de órdenes corresponde a los propios romanos. Pero, ¿quiénes eran los romanos del siglo II a.C., o los de la época de Augusto? No eran una nacionalidad ni una raza, sino los miembros de un grupo rigurosamente definido, el cuerpo de los ciudadanos romanos, y éste, asimismo, debe incluirse entre los órdenes, aunque con referencia a los extranjeros antes que en lo interno, y por tal razón no fue clasificado así por los propios romanos.* Nuestra palabra "ciudadano" tiene la misma conexión filológica con "ciudad" que el latín *civis* y el griego *polites*, pero con una connotación mucho más débil, ya que en los siglos formativos de ambas civilizaciones la "ciudad" fue una comunidad unida por la religión, la tradición, la intimidad y la autonomía política, de ciertas maneras a las que no puede aspirar ninguna ciudad moderna. Por lo tanto, la ciudadanía implicaba un nexo de privilegios y obligaciones en muchas esferas de la actividad, jurídicamente definidos y celosamente protegidos; era la calidad de miembro de una orden en el sentido más estricto de la palabra, en especial cuando en el interior empezaron a residir "extranjeros" en número considerable.[25] Después de todo, la ciudadanía romana fue por lo que los llamados "aliados" italianos de Roma fueron a la guerra en 91 a.C. Au-

lidad social a este nivel, véase T. P. Wiseman, *New Men in the Roman Senate 139 B.C.-A.D. 14* (Londres, 1971), obra útil pese a las objeciones que haré notar en otra parte de este capítulo.

[24] Véase K. Hopkins, "Elite Mobility in the Roman Empire", *Past & Present*, no. 32 (1965), 12-26; H. Pleket, "Sociale Stratificatie en Sociale Mobiliteit in the Romense Keizertijd", *Tijdschrift voor Geschiedenis* 84 (1971), 215-251; M. Reinhold, "Usurpation of Status and Stautus Symbols in the Roman Empire", *Historia* 20 (1971), 275-302.

* Los romanos se referían a veces al *status civitatis* (*cf. status libertatis*), pero en la clasificación que estoy aplicando lo correcto es "orden", no "status".

[25] Véase Crok, Law, pp. 37-45.

gusto (*Res gestae*, 8.3-4) registró 4 233 000 ciudadanos romanos en un censo del año 8 a.c., 4 937 000 en 14 d.c., la mayoría habitantes de Italia, en el periodo en que calculamos que la población total del imperio debió de ser de 50 o 60 millones.

La historia de los órdenes de Grecia es menos compleja, pero comparable en muchos aspectos importantes.[26] Las diferencias, en mi opinión, pueden explicarse, en primer lugar, por la ausencia en Grecia de una expansión en gran escala, el principal factor de complicación en Roma; en segundo lugar, por el surgimiento en Grecia de la democracia, nunca conseguida en Roma. Fue precisamente en los estados democráticos donde más completo fue el cambio, de órdenes a grupos de *status*, en el periodo clásico, después de 500 a.c.[27] Antes, los órdenes habían estado en clara evidencia; está allí el ejemplo de la reforma —debida a Solón— de la constitución ateniense, tradicionalmente efectuada en 594 a.c., por la cual Solón dividió al cuerpo de ciudadanos en cuatro categorías, definida cada una por un mínimo establecido de propiedades.[28] Pero para el estudio de la economía griega la distinción de mayores repercusiones, que continuó durante todo el período clásico tanto en los estados democráticos como en los oligárquicos, fue la que se estableció entre el ciudadano y el no ciudadano, porque se trató de una regla universal —no conozco ninguna excepción—, según la cual la propiedad de tierras era prerrogativa exclusiva de los ciudadanos. El privilegio fue extendido en ocasiones a no ciudadanos individuales, pero rara vez y sólo por algún poderoso estímulo.

[26] Al presentar el volumen sobre la estructura social citado en la nota 17, Nicolet observa (pp. 11-12), que el título original del coloquio del cual surgió el libro, "Odres et classes dans l'Antiquité", fue abandonado porque tal título "habría eliminado a los historiadores de Grecia". Esta decisión me parece basada en un concepto demasiado estrecho de los órdenes, similar al del derecho romano.

[27] La situación social y política que se desarrolló en la época helenística introduce nuevas complicaciones que requerirían demasiado espacio para los limitados objetivos del presente análisis. Tampoco he considerado necesario entrar (más que en una referencia de paso) en la ulterior complicación de la doble ciudadanía en el imperio romano.

[28] El sistema de Solón es el ejemplo clásico para la antigüedad de "una estructura social en que el *status* no estaba predeterminado por nacimiento": Ossowski, *Class Structure*, p. 42.

Considérense por un momento las consecuencias en una ciudad como Atenas donde la proporción de los residentes no ciudadanos masculinos a los ciudadanos masculinos varió en diferentes momentos, posiblemente de 1:6 a quizá 1:2½. Muchos de los no ciudadanos se dedicaban activamente al comercio, la manufactura y el préstamo, y algunos se movían en círculos sociales más elevados, como por ejemplo Céfalo de Siracusa, en cuya casa había de situar Platón (desde luego, ficticiamente) el diálogo que conocemos como la *República.* Céfalo no podía poseer ni tierras labrantías, ni viñas, ni la casa en que vivía; ni siquiera podía prestar dinero sobre tierras como garantía, ya que no tenía derecho a juicio hipotecario. A su vez, los ciudadanos atenienses que necesitaban efectivo no podían obtener prestado fácilmente de los no ciudadanos, los principales prestamistas. Esta barrera entre la tierra y el capital líquido era un impedimento puesto a la economía, pero, siendo producto de una jerarquía social jurídicamente definida y aplicada, estaba cimentada demasiado firmemente para poder ser derribada.[29]

Lo que yo he llamado los "órdenes" solonianos es comúnmente nombrado las "clases" solonianas. En principio, los miembros de todo sistema de clasificación son, desde luego, "clases", por definición. Sin embargo, hay una diferencia, que de algún modo hemos de expresar, entre los grupos que están jurídicamente definidos y los que no lo están, y algunos estudiosos han propuesto "órdenes" para los primeros y "clases" para los últimos. No puede haber así desacuerdo, más que en la exactitud de los hechos argüidos en un ejemplo particular, sobre si un hombre era miembro o no de uno de los órdenes de Solón o del orden patricio o senatorial en Roma; la distinción es objetiva, en tanto que, al menos en la sociedad moderna en que se la puede examinar, hay una persistente incertidumbre —aun en los casos en que el propio sujeto hace la afirmación— sobre si un hombre pertenece a la clase media, alta o baja.[30]

[29] Véase mi escrito "Land, Debt, and the Man of Property in Classical Athens", *Political Science Quarterly* 68 (1953), 249-68, reproducido en Finley *E. & S.*, cap. 4.

[30] Existe al respecto una vasta literatura; véase brevemente Ossowski, *Class Structure*, pp. 44-49.

Historiadores y sociólogos no acaban de ponerse de acuerdo respecto a la definición de "clase" o de los cánones por los cuales asignar a alguien una clase. Ni aun el concepto marxista de clase, aparentemente claro e inequívoco, deja de tener sus dificultades. Se clasifica a los hombres por su relación con los medios de producción, en primer lugar entre aquéllos que poseen y aquéllos que no poseen medios de producción; en segundo lugar, los primeros son divididos entre los que trabajan y los que viven del trabajo de otros. Sea cual fuere la aplicabilidad de tal clasificación a la sociedad actual,[31] para el historiador de la antigüedad presenta una dificultad obvia: el esclavo y el jornalero libre resultan entonces, según una interpretación mecánica, miembros de la misma clase, como también el más rico de los senadores y el ocioso propietario de una pequeña alfarería. Éste no parece un modo muy sensato de analizar la sociedad antigua.[32]

Para el historiador, el atractivo de la economía capitalista orientada hacia el mercado, se revela con su mayor intensidad en este punto. Un libro importante acerca de los *equites* romanos fue publicado en 1952 (por H. Hill) con el título de *The Roman Middle Class*, y la clase media, como todos sabemos, es de hombres de negocios. Nada ha falseado más la historia de fines de la república romana que esta espuria imagen de los *equites*, llamados hombres de negocios, capitalistas, la nueva clase poseedora, *ad lib.*, basada en la común y muy enraizada suposición de que tenía que haber una poderosa clase capitalista entre la aristocracia poseedora y los pobres. Ya hemos visto que *equites* eran un orden en sentido estricto, y se ha demostrado que en su abrumadora mayoría eran terratenientes. Cierto, había una pequeña pero importante sección entre ellos, la de los publicanos, que negociaban con contratos públicos, cobro de impuestos y préstamos en grande escala, principalmente a las comunidades de las provincias que tenían

[31] Véase el brillante análisis en *ibid.*, esp. cap. 5.

[32] Véase P. Vidal-Naquet, "Les esclaves grecs étaient-ils une classe?" *Raison présente*, núm. 6 (1968), 105-111; en su obra *Le Chasseur Noir* (ed. rev., París, 1983), pp. 211-221; *cf.* sec. 2 del cap. VII, *infra*, para un análisis extenso.

dificultades con los impuestos que estos mismos publicanos colectaban para el Estado romano. Yo no subestimo a estos hombres, pero ni formaban una clase —es importante notar que se les pedía ofrecer tierras como garantía de sus contratos— ni eran representativos de un orden ecuestre en general, ni participaban en la manufactura y el comercio en gran escala, ni había una lucha de clases entre ellos y los senadores. Un vasto edificio ficticio, construido sobre una sola suposición falsa acerca de las clases, aún pasa por historia de Roma en no pocos libros.[33]

Hace medio siglo Georg Lukács, ortodoxo marxista, hizo la atinada observación de que en las sociedades precapitalistas "la conciencia de *status*... cubre la conciencia de clases". Con ello quería decir, en sus propias palabras, que la "estructuración de la sociedad en castas y jerarquías determinó que los elementos económicos quedaran *inextricablemente* unidos a los factores políticos y religiosos"; que "las categorías económicas y legales están *entretejidas* objetiva y realmente de tal modo que son inseparables".[34] En suma, ni desde la perspectiva marxista ni desde la no marxista es la clase una categoría suficientemente delimitada para nuestros propósitos —aparte de las seguras pero vagas "clases altas" (o bajas) a que ya me he referido—, y aun necesitamos un término que abarque a los "inferiores" de Esparta (técnicamente ciudadanos que habían perdido sus posesiones de tierra), a la nobleza de fines de la república romana, a los "amigos del rey" que formaban el círculo gobernante alrededor de los primeros reyes helenísticos,[35]

[33] Escribo muy positivamente gracias a los estudios definitivos de P. A. Brunt, "The Equites in the Late Republic", en *Proceedings... Aix*, pp. 117-149, con un comentario de T. R. S. Broughton, pp. 150-162, reproducidos ambos en Seager, *Crisis*, pp. 83-130; y C. Nicolet, *L'ordre équestre a l'époque républicain* (312-43 *av. J.C.*) (París, 1966), para lo cual véase el comentario de Brunt en *Annales* 22 (1967), 1090-1098.

[34] *History and Class Consciousness*, trad. R. Livingstone (Londres, 1971), pp. 55-59, *cf.* W. G. Runciman, "Capitalism without Classes...", *British Journal of Sociology* 34 (1983), 57-81; J.-P. Vernant, *Mythe et société...* (París 1974), pp. 11-19.

[35] Véase C. Habicht, "Die herrschende Gesellschaft in den hellenistischen Monarchien", *Vierteljahrschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte* 45 (1958), 1-16.

a los hombres en quienes estaba pensando Cicerón al aprobar las profesiones de la medicina, la arquitectura y la enseñanza "para aquellos cuya condición convienen"...[36] y a Trimalción.

Trimalción era un ex-esclavo, un liberto, y los romanos reconocían un *ordo libertinorum*, pero se daban cuenta de la insignificancia de semejante orden y rara vez se referían a él. Por su riqueza, Trimalción podía parangonarse con los senadores, y también por su "clase", en el sentido marxista, y aun por su estilo de vida, mientras consideremos tan sólo su esotérico lujo y su aceptación de ciertos valores "senatoriales", la posesión de grandes extensiones como "no ocupación" y el orgullo en su auto-suficiencia económica. Pero no si miramos más allá, a las actividades de las que por ley estaba excluido como liberto, a los círculos sociales de los que asimismo estaba excluido, y en los que no hizo el menor esfuerzo por irrumpir. Se ha dicho irrefutablemente que, en contraste con el *bourgeois gentilhomme* de Molière, Trimalción no fue un *parvenu*, porque nunca llegó.[37]

Es para tales distinciones para las que propongo la palabra *status*, palabra admirablemente vaga, con un considerable elemento psicológico. Trimalción ha sido comparado con el pompeyano que se llamaba a sí mismo *princeps libertinorum*, el primero entre los libertos,[38] y esto es un *status*. Los ricos, romanos y griegos, por la naturaleza de las cosas eran miembros de categorías entrecruzadas. Algunas eran complementarias, como la ciudadanía y la propiedad de la tierra, pero otras generaban tensiones y conflictos en el sistema de valores y en las pautas de conducta, como entre liberto y hombres libres. Aunque un orden o categoría ocupaba una posición de superioridad o inferioridad hacia otras, normalmente no era igualitaria en lo interno[39] —como quedó reconocido, al menos implícitamente,

[36] En latín es *quorum ordini conveniunt*, pero sin duda Cicerón utiliza aquí *ordo* en su sentido genérico, no en el técnico de un orden o categoría. Ya he indicado que no utilizo "status" en el sentido de los romanos cuando hablaban en términos jurídicos.

[37] Veyne, "Trimalción", pp. 244-245.

[38] *Ibid.*, p. 240.

[39] Véase Ossowski, *Class Structure*, cap. 7.

en el orgullo de Pericles por los privilegios de los atenienses pobres que podían beneficiar su ciudad— y las tensiones resultantes podían acabar en rebelión abierta, como cuando unos empobrecidos nobles romanos participaron en la conspiración de Catilina en 63 a.c.

No me dedicaré a apilar ejemplos, que son muy abundantes; sólo me detendré para indicar el desarrollo en los siglos finales de la antigüedad. La expansión romana introdujo una complicación más: el separado *status* local y nacional (romano), en particular de la ciudadanía local y la romana —un hombre libre podía tener una o ambas—, y luego los emperadores gradualmente menoscabaron la ciudadanía romana, hasta que Caracalla, probablemente en 212 d.c., le quitó todo significado al extenderla virtualmente a todos los hombres libres del imperio. Los órdenes proliferaron sin miramientos, con abundante uso de los títulos en superlativo, *clarissimus*, *perfectissimus*, etcétera.[40] Aunque la apariencia es de una *reductio ad absurdum*, la realidad era que los hombres pugnaban por el favor imperial, trepando de un orden a otro, no sólo por el honor, sino también por los emolumentos pecuniarios.

Y ahora, finalmente, ¿qué tiene que ver todo esto con la cuestión de las críticas morales de Cicerón y las realidades económicas de la sociedad antigua? La respuesta convencional aparece con regularidad monótona, como en un libro reciente acerca de los libertos de la época de Cicerón. Leemos allí que las "rígidas opiniones" de Cicerón representaban el "prejuicio aristocrático", el "esnobismo y la nostalgia por un pasado agrícola". En "la práctica, las cosas eran distintas. Cicerón sin duda medraba, aunque indirectamente, de su oratoria; senadores como Bruto a menudo especulaban con la usura; el irreprochable *eques*, Ático, se dedicaba a la publicación, a la banca y a la producción agrícola".[41] Otro estudioso muestra que Cicerón no repre-

[40] Véase H. G. Pflaum, "Titulature et rang social durant le Haut-Empire", en *Recherches* (citado en la nota 17), pp. 159-185; P. Arsac, "La dignité sénatoriale au Bas-Empire", *Revue historique de droit français...* 4º ser., 47 (1969), 198-243.

[41] S. Treggiari, *Roman Freedmen during the Late Republic* (Oxford, 1969), pp. 88-89.

senta el sentir general, elaborando un complicado argumento en favor de la posibilidad, acaso probabilidad (pero no más), de que dos de los principales fabricantes de alfarería de Arretium en este mismo periodo fuesen miembros de familias senatoriales terratenientes.[42] Otro más nos asegura que, en resumen, "a este respecto, poco separaba al senador del rico no senador".[43]

¡Ojalá fuera así de sencilla la historia social y económica! Cicerón sostiene lo que, en su opinión, es un juicio social prevaleciente (sentimientos similares abundan en las literaturas griega y romana), pero se le echa a un lado mediante la enumeración de unos cuantos hombres que no obedecían sus preceptos. Semejante argumento no requiere precisión ni detalle. Palabras como "prejuicio", "esnobismo", "sofisma" no tienen cabida en el análisis; la producción agrícola es de lo que trata la propiedad de la tierra, y resulta difícil utilizarla contra Cicerón; la abogacía, como hemos visto, fue omitida por Cicerón en su catálogo. No se hace el menor intento de un análisis cuantitativo. Tampoco se establecen distinciones, aunque muy a mano tengamos algunas bastante obvias.

Aclaremos las cosas. Ni en la Roma de Cicerón ni en ninguna otra sociedad compleja se condujeron todos los hombres de acuerdo con los cánones aceptados. He de repetir semejante perogrullada por causa de los continuos argumentos basados en excepciones. Tampoco sostendré que los arcaicos valores de la

[42] T. P. Weiseman, "The Potteries of Vibienus and Rufrenus at Arretium", *Mnemosyne*, 4º ser., 16 (1963), 275-283. En *New Men*, p. 77, Weiseman dice del pasaje *De officiis* que la actitud allí expresada "se basaba en ... el recuerdo idealizado de hombres como L. Cincinato..., que laboraron en sus pequeñas granjas, sin necesitar dinero. La supervivencia de ese ideal, que en la práctica llegó a ser caduco en cuanto Roma pasó de la que era, básicamente, una economía de subsistencia, se debió en gran parte a las opiniones y a la influencia de Catón el Mayor". La idea de que Catón o Cicerón estaban perpetuando un ideal en que "no había necesidad de dinero" resulta tan asombrosa que no sé qué contestar, como no sea recomendar una lectura de las obras de Catón y de Cicerón, y considerar la influencia griega sobre el pasaje de *De Officiis* (véase, por ejemplo, Séneca, *Epístolas morales* 88, 21-23); *cf.* D. Nörr, "Zur Sozialen und rechtlichen Bewertung der freien Arbeit in Rom", Z-55-82 (1965), 67-105, en pp. 72-79.

[43] Frederiksen, "Caesar", p. 131, nota 26.

Grecia Homérica o la Roma legendaria de sus principios aún estaban intactos y eran obligatorios en periodos posteriores. Pero la alternativa no necesariamente es entre valores arcaicos y total falta de valores. Antes de desechar definitivamente a Cicerón, hemos de decidir si la nueva libertad de enriquecerse era total o no, aun para la nobleza, o si, por ley o convención, los hombres todavía eran empujados hacia determinadas fuentes de riqueza de acuerdo con su *status*.[44] La edad de Cicerón nos ofrece la mejor demostración posible: fue una época de descomposición política, de las más enconadas luchas por el poder, en que pocas posesiones quedaron intactas, de profundos cambios en la conducta moral tradicional, de gran tensión entre valores y prácticas. Si alguna vez podemos tener esperanzas de encontrar señales de un estilo "moderno" de actividad económica en la antigüedad, es entonces, y por lo tanto, podemos tildar de huecas y altisonantes todas las formulaciones como las de Cicerón en *De officiis*.

Empezaré por el préstamo y la usura. Los romanos, a diferencia de los griegos, desde sus principios intentaron determinar por ley las tasas de interés, en general no sin éxito.[45] Pero la época de Cicerón fue anormalmente complicada: las exigencias de la política, como entonces se manifestaban, y del consumo ostensible —elemento de la política— movieron a la nobleza, así como a otros, a prestar dinero en una escala enorme. El soborno electoral, un costoso tren de vida, onerosísimos juegos públicos y otras formas de magnificencia ostentosa se habían vuelto ingredientes necesarios de las carreras políticas. Para quienes poseían riquezas en tierras, las presiones eran intensificadas por una escasez de valores líquidos, o de efectivo. En consecuencia,

[44] En lo que sigue me concentraré en gran parte en la convención, dando de lado leyes tales como la promulgada en 218 a.c., que limitaba las dimensiones de los barcos que podían poseer los senadores a las de naves costeras lo bastante grandes para transportar los productos de sus propias tierras. Los disuasivos legales son, en conjunto, meros detalles, sólo efectivos cuando el clima social es favorable, y es este último, por lo tanto, el que importa.

[45] La documentación puede encontrarse en el libro, bastante caótico, de G. Billeter, *Geschichte des Zinsfusses im Griechisch-römischen Altertum* (Leipzig, 1898).

muchas maniobras políticas incluían toda una intrincada red de préstamos y garantías. Pedir prestado creaba una obligación política, hasta que se obtuviera la gubernatura de una provincia y se pudiera pagar. De allí que la extorsión a menudo se convirtiera en las provincias en necesidad personal y que todo el tiempo hubiera allí grandes tensiones a este elevado nivel de la sociedad romana, en cuestiones de dinero. Sólo unos cuantos, como Pompeyo y Craso, eran tan ricos que podían estar libres de ansiedades. Los riesgos, asimismo, eran considerables: la bancarrota podía llevar al desastre si los acreedores de alguien decidían abandonarlo en lo político; ello podía significar la expulsión del senado y el juicio hipotecario de sus posesiones.[46]

El propio Cicerón pidió 3 500 000 sestercios al 6% a prestamistas profesionales, con objeto de comprar a Craso una lujosa casa en el Palatino. Como explicó en una carta, lo habían considerado "un buen riesgo" porque era un inveterado defensor de los derechos de los acreedores.[47] En fecha posterior, Cicerón pidió prestados a César 800 000 sestercios, lo que le causó gran embarazo al empezar a pasarse al bando de Pompeyo;[48] después, en 47 o 46, cuando César ya era amo de la situación, Cicerón prestó a Faberio, secretario del dictador, una fuerte suma (no especificada), y tal préstamo resultó un mal negocio.[49] No se sabe si alguno de tales préstamos fue con intereses, pero no hay duda de que tanto Craso como César, entre otros, hicieron grandes préstamos sin intereses a hombres políticamente útiles.[50]

[46] Véase Frederiksen, "Caesar"; J. A. Crook, "A Study in Decoction", *Latomus* 26 (1967), 363-376.

[47] *Cartas a sus amigos* 5.6.2. *Cf.* su tronante denuncia, *De officiis*, 2.78-84, de las medidas de abolición de deudas, en particular las de César, a las que llama robo en el mismo plano que las leyes agrarias; estaba protegiendo a la propiedad, no a los prestamistas.

[48] *Cartas a Ático*, 5.4.3; 7.3.11; 7.8.5.

[49] Véase O. E. Schmidt, *Der Briefwechsel des M. Tullius Cicero von seiner Prokonsulat in Cilicien bis zu Caesars Ermordung* (Leipzig, 1893), pp. 289-311.

[50] Véase brevemente Gelzer, *Nobility*, pp. 114-117. La referencia de Cicerón en 54 a.c., *Cartas a sus amigos*, 1.9.18., a la gran *liberalitas* de César para con él y con su hermano no necesariamente se refiere al préstamo de 800 mil sestercios, que no puede datarse, pero del que por primer vez se hace mención en 51 a.c. (*Cartas a Ático*, 5.5.2.) pero la palabra *libera-*

Por desagradable que pueda ser la comparación, estaban demostrando en la práctica lo que había querido decir Aristóteles cuando escribió (*Moral a Nicómano*, 1133 a 4-5) que "es un deber no sólo pagar un servicio prestado, sino también tomar la iniciativa al prestar un servicio".

Debemos registrar un ejemplo más. En algún momento entre 58 y 56 a.c., Bruto, ese parangón de nobleza, siendo joven aún, prestó una suma considerable a la ciudad de Salamina, en Chipre, con un interés del 48%. Cuando llegó el momento de que Bruto cobrara, a Cicerón lo embargó la tristeza, y como gobernador de Cicilia trató de liquidar el asunto a la tasa legal de 12%.[51]

No fue esa la única deuda romana que Cicerón trató activamente de cobrar durante su gubernatura, ni siquiera la única deuda a Bruto. ¿Qué queda, entonces, de "aquellas profesiones que se reprueban porque incurren en el odio de los hombres, como la... de los usureros (*faeneratores*)"? Cicerón el hombre práctico, ¿no estaba poniendo en ridículo a Cicerón el moralista?

Yo creo que no, si se establecen las distinciones apropiadas. En ninguna parte tilda Cicerón de innecesarias a las ocupaciones bajas. ¿Dónde, fuera de la Tierra de Nunca Jamás, se podría prescindir de ellas? Los prestamistas eran tan indispensables en el mundo de Cicerón (y para él personalmente) como los tenderos, los artesanos, los perfumistas y los médicos. La única cuestión que estaba tratando era el *status* moral (y social) de quienes ejercían tales profesiones. No había contradicción entre sus solicitudes de préstamo a *faeneratores* profesionales con el fin de comprarse una casa correspondiente a su posición y su

litas ciertamente señala la falta de intereses, si Cicerón es constante en el significado que le da, por ejemplo, en *De officiis*, 1.43-44; *Leyes*, 1.48. La sugestión de que César cargaba intereses se basa en la frase elíptica "los 20 mil y los 800 mil", en dos cartas a Ático, 5.5.2. y 5.9.2. Pero 20 mil resulta desconcertante si es el interés (al 2 1/2 por 100) de 800 mil; en la antigüedad, las tasas de interés normalmente eran en múltiplos o fracciones de doce, es decir, a tanto por mes.

[51] Los principales textos son de Cicerón, *Cartas a Ático*, 5.21; 6.I; véase el breve relato de E. Badian, *Roman Imperialism in the Late Republic* (2ª ed., Oxford, 1968), pp. 84-87.

denigración de esos mismos *faeneratores* como personas.* Bruto, Craso y César eran cuestión aparte. Prestaban grandes sumas de dinero, pero no eran usureros; eran hombres de guerra y de política, las dos actividades más apropiadas a la nobleza. Se reconocía que tales hombres sin desdoro podían poner a trabajar su excedente en efectivo por medio de préstamos de actividad secundaria que no los distraía de sus nobles carreras de "tiempo completo". En los días de Cicerón había la virtud adicional de que esta forma de ganar dinero en gran parte era política, ejercida en las provincias, a expensas de los sometidos y los derrotados en las lides políticas. Ni en sueños hubiese llamado Cicerón *faeneratores* a estos prestamistas no profesionales.[52]

La oportunidad de "ganar dinero en la política" resulta difícil de sobrestimar. El dinero afluía en botines, indemnizaciones, impuestos de provincias, préstamos y exacciones misceláneas en cantidades sin precedentes en la historia greco-romana, y a una tasa cada vez más acelerada. El tesoro público se beneficiaba, sí, pero probablemente la mayor parte se quedaba en manos privadas; en primer lugar, de los nobles; luego, en proporciones adecuadamente decrecientes, entre los *equites*, los soldados y aun la plebe de la ciudad de Roma.[53] Tampoco deben olvidarse las guerras civiles: algunas de las grandes fortunas fueron fundadas por las proscripciones y confiscaciones de Sila,[54] y también por la victoria de Augusto sobre Antonio. No obstante, todo el fenómeno es comprendido mal si se le clasifica bajo el rubro de "corrupción" y "prevaricación", como persisten en hacerlo los historiadores.[55] Cicerón fue un honrado gobernador de Cilicia

* "Ningún joven de carácter", escribió Plutarco (*Pericles* 2.1-2), "viendo al Zeus de Olimpia o la Hera de Argos, quisiera ser Fidias o Policleto... Pues, si una obra lo deleita a uno con gracia, no necesariamente se sigue que quien la creó sea digno de su estima".

[52] Sobre los temas aquí analizados, véase A. Bürge, "Vertrag und personale Abhängigkeit im Rom der späten Republik und der frühen Kaiserzeit", *Z & S* 97 (1980), 105-56, esp. pp. 114-38.

[53] W. V. Harris, *War and Imperialism in Republican Rome* (Oxford, 1979), pp. 68-104; Badian, *Imperialism*, caps. 5-6; A. H. M. Jones, *The Roman Economy*, ed. P. A. Brunt (Oxford, 1974), pp. 114-22. (Véase además, cap. VII, sec. 7.)

[54] Véase Brunt, *Manpower*, pp. 301-305.

[55] En la obra clásica de Lily Ross Taylor, *Party Politics in the Age of*

en 51 y 50 a.c., de modo que al término de su gestión sólo había ganado lo que legítimamente le correspondía: más de 2 200 000 sestercios,[56] más del triple de la cifra de 600 000 que una vez mencionó (*Paradoxa Stoicorum*, 49) para ilustrar un ingreso anual que hiciera posible una vida sin lujos. Nos encontramos ante algo estructural de la sociedad.

Lo que diferenció la última época de la república romana fue la escala y la concentración del esfuerzo. En las ciudades-Estados griegas, aun en el periodo helenístico la regla consistía en que el comandante en el campo "podía disponer, en varias formas, de los productos de la venta del botín... pero lo que se llevaba de vuelta pasaba a ser propiedad del Estado".[57] Desde luego, no conocemos las proporciones, cosa obviamente importante, pero los ejemplos probados de generales que adquirieron considerables riquezas son casos de hombres que prestaban servicios mercenarios para tiranos o reyes extranjeros. Las reglas romanas eran similares, pero un cambio de la costumbre, si no de la ley, se hizo visible en las primeras conquistas fuera de Italia, en las guerras contra Cartago en el siglo III a.c. El enriquecimiento de los comandantes del ejército por el botín fue el equivalente militar del enriquecimiento de la aristocracia senatorial mediante tierras conquistadas y confiscadas en Italia.[58]

Entonces, cuando las relativas paz y quietud del imperio romano (y los intereses de los emperadores) pusieron fin a tales posibilidades, el enriquecimiento privado por la guerra y la ad-

Caesar (Berkeley y Los Angeles, 1949), la siguiente entrada en el índice, "Bribery, see Elections, Jurors, Malpractice", abarca todo lo que se ha dicho sobre los aspectos financieros, que no es gran cosa. *Cf.* D. Stockton, *Cicero, A Political Biography* (Londres, 1971), p. 240, acerca del préstamo de Bruto a los salaminios: "Todo el asunto apesta a corrupción."

[56] Un siglo después, cuando las grandes fortunas estaban haciéndose cada vez mayores, Plinio el Joven, no uno de los senadores más ricos, pero que estaba lejos de ser el más pobre, tenía un ingreso anual calculado en cerca de 2 millones de sestercios; véase Duncan-Jones, "The Finances of Pliny". Cicerón, incidentalmente, depositó sus ingresos de Cilicia en manos de los de Efeso, y al final fueron confiscados por los agentes de Pompeyo; véase Schmidt, *Briefwechsel*, pp. 185-189.

[57] Pritchett, *Military Practices*, p. 85.

[58] I. Shatzman, "The Roman General's Authority over Booty", *Historia* 21 (1972), 177-205.

ministración se logró mediante otra técnica: el favor real según el modelo helenístico. Ésta, por decirlo así, fue la versión imperial de la política como camino a la riqueza. Se nos dice que Mela, hermano de Séneca, "se guardó de buscar un oficio público, por causa de una perversa ambición de adquirir la influencia de un cónsul sin dejar de ser un *eques* romano; también creyó que el camino más corto hacia la adquisición de riquezas pasaba por las procuradurías para la administración de los asuntos del emperador" (Tácito, *Anales*, 16.17). Al propio Séneca, senador y en un tiempo tutor y consejero de Nerón, se le atribuyó haber amasado una fortuna de trescientos millones de sestercios,[59] algunos de ellos, sin duda, su parte de las propiedades confiscadas de Británico, el cuñado de Nerón que falleció poco antes de cumplir 14 años en 55 d.c., probablemente envenenado.

Esta voracidad adquisitiva en los estratos superiores se complica por el hecho de que sus riquezas básicas estaban en la tierra, y de que, por ello, se enfrentaban a una escasez crónica de efectivo —que en este mundo significaba monedas de oro y plata, exclusivamente— siempre que necesitaban grandes sumas, fuese para los gastos tradicionales de los hombres de alta condición, como caballos finos o dotes para sus parientes, fuese para los gastos no menos tradicionales requeridos por la ambición política. Tales gastos tenían un impulso propio, que ayudaba a determinar el grado de rapacidad, a expensas tanto de los enemigos internos en una guerra civil cuanto de los pueblos conquistados y sometidos en cualquier tiempo. Incluir entre los "empleos" la actividad militar y política que producía esta clase de ingreso puede parecer lógico a una mentalidad moderna; habría sido erróneo de acuerdo con los cánones antiguos, y Cicerón está en lo cierto al no mencionarla, así como lo está y no incurre en contradicción alguna al distinguir los usureros profesionales de los préstamos de sus colegas senadores.

Igual razón tuvo, y no careció de agudeza, al omitir de la lista de ocupaciones que requieren "un mayor ingenio" aquella que lo elevó a una destacada posición en el Estado: la práctica del derecho público. En Roma, abogados y jurisconsultos ocupaban un sitio especial en la jerarquía; su labor estaba estrecha-

[59] Tácito, *Anales*, 13.42; Dión, 61.10.3.

mente relacionada con la política, y era considerada igualmente honorífica. Una ley de 204 a.c., prohibió a los abogados recibir emolumentos o ir al tribunal a recobrar dinero de sus clientes bajo ningún pretexto. No fue fácil poner en vigor esa ley, y se sabe de infracciones. Sin embargo, no al nivel de Cicerón, por la sencilla razón de que los grandes abogados y jurisconsultos de la república no necesitaban estipendios. "Si Cicerón dejaba complacido a un cliente, más tarde estarían a su disposición la bolsa, los amigos y la influencia del cliente",[60] precisamente como si hubiese prestado sin intereses dos millones de sestercios a un colega político. Esto no ocurría en Roma en las otras profesiones (en nuestro sentido). El jurista Juliano, en el siglo II d.c., estableció la siguiente regla (*Digesto*, 38.I.27): "Si un liberto ejerce el arte de la pantomima, debe ofrecer sus servicios gratis no sólo a su patrón, sino también para diversión de los amigos de éste. Del mismo modo, un liberto que practique la medicina, a solicitud de su patrón debe tratar a los amigos de éste sin costo alguno." El *status* de los médicos, en realidad, varió grandemente en distintos periodos y lugares del mundo antiguo. Entre los griegos gozaron de general estima, y también en el imperio romano, pero allí quienes la practicaban generalmente eran esclavos, libertos y extranjeros,[61] de modo que cuando Juliano piensa en los médicos junto con la humilde condición de los pantomimos, ello no es un insulto gratuito.

Hasta aquí, en suma, el moralista Cicerón no ha resultado un mal guía de los valores prevalecientes. El asunto se vuelve más difícil cuando nos volvemos al comercio y la manufactura, en cierto modo el meollo del problema. Siempre es difícil sostener un argumento negativo. Debe reconocerse que las fuentes antiguas están deformadas, por ser incompletas y parciales, que había violaciones al código ciceroniano mediante asociaciones subrepticias, o por medio de esclavos y libertos.[62] Estos argumentos

[60] Crook, *Law*, p. 90.

[61] K.-H. Below, *Der Arzt im römischen Recht* (Munich, 1953), pp. 7-21; *cf.* K. Visky, "La qualifica della medicina e dell'architettura nelle fonti del diritto romano", *Iura* 10 (1959), 24-66.

[62] Estas posibilidades son concisamente tratadas por Broughton, en Seager, *Crisis*, pp. 119-121.

son legítimos, aunque a menudo se rebajan hasta la conjetura ilegítima: ¿Por qué habrían levantado los *pragmateutai* del Pireo una estatua a la mujer de Herodes Ático (el hombre más rico y poderoso de Atenas en el siglo II d.C.)?, pregunta un investigador, y luego se contesta, sin ninguna prueba: Porque eran los agentes comerciales de Herodes.[63] El punto decisivo sigue siendo que, contra los ejemplos conocidos —relativamente pocos— de asociaciones subrepticias y recursos similares, no puede identificarse un solo ecuestre destacado "que fundamentalmente fuera un mercader"[64] o unos *equites* "que participaran ellos mismos en el tráfico de granos o que intervinieran personalmente en el comercio marítimo"[65]. Y hablamos de *equites*, no pensemos siquiera en senadores.

Los terratenientes se preocupaban, desde luego, por la venta de sus productos (a menos que sus tierras estuviesen en manos de arrendatarios), se preocupaban a través de sus alguaciles y mayordomos, como Evangelo, el hombre de confianza de Pericles y, al menos en Italia, si su tierra contenía buenos pozos de barro, la fabricación de ladrillos y tejas adquiría el *status* de la agricultura. Por lo tanto, "fabricar ladrillos es prácticamente la única industria en Roma en que el aristócrata no vacila en mostrar sus conexiones con las ganancias de una fábrica".[66] Una vez más, debe establecerse una distinción. Cuando Cicerón terminó su largo pasaje diciendo: "Pero entre todas las cosas de las que se obtiene algún provecho, nada hay mejor... que la agricultura", lo último que tenía en mente era la agricultura de subsistencia. Todavía nosotros hablamos de un "caballero agricultor", nunca de un "caballero mercader" ni de un "caballero manufacturero". Pero tal es hoy un resto fosilizado en nuestro idioma, porque también la agricultura es una empresa capitalista; en cambio, durante la mayor parte de la historia humana esa distinción fue fundamental. Todo el que confunda la "caballero-

[63] Rougé, *Commerce*, p. 311.

[64] Brunt, en Seager, *Crisis*, p. 94.

[65] Broughton, *ibid.*, pp. 118. 129.

[66] Tenney Frank, *An Economic History of Rome* (2ª ed., Londres, 1927), pp. 230-231. Los juristas romanos debatieron si los pozos de barro habían de contarse entre los *instrumenta* de una granja, y si podían quedar sujetos a un usufructo: *Digesto*, 8.3.6; 33.7.25.I.

sidad" de la agricultura con un desinterés en las ganancias y la riqueza cierra las puertas a una comprensión de gran parte del pasado. Nadie recomendó más fervientemente exprimir un centavo que aquel auto-declarado campeón de las virtudes antiguas, del *mos maiorum*, Catón el Mayor.

Como verificación, dejemos Roma y volvámonos a los centros comerciales de las provincias. Escribiendo acerca de Lugdunun (la moderna Lyon), aldea gala que, después de fundada allí una colonia romana en 43 a.c., se convirtió rápidamente en la ciudad más grande y rica de la Galia, gracias a su posición en la confluencia de los ríos Garona y Saona y a su conversión en un importante centro administrativo, Rostovtzeff dice: "Para percatarse del brillante desarrollo del comercio y la industria en la Galia", en el siglo segundo, "basta con leer las inscripciones de los volúmenes XII y XIII del *Corpus*" de inscripciones latinas y con estudiar la admirable colección de esculturas y bajorrelieves... las inscripciones de Lyon, por ejemplo, ya sean grabadas en monumentos de piedra o en varios artículos de uso común ('*instrumenta domestica*'), y particularmente aquellas que mencionan las diversas asociaciones de comercio, revelan la gran importancia del papel de la ciudad en la vida económica de la Galia y del imperio romano en general. Lyon no sólo era la gran cámara de compensación del comercio de granos, vino, aceite y madera; era también uno de los mayores centros del imperio para la manufactura y distribución de la mayoría de los artículos que consumían la Galia, Germania y Britania".[67]

Esto puede ser excesivo, pero no puede discutirse el volumen ni la importancia del comercio que pasaba por tales centros. No es eso lo que está en cuestión, sino el *status* de los hombres que dominaban el comercio y la actividad financiera concomitante, y se enriquecían así. A. H. M. Jones observó que aun cuando realmente había hombres de importancia entre los mercaderes de Lyon, eran libertos y extranjeros (no sólo de otras ciudades galas, sino de lugares tan remotos como Siria), ni uno solo de los cuales pudo identificarse siquiera como ciudadano de Lyon, no digamos como miembro de la aristocracia local, ni

[67] Rostovtzeff, RE, pp. 176-177.

aun pensemos en la aristocracia imperial.[68] Un análisis similar se ha hecho para Arles[69] y para el recién desenterrado centro descubierto en el Magdalensberg, en la provincia de Noricum,[70] "cámaras de compensación" ambas, en la terminología de Rostovtzeff. Desde luego, hubo excepciones; no sólo individuos excepcionales, sino también ciudades excepcionales, como la ciudad portuaria romana de Ostia, la ciudad de las caravanas, Palmira, y quizá Arezzo mientras brevemente fue un centro para la *terra sigillata*, pero confío en no tener que rebatir el argumento basado en la excepción. Hasta donde han sido bien analizados los testimonios epigráficos —y a este respecto apenas ha comenzado la investigación necesaria—, confirman lo que dicen tanto las fuentes literarias como los textos legales acerca del bajo *status* de los comerciantes y los manufactureros de profesión durante toda la historia de Roma.

Aun en comunidades de la antigüedad menos lujosas y complejas que la Roma ciceroniana e imperial o aun la Atenas clásica —y la mayor parte de las comunidades antiguas eran menos lujosas y menos complejas, así como más tradicionales— alguien tenía que importar alimentos, metales, esclavos y artículos de lujo, construir casas, templos y caminos, y manufacturar una vasta gama de bienes. Si el caso era, y yo creo que los testimonios lo muestran con certeza suficiente, que una parte muy grande de esa actividad estaba en manos de hombres de baja condición o de hombres como los ricos metecos de Atenas —quienes eran muy respetables socialmente, pero no dejaban de ser unos advenedizos políticamente— tiene, entonces, que haber una explicación.

Atenas, que promulgó una serie de leyes, con severas penas, para asegurar sus importaciones de granos, vitales para su existencia misma, ¿por qué no legisló acerca del personal encargado del tráfico de granos, gran parte del cual estaba en manos de no atenienses? Los senadores romanos, ¿por qué dejaron un campo abierto a los *equites* en la actividad, lucrativa y

[68] "The Economic Life of the Towns of the Roman Empire", en su obra, *The Roman Economy*, cap. 2.

[69] *Ibid.*, pp. 183-184.

[70] Broughton, en Seager, *Crisis*, pp. 129-130.

políticamente importante de cobrar los impuestos en las provincias?[71] La respuesta es que lo hicieron porque la élite ciudadana no estaba dispuesta, *en números suficientes,* a encargarse de aquellas ramas de la economía sin las cuales ni ella ni sus comunidades podían vivir al nivel al que estaban acostumbradas. La élite poseía los recursos y el poder político, y también podía mandar a un numerosísimo personal. Pero carecía de voluntad; es decir, estaba inhibida, como grupo (fuesen cuales fuesen las respuestas de una minoría), por valores predominantes. Es decisivo, entonces, observar que en las habituales acusaciones a los libertos y metecos, desde Platón hasta Juvenal, el tema invariable es la moral, no la economía.[72] Se les condenaba por sus vicios y sus malas maneras, nunca como competidores que estuviesen privando a hombres honrados de medios de ganarse la vida.

Dicho de otra manera, un modelo de opciones económicas, un modelo de inversiones, había atribuido considerablemente valor a este factor de *status.* No estoy diciendo que fuera el factor único, ni que pesara lo mismo para todos los miembros de cualquier grupo de *status*, ni sé cómo expresar lo que he dicho en una ecuación matemática. Mucho dependió, en cualquier momento dado, de la capacidad de obtener suficientes riquezas de las fuentes autorizadas por la costumbre y de las presiones para gastar y consumir. He escogido la Roma ciceroniana para hacer un análisis especial precisamente porque fue éste el periodo en que el modelo basado en el *status* pareció más cerca de desplomarse. Sin embargo, no se desplomó, pero se curvó, se adaptó, extendiendo sus alternativas en algunas direcciones, no en todas; en las direcciones que, según puede verse, se derivaron lógicamente de los valores mismos que estaban siendo amenazados y defendidos. Y si el modelo sobrevivió aun a ese extraordinario periodo, entonces sin duda estuvo bien firme en otros periodos y regiones. Trimalción sigue siendo uno de sus auténticos portavoces.

[71] Cicerón, *Cartas a Ático,* 1.17.9, es instructivo.

[72] Véase brevemente J. Pecírka, "A Note on Aristotle's Conception of Citizenship and the Role of Foreigners in Fourth Century Athens", *Eirene* 6 (1967), 23-26.

III. AMOS Y ESCLAVOS

POR PARADÓJICO que pueda parecer, nada crea más confusión en el cuadro del *status* en la antigüedad que la institución de la esclavitud. ¡Todo parece tan sencillo! Un esclavo es una propiedad, sujeta a las reglas y procedimientos de la propiedad respecto a venta, alquiler, robo, multiplicación natural, etc. El porquerizo Eumeo, esclavo predilecto de Ulises, era una propiedad; lo mismo era Pasiono, administrador de la mayor empresa bancaria de la Atenas del siglo IV a.C., quien pronto fue manumitido y a la postre honrado con la ciudadanía ateniense; lo mismo era cualquier esclavo de los que trabajaban en las célebres minas de plata de España; lo mismo era Helicón, esclavo del emperador Calígula, señalado por Filón (*Legación a Cayo*, 166-172), como principal responsable de las dificultades de la comunidad judía de Alejandría; lo mismo era Epitecto, el filósofo estoico nacido cerca de 55 d.C., originalmente esclavo de uno de los libertos secretarios de Nerón. Esto ya es toda una gama, pero, después de todo, casas y tierras y toda clase de objetos de propiedad también varían grandemente en calidad. Los esclavos huían y eran azotados y quemados, pero también los animales; tanto esclavos como animales causaban daños a otras personas y propiedades, por los que eran responsables sus amos, según lo que el derecho romano llamaba acciones noxales. Llegamos entonces a dos cualidades exclusivas del esclavo como propiedad: primera, las esclavas podían parir hijos engendrados por hombres libres —y lo hacían—; segundo, los esclavos eran humanos a ojos de los dioses, al menos hasta el grado en que su asesinato requería alguna forma de purificación y que ellos mismos participaban en actos rituales, como el bautismo.

Este inerradicable doble aspecto del esclavo, ser a la vez persona y propiedad, creó, pues, ambigüedades, bellamente ejemplificadas en el libro de Buckland, *The Roman Law of Slavery*, publicado en 1908. Buckland fue un escritor austero, que se limitó al imperio y a la doctrina legal en el sentido más estrecho, y, sin embargo, requirió 735 páginas porque, como dijo

en su prólogo, "Apenas habrá algún problema que pueda presentarse en cualquier rama de la ley cuya solución no sea afectada por el hecho de que una de las partes de la transacción es un esclavo". La ambigüedad aumenta más aún por la práctica no poco común de dar libertad a esclavos que, aun cuando como libertos seguían padeciendo ciertas incapacidades habían, sin embargo, rebasado la gran separación, y cuyos hijos, si nacían después, eran totalmente libres desde su nacimiento, como por ejemplo el poeta Horacio. En Roma, aunque no normalmente en Grecia, los libertos de los propietarios urbanos se convertían automáticamente en ciudadanos por el acto formal de la manumisión, única situación en que podía conferirse tal recompensa por un acto estrictamente privado de un individuo particular.

A pesar de todo, estas ambigüedades, por profundas que puedan ser, no constituyen toda la paradoja con que he comenzado. Presentaré como nuevos ejemplos dos instituciones específicas. La primera es el sistema de ilotas de Esparta. Los ilotas formaban un grupo numeroso, muy superior en número a los espartanos cuyas propiedades trabajaban en Laconia y Mesenia, y para quienes desempeñaban las tareas de sirvientes otras varias. Los griegos se referían regularmente a los ilotas como "esclavos", pero es significativa y fácil de ver la diferencia con los esclavos-cosa, como los de Atenas. No eran hombres libres, pero tampoco eran propiedad de espartanos particulares; no se les compraba ni vendía, ni podían ser manumitidos (más que por el Estado) y, lo que es más revelador, se autoperpetuaban. Siempre que en la antigüedad encontramos esclavos-cosa, vemos que no sólo los hay de nacimiento, sino que el grupo engrosa por las continuas importaciones del exterior. Mas nunca en el caso de los ilotas, quienes por lo tanto debieron de tener sus propias familias, *de facto* si no *de jure*, y sus propias posesiones, transmitidas de generación en generación, sin duda sus propios cultos y, en general, todas las instituciones humanas normales, excepto la libertad. Una consecuencia fue que también se rebelaron, a diferencia de los esclavos auténticos del mundo griego en tiempos prerromanos. Otra fue que, en épocas de gran actividad bélica, fueron reclutados en el ejército

espartano (no sólo como ordenanzas y sirvientes, sino como verdaderos combatientes, pesadamente armados).[1]

Mi segundo ejemplo, la institución del *peculium*, es más conocida por Roma, donde se desarrolló más que en Grecia. Lo que los romanos llamaron *peculium* fue una propiedad (de cualquier forma) asignada al uso, la administración y, dentro de ciertos límites, la disposición de alguien que por derecho carecía del derecho de propiedad, fuese esclavo o alguien en *patria potestas*. En estricto derecho, un *peculium* era una donación puramente voluntaria hecha por el amo o *pater*, que significaba para él una responsabilidad jurídica para con terceras partes, hasta la cantidad del *peculium*, y que él era libre de retirar en cualquier momento. En la práctica, empero, el posesor tenía normalmente mano libre en la administración y, si era esclavo, podía esperar comprar su libertad con las ganancias, seguir después en el negocio como liberto si así lo deseaba, y transmitirlo a sus herederos. Además, en la práctica una parte considerable de la actividad urbana comercial, financiera e industrial de Roma, en Italia y en cualquier parte del imperio en que hubiese romanos activos, era realizada de esta manera por esclavos y libertos, a partir del siglo III a.C. A diferencia de los mayordomos y administradores esclavos, los que tenían un *peculium* trabajaban independientemente, no sólo para sus propietarios, sino para sí mismos. Y si la empresa era en una escala superior a la mínima, es probable que su *peculium* incluyese a otros esclavos, junto con efectivo, tiendas, equipo y lo necesario.[2]

Es evidente ahora que, aun cuando los sirvientes domésticos, los esclavos con un *peculium* y los esclavos que, en cadenas, cultivaban las grandes posesiones, cabían, todos ellos, en una sola

[1] Véase Y. Garlan, "Les esclaves grecs en temps de guerre", en *Actes du Colloque d'histoire sociale*, Univ. de Besançon, 1970 (París, 1972), pp. 29-62.

[2] El *peculium* romano se analiza en todo libro de texto de derecho romano; sobre Atenas, véase E. L. Kazarevich, "Were οἱ χωρὶς οἰκοῦντες esclavos?", VDI (1960), núm. 3, pp. 23-42, y "Slave Agents in Athens", *ibid.* (1961), núm. 3, pp. 3-21 (ambos en ruso); L. Gernet, "Aspects du droit athénien de l'esclavage", en su *Droit et société dans la Grèce ancienne* (reimpresión, París, 1964), pp. 151-172, en pp. 159-164 (publicado originalmente en *Archives d'histoire du droit oriental* 5 [1956], 159-87).

categoría jurídica, el *status* legal cubría las diferenciaciones económicas y sociales que había entre ellos.[3] Y el propio *status* legal se vuelve muy confuso cuando consideramos categorías tales como la de los ilotas. Los griegos, carentes de una jurisprudencia desarrollada, nunca hicieron un serio esfuerzo por definir jurídicamente el *status* de los ilotas: lo mejor que lograron es "entre hombres libres y esclavos" (Pólux, *Onomasticon*, 3.83). Y resulta justificado suponer que los romanos no lo habrían logrado aun de haberlo intentado. Los abogados romanos se interesaban en el mundo interno romano; las complejidades sociales del mundo —cada vez más híbrido— del imperio los desconcertaban; de allí su incapacidad para clasificar a los llamados *coloni* del Bajo Imperio[4] y el que recurrieran a aberraciones clasificatorias tales como el *liber homo bona fide serviens* y el *servus quasi colonus*. Nosotros somos los herederos del derecho romano, filtrado a través de la Edad Media, y estamos mesmerizados por el concepto de que en el extremo inferior de la escala social, la fuerza del trabajo, hay tres y sólo tres categorías posibles: esclavos, siervos y jornaleros libres. Así, los ilotas se volvieron siervos[5] y los esclavos con un *peculium* se analizan inicialmente

[3] No ha sido apropiadamente expresado el significado cabal del *peculium* en la evaluación de la esclavitud en la antigüedad, en gran parte, creo yo, por una excesiva concentración en el aspecto jurídico. Una excepción temprana e importante fue E. Ciccotti, *Il tramonto della schiavitù nel mondo antico* (reimp., Turín, 1977). pt. II, cap. 9; Ciccotti debilita su argumento vinculando al esclavo con un *peculium*, funcionalmente con el trabajo de jornalero. E. M. Shtaerman, "Esclavos y libertos en las luchas sociales al fin de la República", VDI (1962), núm. 1, pp. 24-25 (en ruso), muestra claramente la distinción, pero no saca muchas de sus conclusiones a causa de su estrecho enfoque, indicado por el título de su artículo. Para una analogía útil, véase H. Rosovsky, "The Serf Entrepreneur in Russia", *Explorations in Entrepreneurial History* 6 (1954), 207-233.

[4] Véase, por ejemplo, el *Código Teodosiano*, 5.17.1: los *coloni* que se den a la fuga "deben ser puestos en cadenas como esclavos, de modo que puedan ser obligados por un castigo servil a realizar las tareas apropiadas a ellas como hombres libres"; *Código de Justiniano*, 11.53.1: *coloni* e *inquilini* serán "esclavos de la tierra, no por el vínculo del impuesto, sino con el nombre y título de *coloni*".

[5] Un siervo acaso no sea fácil de definir con precisión, pero su "status" es descriptible sólo por sus relaciones personales con su señor, gobernadas por reglas de costumbre acerca de derechos y obligaciones y caracteriza-

como esclavos, siendo así que, económicamente y en materia de la estructura y el funcionamiento de la sociedad, en su mayoría eran artesanos, prestamistas, usureros y tenderos que trabajaban para ellos mismos. Efectuaban la misma clase de trabajo civil que sus competidores libres, y en las mismas condiciones, pese a la diferencia "formal" de su *status* legal. Ninguno de los dos grupos laboraba bajo la coerción del otro, en el sentido condenado como esclavista y anti-libre por Aristóteles y Cicerón, y ésta es la paradoja inherente a la esclavitud de la antigüedad.

En la perspectiva histórica, la institución del trabajo asalariado es una recién llegada. La idea misma del trabajo asalariado requiere dos difíciles pasos conceptuales. Primero, exige la abstracción del trabajo de un hombre, aparte de su persona y del producto de su labor. Cuando alguien compra un objeto de un artesano independiente, sea libre, sea esclavo con *peculium*, no le ha comprado su trabajo, sino el objeto, fabricado por él en su propio tiempo y en sus propias condiciones de trabajo. Pero cuando alguien contrata mano de obra, compra una abstracción, la fuerza de trabajo, que el comprador emplea en un tiempo y en unas condiciones que determina él, el comprador, no el "propietario" de la fuerza de trabajo (y por la cual normalmente paga después de haberla consumido). Segundo, el sistema laboral asalariado requiere el establecimiento de un método para medir el trabajo que se ha comprado, con propósitos de pago, por lo general introduciendo una segunda abstracción; a saber, el tiempo de trabajo.[6]

das en particular por la total autoridad jurídica (en sentido estricto) del último; véase, por ejemplo, Marc Bloch, en *Cambridge Economic History*, vol. I, comp. M. M. Postan (2ª ed., Cambridge, 1966), pp. 253-254. Los ilotas no pueden definirse en esos términos. Cualquier lector que casualmente lea mi capítulo de introducción a D. Daiches y A. Thorlby, comps. *Literature and Western Civilization*, vol. I (Londres, Aldus Books, 1972), quedará intrigado por los "ilotas (siervos)", en la p. 30. La explicación es que la palabra "siervos" fue añadida, sin mi conocimiento, después de haber aprobado yo la copia final para la imprenta.

[6] La historia de la interrelación entre el régimen de trabajo y la conciencia del tiempo es reveladora por sí misma. No conozco ningún estudio correspondiente a la antigüedad; para la historia moderna, véase E. P. Thompson, "Time, Work-Disciplin and Industrial Capitalism", *Past & Present*, núm. 38 (1967), 56-97, con una extensa bibliografía.

No debemos menospreciar la magnitud —social más que intelectual— de estos dos pasos conceptuales; aun para los juristas romanos resultaron difíciles.[7] La necesidad de movilizar una fuerza de trabajo para tareas que están por encima de la capacidad del individuo o de la familia es muy antigua, se remonta hasta la prehistoria. Cuando cualquier sociedad que podamos conocer llegó a una etapa de suficiente acumulación de recursos y de poder en algunas manos (sea del rey, del templo, de una tribu o de una aristocracia dominante), de modo que se necesitó una fuerza de trabajo mayor de la que podían integrar la familia directa o el grupo de todos los parientes, para agricultura, minería, obras públicas o fabricación de armas, tal fuerza de trabajo se consiguió no mediante contratación sino mediante coacción, por la fuerza de las armas o la de la ley y la costumbre. A mayor abundamiento, ésta no voluntaria fuerza de trabajo normalmente no estaba formada por esclavos, sino por uno u otro tipo "intermedio", como el siervo por deudas, el ilota, el primitivo cliente romano o el posterior *colonus* romano. No falta el esclavo ocasional, especialmente la mujer cautiva, como tampoco el hombre libre contratado ocasionalmente, pero ninguno de ellos fue factor importante de la producción durante largo tiempo, ni en el campo ni en las ciudades.

Es difícil lograr un equilibrio apropiado de estos *status* bajos. En un célebre pasaje homérico, Odiseo visita el Hades, se encuentra con la sombra de Aquiles y le pregunta por su situación. La respuesta es amarga. Antes que ser rey de todos los muertos, dice Aquiles, "preferiría estar atado, trabajando como *thes* para otro, al lado de un hombre sin tierras" (*Odisea*, 11. 489-491). No un esclavo, sino un *thes* sin tierras, es el *status* humano más bajo que puede imaginar Aquiles. Y en la *Iliada* (21.441-452), el dios Poseidón recuerda a Apolo la ocasión en que ambos trabajaron durante un año completo como *thetes* para Laodemonte, rey de Troya, "por un jornal convenido". Al acabar el año, ambos fueron arrojados sin paga ni medio de

[7] Véase J. A. C. Thomas, " 'Locatio' and 'operae' ", *Bulletino dell'Istituto di diritto romano* 64 (1961), 231-247; J. Macqueron, *Le travail des hommes libres dans l'antiquité romaine* (policopia "Cours de Pandectes 1954-5", Aix-en-Provence), pp. 25-59.

obtener una compensación.[8] Los *thetes* eran hombres libres: el porquerizo Eumeo era esclavo, pero éste tenía un lugar más seguro en el mundo gracias a su vínculo con un *oikos*, una familia de príncipes, vínculo más significativo, más valioso, que el *status* de ser jurídicamente libre, de no ser propiedad de nadie. Podemos ver otro matiz en la pugna, en la Atenas de principios del siglo VI y la Roma de los siglos V y IV a.C., por lograr la abolición de la servidumbre por deudas. En ambas comunidades, un número considerable de ciudadanos habían caído en verdadera servidumbre por deudas —Aristóteles llegó a decir (*La Constitución de Atenas*, 7.2), acerca de Atenas, que "los pobres, con sus mujeres e hijos, quedaron 'esclavizados' a los ricos"—, pero su lucha, coronada por el éxito, nunca fue considerada, ni por ellos mismos ni por nuestras antiguas autoridades en la materia, como una revuelta de esclavos. Eran ciudadanos que reclamaban el lugar que les correspondía en su propia comunidad, pero sólo para ellos, no para los pocos genuinos esclavos-cosa que por entonces habían sido llevados del exterior a Atenas y a Roma.[9]

Antes de su liberación, estos ciudadanos-siervos ¿eran hombres libres o no? Para mí, esta pregunta no tiene sentido; peor aún, es engañosa, y refleja esa falsa triada que ya mencioné antes, con la cual tratamos de meter por la fuerza todo trabajo en una de las tres categorías: esclava, sierva o libre. Conceptualmente hay dos extremos polares de la "libertad" legal. En un polo está el esclavo como propiedad y nada más; en el otro polo, el hombre perfectamente libre, cuyos actos todos efectúa libre y voluntariamente. Ni el uno ni el otro ha existido nunca. Ha habido esclavos individuales que han tenido mala fortuna de ser tratados por sus poderosos como nada más que una posesión, pero yo no conozco ninguna sociedad en que la población esclava en conjunto fuese considerada de manera tan simple. En el otro extremo, todo hombre excepto Robinson Crusoe ve su libertad limitada de una u otra manera como consecuencia de vivir

[8] *Cf.* el legendario relato de Herodoto (8.37) acerca de los fundadores de la dinastía macedonia real.

[9] Véase "Debt-Bondage and the Problem of Slavery", en Finley, *E & S*, cap. 9.

en sociedad. La libertad absoluta es un vano sueño (y, además, resultará psicológicamente intolerable).

Entre estos dos extremos hipotéticos hay toda una gama o espectro de posiciones, algunas de las cuales ya han sido ejemplificadas, co-existiendo a menudo dentro de la misma sociedad. Una persona tiene o no tiene derechos, privilegios, títulos y deberes en muchos respectos: puede ser libre de conservar el excedente de su trabajo después de pagar sus deudas, alquileres e impuestos, pero no libre de escoger la naturaleza y el lugar de su trabajo o su domicilio; puede ser libre de elegir su ocupación, pero no su lugar de trabajo; puede tener ciertos derechos civiles, pero no derechos políticos; puede tener derechos políticos, pero no derechos de propiedad mientras esté, en términos romanos, *in potestate*; puede tener o no tener el derecho (u obligación) del servicio militar, a expensas suyas o del Estado; y así sucesivamente. La combinación de estos derechos, o de falta de ellos, determina la posición de un hombre en el espectro, que, desde luego, no debe considerarse como un continuo matemático, sino como un espectro más metafórico y discontinuo, con lagunas aquí y grandes concentraciones allá. Y aun en un espectro de color, que puede expresarse como un continuo matemático, sigue siendo perfectamente visible la diferencia entre los colores elementales.[10]

Todo esto puede parecer innecesariamente abstracto y sofístico. Creo que no lo es. En el capítulo anterior traté de mostrar cómo, en el extremo superior de la escala social, la existencia de un espectro de *status* y órdenes (aunque no me valí de la palabra "espectro"), explica mucho en materia de comportamiento económico. Voy a sugerir ahora que el mismo instrumento analítico ayuda a resolver problemas, de otro modo inabordables, en el extremo inferior. Ya he indicado que los ilotas se rebelaron, lo que no hicieron los esclavos-cosa en Grecia, precisamente porque los ilotas tenían ciertos derechos y privilegios (no porque carecían de ellos), y exigieron más. Invaria-

[10] Para un breve análisis teórico en un marco moderno, véase Ossowski, *Class Structure*, pp. 92-96. Este es un enfoque que yo desarrollé inicialmente en "Servile Statuses of Ancient Greece", *Revue internationale des droits de l'antiquité*, 3er. ser., 7 (1960), 165-189, y "Slavery and Freedom".

blemente, lo que convencionalmente ha sido llamado "luchas de clases" en la antigüedad resulta ser conflictos entre grupos que ocupaban distintos puntos del espectro y que disputaban por la distribución de derechos y privilegios específicos. Cuando finalmente se rebelaron los verdaderos esclavos, tres veces en escala masiva en Italia y Sicilia en el periodo 140-70 a.c., su interés estaba en ellos mismos y en su *status*, no en la esclavitud como institución, ni dicho simplemente, en abolir la esclavitud.[11] La idea del espectro también nos capacita a localizar al esclavo con un *peculium* en relación tanto con la mano de obra esclava en los campos como con el artesano y el tendero libres e independientes. Y ayuda a inmunizarnos de la inyección de nuestros valores morales en cuestiones económicas mucho más estrechas, tales como la eficiencia comparada del trabajo esclavo y otras formas de trabajo.

La mayoría de los hombres libres, aun de los ciudadanos libres, trabajó en la antigüedad para ganarse el pan. El propio Cicerón lo reconoce. Pero la fuerza de trabajo total incluyó también otro sector considerable: los hombres que, en mayor o menor grado, no eran libres, categoría para la cual nuestro idioma no tiene ningún marbete apropiado de una sola palabra, una vez aceptado que los esclavos-cosa son sólo una subcategoría. En la categoría más extensa, a la que llamaré "trabajo dependiente" (o involuntario), incluyo a todos los que trabajaron para otro, no por pertenecer a la familia de éste, como en los grupos campesinos, ni porque hubiesen entrado en un acuerdo voluntario y contractual (fuese por jornal, horarios o gajes), sino porque tenían que hacerlo por algún requisito, como el haber nacido en una clase de dependientes, o por deudas o captura, o por alguna otra situación que, por ley o costumbre, automáticamente suprimía alguna medida de su libertad de elección y acción, generalmente por un largo periodo o de por vida.

Los historiadores se han concentrado tradicionalmente en la subcategoría de los esclavos-cosa (como lo haré yo), y por ra-

[11] Tampoco los intelectuales de origen servil produjeron ideas antiesclavistas, o siquiera ideas que los distinguieran de sus colegas nacidos libres; véase Shtaerman, "Esclavos y libertos", pp. 34-35.

zones comprensibles. En los grandes periodos "clásicos", en Atenas y en otras ciudades griegas, a partir del siglo VI a.c., y en Roma y en Italia desde principios del siglo III a.c. hasta el siglo III d.c., la esclavitud efectivamente reemplazó a otras formas de trabajo dependiente, y tales son los antiguos centros y periodos que llaman la atención, por muchas razones. Sin embargo, ni el auge ni la decadencia de la esclavitud en la antigüedad pueden comprenderse aisladamente. Por poco que podamos captar en concreto la situación, sí podemos confiar en que, en los periodos arcaicos tanto de la historia de Grecia como de Roma, la esclavitud careció de importancia; las principales formas de trabajo dependiente fueron la clientela, la servidumbre por deudas y similares. Además, Esparta estuvo lejos de ser única en este aspecto de la época clásica: algo muy parecido al ilotismo existió en Creta y en Tesalia, durante un tiempo en la Sicilia griega, y en gran escala y por muchos siglos entre las colonias griegas de la cuenca del Danubio y a lo largo de las costas de los Dardanelos y del Mar Negro,[12] en conjunto una parte muy sustancial de la Hélade en términos cuantitativos.

También la servidumbre por deudas, aun después de abolida en Atenas y Roma, siguió más difundida de lo que solemos creer, oficialmente en muchas zonas,[13] extraoficialmente donde menos podría esperarse, en la propia Italia. Los juristas romanos afirmaron categóricamente que los aparceros contractuales eran libres de marcharse al término de su contrato, normalmente de cinco años (*Digesto*, 19.2.25). Y sí lo eran... siempre que no tuviesen decursas. Ya en 1885 Fustel de Coulanges sugirió que los aparceros a los que L. Domicio Enobarbo enroló en privado como tripulación de una flota en 50 o 49 a.c. (junto con sus esclavos y libertos) no parecen haber sido libres,[14] y observó además que los aparceros con decursas, acerca de los cuales Pli-

[12] D. M. Pippidi, "Le problème de la main-d'œuvre agricole dans les colonies grecques de la Mer Noire", en *Problèms de la terre en Grèce ancienne*, ed. Finley (París y La Haya, 1973), cap. 3, es concluyente en este último punto.

[13] Véase mi "Debt-Bondage"; Frederiksen, "Caesar", p. 129; W. L. Westermann, "Enslaved Persons Who Are Free", *American Journal of Philology* 59 (1938), 1-30, en pp. 9-18.

[14] César, *La guerra civil*, 1.34.2; *cf.* 1.56.3.

nio el Joven se quejó —en una carta frecuentemente citada— aún seguían cultivando sus posesiones después de vencido su plazo, y que por lo tanto debían ser vinculados con el indefinido *nexus* de Columela y con los *obaerati* de Varrón, que indiscutiblemente eran siervos.[15] El argumento de Fustel ha recibido poca atención porque los historiadores han estado demasiado obsesionados por los males de la esclavitud para apreciar los males de la aparcería a corto plazo bajo la severa ley romana sobre deudas. Pero esta negligencia no quita validez al argumento.[16]

Un estímulo para la esclavitud absoluta fue el crecimiento de la producción urbana, para la cual eran inadecuadas las formas tradicionales de trabajo dependiente. En los campos, la esclavitud logró hacer avances considerables doquiera que el ilotismo y comparables *status* laborales no pudieron sobrevivir, por una u otra razón, en escala suficiente para subvenir a las necesidades de los terratenientes (por lo tanto, no en Esparta, por ejemplo). Es decir, en ausencia de un libre mercado de trabajo, fue importada una fuerza de trabajo esclava —pues los esclavos siempre son inicialmente extranjeros— sólo cuando la fuerza interna ya no fue suficiente, como después de las reformas solónicas en Atenas. Esta correlación también fue vital para su desarrollo cuando Alejandro y sus sucesores, y después los romanos, conquistaron grandes proporciones del antiguo Medio Oriente. Encontraron allí un campesinado independiente que coexistía en el campo con una gran fuerza de trabajo dependiente, en proporciones que no podemos siquiera barruntar, y como conquistadores llegados a explotar y lucrar, tomaron la obvia medida de conservar el sistema de tenencia que habían encontrado, haciendo sólo modificaciones de detalle conforme iban siendo requeridas: por ejemplo, por el establecimiento de las ciudades grie-

[15] N. D. Fustel de Coulanges, "Le colonat romain", en sus *Recherches sur quelques problèms d'histoire* (París, 1885), pp. 15-24. Las fuentes de referencia son Plinio, *Cartas*, 9.37; Columela, *De re rustica*, 1.3.12; Varrón, *De re rustica*, 1.17.2; *cf.* Salustio, *Catilina*, 33.1.

[16] Heitland, *Agricola*, p. 321, nota 1; Sherwin-White, *Pliny*, no menciona esto para nada en su comentario. Yo mismo pasé por alto a Fustel cuando escribí "Debt-Bondage"; hoy escribiría la p. 174 y la nota 77 con distintos matices. Véase hoy mi "Private Farm Tenancy in Roman Italy before Diocletian", en Finley, *Roman Property*, cap. 6.

gas, cuya tierra tradicionalmente había estado libre del dominio real o eclesiástico.[17] ¿Por qué no habían de hacerlo así? ¿Por qué, para ser precisos, habían de tratar de convertir a unos campesinos ya dependientes, con una tradición secular de aceptación de su *status*, a una clase distinta de sujeción, o expulsarlos e importar una fuerza de trabajo sustituta? Esta pregunta retórica no requiere respuesta. La consecuencia fue que en Asia Menor, Siria y Egipto la esclavitud nunca llegó a ser factor importante en el campo. Y las adquisiciones de Roma en la Europa occidental y en el norte de África, con sus distintas estructuras sociales prerromanas, tuvieron otro desarrollo más.[18]

Si por el momento dejamos de lado las cuestiones del auge y la decadencia de la esclavitud y nos concentramos en los gran-

[17] La fuerza de trabajo en el campo en el oriente helenístico y romano necesita una revisión completa. La bibliografía disponible está plagada de incoherencias, de una terminología poco precisa y de afirmaciones "cuantitativas" sin fundamento (por ejemplo, la supuesta preponderancia de los campesinos libres e independientes). La siguiente bibliografía es muy selectiva: M. Rostovtzeff, *Studien zur Geschichte des römischen Kolonates* (*Archiv für Popyrusforschung*, Beiheft 1, 1910) y *The Social & Economic History of the Hellenistic World*, ed. corr. (3 vols., Oxford, 1953), donde el análisis en cuestión está muy disperso y sujeto a corrección respecto al asunto de los dominios de los templos en el Asia Menor (no básico para mis propósitos), sobre lo cual véase T. R. S. Broughton, "New Evidence on Temple-Estates in Asia Minor", en *Studies... in Honor of Allan Chester Johnson*, comp. P. R. Coleman-Norton (Princeton, 1951), pp. 236-250, y T. Zawadzdi, "Quelques remarques sur l'acroissement des domaines des grands temples en Asie Mineure", *Eos* 46 (1952/3), 83-96, ambos con más referencias; Zawadzki, *Problems of the Social and Agrarian Structure in Asia Minor in the Hellenistic Age*, publicado por la Historical Commission of the Poznan Society of Friends of Science, vol. 16, núm. 3 (1952), en polaco, con un sumario en inglés, pp. 67-77; Westermann, "Enslaved Persons"; E. Bikerman, *Institutions des Séleucides* (París, 1938), pp. 172-185; H. Kreissig, "Hellenistische Grundbesitzverhältnisse im ostromischen Kleinasien", *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte* (1967), I, 200-206; Liebeschuetz, *Antioch*, pp. 61-73. La excepcional situación de Judea después de que los Macabeos pusieron fin a las tenencias de tierras (pero no a la servidumbre por deudas) es significativa a la inversa: Kreissig, "Die landwirtschaftliche Situation in Palästina vor dem judäischen Krieg", *Acta Antiqua* 17 (1969), 223-254. (Véase ahora el cap. VII, sec. 1, *infra*).

[18] Véase S. Gsell, "Esclaves ruraux dans l'Afrique romaine", en *Mélanges Gustave Glotz* (2 vols., París, 1932), I, 397-415. Fue a un cartaginés,

des periodos "clásicos" de Grecia y de Italia, nos encontraremos entonces ante las primeras sociedades esclavas de la historia, rodeadas por sociedades (o encastradas en ellas) que seguían dependiendo de otras formas de trabajo dependiente. Nada de esto puede convertirse en claros términos cuantitativos. No conocemos los números de esclavos que había en Grecia o en Italia en ningún momento dado, ni aun el número de alguna comunidad particular o de alguna posesión individual, con ciertas excepciones. Los cálculos de los eruditos modernos para la Atenas clásica varían delirantemente, desde veinte mil hasta cuatrocientos mil, cifras absurdas ambas, pero reveladoras del triste estado de nuestra información.[19] Revelan asimismo un enfoque obsesivamente tendencioso, subjetivo y básicamente falso al problema. Desde luego, debemos tratar de descubrir los números, tan aproximadamente como nos lo permitan los testimonios, pero el argumento basado en meras proporciones aritméticas puede convertirse en un misticismo de los números, antes que en una cuantificación sistemática. El cálculo disparatadamente bajo de veinte mil esclavos en Atenas en tiempos de Demóstenes arroja una proporción de esclavos a hogares ciudadanos no muy inferior a uno por uno.[20] ¿Qué probaría ello, aunque fuese cierto? En los estados esclavistas norteamericanos de 1860, la población esclava era ligeramente inferior a un tercio del total, y quizá

Mago, a quien los escritores romanos llamaron el "padre de la agricultura"; su obra, en 28 tomos, fue traducida al latín por orden del Senado (Columela, 1.1.13). La situación laboral en la Galia, en España y en el resto del África del Norte aún está sujeta a discusión. A mi parecer, la esclavitud en el campo era mucho más común de lo que afirman la mayoría de los escriotres modernos; por ejemplo, no veo otra manera de explicar los enormes complejos de instalaciones agrícolas de la Galia imperial. (He cambiado de idea a este respecto, véase cap. VIII, sec. 1, *infra*).

19 Sobre 20 000, véase A. H. M. Jones, *Athenian Democracy* (Oxford, 1957), pp. 76-79; 400 000, cifra aparecida en Ateneo VI 272c aún tiene sus defensores pese a la devastadora crítica de W. L. Westermann, "Athenaeus and the Slaves of Athens", *Harvard Studies in Classical Philology*, vol. sup. (1941), 451-470, véase la crítica de la reciente bibliografía, por L. Gallo en *Annali... Pisa*, 3er. ser., 9 (1979), 1595-1605.

20 La población esclava de Italia quizá fuese el doble de la de ciudadanos adultos del sexo masculino a la muerte de César: Brunt, *Manpower*, cap. 10.

tres cuartas partes de los blancos no poseían esclavos en absoluto, de acuerdo con cifras oficiales de censos.[21] Nadie negará que en los estados esclavistas norteamericanos había sociedades esclavas: dada la presencia de suficientes esclavos, por encima de un mínimo indefinible, la prueba no son los números, sino una posición social y económica. Sea cual fuere el número de esclavas que un historiador logre acumular en los harenes del califato de Bagdad, no significarán nada contra el hecho de que la producción agrícola e industrial era llevada a cabo en gran parte por hombres libres.

Admitido: un "mínimo suficiente" no es un concepto preciso, pero es aceptable a la luz de las masivas y continuas esclavizaciones de víctimas de la guerra y la "piratería" registradas por toda la historia antigua; se dice que tan sólo César fue responsable de haber hecho durante su campaña en la Galia entre 58 y 51 a.c., un millón de esclavos, cifra no increíble.[22] Jenofonte, escribiendo a mediados del siglo IV a.c., nos informa de la creencia general en que medio siglo antes el general Nicias poseía mil esclavos, que alquiló a los concesionarios de las minas de plata de Atenas, que otro hombre tenía 600 esclavos y un tercero 300 (*Poroi*, 4.14-15). Esto a menudo es tildado de mera fantasía,[23] y no conozco manera de "probar" que Jenofonte decía la verdad. Mas no tengo que hacerlo: basta que Jenofonte haya supuesto que sus lectores no encontrarían irrazonables tales cifras, y que haya basado en ellas una elaboradísima proposición; que Tucídides (7.27.5) considerara razonable decir que veinte mil esclavos habían huido en la última década de la Gue-

[21] Véase K. M. Stampp, *The Peculiar Institution: Slavery in the Ante-Bellum South* (Nueva York, 1956), pp. 29-30.

[22] Plutarco, *César*, 15.3; Apiano, *Céltica*, 1.2. Véanse también las fechas tabuladas por Pritchett, *Military Practices*, pp. 78-79, y, para lo general, P. Ducrey, *Le traitement des prisonniers de guerre dans la Grèce antique* (París, 1968), esp. pp. 74-92, 131-139, 255-257; H. Volkmann, *Die Massenversklavungen der Einwohner eroberten Städte in der hellenistisch-römischen Zeit* [Akad. der Wissenschaften und der Literatur, Maguncia, *Abhandlungen der geistes-und sozialwissenschaftliche Klasse* (1961), núm. 3]; esta última deberá leerse con precaución; véase mi comentario en *Gnomon* 39 (1967), 521-522.

[23] Especialmente por Westermann, "Athenaeus".

rra del Peloponeso, en su mayoría obreros especializados; que el mejor cálculo moderno sugiera una fuerza laboral esclava en las minas, en tiempos de Jenofonte, que llegaba a cinco cifras.[24] Basta que el meteco Céfalo empleara en la manufactura de escudos cerca de 120 esclavos, cifra no discutida[25] o, para volvernos hacia Roma, que el prefecto de la ciudad, Luicio Pedanio Secundo, asesinado por uno de sus esclavos durante el reinado de Nerón, tuviera 400 esclavos tan sólo en su casa de la ciudad (Tácito, *Anales*, 14.43). No es sorprendente que las numerosas lápidas de la gente común de la ciudad de Roma en aquel periodo muestren una preponderancia de los libertos (ex-esclavos) sobre los nacidos libres.[26]

Por "posición" entiendo dos cosas entrelazadas, posición en el empleo (dónde trabajan los empleados) y posición en la estructura social (qué estratos poseían mano de obra esclava y dependían de ella), y esto es lo que debemos considerar ahora. El punto de partida consiste en que tanto esclavos como hombres libres se encuentran en toda clase de empleo civil, aunque la minería está muy cerca de ser un monopolio de esclavos, y el servicio doméstico de esclavos y ex-esclavos (libertos), y acaso valga la pena observar que Cicerón omitió ambas actividades en su catálogo. La minería siempre ha sido una ocupación excepcional, reservada (como aún lo es en Sudáfrica, por ejemplo) a los sectores deprimidos de la población, esclavos cuando los hay, hombres libres cuya libertad es frágil y fácil de pisotear donde ya no existe la esclavitud.[27] Durante toda la antigüedad, los

[24] S. Lauffer, *Die Bergwerkssklaven von Laureion* [*Maguncia, Abhandlungen* (1955), núm. 15 (1956), núm. 11], II, 904-912. Según Polibio, hasta 40 mil esclavos fueron empleados regularmente en las minas de plata de Cartagena, en España, a principios del siglo II a.c. (citado por Estrabón, 3.2.10).

[25] En rigor, los 120 eran propiedad de los hijos de Céfalo, Lisias y Polemarco, metecos también, confiscados por los Treinta Tiranos en 404 a.c., y puede suponerse que unos pocos eran sirvientes domésticos, no fabricantes de escudos: Lisias, 12.19.

[26] L. R. Taylor, "Freedom and Freeborn in the Epitaphs of Imperial Rome", *American Journal of Philology* 82 (1961), 113-132.

[27] Sobre las restricciones a la libertad de los mineros libres en Dacia, véase A. Berger, "A Labor Contract of A.D. 164", *Classical Philology* 43 (1948), 231-242; *cf.* Macqueron, *Travail*, pp. 202-226.

mineros libres fueron un elemento insignificante, hasta tal grado que Jenofonte consideró razonable proponer que el Estado ateniense entrara en el negocio de comprar esclavos para alquilarlos a los concesionarios de las minas de plata, y mantener a todo el cuerpo de ciudadanos con los ingresos que así obtendría. En cuanto al servicio doméstico, sólo haré observar que esta categoría incluyó, en las casas ricas, no sólo cocineros, mayordomos y doncellas, sino también niñeras, "pedagogos", hilanderas y tejedores, contadores, administradores; en la casa de los emperadores romanos, los escalones inferiores del servicio civil imperial.

El refinamiento que requiere el análisis ha sido señalado una vez más, por Cicerón, quien llama bajos y no liberales a toda una serie de empleos, pero reserva la metáfora de esclavos a quienes trabajan por un jornal, a la mano de obra contratada. En todas las ocupaciones había hombres libres, pero habitualmente eran sus propios patrones, pequeños terratenientes en el campo, independientes artesanos, traficantes y prestamistas en las ciudades. Tal es la primera distinción fundamental que debe establecerse al determinar la esclavitud en la sociedad antigua. Los testimonios, por escasos que sean en cantidad, resultan abrumadores en sus efectos. La mano de obra libre contratada era casual y estacional,* y su sitio estaba determinado por los límites más allá de los cuales habría sido absurdo comprar y mantener una fuerza de trabajo esclava, obviamente para satisfacer las excepcionales necesidades a corto plazo de la cosecha en la agricultura. De manera similar, en las ciudades había hombres que se veían obligados a luchar por la subsistencia a base de jornales, desempeñando empleos irregulares, como cargadores en los muelles o en las construcciones, hombres a quienes los griegos llamaban *ptochoi*, limosneros, en contraste con los laboriosos "pobres".[28] La cosecha y la carga eran actividades esen-

* Había, desde luego, una gran excepción, sin importancia en este contexto: la de los remeros de la armada y, donde los había, los soldados profesionales.

[28] En Atenas, la mano de obra eventual se reunía diariamente en un sitio particular cerca del Ágora: véase A. Fuks, "Κολωνὸς μίσθιος: Labour Exchange in Classical Athens", *Eranos* 49 (1951), 171-173. No faltará

ciales, desde luego, pero los hombres que las desempeñaban o bien eran estas figuras marginales o bien eran campesinos y obreros independientes, gustosos de añadir algo a sus bajos ingresos regulares.

Siempre que sabemos de un establecimiento privado, urbano o rural, que regularmente empleara los servicios de buenas cantidades de obreros cuyo *status* es identificable, éstos eran esclavos. Sencillamente no encontramos en las fuentes empresas que contrataran hombres libres, ni aun sobre una base semipermanente. Así, el orador ateniense Demóstenes pudo usar como perfectos sinónimos los vocablos "los esclavos" y "el taller" (*ergasterion*), en un tribunal, al tratar de recuperar su herencia de manos de sus tutores.[29] Medio siglo después, un terrateniente ateniense desconocido que codiciaba a un muchacho esclavo fue persuadido, con engaños (Hipereides, 5), por su poseedor, un perfumista, a comprar el propio *ergasterion*, que consistía en tres esclavos (el muchacho, su padre y su hermano), algunos materiales y un gran número de deudas. En la Italia de Augusto, las florecientes alfarerías de Arezzo empleaban exclusivamente esclavos; el mayor número de que se tiene noticia en un solo establecimiento es de 60. Cuando el centro manufacturero de *vasa aretina* se mudó a la Galia, los ceramistas locales, casi todos de origen celta, eran artesanos independientes en pequeñas empresas individuales, al parecer sin muchos esclavos ni asalariados.[30]

quien me recuerde el monumento funerario, del siglo III, de Mactar, en el centro de Túnez (*Corpus Inscriptionum Latinarum* VIII (11824), en honor de un agricultor que terminó sus días como senador local. Mis respetos al difunto, pero mientras no se descubran bastantes más de tales epitafios, no me convencerá la atención desmedida que esta "Inscripción del cosechador" recibe en los estudios modernos, incluyendo disparates tan comunes como éste: "Ofrece orgulloso testimonio de las recompensas materiales y espirituales de aquella vida de trabajo y frugalidad idealizada en las *Geórgicas* de Virgilio"; G. Steiner, "Farming", en *The Muses at Work*, comp. C. Roebuck (Cambridge, Mass., 1969), pp. 148-170, en pp. 169-170.

[29] Demóstenes, 27.19.26; 28.12. Para mayores testimonios griegos, véase mi *Land and Credit*, pp. 66-68.

[30] No hay desacuerdo acerca de Arezzo y Lezoux; véase G. Pucci, "La produzione della ceramica aretina", *Dialoghi di archeologia* 7 (1973), 255-93. F. Kiechle, *Sklavenarbeit und Technische Fortschritt im römischen Reich* (Wiesbaden, 1969), pp. 67-99; en general, véase W. L. Westermann,

Finalmente, en el Bajo Imperio, cuando la distinción entre esclavos y otras formas de trabajadores involuntarios había disminuido hasta casi desvanecerse, en las fábricas imperiales y en la ceca, las mayores empresas industriales de la época, pues a la sazón el Estado producía directamente, entre otras cosas, los uniformes y armas requeridas por sus ejércitos, todos los trabajadores eran serviles en sentido general, y a menudo esclavos en sentido estricto; esta fuerza de trabajo, además, estaba predestinada por nacimiento.[31]

Aparte de este último acontecimiento bajo una autocracia completa, las obras públicas revelan ciertos matices que las diferencian de las empresas privadas. Hasta el punto en que requerían técnicas especializadas, sobre todo en los templos de mármol, deben tomarse en cuenta tres factores de tergiversación: primero, el elemento de piedad, que atraía trabajadores libres como no podía hacerlo el empleo privado; segundo, la oportunidad, reconocida en algunos Estados, de aportar ingresos suplementarios a sus ciudadanos-artesanos; tercero, la absoluta escasez de los especialistas requeridos fuera de unos cuantos centros atípicos, como Atenas y Roma. Por ende, para este trabajo al parecer se emplearon pocos esclavos. No obstante, estos mismos rasgos tergiversantes hicieron casi imposible lograr que el trabajo se llevara a cabo por contratistas en grande escala.

La obra, por lo general, era distribuida mediante un con-

"Industrial Slavery in Roman Italy", *Journal of Economic History* 2 (1942), 149-163. La pauta, en La Graufesenque, parece haber sido más compleja, véase R. Marichal en *Comptes rendus della'Acad. des Inscriptions* (1971), 188-208. Aun si resultara que en la antigüedad hubo ciertas empresas que empleaban mano de obra libre contratada, ello no alteraría considerablemente la pauta tan unánimemente atestiguada por las fuentes informativas de que disponemos.

[31] A. H. M. Jones, "The Caste System in the Later Roman Empire", *Eirene* 8 (1970), 79-96, en p. 83. La mejor descripción de las fábricas imperiales sigue siendo la de A. W. Persson, *Staat und Manufaktur im römischen Reich* (*Skriften... Vetenskaps-Societeten Lund*, núm. 3, 1923), pp. 68-81, al parecer desconocida para N. Charbonnel, "La Condition des ouvriers dans les ateliers impériaux au IVe et Ve siècles", *Travaux et recherches de la Faculté de Droit de Paris*, Série "Sciences historiques", I (1964), 61-93.

trato, no sobre la base de salarios.[32] La distinción que a la postre reconocieron los abogados romanos entre los contratos, *locatio conductio operis* y *locatio conductio operarum*, expresó una fundamental distinción de *status*, la diferencia entre independencia y dependencia, entre el hombre libre que, aun cuando trabajara para ganarse la vida, lo hacía para sus clientes (privados o públicos), y el hombre que trabajara por su jornal.[33]

La belleza de algunos templos no debe hacernos olvidar el hecho de que la mayor parte de las obras públicas —caminos, murallas, calles, acueductos, atarjeas —requerían más músculo que técnica. Pero en este punto nuestros informadores, con su poco interés en tales cuestiones, nos abandonan, y la arqueología no puede ayudarnos. Es ésta la clase de trabajo que igualmente pudo imponerse a soldados o a cautivos. Y sin embargo, creo yo que dos textos romanos de la época nos dan la clave. Se cuenta un relato (Suetonio, *Vespasiano*, 18) de que alguien se acercó al emperador Vespasiano con un nuevo sistema para transportar pesadas columnas al Capitolio a bajo costo. El empe-

[32] Acaso el mejor testimonio griego sea el de los registros del templo de Delos, analizados por G. Glotz, "Les salaires à Délos", *Journal des Savants* II (1913), 206-215, 251-160, y P. H. Davis, "The Delos Buildings Accounts", *Bulletin de correspondance héllenique* 61 (1917), 109-135. Véase también A. Burford, *The Greek Temple Builders at Epidauros* (Liverpool, 1969), esp. pp. 191-206; "The Economics of Greek Temple Building", *Proceedings of the Cambridge Philological Society*, n.s. II (1965), 21-34. No se dispone de datos comparablemente detallados de Roma. Deben admitirse algunas excepciones, una de las cuales (de Atenas) se estudiará más adelante en este mismo capítulo.

[33] Véase Crook, *Law*, pp. 191-198. Según el derecho romano, un hombre libre que se enfrentaba a las fieras en la arena por una paga sufría *infamia*, pero no el que lo hacía por deporte; *Digesto*, 3.1.1.6. Esta es, precisamente, la distinción que yo he estado señalando en otra esfera, que generalmente pasa inadvertida a los historiadores, como en el siguiente pasaje de Frank, *Survey* V, 235-236: "Que los constructores libres siguieron ganándose la vida en la capital es algo demostrado por el extraordinariamente grande y activo *collegium fabrum tignuariorum*... Por un estudio de las listas de miembros, parece probable que estos 1 000-1 500 *fabri* libres o liberados fuesen carpinteros de éxito que contaban con los servicios de numerosos esclavos... Es probable, pues, que en las obras públicas se emplearan grandes números de *trabajadores libres*" (las cursivas son mías).

rador mandó premiar al inventor por su ingenio y luego se negó a aplicar su sistema, "exclamando, ¿cómo podría yo alimentar al populacho?" Esto está muy bien, pero los grandes y continuos desembolsos imperiales en favor del populacho de Roma eran para pan y circo, no para empleos.[34] Vespasiano se refería a la clase de mano de obra casual que ya hemos observado; transportar columnas al Capitolio difícilmente habría ofrecido empleo permanente a grandes números de trabajadores, lo que sí hacía el abasto de aguas, y para éste había un equipo permanente de 700 esclavos (incluso los "arquitectos").[35]

Sabemos esto por un libro escrito por Sexto Julio Frontino, nombrado *curator aquarum* por el emperador Nerva en 97 d.c. Frontino era un senador de cierto renombre, que había sido pretor urbano, cónsul suplente y gobernador de Britania mucho antes de encargarse del abasto de agua a Roma. El contraste entre su *status* y el de los "arquitectos" esclavos que eran los administradores técnicos del sistema indica algo fundamental. La dirección política era una cosa, la administración otra; y durante todo el periodo clásico, la administración, griega y romana, urbana y rural, fue patrimonio de esclavos y libertos, al menos en los grandes establecimientos, aquellos donde el propietario normalmente no tomaba parte activa. Es evidente que los hombres del *status* más elevado no querían ni podían dedicarse a

[34] "*Panem et circenses* era la fórmula... de la que dependían para que la población subyacente no imaginara vanos remedios para su precaria situación": T. Veblen, *Essays in Our Changing Order* (reimpresión, Nueva York, 1954), p. 450. Añade Veblen, característicamente: "en cuestión de *circenses*... ha habido cambios y mejoras en los siglos intermedios...; como el hombre común es el que se salva de toda reflexión, sólo es razonable que el hombre común deba pagar los costos". La demostración de que la plebe romana no podía "Pasar la mayor parte de su tiempo en las carreras, el teatro y los combates de gladiadores" es improcedente: J. P. V. D. Balsdon, "Panem et circenses", en *Hommages... Renard* II (Bruselas, 1969), pp. 57-60; *cf.* A. Cameron, *Bread and Circuses* (Conf. Inaug., King's College, Londres, 1973); J. Le Gall, "Rome ville des fainéants?", *Revue des-etudes latines* 49 (1971), 266-77.

[35] Frontino, *De aquis urbis Romae*, 96-118. Sobre el importante papel de los esclavos en el negocio de la construcción en general, los escasos testimonios pueden encontrarse en H. J. Loane, *Industry and Commerce of the City of Rome (50 B.C. 200 A.D.)* (Baltimore, 1938), pp. 79-86.

administrar sus propiedades y otros negocios: su estilo de vida lo hacía imposible; doblemente imposible era para los grandes terratenientes que moraban en la ciudad y que sólo de vez en cuando visitaban sus propiedades. Esto salta a la vista por doquier: ya leamos el *Oikonomikos* de Jenofonte, el manual de Catón o las cartas de Plinio.

Aun la administración pública era problemática fuera de los escalones superiores. Existe un texto revelador, de la segunda mitad del siglo II: la *Apología* de Luciano, un sirio-griego que se había distinguido como retórico y literato, pero que, hacia el fin de su vida, aceptó un puesto en el servicio imperial. En una ocasión había escrito un ensayo en que con saña atacaba el "servilismo" de los literatos que, por un salario, aceptaban empleos en las casas de los ricos. ¿No estaba él haciendo ahora lo mismo?, pregunta. Es cierto, replica, que tanto ellos como yo recibimos un jornal, y trabajamos —bajo el poder de otro", pero en tanto que "su esclavitud es manifiesta, y en poco difieren de los esclavos adquiridos o engendrados" —me resultan irresistibles, si no deliberados, los ecos de Aristóteles y de Cicerón—, mi posición es incomparable, porque yo sirvo al interés público.[36] Un *jeu d'esprit*, sin duda, pero no por ello menos revelador: en la actualidad, una disculpa por aceptar un puesto subordinado en el gobierno seguiría otra línea.

En la economía urbana, los administradores-esclavos estaban vinculados de cerca con los esclavos con un *peculium* y, por lo tanto, particularmente en la sociedad romana, con los libertos, ya que éstos eran los esclavos más frecuentemente manumitidos, no los esclavos agricultores. Hemos de preguntar, entonces, por qué tan importante papel en la economía —o, para hablar en términos antiguos más precisos, en la adquisición de riqueza— se dejaba en manos de esclavos y libertos. Una sugerencia es encontrar la explicación en la "eficiencia relativamente mayor y la mejor preparación de los no libres y los recién liberados".[37]

Quizá, pero en este raciocinio hay un elemento de circularidad.

[36] Luciano, *Apología*, 10; véase D. Nörri, "Zur sozialen und rechtlichen Bewertung der freien Arbeit in Rom", Z-55-82 (1965), 67-105, en pp. 75-76.

[37] Westermann, "Industrial Slavery", p. 158.

Si los hombres libres por nacimiento eran inútiles por su preparación, lo cual significaba que no estaban dispuestos a ponerse al servicio de otros, entonces allí debe hacerse hincapié, para no implicar que había una verdadera alternativa entre dos clases de personal administrativo.[38]

Ahora bien, es una peculiaridad inherente al *status* del liberto el ser evanescente, limitado por ley a una sola generación. Los hijos de un liberto seguían siendo esclavos si habían nacido antes de la manumisión (a menos que también fueran manumitidos), pero eran enteramente libres si nacían después. Por ende, era en sus hijos en quienes un liberto ponía sus esperanzas para aquellas consecuencias sociales y políticas de la riqueza que la ley le negaba personalmente, en particular el oficio público. Un análisis minucioso, efectuado hace cerca de medio siglo,[39] de los epitafios de Italia durante el imperio, reveló que una elevada proporción de miembros de los senados municipales era de hijos de libertos; la mayor proporción se halló en una ciudad como Ostia, donde se calcula que la cifra es de 33% o más, la menor en el distrito rural de la Galia Cisalpina, cerca de un 12%. Se ha sostenido que las cifras eran demasiado elevadas, porque el autor no aplicó pruebas muy rígidas al determinar quién era y quién no era hijo de liberto. La crítica hecha a las estadísticas es correcta, pero está mal encaminada. Nadie está afirmando que grandes números de hijos de libertos se convirtieran en aristócratas locales, o que los senados municipales estuvieran siendo dominados por tales hombres, o que éstos constituyeran una nueva "clase" en la sociedad romana. Ni siquiera una reducción de los porcentajes a la mitad podría invalidar la conclusión de que un número significativo de libertos había logrado alcanzar, en sus hijos, un elevado *status* social y político. El emperador Claudio no estaba haciendo un gesto vano cuando en 41 d.C., ordenó a los alejandrinos excluir "a los nacidos de esclavos" de la efebia, cuerpo de jóvenes griegos de la clase superior de la ciudad.[40] Tampoco

[38] Por ejemplo, A. M. Duff, *Freedmen in the Early Roman Empire* (reimpresión, Cambridge, 1958), p. 11: una "lucha desigual contra orientales más astutos".

[39] M. L. Gordon, "The Freedman's Son in Municipal Life", JRS 21 (1931), 65-77, basado en más de mil textos.

[40] Renglones 56-57 de una carta de Claudio, publicada por primera vez

Marco Aurelio, quien cerca del año 175 dio órdenes a los atenienses de suprimir del elitista Consejo del Areópago a todo no nacido libre a la tercera generación, en tanto que expresamente admitía a los hijos de libertos en el Consejo de los Quinientos.[41] En la propia Roma, según Tácito (*Anales*, 13.27), se dijo en tiempos de Nerón que la mayoría de los ecuestres y muchos senadores eran descendientes de esclavos; hipérbole tendenciosa, sin duda, pero que no debe descartarse sin reflexión.

El éxito se alcanzaba mediante el método normal de una abundante provisión de fondos a la comunidad y sus ciudadanos; la explicación obvia es que estas fortunas fueron amasadas en el comercio, la manufactura y los préstamos. Sin embargo, debemos hacer una pausa ante el hecho de que entre estos libertos que habían logrado triunfar existía una gran concentración de hombres salidos de las filas del servicio civil imperial y municipal.

Además, sigue en pie la pregunta de qué proporción, fuese de los propios libertos ricos, como Trimalción, fuese de sus hijos, que ya eran miembros de la clase alta, dirigían sus riquezas hacia el puerto seguro de la agricultura. Probablemente sea imposible dar una respuesta convincente, pero hay indicios ocasionales, como el hecho de que, de las extensas granjas (y viñas) de las cercanías de Pompeya, que empleaban decenas de esclavos (hecho probado, entre otras cosas, por las cadenas descubiertas en la excavación), quizá la mitad fuese propiedad de libertos.[42] Pero sea cual fuere la respuesta, es decir, cualquiera que sea la proporción de las familias que continuaban en la actividad econó-

por H. J. Bell, *Jews and Christians in Egipt* (1924), y más recientemente en el *Corpus Papyrorum Judaicarum*, comp. V. A. Tcherikower y A. Fuks, vol. 2 (Cambridge, Mass., 1960), núm. 153.

[41] Renglones 59-60 y 99-101, respectivamente, de una larga inscripción griega publicada por J. H. Oliver, *Marcus Aurelius: Aspects of Civic and Cultural Policy in the Eeast* (*Hesperia*, Supl. 12, 1970).

[42] J. Day, "Agriculture in the Life of Pompeii", *Yale Classical Studies* 3 (1932), 166-208, en pp. 178-179 (sus cálculos de hectáreas se apoyan en una base demasiado endeble). Algunos textos literarios y epigráficos han sido compilados por Shtaerman, "Esclavos y libertos", pp. 26-27, y por S. Treggiari, *Roman Freedmen during the Late Republic* (Oxford, 1969), pp. 106-110, pero ninguno trata de evaluar los testimonios.

mica urbana, la importante conclusión es que el estrato efímero que administraba los asuntos de los aristocráticos magnates de la tierra nunca pudo llegar a ser la burguesía de que habla Rostovtzeff;[43] no desempeñó el mismo papel creador de los administradores de haciendas, supervisores y abogados en vísperas de la Revolución Industrial, quienes hicieron entrar "al hidalgo terrateniente... en la nueva urdimbre económica de la sociedad".[44] Ningún Trimalción pudo llegar a ser el Stolz del *Oblomov* de Goncharov.[45]

El modelo griego, debe reconocerse, es menos claro, no por lo que hace a los administradores esclavos, de los que hay bastantes testimonios, sino por lo que hace a los libertos y sus descendientes. Nuestra dificultad es a la vez técnica y general. Los libertos griegos se convertían en metecos, no en ciudadanos; su nomenclatura no revela el *status* de hombres manumitidos, como la romana; los griegos nunca adoptaron la práctica romana de resumir sus carreras en sus lápidas (al menos, no antes del imperio romano). Por ende, sencillamente no podemos decir qué proporción de metecos —que pareció tan grande en la economía urbana— era de libertos o de sus descendientes, a diferencia de inmigrantes libres. Reconocida esa laguna en nuestros conocimientos, y reconocidas otras variaciones y cambios de matiz, yo creo que perfectamente se justifica la generalización de que, de acuerdo con su "posición", los esclavos fueron fundamentales a la economía de la antigüedad en lo que, a falta de un marbete más preciso, he estado llamando el "período clásico", griego y romano. Fueron fundamentales tanto en su empleo (donde trabajaban) como en la estructura social (la dependencia de ellos y de su trabajo que aceptaron los estratos superiores, las clases imperantes).

[43] Véase Veyne, "Trimalción", pp. 230-231, quien les llama "clase abortada".

[44] J. H. Plumb, *The Growth of Political Stability in England 1673-1725* (Penguin ed., 1969), pp. 21-22.

[45] El que recuerda más a Stolz es Zenón, administrador de la gran posesión de Apolonio en tiempos de Tolomeo II, y para hoy es evidente que no era un caso ordinario y que a la postre fracasó; véanse los artículos de J. Bingen y de D. J. Crawford en *Problèmes de la Terre*, comp. Finley, caps. 11-12.

En suma, la Grecia y la Italia clásicas fueron sociedades esclavistas, en el mismo sentido en que lo fue el sur de los Estados Unidos. Hubo diferencia considerable, entre ellas el hecho —al menos, se tiene la firme impresión de que fue un hecho— de que la sección propietaria de esclavos en la antigüedad era proporcionalmente mayor que el calculado 25% de los estados sureños. "El que no tiene esclavos ni alcancía" es como un poeta romano describe al que está en la miseria, del que nosotros habríamos dicho que "no tiene un céntimo".[46] Cerca de 400 a.c., un ateniense apeló al Consejo porque había sido borrado de la lista de quienes tenían derecho a la asistencia pública, ciudadanos incapacitados físicamente cuya propiedad valiese menos de 200 dracmas, el equivalente al jornal de unos 200 días de trabajo. En su alegato (*Lisias*, 24.6), arguyó que aún no estaba en condiciones de comprar un esclavo que pudiera mantenerlo (las palabras textuales son "remplazarlo"), pero que esperaba lograrlo. Cerca de ochocientos años después, el mundialmente célebre retórico y profesor Libanio apeló al Consejo de Antioquía pidiendo un aumento del estipendio de sus conferenciantes, tan pobres y miserablemente pagados que no podían permitirse más de dos o tres esclavos cada uno.[47] Al mismo tiempo, aun los soldados rasos de los regimientos ordinarios a veces tenían asistentes esclavos.[48]

Como en otras sociedades esclavistas, podían verse trabajando esclavos y hombres libres unos al lado de otros. Se han conservado fragmentos de las cuentas públicas de la etapa final en la construcción, a fines del siglo v a.c., del templo de la Acrópolis de Atenas conocido como el Erectéon.[49] Están divididas en registros diarios porque en este caso el propio Estado ateniense fue el contratista. De los 86 hombres cuyo *status* se conoce, 24 eran ciudadanos, 42 metecos y 20 esclavos. En buen número de ejemplos, el propietario de esclavos trabajaba junto con uno o más de éstos; el meteco Simias, albañil, al lado de

[46] Catulo, 23.1; 24.5, 8, 10.

[47] *Oraciones*, 31.11; véase Jones LRE, p. 851.

[48] *Ibid.*, p. 647.

[49] Para las fechas, véase J. H. Randall, Jr., "The Erechteum Workmen American Journal of Archeology" (1953), 199-210.

cinco esclavos. Al parecer se pagaba lo mismo, cinco o seis óbolos diarios, a todos ellos, incluso a los arquitectos, cuya única ventaja era que podían esperar empleo continuo en la obra.[50] Simias, desde luego, se embolsaba tanto su pago como el de sus esclavos, pero esto no afecta la cuestión.

Las tasas de los jornales de la antigüedad por lo general eran notablemente estables e indiferenciadas. Podemos, entonces, aceptar que las oportunidades de los hombres libres fueron coartadas por los esclavos, tanto en la competencia laboral como en las tasas de pago. Pero ellos nunca protestaron por ello; como he dicho antes, las quejas acerca de los esclavos y la esclavitud que han llegado hasta nosotros son de orden moral, no económico. La única excepción importante confirma la regla: el desarrollo, en Italia, de las grandes posesiones cultivadas por esclavos a fines de la república provocó serias protestas —Tiberio Graco hizo una declaración pública de las masas de esclavos que trabajaban los campos—;[51] pero tales protestas fueron en nombre de los desposeídos pequeños terratenientes, de los campesinos, no en nombre de los trabajadores libres, de la ciudad o del campo.[52] Los desposeídos deseaban la devolución de sus tierras, no un empleo en las grandes propiedades. En rigor, no tenían interés en los esclavos ni objeción a la mano de obra esclava en los ámbitos tradicionales de las clases superiores.

En los principios de la revolución industrial de Inglaterra escribió Arthur Young: "Como todos los saben, menos los idiotas, hay que mantener pobres a las clases inferiores, o nunca serán industriosas."[53] Los greco-romanos pobres, los ciudadanos pobres, en cambio, durante el periodo clásico, fueron mantenidos libres y disponibles para el servicio en el ejército y la marina.[54] Hubo ocasiones en que ejercieron su libertad a fin de rebelarse,

[50] La tasa podría resultar distinta para los hombres pagados a destajo, si supiésemos cómo calcular ésta.

[51] El texto clásico es el de Apiano, *Las Guerras Civiles*, 1.9-11.

[52] Véase Shtaerman, "Esclavos y libertos", pp. 25-26, 36, 41-43.

[53] *Eastern Tour* (1771), IV, 361, citado de R. H. Twney, *Religion and the Rise of Capitalism* (Penguin ed., 1947), p. 224.

[54] K. Hopkins, "Slavery in Classical Antiquity", en *Caste and Race: Comparative Approaches*, comp. A. de Reuck y J. Knight (Londres, 1967), pp. 166-177, en pp. 170-171.

fuese por mayores derechos políticos, fuese por el eterno programa revolucionario de la antigüedad —cancelación de las deudas y redistribución de la tierra—, lema de un campesinado, no de una clase obrera. Los veteranos desmovilizados constantemente exigían concesiones de tierra; la última investigación parece indicar que en el periodo de repartos, extraordinariamente activo, de las guerras civiles en el último siglo de la república romana, un cuarto de millón de familias de veteranos recibieron tierras, tan sólo en Italia, por órdenes de Sila, César, los triunviros y Augusto.[55] A menudo estuvieron dispuestos a aceptar asignaciones tan pequeñas que no quedaba ningún margen, ni aun con exenciones de impuestos; de hecho estaban casi seguramente condenadas al fracaso, más tarde o más temprano: hay testimonios del siglo II a.C. de donaciones de poco más de una hectárea a dos hectáreas; la ley de César de 59 a.C. concedió 10 *jugera* (casi dos hectáreas y media) para cada veterano (o pobre) con familia de tres hijos o más.[56] O bien se aferraron a las ciudades y exigieron más pan y más circo.

Lo que está totalmente ausente es lo que pudiésemos reconocer como un programa laboral, algo que tenga que ver con jornales, condiciones de trabajo, la competencia de los esclavos. En las innumerables pequeñas sociedades de beneficencia, comúnmente organizadas según el empleo o la ocupación, que proliferaron en las ciudades y pueblos de la antigüedad, especialmente en el mundo helenístico y el imperio romano, la actividad comunal se limitaba a prácticas religiosas, sociales y de caridad; sus gremios no estaban en ningún sentido tratando de favorecer o proteger los intereses económicos de sus miembros, ni muestran rastro alguno de la pauta jerárquica de aprendiz, jornalero y maestro que caracterizó a los gremios medievales y de principios de la

[55] Brunt, *Manpower*, cap. 19.

[56] Para las asignaciones del siglo II, véase Livio, 35.40; 39.44, 55; 40.29; 42.4. Sobre los complicados testimonios de la medida de César, véase Brunt, *Manpower*, pp. 312-315. Presumiblemente, se esperaba que los recipiendarios de esas pequeñas asignaciones suplementarían sus cosechas con pastos de la tierras comunes o con labores de temporada en las grandes propiedades cercanas. Sea como fuere, hay pruebas convincentes de esas miserables posesiones, y pueden suponerse las tristes perspectivas de los recipiendarios.

edad moderna.[57] Esclavos y hombres libres (sobre todo trabajadores calificados independientes) podían ser miembros, unos y otros, de una sociedad, precisamente por la falta de todo sentido de competencia.

Ni en griego ni en latín había una palabra para expresar la idea general de "fuerza de trabajo", ni el concepto de trabajo "como una función social general".[58] La naturaleza y las condiciones del trabajo en la antigüedad impidieron que se desarrollaran tales ideas generales, así como la idea de una clase obrera. "Los hombres nunca dejan de afanarse y penar de día, ni de perecer de noche", dice Hesíodo (*Los trabajos y los días*, 176-78). Ésta es una descripción, una afirmación de hechos, no de ideología; lo mismo es la conclusión, que por lo tanto es mejor afanarse que perecer, y mejor aún depender, si se puede, del trabajo de los esclavos. Pero el mundo no era de afanes y penas para todos, y allí había una dificultad. La expulsión del Edén tuvo la característica salvadora de abarcar a toda la humanidad, y por lo tanto, aunque vinculó el trabajo con el pecado y la penitencia, no degradó el trabajo como tal. Un destino común a todos acaso sea trágico, pero no puede ser vergonzoso. Del pecado puede uno redimirse, no de una inferioridad moral natural. La teo-

[57] La "Inscripción del agricultor" comentada en la nota 28 tiene su equivalente en este terreno en la repetida evocación de una "huelga de panaderos" supuestamente registrada en una inscripción fragmentaria de Efeso, probablemente de fines del siglo II, publicada por W. H. Buckler, "Labour Disputes in the Province of Asia", en *Anatolian Studies Presented to Sir William Ramsay* (Manchester, 1923), pp. 27-50, en pp. 29-33, convenientemente reproducido por T. R. S. Broughton, en Frank, *Survey* IV, 847-848. Este texto aislado, incompleto y nada claro, no ofrece ninguna clave de las razones de la "sedición" de los panaderos, ni base para suponer reclamaciones econócicas colectivas o demandas de carácter gremial. Los párrafos de Rostovtzeff (RE, pp. 178-179) sobre el Asia Menor romana, "donde los obreros habían dejado de ser siervos, pero no habían recibido la ciudadanía de las ciudades", y declararon "verdaderas huelgas profesionales", organizando "verdaderos intentos de revolución social", son mera ficción.

[58] Véase J. P. Vernant, *Mythe et pensée chez les Grecs* (París, 1965), pt. 4; F. M. De Robertis, *Lavoro e lavoratori nel mondo romano* (Bari, 1963), pp. 9-14; *cf.* las primeras páginas de H. Altevogt, *Labor improbus* (Münster, 1952); B. Effe, "Labor improbus -ein Grundgedanke der Georgica in der Sicht des Manilius", *Gymnasium* 78 (1971), 393-399.

ría aristotélica de la esclavitud natural en el primer libro de la *Política* constituye una posición extrema, pero quienes no la aceptaron tan sólo la invirtieron: los hombres que se dedicaban a los trabajos serviles o que laboraban en condiciones de esclavitud se volvían inferiores por su trabajo mismo. De una u otra manera, no había consuelo.

Se objetará que todo esto se basa en las opiniones de las clases superiores y de sus portavoces entre los intelectuales, no en las opiniones de quienes, trabajando, carecían de voz. Mas no carecían completamente. Se expresaban en sus cultos, por ejemplo, y debe notarse que aun cuando Hefestos (el Vulcano de Roma), el artesano entre los dioses, era en cierto sentido patrono de las artesanías, especialmente de la metalurgia, era una deidad inferior en los cielos, y se le dedicaban escaso culto formal y pocos templos en la tierra.[59] Los cultos clásicos más "populares" eran los extáticos, particularmente el de Dionisios/Baco, dios de la intoxicación (en más sentidos que uno). Por medio de Dionisios, el hombre no celebraba el trabajo, sino que se liberaba de él. Quienes trabajaban también expresaron sus opiniones en sus demandas de tierra, ya observadas, y en el hecho de no aliarse con los esclavos en las ocasiones, relativamente pocas, en que éstos se rebelaron.[60]

[59] Véase Marie Delcourt, *Héphaistos ou la légende du magicien* [*Bibliothèque de la Fac. de philosophie et lettres*, Lieja, núm. 146 (1957)]. El intento de H. Philipp, *Teknoton Daidalos. Der bildende Künstler und sein Werk im vorplatonischen Schrifttum* (Berlín, 1968), cap. 3, por sostener otra cosa (sin ninguna referencia a Delcourt), es un alegato nada persuasivo. Quizá sea necesario añadir que la profusión de monedas que muestran a Hefestos en el Asia Menor durante el periodo imperial romano, especialmente los caóticos años 235-270, debe relacionarse con la leyenda de Aquiles, no con cultos locales de Hefestos; véase F. Brommer, "Die Kleinasiatischen Münzen mit Hephaistos", *Chiron* 2 (1972), pp. 531-544.

[60] Shtaerman, "Esclavos y libertos" establece categóricamente este punto pese a su positiva evaluación (pp. 31-33) de los "nexos" entre hombres libres y esclavos en los *collegia*.

Es lástima que no sepamos más acerca del caso inhabitual de la revuelta de Aristónico en el Asia Menor en 132 o 131 a.c., aparte de que "rápidamente reunió una multitud de pobres y esclavos (*douloi*), a quienes se ganó con la promesa de libertad y a quienes llamó heliopolitanos" (Estrabón, 14.1.38); véase, más reciente, J. C. Dumont, "A propos d'Aristonicos", *Eirene* 5 (1966), 189-196, y brevemente mi "Utopianism Ancient

La habilidad técnica era honrada y admirada, desde luego, pero el orgullo que da una obra bien hecha es un fenómeno psicológico que no debe confundirse con una evolución positiva del trabajo como tal. El propio Platón fue admirador de la buena manufactura, e hizo innumerables analogías positivas sobre el buen artesano, sin dejar de tener muy en poco esa habilidad en su jerarquía de valores. Los esclavos mostraban un orgullo similar, no en sus palabras, que desconocemos, sino en la obra misma. Nadie puede distinguir, en las ruinas del Erecteón, cuáles partes fueron trabajadas por Símias, y cuáles por sus cinco esclavos. La alfarería de *terra sigillata* de Arezzo, obra de esclavos, era mucho más fina que los productos de los alfareros libres de Lezoux.

La psicología del esclavo es compleja y, al menos para la antigüedad, probablemente impenetrable. Un buen análisis tendría que considerar el desarraigo del esclavo, tanto de su patria como de su gente; lo que implica la ubicua palabra "muchacho" como forma para dirigirse a los esclavos de toda edad del sexo masculino; la repercusión de las costumbres sexuales, ejemplificadas por las relaciones sexuales entre el joven Trimalción tanto con su amo como con su manceba, repetidas por el viejo Trimalción con *sus* esclavos;[61] el predominio de los esclavos rurales en las grandes revueltas, en que los esclavos urbanos a veces no sólo permanecieron neutrales, sino que lucharon del lado de sus amos;[62] la activa participación de los esclavos en la defensa de las ciudades sitiadas;[63] y muchas cosas más que nos llevarían fuera de los límites de este estudio.

El rendimiento cualitativo de la fuerza de trabajo esclava es el punto esencial para proceder a una consideración de su efi-

and Modern", en *The Critical Spirit. Essays in Honor of Herbert Marcuse*, comp. K. A. Wolff y B. Moore, Jr. (Boston, 1967), pp. 3-20, en pp. 10-12. Reimp. en mi *Use and Abuse of History* (Londres 1975), cap. 11. Con *douloi* Estrabón probablemente se refería al trabajo dependiente, aparte de los esclavos-cosas, pero ello carece de importancia en este contexto.

[61] Petronio, *El Satiricón*, 69.3, 75.11, etc., *cf.* Veyne, "Trimalción", pp. 218-219.

[62] Por ejemplo, en Morgantina, en la segunda revuelta siciliana; Diódoro, 36.3; véase mi *Ancient Sicily* (ed. rev., Londres, 1979), cap. 11

[63] Véase Garlan, "Esclaves en guerre", pp. 45-48.

ciencia y rentabilidad, y por tanto de las opciones abiertas a los patronos en la antigüedad. Es éste un tema intratable por obra de dogmas y seudo-pruebas, en su mayoría basados en juicios morales. Hay una larga línea de escritores, de la más variada coloración política, que aseguran que el trabajo esclavo es ineficiente, al menos en la agricultura, y a fin de cuentas no costeable.[64] Esta afirmación habría asombrado a los griegos y romanos propietarios de esclavos, quienes durante muchos siglos no sólo creyeron alegremente que estaban obteniendo de sus esclavos considerables ganancias, sino, lo que es más, derrochándolas. No menos habría asombrado a los plantadores de Brasil y del Mississippi, cuyas ganancias sobre la inversión eran comparables a las de las regiones no esclavas del Nuevo Mundo.[65]

Se asevera entonces, como segunda "línea de defensa", que la esclavitud impidió el progreso tecnológico y el crecimiento de la productividad, que aun el servil "colonado" de fines del imperio romano, predecesor de la servidumbre medieval, era más eficiente porque los *coloni* (para no hablar de los aparce-

[64] Por ejemplo, Max Weber, "Die soziale Gründe des Untergangs der antiken Kultur", en sus *Gesammelte Aufsätze sur Sozial-und Wirtschaftsgeschichte* (Tubinga, 1924), pp. 289-311, en pp. 299-300; Salvioli, *Capitalisme*, pp. 250-253; E. M. Schtajerman, *Die Krise der Sklavenhalterordnung im Western des römischen Reiches*, trad. del ruso por W. Seyfarth (Berlín, 1964), pp. 34-35, 69 y otras.

[65] De la extensa y creciente bibliografía, baste con mencionar los artículos impresos en R. W. Fogel y S. L. Engerman, comp., *The Reinterpretation of American Economic History* (Nueva York, 1971), pt. 7, con la crítica de N. G. Butlin, *Antebellum Slavery-A Critique of a Debate* (Australian National Univ., Canberra, 1971); E. D. Genovese, *The Political Economy of Slavery* (Nueva York, 1965), pt. 2; la obra metodológicamente endeble, pero no obstante útil, de R. S. Starobin, *Industrial Slavery in the Old South* (Nueva York, 1970), esp., cap. 5; M. Moohr, "The Economic Impact of Slave Emancipation in British Guiana, 1832-1852", ECHR, 2º ser., 25 (1972), 588-607, quien concluye: "De haber tenido éxito completo los plantadores y funcionarios públicos... en sus intentos de mantener sin tierras a los antiguos esclavos de la colonia, la emancipación hubiera dado por resultado una economía que habría sido difícil de distinguir de su equivalente pre-emancipación". Debemos dar gracias al precursor estudio de C. A. Yeo, "The Economic of Roman and American Slavery", *Finanzarchiv*, n.F., 13 (1952), 445-485, aunque el análisis americano es ya anticuado y parte de sus argumentos son defectuosos.

ros libres) "se interesaban más que los esclavos en los frutos de su labor". Dogma otra vez: hay que remontarse a la Inglaterra y la Francia del siglo XIV antes de que la producción de trigo, por ejemplo, pudiera equipararse regularmente al rendimiento cuadruplicado que parece haber sido considerado como la meta para las posesiones de la antigua Italia cultivadas por esclavos;[67] y se puede señalar cierto avance tecnológico precisamente donde la esclavitud se mostró más brutal y opresora, en las minas de España y en los *latifundios* romanos.[68]

Carecemos de datos para calcular la rentabilidad de la esclavitud antigua, que de todas maneras sería muy difícil; y no tenemos manera de evaluar su rentabilidad relativa en la antigüedad en comparación con otros tipos de fuerza de trabajo.* Tampoco los antiguos pudieron hacer los primeros cálculos, pero sí supieron que regularmente obtenían ingresos satisfactorios. El segundo cálculo, el relativo, ni siquiera pudieron imaginarlo. ¿Con qué alternativas podían compararlo? Los plantadores y manufactureros sureños podían observar a sus colegas del norte. Pero ¿a quién habían de mirar griegos y romanos? Más aún, los sureños, habiendo observado, decidieron entrar en guerra

[66] Schtajerman, *Krise*, pp. 90-91.

[67] Los testimonios medievales, reconocidamente escasos pero muy coherentes, han sido tabulados por B. H. Slicher van Bath, *Yield Ratios, 810-1820* [A. A. G. Bijdragen, núm. 10 (1963)]; *cf.* su *The Agrarian History of Western Europe, A.D. 500-1850* (Londres, 1963), pp. 18-20 y el cuadro de las pp. 328-333. Slicher van Bath carece de cifras para Italia antes del siglo XVIII, y eso complica una comparación ya de suyo difícil, dado el estado de los testimonios tanto antiguos como medievales.
Además, las solas proporciones de rendimiento son un índice que está lejos de ser adecuado para la producción agrícola; véase, por ejemplo, P. F. Brandon, "Cereal Yields on the Sussex Estate of Battle Abbey during the Later Middle Ages", ECHR, 2º ser., 25 (1972), 403-420. Pero eso es todo lo que tenemos de la antigüedad (ni siquiera suficiente de ella) excepto para el Egipto Tolomeico y romano, que no se consideran. Al menos, no conozco ningún testimonio en apoyo de las opiniones que estoy refutando.

[68] Véase mi "Technical Innovation", p. 43. Sobre los considerables logros técnicos (sin innovaciones) de los romanos en las minas de España, véase P. R. Lewis y G. D. B. Jones, "Roman Gold-mining in North-west Spain", JRS 60 (1970), 169-185.

* ¿Cómo incluir en el cálculo la exención de los esclavos del servicio militar?

a fin de retener la esclavitud, y ese sencillo hecho histórico debe poner fin a esa clase de argumento, que aún ejerce tal atractivo en la historia antigua. Desarrollo económico, progreso técnico y eficiencia creciente no son virtudes "naturales"; no siempre han sido posibilidades, y ni siquiera desiderata, al menos no para quienes gobernaban los medios por los cuales tratar de obtenerlos.

Los juicios morales y los juicios prácticos están frecuentemente en pugna. "Las disposiciones sociales inmorales no por necesidad esencial han de ser económicamente ineficientes, y aun puede sostenerse que sí ofrecen tangibles rendimientos materiales a la clase dominante".[69] La literatura del Imperio romano está llena de dudas y remordimientos acerca de la esclavitud; el temor a los esclavos, a ser asesinados por ellos, a posibles revueltas, es un tema recurrente (y antiguo). Pero esta literatura tiene equivalentes, pasaje tras pasaje, en la del sur de los Estados Unidos, y en ninguna de las dos sociedades se sacó la conclusión práctica de que la esclavitud debía de ser remplazada por otras formas de fuerzas de trabajo; en suma, que debía ser abolida.[70]

Sin embargo, a la postre hubo en la antigüedad una "decadencia" de la esclavitud, que requiere una explicación. Pongamos en claro lo que está en juego. La esclavitud antigua no fue abolida, como en los Estados Unidos en año de 1865, ni desapareció ni fue remplazada por un sistema de jornaleros libres.

Una vez más, nos perjudica la falta de estadísticas. Los esclavos seguían siendo omnipresentes a fines de la antigüedad. En la segunda mitad del siglo IV, unos oficiales romanos que mantenían el frente contra los godos en Tracia se dedicaron con tal entusiasmo al tráfico de esclavos con el enemigo que descuida-

[69] A. Fishlow y R. W. Fogel, "Quantitative Economic History: An Interim Evaluation", *Journal of Economic History* 31 (1971), 15-42, en p. 27.

[70] E. M. Schtaerman ha hecho una excelente compilación de estos textos, "La 'Cuestión esclava' en el Imperio Romano", VDI (1965), núm. 1, pp. 62-81. Al respecto (p. 66) parece decir que el temor a una revuelta planteaba serias cuestiones económicas, pero su material le hace abandonar esta idea en el resto del artículo.

ron las defensas imperiales.[71] Una generación más tarde, en medio de una guerra contra el caudillo godo Alarico, los emperadores estaban esforzándose por evitar en Iliria (Yugoslavia) el esclavizamiento de los campesinos que huían de los bárbaros, de los cautivos que habían sido tomados como rehenes, y aun de una tribu bárbara, los llamados escirios, a quienes se había obligado a establecerse en tierras del imperio.[72] El obispo Paladio no encontró nada increíble en su informe (*Historia Lausíaca*, 61) de que, por entonces, Melania la Joven, una noble dama romana que había decidido abandonar sus bienes mundanos para llevar una santa vida cristiana, manumitió a una parte de esus esclavos, ¡en número de ocho mil!

A pesar de todo, queda bien firme la impresión de que para los siglos IV y V de nuestra era, los esclavos-cosa habían perdido su lugar clave aun en las viejas tierras clásicas; en la actividad urbana productiva, cediendo ante la fuerza del trabajo libre (independiente en su mayoría), y en el campo ante los campesinos conocidos como *coloni*.[73] ¿Qué ocurrió, y por qué? Si —como ya he sostenido— ni la eficiencia y productividad ni la economía de escala fueron factores que intervinieran, ¿qué movió a las clases superiores, en particular a los dueños de grandes posesiones, a cambiar sus bandas de esclavos por campesinos ligados? A veces se ofrece una sencilla explicación de costos, como la siguiente poco más o menos: Roma tuvo que pagar el precio de su triunfal expansión; al incorporar más y más partes del mundo al imperio, más y más tribus quedaron protegidas del es-

[71] Amiano, 31.4-6; véase E. A. Thompson, *The Visigoths in the Time of Ulfila* (Oxford, 1966), pp. 39-42.

[72] *Código Teodosiano*, 10.10.25; 5.7.2; 5.6.3, respectivamente.

[73] *Colonus* significó originalmente "granjero", "rústico" y después "inquilino", pero yo me limitaré a usar el vocablo en su sentido ulterior de "inquilino ligado". Véase K.-P. Johns *et al.*, *Die Kolonen in Italien und den westlichen Provinzen des römischen Reiches* (Berlín, 1983), hasta el fin del siglo II; para Italia, la versión inglesa de *Colonus*, por P. A. de Neeve (Amsterdam, 1984). También siguió habiendo campesinos libres propietarios de tierras, pero no hay manera de conjeturar siquiera su proporción. Sospecho que los historiadores suelen exagerarla; por ejemplo, respecto a los campesinos acerca de quienes con tanta vehemencia habló Libanio en su 47ª oración.

clavizamiento; las conquistas de Roma en el este llevaron a cientos de hombres, mujeres y niños a los mercados de esclavos mientras la conquista seguía adelante, pero no después de la estabilización final, primero en los Balcanes, luego en el Asia Menor y en Siria; lo mismo hizo César en la Galia, y así sucesivamente.

En tal cuadro hay un obvio elemento de verdad. Tanto el fin de las capturas en masa como las mayores distancias que habían de recorrer los tratantes de esclavos para llegar a sus fuentes de abastecimiento debieron de aumentar el precio de los esclavos, sobre una base de directo cálculo aritmético, aunque no tenemos estadísticas de precios para hacer las sumas. Pero también hay fallas en el argumento como explicación *suficiente*. La primera es cronológica. La conquista romana sistemática había terminado para el año 14 d.c., y los supuestos efectos depresivos sobre la oferta de esclavos no fueron visibles ni aun mucho tiempo después. En segundo lugar, no se ha apreciado toda la extensión de la "esclavización interna", en abierto desafío de la legalidad, mediante la venta o exposición de niños y por medio de secuestros bien organizados.[74] Otra falla es la curiosa suposición de que los germanos, quienes permanecieron fuera del imperio, por alguna razón eran insatisfactorios como esclavos, a diferencia de todos los demás pueblos "bárbaros" que habían servido tan bien durante los siglos anteriores, tanto a griegos como a romanos. La suposición no sólo carece de apoyo entre las antiguas fuentes, sino que recibe un mentís, por ejemplo, de las actividades esclavistas en el curso de la guerra contra los godos.

La cuarta falla está en suponer que una reducción de la oferta de esclavos cautivos o importados no puede compensarse por medio de la cría. Decir que una población esclava no puede reproducirse es una falacia, pero ha resultado una falacia perdurable, pese a la sencilla prueba del sur de los Estados Unidos, donde la cesación virtualmente completa del tráfico de esclavos a principios del siglo XIX fuese contrarrestada por la cría sistemática, actividad que también contribuyó sustancialmente

[74] Para un análisis de este punto, con ciertos detalles y bibliografía, véase sec. 2 del cap. VII, *infra*.

a las ganancias sobre la inversión en esclavos. También en la antigüedad fueron engendrados muchos esclavos, más de lo que podemos apreciar, porque éste ha sido un tema de investigación lamentablemente descuidado.[75] A mediados del siglo I, Columela, práctico, no fue movido por el sentimiento cuando eximió de trabajar en sus posesiones a una madre de tres hijos, y le ofreció la libertad si tenía más descendientes (1.8.19).

A pesar de todo, tal parece que, no obstante las posibilidades hipotéticas, los patrones de fines del imperio no estaban haciendo los esfuerzos necesarios para mantener un complemento pleno de la fuerza de trabajo esclava. Si la explicación de su proceder no puede encontrarse en el agotamiento de la oferta de esclavos, ni en decisiones acerca de eficiencia, productividad y similares, debe hallarse entonces en una transformación estructural dentro de la propia sociedad. La clave no está en los esclavos, sino en los hombres libres pobres, y yo creo que es posible precisar los elementos. El punto de partida es la tendencia —visible desde los principios del gobierno monárquico en Roma, o, en otras palabras, a partir de Augusto— a volver a una estructura más arcaica, en que los órdenes recobraron su significación funcional, en que una gama más vasta de *status* remplazó gradualmente a la clásica dicotomía de hombres libres y esclavos. Hubo, en efecto, una inversión del proceso que había transformado al mundo arcaico en el clásico. El remplazo de la forma de gobierno de la ciudad-Estado, con su intensa actividad política, por una monarquía burocrática y autoritaria hizo una importante contribución; cuando la gran mayoría de la población ciudadana perdió su papel en la selección de oficiales y su lugar en el ejército —que se había profesionalizado y estaba compuesto, cada vez más, por reclutas de ciertas provincias "atrasadas"— también perdió terreno en otros aspectos.

[75] Véase W. L. Westermann, *The Slave Systems of Greek and Roman Antiquity* (Filadelfia, 1955), pp. 32-33 (Grecia central después de 150 a.c., cuando el tráfico de esclavos fue desviado en gran parte a Italia); I, Biezunska-Malowist, "Les esclaves nés dans la maison du maître... en Égypte romaine", *Studi Clasice* 3 (1962), 147-162, y "La procréation des esclaves comme source de l'esclavage" (con M. Malowist), en *Mélanges offerts à K. Michalowski* (Varsovia, 1966), pp. 275-280.

Este cambio queda simbolizado en el surgimiento de las dos categorías, dentro de la población, conocidas como *honestiores* y *humiliores*, que pueden traducirse, aproximadamente, como "clases superiores" y "clases inferiores", que se formalizaron, a más tardar, a principios del siglo II, quedando sometidas por ley a distinto trato en las cortes penales. Por ejemplo los *humiliores* podían padecer una serie de castigos crueles, que bien pueden llamarse "esclavistas". Ser quemado vivo, escribió el jurista Calístrato (*Digesto*, 48.19.28.11), era el castigo habitual para los esclavos que habían amenazado la seguridad de sus amos, pero también se aplicaba a los plebeyos y a las personas de baja condición (*humiles personae*).* Esto nunca se habría dicho cuando los ciudadanos que había entre ellos aun votaban y combatían en las legiones.[76] No es objeción válida decir que la realidad de la igualdad ante la ley siempre ha sido inferior a este ideal. Nos encontramos aquí ante un cambio de la propia ideología, que refleja una depresión acumulativa (y contribuye a ella) del *status* de las clases bajas entre los ciudadanos libres.

Como ilustración basta un texto muy conocido. En los primeros años del reinado de Cómodo, apenas al margen de la Edad de Oro de Gibbon, los aparceros de un dominio imperial en el distrito de Cartago apelaron al emperador contra las excesivas exigencias que les hacían los aparceros en jefe (*conductores*), incitados por el procurador general, quien "durante muchos años" no sólo había pasado por alto sus peticiones de justicia, sino que había enviado soldados para encadenar, azotar y torturar a los inconformes, algunos de los cuales eran ciudadanos romanos. El emperador instruyó solemnemente a sus funcionarios de África para que devolvieran a los campesinos sus derechos legales.[77] El documento nos dice eso, y bien podemos dudar de que la orden imperial surtiera mucho efecto, siquiera

* Otro jurista, Emilio Macer, construye la frase a la inversa: "Por lo que hace a los esclavos, la regla es que deben ser castigados..."

[76] Véase, generalmente, P. Garnsey, *Social Status and Legal Privilege in the Roman Empire* (Oxford, 1970); sobre los castigos, su obra "Why Penal Laws Became Harsher: the Roman Case", *Natural Law Forum* 13 (1968), 141-162, en pp. 147-152.

[77] *Corpus Inscriptionum Latinarum* VIII, 10570; texto y traducción son presentados por R. M. Haywood, en Frank, *Survey* IV, 96-98.

momentáneamente en Cartago, no digamos ya en los vastos dominios de todo el imperio. En cuatro elocuentes páginas, hace tiempo apuntó Rostovtzeff que las regulaciones, tan elaboradamente detalladas, para los dominios de África, por una parte constituían la única defensa de los aparceros contra los *conductores* y procuradores, y por la otra ponían a los campesinos en manos de aquellos mismos funcionarios.[78] En principio, siempre era posible apelar al emperador, pero podemos suponer que las posibilidades de un grupo de *humiliores* campesinos eran escasas, aun si no tuviésemos pruebas de que un estrato incomparablemente más poderoso, como el de los miembros de las aristocracias de las ciudades provincianas, se encontraba también "más lejos de su imperial protector de lo que convenía".[79]

En tal contexto, era un corolario inevitable que los moralistas llamaran la atención hacia la humanidad de los esclavos. A veces se ha afirmado que estoicos y cristianos ayudaron así a producir la decadencia de la esclavitud en la antigüedad, pese al hecho embarazoso de que nunca pidieron su abolición.[80] No es fácil percibir la lógica del argumento. Hay en realidad relativamente pocos análisis de la esclavitud en los escritos que quedan de los estoicos de la época imperial; las antologías de pasajes al respecto son engañosas. Lo que se subraya, tanto al menos como la humanidad del esclavo, es la obligación moral del amo a comportarse, por sí mismo, con moderación. También al esclavo se le pide conducirse con propiedad y, a la postre, o bien aceptar su *status* o bien sufrir el castigo por violencia, falta de honradez o rebelión. No hay duda de que tales opiniones influyeron sobre algunos individuos, pero el efecto sobre la institución de la esclavitud fue, en suma, insignificante.[81]

En cuanto al cristianismo, después de la conversión de Constantino y de la rápida incorporación de la Iglesia a la estructura

[78] Rostovtzeff, *Kolonat*, pp. 370-373.

[79] Garnsey, *Legal Privilege*, p. 274.

[80] Los escasos testimonios sobre las actitudes de los primeros cristianos han sido examinados recientemente, con interminable extensión por H. Gültzow, *Christentum und Sklaverei in den ersten drei Jahrhunderten* (Bonn, 1969).

[81] *Cf.* la actitud de los estoicos y los cristianos ante el castigo en general: Garnsey, "Penal Laws", pp. 154-156.

del poder imperial, no hay rastros de una legislación planeada para suprimir la esclavitud, ni aun por pasos graduales. Por el contrario, la codificación del derecho romano emprendida por Justiniano, ese cristianísimo emperador, en el siglo VI, no sólo incluyó la colección más completa jamás reunida de leyes acerca de la esclavitud, sino que dio a la Europa cristiana una establecida base legal para la esclavitud que, mil años después, había de introducir en el Nuevo Mundo.[82]

También fue durante el reinado de Cómodo cuando ocurrió en la Galia la primera rebelión campesina, de un tipo que había de persistir en las provincias occidentales hasta bien entrado el siglo V. Los rebeldes, que acabaron por ser llamados *bacaudae* por razones que desconocemos, parecen no haber tenido más programa social que intercambiar papeles con los terratenientes. A veces constituyeron una amenaza suficiente para requerir supresión, más del tipo militar que del policíaco, y los daños que causaron en sus zonas de operación debieron de ser considerables, aunque contamos con pocos detalles al respecto, porque los escritores romanos de la época adoptaron la política deliberada de no mencionarlos.[83] No obstante, aparecen claramente dos puntos.

El idioma utilizado en la referencia ocasional implica que esclavos y aparceros cooperaron, excepción a la regla de que las revueltas de esclavos y las luchas campesinas nunca se mezclaron, pero no excepción genuina, porque los *bacaudae* son testimonio de esa transformación misma de *status* en el extremo inferior de la escala que he estado analizando. También son testimonio —y éste es el segundo punto— del rompimiento de ese equilibrio social que había logrado el Alto Imperio. Más precisamente, la carga de los costos que soportaban los productores agrícolas había pasado, al terminar el siglo II, del punto de tolerancia para muchos de ellos. En los siglos siguientes, esta

[82] Véase D. B. Davis, *The Problem of Slavery in Western Culture* (Ithaca, 1966), caps. 1-3.

[83] Véase E. A. Thompson, "Peasant Revolts in Late Roman Gaul and Spain", *Past & Present*, núm. 2 (1952), 11-23. La destrucción, arqueológicamente visible en el sur de la Galia de fines del siglo IV, puede ser obra de los *Bacaudae*; véase Fouet, *Villa de Montmaurin*, p. 311.

cuestión se agudizó más aún, con efectos decisivos sobre la historia y la transformación del sistema imperial.

La frase común de que la tierra era en la antigüedad la principal fuente de riquezas debe interpretarse, para el imperio romano desde sus comienzos, de modo tal que incluya las riquezas del Estado, es decir, no sólo era el emperador el mayor terrateniente, con mucho, sino que el grueso de los impuestos caía sobre las tierras. Aunque no tiene sentido afirmar, como lo hacen muchos historiadores, que a principios del imperio la tributación "no era muy opresiva",[84] es cierto que la carga era soportable en el sentido de que el descontento produjo peticiones de reducción de impuestos, no deserciones en masa ni revueltas. Cabe hacer observar que hay testimonios de tales peticiones desde el reinado de Tiberio.* Luego, las erogaciones imperiales aumentaron de modo constante, aun cuando lenta y espasmódicamente. Se dice que Vespasiano (Suetonio, *Vespasiano*, 16.2) aumentó, aun duplicó, el impuesto sobre las tierras en algunas provincias, pero en general, durante algunos siglos, se hizo frente a la necesidad mediante nuevos impuestos directos, mediante varios esquemas destinados a poner a producir tierras marginales y abandonadas, mediante confiscaciones y requisiciones, como para construcción de caminos o para el correo imperial. No puede dudarse de que esto constituyó una considerable carga nueva, a la que vino a añadirse la del creciente impuesto sobre la tierra a partir del siglo III. Según un cálculo, quizá exagerado, en el reinado de Justiniano el Estado tomaba entre cuarto y un tercio del rendimiento bruto de las tierras del imperio.[85] A esto hay que agregar la considerable cantidad que nunca llegaba a la tesorería, sino que era desviada por una horda de colectores de impuestos, en parte como gajes legales (conocidos como *sportulae*), en parte como exacciones ilegales.

Los crecientes requerimientos pueden atribuirse, en primer lugar, a esa ley de bronce de la burocracia absolutista: que cre-

[84] Rostovtzeff, RE, p. 514.

* Tácito (*Anales*, 2.42) se vale del término "gastado" (*fessae*) para los provinciales de Siria y Judea, precisamente en este contexto.

[85] Jones, LRE, p. 469; *cf.* su "Over-Taxation and the Decline of the Roman Empire", *Antiquity* 33 (1959), 39-43. (Pero véase cap. VII, sec. 7.)

ce tanto en número como en lo oneroso de su estilo de vida. De la corte imperial hacia abajo, década tras década hubo más hombres que mantener con los fondos públicos, a un nivel de lujo cada vez más elevado. Entró entonces en escena un factor externo y contingente. Durante el reinado del padre de Cómodo, Marco Aurelio, quien falleció en 180 d.c., las tribus germánicas de los límites septentrionales del imperio en Europa volvieron a mostrarse agresivas por primera vez en más de dos siglos. Y durante mucho tiempo ya no se detuvieron, hasta haber destruido al Imperio de Occidente. En el oriente, los persas también hicieron su aportación, así como fuerzas militares menores, las tribus aborígenes de los límites del desierto del África del norte.

Por ello, los requerimientos y gastos militares se convirtieron en la preocupación permanente y obsesiva de los emperadores, y el límite a su actividad militar fue puesto por la máxima cantidad que pudieron "exprimir" mediante impuestos, trabajo forzoso o entregas obligatorias; y por el caos político que finalmente imperó dentro del imperio, especialmente en el medio siglo que va de 235 a 284, cuando hubo no menos de veinte emperadores romanos sancionados formalmente por el senado, otros veinte o más que reclamaban el título apoyados por un ejército, y otros más, incontables, que aspiraban a reclamarlo. La carga estuvo distribuida desigualmente en lo geográfico, primero por el accidente de la devastación, fuese por invasores extranjeros o por las propias tropas romanas, sobre todo durante las guerras civiles;[86] segundo, porque no hubo correlación local entre la producción agrícola y los requerimientos del ejército, de modo que, por ejemplo, los ejércitos desproporcionadamente numerosos mantenidos en Britania tomaron una tajada desproporcionadamente grande de la producción local.[87]

[86] No hay razón para rechazar, por ejemplo, el cuadro que aparece en *Panegyrici latini*, 5.5-6, de la devastación de Borgoña, en 269-270.

[87] Véase A. L. Rivet, "Social and Economic Aspects", en *The Roman Villa in Britain*, comp. Rivet (Londres, 1969), pp. 173-216, en pp. 189-198; Erik Gren, *Kleinasien und der Ostbalkan in der wirtschaftlichen Entwicklung der römischen Kaiserzeit* [*Uppsala Universitets Arsskrift* (1941), núm. 9], pp. 135-149.

De Britania fue embarcado grano para los ejércitos del Rin; Amiano, 1.2.3; Libanio, *Oraciones*, 18.83.

La distribución social de la carga fue mucho más dispar. La tributación de la tierra fue más pesada, directa o indirectamente, para quienes realmente la cultivaban, campesinos y aparceros. Los propietarios de las posesiones trabajadas por esclavos no podían, desde luego, evitar el pago, pero la aristocracia imperial, por lo menos, era adicta a la evasión de impuestos (y las tierras de Italia estuvieron virtualmente exentas de tributación hasta principios del siglo IV), como lo reconoció el emperador Juliano al negar la tradicional remisión de pagos atrasados de impuestos, sobre la base expresa de que "sólo aprovechaba a los ricos", en tanto que los pobres debían pagar puntualmente.[88] Está en la naturaleza de las cosas que el campesino, sea independiente o aparcero, difícilmente puede arraigar en sus tierras: su margen es escaso cuando los tiempos son malos. El efecto combinado de los varios acontecimientos que he estado examinando —mayor tributación, depredaciones y devastaciones, baja de su *status*, simbolizada por el establecimiento, en el derecho, de la categoría de los *humiliores*— había de hacer de él un proscrito, o de lanzarlo a los brazos del terrateniente poderoso más cercano (o de sus agentes). Y esto último, como vimos en el caso de los aparceros del dominio imperial en Cartago, significaba al mismo tiempo protección y opresión.

"¿Quién podría ser más opresivo que los terratenientes?" (y sus agentes), preguntó un contemporáneo de Juliano, San Juan Crisóstomo, discípulo de Libanio. Y especificó las cosas bastante extensamente (*Homilía sobre San Mateo*, 61.3): servicios opresores que utilizan "sus cuerpos como asnos y mulas", latigazos y torturas, intereses de extorsión, y mucho más. Medio siglo después Salviano, escribiendo en galo, unió todos los cabos: la opción del campesino, dijo, era huir, para unirse a los *bacaudae* o a los invasores bárbaros, o al magnate más cercano, cambiando su mísera parcela por "protección".[89] Comprensiblemente, los historiadores parecen incómodos ante el testimonio de predicadores y moralistas, pero en este ejemplo los últimos confirman lo que todos los demás signos sugieren y ninguno de ellos contradice.

[88] Amiano, 16.5.15; *cf.* Salviano, *Sobre el gobierno de Dios*, 4.30-31; 5.35.
[89] *Ibid.*, 5.25; 38-45.

Salviano encuentra apoyo arqueológico en la Galia.[90] Más generalmente, los códigos testimonian que, a partir de Diocleciano, a fines del siglo III, los aparceros estaban ligados, no eran libres. El interés del emperador estaba en la tributación, no en el *status* de los aparceros, pero el efecto, no obstante, fue a convertir en ley lo que gradualmente había estado ocurriendo en la práctica.[91] Y la desaparición del aparcero libre fue acompañada por la desaparición, en los textos jurídicos, del clásico contrato romano de arrendamiento, el *locatio conductio rei*.[92]

Puede indicarse, desde luego, que si aceptamos como testigo a Salviano, entonces aún había campesinos propietarios libres en la Galia del siglo V. No hay duda de que los había —la capacidad de algunos campesinos para subsistir virtualmente en toda sociedad, pese a enormes presiones en contra, es un notable hecho histórico[93]— así como aún había esclavos en los campos no sólo en el siglo V, sino también en el VI y en el VII. No tenemos manera de contar a estos tenaces campesinos propietarios, ni absoluta ni relativamente. Pero nuestro interés está en la fuerza de trabajo de las grandes propiedades, imperiales, senatoriales, etc., donde ocurrió un indiscutible (e indiscutido) cambio en la pauta dominante, de esclavos a aparceros, cuyo precario *status* de hombres absolutamente libres fue siendo socavado gradualmente, quizá decisivamente, en el siglo III. Les aplicamos el término genérico de *coloni*, pero las fuentes, tanto griegas como latinas, usan una profusión de términos, a menudo con gran imprecisión. Alguien ha presentado la atractiva sugestión de que la pauta terminológica refleja las realidades sociales del

[90] Véase brevemente A. Grenier, "Aux origines de l'histoire rurale, la conquête du sol français", *Annales* 2 (1930), 26-47, en pp. 40-41.

[91] Fustel de Coulanges, "Colonat", hizo una elegante demostración (esp. pp. 92, 119) mediante los códigos de la ley, de que la práctica precede a la legislación. Max Weber estableció el mismo punto, independientemente por lo que yo sé: *Die römische Agrageschichte* (Stuttgart, 1891), p. 219.

[92] Véase el estudio fundamental de Ernst Levy, "Von römischen Precarium zur germanischen Landleihe", zss 66 (1948), 7-30, en pp. 17-25.

[93] Aun ejemplos en el Norte de África: H. D'Escurac-Doisy, "Notes sur le phénomène associatif dans le monde paysan à l'époque du Haut-Empire", *Antiquités Africaines* I (1961), 59-71.

Bajo Imperio; las variaciones regionales, por ejemplo, o los distintos *status* con diferentes orígenes, que pudieron converger o no.[94] Se ha permitido que esta sugestión siga en pie sin someterla a prueba, pero muestra cierta probabilidad *a priori*, porque la conquista romana abarcó regiones de muy diversas estructuras sociales, lo que produjo, como ya hemos visto, distintos sistemas de organización agrícola dentro del imperio.

En el este, el efecto del ulterior desarrollo imperial acaso consistiera principalmente en intensificar y solidificar el preexistente *status* dependiente de los campesinos. En Italia y en el resto del occidente, donde durante algunos siglos encontramos genuinas sociedades esclavas, el efecto fue el más violento: el paso de la esclavitud al colonato. En otras palabras, la decadencia de la esclavitud fue una inversión del proceso por el cual arraigó la esclavitud. En un tiempo lejano, los patronos de la fuerza de trabajo en aquellas regiones habían importado esclavos para satisfacer sus requerimientos. Ahora estaban disponibles sus propias clases bajas, como no lo habían estado antes, por obligación, no por su gusto, y ya no había necesidad de un esfuerzo sostenido para mantener la oferta de esclavos, ni para introducir una fuerza de trabajo de jornaleros.

También las ciudades del imperio respondieron a los cambios estructurales. Las cargas fiscales socavaron el orden curial (los senados municipales); en las regiones bajo el más violento ataque de los bárbaros, los ricos solían retirarse a sus propiedades como medida de protección, y aumentar allí la producción de artículos manufacturados; el Estado pagaba los ejércitos y el servicio civil, en gran parte en especie, abasteciendo a las tropas con alimentos y artículos requisados de sus propios talleres esclavistas. La consecuente desaparición de grandes unidades manufactureras privadas en las ciudades surtió un efecto radical sobre la situación laboral en las industrias urbanas.

Los *plebs urbana* del Bajo Imperio constituyen un tema notablemente descuidado en las historias modernas, salvo cuando se amo-

[94] P. Collinet, "Le colonat dans l'empire romain", *Recueils de la Société Jean Bodin* 2 (1937), 85-122; para las variaciones regionales, véase también J. Percival, "Seigneurial Aspects of Late Roman Estate Management", *English Historical Review* 84 (1969), 449-473.

tinaban.[95] Empero, nadie duda de que se hallaban presentes, en gran número, o que aún contaban con hombres libres, a diferencia de los *coloni* y los esclavos: todavía en 432 d.c., una constitución imperial (*Código Teodosiano,* 9.45.5), aun se refirió al *ordo plebeiorum.* No sólo incluían a los no calificados, a los "mendigos", sino también a los artesanos de las ciudades, sumamente especializados, laboriosos y, en su mayoría, muy pobres. Eran los esclavos urbanos quienes constituían ahora el elemento parasitario. Hemos de juzgar basados en impresiones, pero es sorprendente que, en todas las fuentes del Bajo Imperio, cuando encontramos esclavos productivos, aparecen trabajando en el sector rural, como granjeros o artesanos, en tanto que los aun numerosos esclavos urbanos (fuera de las fábricas imperiales) aparecen con igual regularidad como domésticos y administradores, como un lujo para el consumo ostensible no sólo de los ricos, sino también de hombres tan modestos como los profesores de la escuela de Líbano en Antioquía.

[95] Tanto la disponibilidad como el descuido de las fuentes de información no registradas han sido documentadas por I. Hahn, "Freie Arbeit un Sklavenanbeit in der spätantiken Stadt", *Annales Univ. Budapestiensis, Sectio historica* 5 (1961), 23-39, en el cual está basado en gran parte mi breve estudio, y W. Seyfarth, *Soziale Fragen der spätromischen Kaiserzeit im Spiegel der Theodosianus* (Berlín, 1963), pp. 104-127. Sobre los motines de la ciudad de Roma, véase H. P. Kohns, *Versorgungskrisen und Hungerrevolten in spätantiken Rom* (Bonn, 1961); para un periodo un poco anterior, C. R. Whittaker, "The Revolt of Papirius Dionysius A.D. 190", *Historia* 13 (1964), 348-369.

IV. TERRATENIENTES Y CAMPESINOS

En el estrecho vínculo entre el *status* y la posesión de tierras, la ley desempeñaba un papel. Fueron los griegos quienes mejor conservaron para los ciudadanos el monopolio del derecho de poseer tierras, y quienes en las comunidades más oligárquicas limitaron entre sus miembros los plenos derechos políticos a los terratenientes, sobre todo en Esparta. Pero, como ya he dicho, a menudo era menos importante la ley que la costumbre, la tradición y las presiones sociales y políticas. Por ejemplo, la expansión de Roma en Italia entrañó una política más abierta de ciudadanía, de modo que los latinos obtuvieron el privilegio de poseer tierras romanas desde fecha temprana, y todos los italianos libres desde principios del siglo I a.c. *de facto* hubo un cambio fundamental en el nexo tierra-ciudadanía (desconocido para las ciudades-estados griegas), oculto por una explicación estrechamente legalista.

A mayor abundamiento, en una ciudad-Estado, la tierra estaba, en principio, libre de tributación regular. Un diezmo u otra forma de impuesto directo sobre la tierra, decían los griegos, era la marca de una tiranía, y esta opinión estaba tan fuertemente arraigada que nunca permitieron que un impuesto de emergencia por guerra, como la *eisophora* ateniense, se volviera permanente (tampoco lo permitieron los romanos de la república), a diferencia de las pautas con que se han familiarizado otras sociedades. Los imperios, en cambio, obtuvieron de la tierra sus mayores ingresos en rentas e impuestos, aun cuando las ciudades griegas lograron arrancar a sus amos helenísticos alguna libertad para la tierra anexa a una ciudad, e Italia conservó su exención tradicional hasta principios del siglo IV d.c. (La tierra que era propiedad de ciudadanos romanos en las provincias, en contraste, estaba sujeta a gravamen, al menos en tiempos de Cicerón.) Subrayo el punto, paradójicamente, no por lo que implica para las clases altas, sino por lo que significó para el campesinado, para el campesinado-ciudadano libre. Los ricos griegos soportaban la parte más considerable de los costos del Estado, pese

a las exenciones de impuestos de sus propiedades; si los ricos romanos republicanos no lo hicieron, no al menos después del siglo III a.C., ello fue sólo porque la expansión imperial romana los capacitó a pasarles la carga a los pueblos sometidos, los de las provincias. La situación se invirtió luego, durante los imperios: el impuesto a la tierra fue transferido en gran parte a los pobres y, con el tiempo, también a la clase media, en tanto que el estrato superior soportaba cada vez menos de la carga financiera pública.[1]

Ésta es una correlación de la distinción, comúnmente formulada en términos políticos, entre la libertad del ciudadano clásico en la ciudad-estado y la falta de libertad, relativa o total, bajo los imperios (y bajo los primeros y arcaicos regímenes). Yo sugiero que la exención de impuestos fue un cimiento importante para ese fenómeno nuevo y pocas veces repetido, de la antigüedad clásica: la incorporación del campesino a la comunidad política, como miembro con todos los derechos.[2] Esto se expresó ideológicamente en la celebración de la agricultura, cuya expresión más conocida y artística es, sin duda, las *Geórgicas* de Virgilio. Todos los estratos del cuerpo de ciudadanos compartían la ideología en general, luego todos divergían en lo particular. Como escribió Heitland, "la glorificación del esfuerzo incesante como verdadero secreto del éxito fue (y es), un tema caro a los predicadores del Evangelio de la 'vuelta a la tierra' ". Pero "los elogios, mil veces repetidos, de la vida campestre son irreales. Aun cuando sinceros, son la voz de hombres criados en la ciudad, hartos del tumulto y las locuras de la vida urbana, a los que, empero, gustosamente regresarán, reanimados, pero aburridos de su vacación rural".[3] Para ellos, como ya he observado,

[1] Tertuliano, *Apologeticum*, 13.6, llamó a los impuestos directos "marcas de servidumbre" (*notae captivitatis*).

[2] La excepcional que fue (y es) esto puede verse por el tema de la sujeción política que corre a través de *Peasants and Peasant Societies*, comp. T. Shanin (Penguin, 1971).

[3] Heitland, *Agricola*, pp. 226 y 200-201, respectivamente (repitiendo a Lucrecio 3.1061-1070). Este libro sigue siendo la presentación más completa de las fuentes literarias grecorromanas sobre el tema. Los aristócratas de Antioquía ofrecen una analogía similar, oriental; véase Liebeschuetz, *Antioch*, p. 51.

la posesión de tierras significaba la ausencia de una ocupación; para los otros, significaba labor incesante. Todos compartían una avidez de tierras, expresada en un nivel al arrebañar unas tierras tras otras en cuanto había oportunidad; en el otro nivel, al tratar, una y otra vez, con feroz tenacidad, después de cada fracaso y desposesión.

Nada de esto puede ponerse en términos cuantitativos. Siempre hubo zonas considerables en que la proporción del cuerpo de ciudadanos que eran terratenientes o aparceros se acercó al uno por ciento (totalmente aparte del caso singular de Esparta), aun cuando tenían centros urbanos que eran llamados "pueblos" o "ciudades".[4] Y hubo unas cuantas ciudades atestadas, sobre todo a principios del imperio romano, como la propia Roma, Alejandría, Cartago, Antioquía, con una población hasta de seis cifras, muchos de cuyos habitantes no tenían ninguna conexión con la tierra ni con la agricultura. Pero ¿qué decir de las vastas zonas situadas entre los extremos, que cubren quince siglos de historia? Se nos dice que en Atenas, en 403 a.c., se hizo la proposición de limitar los derechos políticos de todo ciudadano que no poseyera algunas tierras y que, de haber sido aplicada la medida, cinco mil ciudadanos habrían sido las víctimas. Ya es algo, si la información es cierta (hay quienes lo dudan). Pero ¿qué proporción es esa? Desconocemos el número total de ciudadanos en 403: "algunas tierras" bien puede significar no más que una parcela urbana en que un albañil podía cultivar frijoles y quizá algunas uvas.[5] O se nos cuenta (Josefo, *Guerra de los judíos*, 2.385), probablemente sobre la base de un censo, que en el siglo I de nuestra era, Egipto contaba con siete y medio millones de habitantes, sin incluir Alejandría. Esto ya es más útil en cierto respecto porque, fuera de la ciudad de Alejandría, donde la población no pudo ser mayor de medio millón, si acaso, casi todos

[4] El relato de Jenofonte, *Hellenica*, 5.2.5-7, del desmantelamiento de Mantinea, en Arcadia, por los espartanos, en 385 a.c., ofrece un ejemplo sugestivo.

[5] La fuente es Dionisio de Halicarnaso, *Sobre las oraciones de Lisias* 32 (publicado a menudo como el "argumento" a Lisias 34). En otra parte he demostrado la imposibilidad de hacer algún cálculo fidedigno de las unidades atenienses de tierra cultivada a partir de las pruebas de que disponemos: *Land and Credit*, pp. 56-60.

se dedicaban por completo a la agricultura, incluso los soldados y los innumerables bajos funcionarios. Por otra parte, Egipto era la provincia más densa y pobre del imperio, por lo que no pueden hacerse generalizaciones.

Hemos de contentarnos, por lo tanto, con la proposición, vaga pero segura, de que en el mundo antiguo la mayoría de la gente vivía de la tierra, de un modo u otro, y que esa misma gente reconoció que la tierra era fuente de todo bien material y moral. Cuando nos volvemos hacia la cuestión de la escala de posesiones, nos encontramos muy poco mejor. Para empezar, el número total de cifras individuales de que disponemos para todo el periodo y toda la región es ridículamente pequeño: al cálculo, pues nadie las ha compilado, yo dudo de que lleguen a dos mil.[6] En segundo lugar, las cifras de que disponemos no son fáciles de cotejar: entre los escritores antiguos hay una tendencia a informar sea de un valor monetario, habitualmente colocado por el propio autor y dudoso por más de una razón, sea del ingreso bruto de un solo año, antes que del número de hectáreas; y a informar de esa propiedad particular antes que de las posesiones totales de un hombre. Algunos historiadores modernos han hecho intentos de cambiar un tipo de cifra en otro con fines de cómputo, sobre la base de un 6% u 8% "ganancia normal sobre la inversión en tierras". Dada mi insistencia en buscar regularidades y pautas cuantificables, me encuentro así en la incómoda posición de tener que poner objeciones. Un pequeño número de textos sí presentan tal tasa en circunstancias específicas, pero algunos resultan carentes de validez.[7] Hay demasiado pocas cifras en total y demasiadas variables de suelos, cosechas y regímenes de la tierra. Tampoco encontramos la práctica familiar en Inglaterra desde

[6] Excluyo los innumerables fragmentos y piezas de información de los papiros griegos acerca del Egipto helenístico y romano, que reflejan un régimen agrícola atípico, acerca del cual diré algo más adelante.

[7] Supuestamente, la mejor fuente antigua por lo que hace a cálculos, Columela, ha sido demolida hoy por Duncan-Jones en el cap. 2 de su *Economy*. Intentos como el de René Martin, "Pline le Jeune et les problémes économiques de son temps". *Revue des études anciennes* 69 (1967), 62-97, por convertir cifras registradas de monedas de unas propiedades en acres sobre la base de un mítico (e improcedente) precio medio de venta de mil sestercios por *Jugerum*, deben ser rechazados sin más trámite.

la baja Edad Media, de expresar valores de tierras como comprar a pagar en tantos años. En tercer lugar, los escritores antiguos con frecuencia dan una cifra o describen una granja sólo porque es extraordinaria o extrema, como la lista de ejemplos de Varrón (*De re rustica*, 3.2), de la gran costeabilidad de abejas, flores, gallinas, palomas y pavos en las villas cercanas de Roma. Por ello, lo que tenemos no es un ejemplo tomado al acaso.

No obstante, creo que podemos descubrir algo revelador acerca de la gama de posesiones y corrientes. Empecemos por el caso, extremo y atípico, de Egipto, atípico porque sus cultivos regados obtenían rendimientos altos y relativamente estables (quizá de diez por grano), porque había poca tierra yerma (sólo un 5% en el Fayum), y porque el campesinado aborigen nunca fue una población libre como la greco-romana clásica. En una típica aldea del Fayum del periodo tolomeico, como Kerkeosiris, con una población de quizá 1 500, que cultivaban unas 1 200 hectáreas, muchos campesinos vivían en el mínimo nivel de subsistencia, con tierras minúsculas, de una o media hectárea, algunas arrendadas por un año y todas sujetas a derechos y tributos.[8] En el límite superior, dos cifras incompletas bastarán para sugerir la escala y la tendencia. La primera es acerca de la posesión, en el Fayum, de cierto Apolonio, durante un tiempo el más alto funcionario de la región en el siglo III a.C.; dicha posesión abarcaba cerca de 2 650 hectáreas.[9] (Apolonio tenía al menos otra gran propiedad, en Menfis, y todo pasó a manos de la corona cuando él cayó de la gracia oficial.) La segunda cifra es acerca de la familia de Apión, originaria de Egipto, dos de cuyos miembros ocuparon en el siglo VI a.C., el puesto máximo en el imperio bizantino: el de prefecto pretoriano. Esta familia era parte de un grupo de terratenientes de Egipto, extraordinariamente ricos. No se sabe hasta qué punto eran prósperos, pero se ha calculado que sólo una de sus posesiones cubría treinta mil hectáreas, de donde contribuían, posiblemente, con siete millones y medio de litros a la anual colecta de granos para Constantinopla.[10]

[8] Véase D. J. Crawford, *Kerkeosiris* (Cambridge, 1971).

[9] Préaux, *L'économie royale des Lagides* (Bruselas, 1939), pp. 17-20.

[10] Los cálculos, razonablemente bien fundados, son de Jones, LRE, pp. 780-784. El básico estudio de las posesiones de Apión en E. R. Hardy,

Una extensión tan extrema no era común en el mundo antiguo, pero la brecha entre el terrateniente grande y el chico por lo general era bastante considerable y, creo yo, se ensanchaba continuamente. Ya hemos visto que los ciudadanos romanos estaban aposentándose en colonias de Italia en el siglo II a.c., en parcelas tan minúsculas que las había de poco más de una hectárea; poco más o menos, dos hectáreas y media era la norma para los hombres con familias numerosas en la época de César. Al fundarse, en el siglo I o III a.c., una pequeña comunidad griega en la isla de Cuzorla, en el Adriático, se concedió a los primeros colonizadores una cantidad no especificada de tierra de labrantío, y 0,35 de hectárea de viñedo.[11] No hay duda de que las tierras de los campesinos en escala tan pequeña eran cosa común, por más que la documentación sea inadecuada. Al menos eran tierras exentas de impuestos en el mundo clásico, a diferencia de Egipto, y por ello tanto más viables. Pero era improbable que, al paso de los siglos, mostraran algún cambio significativo, hasta que ocurrió la degradación del campesinado libre, desencadenada en tiempos de los emperadores romanos.

Si se busca movimiento, hay que observar las clases superiores. Ya en la Atenas de los siglos V y IV había terratenientes que poseían de tres a seis extensiones en distintas partes de Ática. Las más valiosas que conocemos son dos granjas, una situada en Eleusis, la otra en Tría, que eran parte de las propiedades de un linaje fundado por cierto Buselos, linaje que puede seguirse por los siglos V y IV a.c., y que incluyó un número considerable de personajes de cierto renombre en los asuntos políticos y militares de Atenas. Se dice que la granja eleusina

Jr., *The Large Estates of Byzantine Egypt* (Nueva York, 1931); para la bibliografía más reciente, véase D. Bonneau, "L'administration de l'irrigation dans les grandes domaines d'Egypte..." y J. Fikhman, "On the Structure of the Egyptian Large Estate in the Sixth Century", en los *Proceedings* del XII Congreso Internacional de Papirología (Toronto, 1970), pp. 43-60 y 123-132, respectivamente.

[11] *Syll.* 141. Aquí y en el resto de este estudio, me veo obligado a aceptar condicionalmente las cifras, a causa de las vaguedades de las medidas griegas. Este texto es perfectamente específico: tres *plethra* de viñedos, y un *plethron* era 100 × 100 pies griegos. Pero el pie griego no era estable.

estaba evaluada en doce mil dracmas, la otra en quince mil. Es probable que se trate de subvaluaciones, pero, aun así, doce mil dracmas era cuarenta veces la posesión máxima autorizada a un hombre que solicitara la ayuda pública, seis veces el mínimo requerimiento de propiedad para la exención total, según la constitución oligárquica puesta en vigor en Atenas en 322 a.c.[12]

La familia Buselos se contaba entre las más ricas de Atenas del siglo IV a.c., pero su fortuna habría parecido muy modesta en la Atenas del Imperio Romano. El caso que deseo presentar es extremo, lo reconozco, pero los extremos son los que determinan el alcance. En el siglo II d.c., la vida ateniense estuvo dominada por un hombre, Herodes Ático, patrón de las artes y las letras (él mismo, escritor y erudito notable), benefactor público en escala imperial, no sólo en Atenas, sino en toda Grecia y el Asia Menor, ocupante de muchos puestos de importancia, amigo y pariente de emperadores.[13] Su familia, originaria de Maratón, era parte de la élite de la ciudad, al menos desde el siglo II a.c., y siguió aumentando en categoría y en poder, habiendo recibido de Nerón la ciudadanía romana. Luego, probablemente en 92 o 93 d.c., Hiparco, el abuelo de Herodes, entró en dificultades, y sus posesiones fueron confiscadas por Domiciano, quien las vendió, se nos dice, por cien millones de sestercios (dos millones y medio de dracmas), cien veces el mínimo de propiedad requerido para ser senador, unas cincuenta veces el ingreso anual de su contemporáneo Plinio el Joven, quien estaba muy lejos de ser pobre. Pero Hiparco, prudentemente, había ocultado una gran suma en efectivo, de modo que pocos años después su hijo, el padre de Herodes Ático, pudo rehacer la fortuna de la familia durante el reinado más liberal de Nerva; a su muerte dejó un depósito para asegurar un ingreso anual de cien dracmas a cada ciudadano ateniense, lo que implica una fortuna total muy superior a cien millones de sestercios.

[12] Respecto a la familia Buselos, véase J. K. Davies, *Athenian Propertied Families 600-360 B.C.* (Oxford, 1971), núm. 2921. Para otros ejemplos atenienses (y la imposibilidad de pasar de los meros ejemplos), véase mi *Land and Credit*, pp. 56-60; para otros ejemplos griegos, A. Jardé, *Les céréales dans l'Antiquité grecque* (París, 1925), pp. 118-122.

[13] Para lo que sigue, véase P. Graindor, *Un milliardaire antique, Hérode Atticus et sa famille* (Cairo, 1930, reimp. Nueva York, 1979).

Los atenienses nunca recibieron el dinero, pero ésa es otra historia. Lo que nos importa es que esta riqueza estaba basada fundamentalmente en la tierra (la única otra fuente de ingresos de la familia parece haber sido los préstamos en gran escala),[14] y que Herodes Ático poseía fincas en Cefia, cerca de la ciudad de Atenas, y en Maratón, propiedades en la ciudad, tierras en ambos distritos, en el norte de Ática, en la isla de Eubea, en Corinto, por todo el Peloponeso, en Egipto y, por dote de su muy aristocrática esposa romana, propiedades en Italia, en la Vía Apia y en Apulia.[15] Además, en Maratón y sus alrededores, sus posesiones parecen haber constituido una gran extensión consolidada.[16]

La riqueza de esta familia era notable aun para el nivel romano: ello es obvio por el tono en que Suetonio (*Vespasiano*, 13), habla de la ganancia de cien millones obtenidos por Domiciano al confiscar las propiedades del abuelo de Herodes. Normalmente, la escala de las cosas en la sociedad romana hacía parecer insignificante a la griega. Por lo reforma de Eraco podemos tener una idea de la ascendente curva de acumulación entre la élite romana. En 133 a.c., Tiberio Graco impuso una ley que limitaba la propiedad individual de *ager publicus*, es decir, de tierra de Italia confiscada por el Estado romano en el curso de sus guerras de conquista y luego arrendada, habitualmente por rentas nominales. El límite fijado fue de quinientos *jugera* y doscientos cincuenta adicionales por cada dos hijos varones, un máximo de cerca de 250 hectáreas por familia. (Las "tierras privadas" quedaron intactas.) Que muchos senadores y otros habían logrado adquirir considerablemente más *ager publicus* que 250 hectáreas es algo demostrado, tanto por la violencia de su reacción a la ley como por el salto en las cifras del censo para la década siguiente a consecuencia de la con-

[14] Es revelador que Rostovtzeff, RE, pp. 149-150, muestre a Herodes como uno de los especímenes prototípicos de "la riqueza concentrada en manos de la burguesía urbana".

[15] Un breve resumen de los testimonios puede encontrarse en John Day, *An Economic History of Athens under Roman Domination* (Nueva York, 1942), pp. 235-236.

[16] U. Kahrstedt, *Das wirtschaftliche Gesicht Griechenlands in der Kaiserzeit* (Berna, 1954), pp. 47-48.

fiscación y redistribución de las tierras que excedían del límite.[17] Un siglo después, la riqueza desplegada contra Julio César capacitó a Pompeyo a reclutar ochocientos de sus esclavos personales y pastores en sus ejércitos, y a Enobarbo a prometer a cada uno de sus hombres 10 hectáreas de sus propiedades de Etruria (y mayores concesiones a los oficiales y veteranos).[18] La oferta de Enobarbo fue extendida a cuatro mil o quince mil soldados, según las opuestas interpretaciones de la frase "sus hombres" y desde luego nunca llegó el momento de poner a prueba su sinceridad y su capacidad de conseguir tantas tierras. Sin embargo, aun como propaganda, ello es revelador.

No puedo dejar de ofrecer dos ejemplos más. Cuando Melania la Joven decidió abandonar su vida mundana en el año 404, las tierras que ella y su marido poseían en varias partes de Italia, Sicilia, España, África del Norte y Britania estaban produciendo un ingreso anual de 1 150 libras de oro (1 600 libras romanas). Una posesión cercana a Roma incluía 62 caseríos, cada uno de los cuales, se dice, tenía 400 esclavos dedicados a la agricultura: un total de 24 000.[19] No quiero insistir en los detalles: los hagiógrafos no se caracterizan por su moderación ni sus escrúpulos. Pero sí insistiré en su verosimilitud (excepto en las dimensiones de la fuerza de trabajo esclava), ya que hay demasiados testimonios de la época, tanto documentales como arqueológicos, para poder rechazarla.[20] Más modestamente, un documentado legal datado en 445 ó 446, de cuya exactitud no cabe duda, revela que un ex gran chambelán del emperador Honorio —quien lejos de ser noble como Melania, había sido uno de los muchachos esclavos que eran castrados y empleados por la familia im-

[17] Digo esto con confianza, pese a la innegable certidumbre de las cifras registradas por el censo; el estudio más reciente es el de Brunt, *Manpower*, pp. 77-81.

[18] César, *La Guerra Civil*, 3.4.4 y 1.17, respectivamente.

[19] Hubo que compilar las fechas a partir de las vidas griegas y latinas de Melania, y a partir de Paladio, *Historia lausíaca*. Hay una buena edición moderna de la vida griega, por D. Gorce (París, 1962).

[20] Véase, por ejemplo, S. Applebaum, en *The Agrarian History of England Wales*, vol. 1, 11, comp. H. P. R. Finberg (Cambridge, 1972), pp. 230-231; G. Fouet, *La villa gallo-romaine de Montmaurin* (Haute-Garonne) [*Gallia*, sup. 20 (1969)], pp. 304-312.

perial—, estaba recibiendo unas 30 libras de oro cada año, tan sólo de sus propiedades en Sicilia.[21] Y desde luego ni aun Melania podía compararse con los propios emperadores, cuya acumulación de tierras confiscadas, presentes, herencias y reclamaciones llegaba a un total que, si lo conociéramos, casi no lo podríamos imaginar. A partir del siglo IV, la Iglesia empezó a rivalizar con ellos en las posesiones de papas, obispos y monasterios.[22]

Ahora bien, pese a mis propias reservas ante el argumento, por ejemplo, creo que, a partir de la acumulación de ejemplos individuales, podemos concluir que en la antigüedad la corriente iba en sentido de un continuo crecimiento de las dimensiones de las propiedades agrarias; no tanto una sencilla línea recta hacia arriba, cuanto una acumulación de tierras dispersas, a veces muy distantes entre sí, como proceso de consolidación; empero, una corriente continua. Esta generalización se aplica a la clase de los ricos terratenientes, no a un individuo o familia dada. Podemos encontrar no pocas quiebras por causa de guerra o de desastre político. Pero resulta confirmador el que de cada una de tales crisis salieran hombres más ricos y con mayores posesiones que los anteriores. La Guerra Anibálica devastó gran parte del sur de Italia, pero también dio un gran impulso a la ocupación de más y más partes del *ager publicus* por una pequeña élite de Roma. El medio siglo de guerra civil, no menos devastadora, desde Sila hasta Augusto, tuvo resultados comparables (aparte de las grandes ganancias que se hicieron en el exterior). En su principio mismo hay un ejemplo gráfico: una costosa finca de la Bahía de Nápoles, perteneciente a Mario, fue comprada por una dama llamada Cornelia, presumiblemente hija de Sila, por 300 000 sestercios, y revendida por ella a Lúculo por diez millones.[23] Ésta puede ser una fábula moralizante,

[21] J. O. Tjader, *Die nichtliterarischen lateinischen Papyri Italiens aus der Zeit 445-700* (Lund, 1955), núm. 1.

[22] Los templos paganos greco-romanos no eran grandes terratenientes: excepto en algunas provincias orientales; véase los artículos de Broughton y Zawadzki citados en el cap. 3, nota 17.

[23] Plutarco, *Mario*, 34.1-12. *Cf.* el alegato de Cicerón, en su defensa de Sexto Roscio (20-21), de que Crisógono, liberto de Sila, había adquirido diez de las posesiones de Roscio en el valle del Tíber, evaluadas en 6 millones de sestercios, por sólo 2 mil.

pero, como todas las buenas fábulas, ilustra una verdad fundamental.[24]

Podemos asimismo admitir que las grandes propiedades producían grandes ingresos, que la conocida recurrencia de lo que los historiadores llaman "crisis agrarias" en la antigüedad era una crisis entre los campesinos o en el reclutamiento militar, no una radical disminución de las ganancias de los *latifundia.* No podemos presentar una hoja de balance, pero sí podemos señalar el estilo de vida de los ricos, los grandes desembolsos que hacían, fuese para consumo personal, ostensible, fuese para obtener apoyo público en las elecciones, fuese por cualquier otra razón. Nunca dejó de haber razones y los *latifundia* rara vez dejaron de hacerse más y más grandes.[25] Obviamente, era intensa la explotación de la fuerza de trabajo agrícola, de los campesinos ligados y de la mano de obra dependiente, en el este y en algunos otros territorios conquistados, básicamente de esclavos y de los hombres libres marginales que tomaban pequeños arriendos en los dominios señoriales. Se asestó luego el doble golpe al campesinado, la continua reducción del significado de ciudadanía para las clases bajas, y la carga de la tributación y otros gravámenes a la tierra. A la postre, pasaron a engrosar las filas de los súbditos totalmente explotables, como hemos visto en el contexto de la decadencia de la esclavitud de la antigüedad. Ello produjo un cambio en la estructura social de la fuerza de trabajo agrícola y del sistema de tenencia de la tierra, sin reducir por ello la intensidad de la explotación ni la rentabilidad.*

Quizá sea fútil tratar de tener una idea realista de la extensión media de las propiedades agrícolas, aun cuando hasta donde yo sé nadie lo ha intentado. Un testimonio firme de que las

[24] Véase M. Jaczynowska, "The Economic Diffrentiation of the Roman Nobility at the End of the Republic", *Historia* II (1962), 486-499.

[25] Sobre la construcción de edificios lujosos privados, excelente indicador, véase J. H. D'Arms, *Romans on the Bay of Naples* (Cambridge, Mass., 1970); Axel Boéthius, *The Golden House of Nero* (Ann Arbor, 1960).

* Nada más revelador en nuestras fuentes informativas que el hecho de que no conozcamos virtualmente nada de los procedimientos de mercado de que se valían los terratenientes.

posesiones promedio eran extensas en Italia a principios del imperio es digno de atención como indicador. Tal testimonio se halla en una tableta de bronce encontrada en Velleia, cerca de Piacenza; se refiere al periodo 92-113 y al programa de *alimenta* de Trajano que, en efecto, encauzó fondos imperiales hacia los niños locales por medio de grandes propiedades que garantizaban la solvencia del plan.[26] En este grupo, el esquema principal abarca 46 propiedades, cuatro de ellas evaluadas en más de un millón de sestercios cada una y el promedio, aproximadamente, en trescientos mil. A la cifra arbitraria más modesta, sin duda, de 6% anual, el ingreso medio habría sido de cerca de 18 000 sestercios, 15 veces la paga bruta de un legionario (de la que se deducían su alimentación y otros gastos), la diferencia, poco más o menos, entre 45 000 dólares y 3 000 dólares anuales. Y probablemente ocurrió que algunos de los propietarios velleianos tenían otras posesiones, en el mismo distrito o en otro. Al parecer, casi la mitad era de propietarios absentistas, lo que no deja de ser sugestivo.

Desde luego, no estoy afirmando que este texto pruebe nada por sí solo. Tampoco prueba nada por sí sola la cifra dada por Ausonio, profesor de retórica y a la postre cónsul, respecto a la posesión que heredó cerca de Burdeos, a mediados del siglo IV, unas 49 hectáreas de tierras labrantías, casi la mitad más de viñedos y prados, y más de 160 hectáreas de bosques.[27] Sin embargo, las propiedades de esas dimensiones parecen haber sido comunes en la arqueología de la Galia, y si se toma este testimonio junto con lo que he mostrado en el capítulo anterior acerca de las viñas de Pompeya y los hijos de libertos que llegaron a la aristocracia municipal, o con la base agraria de esta clase (curial) en las ciudades, por todo el imperio, parece razonable la hipótesis de que durante el Alto Imperio, y aun en muchas regiones durante el Bajo Imperio, había una gama

[26] Véase el cap. 2 en la nota 10 y sus referencias. Lo que sigue está basado en la minuciosa computación de Duncan-Jones.

[27] Las cifras aparecen en su breve poema. *De herediolo* ("En mi pequeña heredad"); véase el análisis de M. K. Hopkins, "Social Mobility in the Later Roman Empire; the Evidence of Ausonius", *Classical Quarterly*, n.s. 11 (1961), 239-249, en pp. 240-243.

considerable de terratenientes, desde el campesino hasta el estrato superior, y particularmente que eran numerosas las posesiones considerables en manos de familias que dejaron poca huella en el registro histórico.[28] Estoy dispuesto a aventurar la proposición de que también fue éste el caso en la mayoría de los lugares y de los tiempos en el mundo antiguo, tomando en cuenta diferentes niveles de riqueza.

Aún más difícil es obtener un cuadro de los campesinos, pero una comparación con otras sociedades parece indicar la existencia, asimismo, de una gama campesina. Entre los historiadores y aun entre los sociólogos hay una extraña renuencia a definir el término "campesino" y, en el mundo angloparlante, a desdeñar al campesino como a un tipo inferior que sólo se encuentra en otros países. Digo "extraña" porque, en la perspectiva histórica, el campesino es el tipo social más común y más distribuido de todos, el hombre "cuya fundamental seguridad y subsistencia se halla en que tenga ciertos derechos en la tierra y en el trabajo de los miembros de su familia sobre la tierra, pero que forma parte, mediante derechos y obligaciones, de un vasto sistema económico que incluye la participación de no campesinos".[29] Todos los elementos son esenciales, a fin de distinguir al campesino, por una parte, del primitivo agricultor o pastor, que no participa en un "vasto sistema económico"; por otra parte, del moderno granjero familiar, pues la familia es una "unidad empresarial", antes que una unidad productiva.[30] Y esta definición abarca a la gran mayoría de la población del mundo antiguo, tanto a los pequeños terratenientes libres como

[28] Véase, por ejemplo, R. P. Duncan-Jones, "Some Configurations of Landholding in the Roman Empire", en Finley, *Roman Property*, cap. 2; A. H. M. Jones, "Census Records of the Later Roman Empire" JRS 41 (1953), 49-64, reproducido en su *Roman Economy*, cap. 10.

[29] J. S. Saul y R. Woods, en Shanin, *Peasants*, p. 105. El compilador, en su introducción (pp. 14-15) y también en pp. 240-245, incluye asimismo la "cultura específica tradicional" y "la posición de los de abajo". No hay duda de que comúnmente son "facetas básicas" pero, como ya lo he subrayado, el campesinado greco-romano clásico permaneció aparte en estos aspectos, cayendo antes bien en la clase de "los grupos analíticamente marginales" de Shanin.

[30] A. Galeski, *ibid.*, p. 122.

a los aparceros ligados, los *coloni*. En rigor, no abarca a los campesinos libres, que no tenían derechos sobre la tierra más allá del término de sus contratos, normalmente cortos; pero, como veremos, había en la práctica un paliativo: se limitaba la elección de los grandes terratenientes, cuyos aparceros eran ellos.

El tamaño óptimo de una granja agrícola es, sin duda, una idea disparatada: hay demasiadas variables. Pero tenemos como base para discusión el aposentamiento cesáreo, diez *jugera* (dos hectáreas y media) para un veterano con tres hijos. La unidad romana, el *jugum*, era la tierra que (hipotéticamente) podía un hombre arar en un día. Diez *jugera* de buena tierra producirían alimento suficiente para mantener a una familia pequeña (pero no a un buey en adición) aun con el sistema de barbecho, especialmente cuando estaba exento de alquileres y tributos.* Las dimensiones de la propia familia se convierten entonces en algo básico: en primer lugar, porque había pocas mieses que ahorrar; segundo, porque diez *jugera* no pueden mantener a una familia ocupada todo el tiempo; tercero, porque según las reglas griegas y romanas de herencia, una propiedad se dividía, en principio, equitativamente entre los hijos legítimos (y a veces las hijas), sin ningún rastro de primogenitura; cuarto, porque un campesino no puede despedir a su fuerza de trabajo excedente. Lo que dijo Hesiodo, en su estilo característico, en el siglo VII a.C., siguió siendo válido para toda la historia antigua: "Al hijo único es a quien compete llevar alimento a la casa de su padre, y es así como la riqueza se acrece en las moradas; pero si se deja un segundo hijo, se debe morir de viejo" (*Los trabajos y los días*, 376-378). Las elevadas tasas de mortalidad infantil eran útiles; cuando la naturaleza fallaba, se recurría al infanticidio y al abandono de niños (que a menudo era sólo una manera de

* Supondré lo mejor: que las asignaciones a los veteranos consistían enteramente, en buena tierra labrantía, lo que en la práctica no necesariamente ocurría siempre. Además, conozco sólo dos textos que se refieren explícitamente a una yunta de bueyes y a una cantidad de semillas que acompañan a la asignación; pero ambos son del siglo IV d.c. 31.

[81] Sobre los primeros asentamientos de veteranos, véase Brunt, *Manpower*, pp. 294-297. Los dos textos del siglo IV son del *Código Teodosiano*, 7.20.3, 8.

burlar la ley que prohibía la venta de niños libres para la esclavitud),[32] reflejo de los cuales sobrevive en la frecuencia de niños expósitos en los mitos y leyendas y en las comedias, de Grecia como de Roma.

Difícil resultaría exagerar la importancia de las propiedades de dos hectáreas o dos hectáreas y media. Por comparación, en Alemania, en la década de 1950, las granjas de menos de 10 hectáreas podían encontrarse casi exclusivamente en posesión de ancianos, viudas de guerra o campesinos-obreros.[33] Las pequeñas posesiones campesinas antiguas significaban un desempleo crónico de mano de obra en términos de producción, aunque no subempleo de energía, que no es lo mismo. Unos estudios modernos muestran que cuanto menos es la posesión, mayor es el número de horas-hombre trabajadas por hectárea. ¿Qué otra cosa puede hacer el jefe de una familia campesina? Como no puede despedir a los miembros de su familia, si no puede mandarlos a arrendar tierras en alguna propiedad mayor, de algún modo debe mantenerlos ocupados en casa; en jerga técnica, su objetivo es "maximizar el insumo de mano de obra, en lugar de maximizar la ganancia o alguna otra indicación de eficiencia".[34]

La ineficiencia intrínseca también significaba inaccesibilidad a las mejoras tecnológicas o de otra índole, y un aumento de las necesidades de subsistencia, a costa de otros posibles enfoques a la utilización de los recursos. Bien quisiéramos saber, con Plinio el Viejo (*Historia Natural*, 18.187), por ejemplo, hasta qué punto podía resistir el cultivador de diez *jugerum* la ten-

[32] Véase J. Beizunska-Malowist, "Die Expositio von Kindern als Quelle der Sklavenbeschaffung im griechsch-römischen Agypten", *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte* (1971), II, 129-133.

[33] S. H. Franklin, *The European Peasantry: the Final Phase* (Londres, 1969), cap. 2. Por lo que valga, obsérvese que hasta un orador de la Atenas del siglo IV a.c. considera demasiado pequeña una granja de 5,5 hectáreas: Iseo, 5.22.

[34] Franklin, *Peasantry*, pp. 1 y 19. *Cf.* N. Georgescu-Roegen, *Analytical Economics* (Cambridge, Mass., 1966), p. 371: "En la década de los treinta, estudios originados en varios países de vastos campesinados revelaron el hecho asombroso de que una proporción considerable de la población podía desaparecer sin el menor descenso del producto nacional."

tación de romper con el tradicional sistema de alternación del barbecho, sin pensar en las consecuencias deletéreas para la fertilidad de sus tierras. Y podemos estar seguros de una diversificación de cosechas a expensas de la especialización y sus beneficios. La agricultura de subsistencia, por definición, no es agricultura para el mercado, ni produce cosechas vendibles. El típico "mercado campesino" era un lugar al que acudían los campesinos (y sin duda los artesanos de las aldeas) de un radio de tres a cuatro kilómetros a fin de llenar las lagunas en sus subsistencias mediante el cambalache; pocas cosas había que un campesino no pudiera producir por sí mismo —por ejemplo, una reja de arado de metal— cuando todo iba bien. La escasez de las monedas descubiertas en las zonas rurales no es accidental.[85]

Había circunstancias que acaso animaron a los campesinos, especialmente a quienes estaban cerca del límite superior de las propiedades familiares, a dedicarse a las cosechas vendibles. Estoy pensando en la presencia vecina (seis a ocho kilómetros, a lo sumo) de poblados mayores, de templos de culto internacional que atraían a visitantes necesitados de abastos (como los de Olimpia o Delfos), o de campamentos del ejército, más o menos permanentes. Sospecho, sin embargo, que las buenas tierras así situadas habrán atraído a los terratenientes ricos como los propietarios de la finca mencionada por Varron (*De re rustica*, 1.16.3), con sus productos especializados, y que era en esos estratos, y no entre los campesinos, donde podían encontrarse los proveedores de ciudades, ejércitos y templos.[86] En el soliloquio inicial de los *Acarnienses* de Aristófanes, el protagonista se queja de la vida en la ciudad, que se ve obligado a llevar por culpa de un merodeador ejército espartano, a principios de la guerra del Peloponeso. Desde su asiento en la Asamblea, en lo alto del Pnyx, contempla su granja en Acarnes y

[85] Véase M. Crawford, "Money and Exchange in the Roman World", JRS 60 (1970), 40-48, esp., pp. 43-45.

[86] Paso por alto regiones tan marginales como las estériles colinas de la Siria septentrional, donde durante el imperio romano fue desarrollada una monocultura del olivo, por campesinos cuyo *status* es incierto: G. Tchalenko, *Villages antiques de la Syrie du nord* (3 vols., París, 1953).

suspira por su aldea donde "nadie grita 'comprad carbón, vinagre, aceite', donde la palabra 'comprar', es desconocida". Hipérbole de poeta, sin duda, pero, a mi parecer, no broma de comediógrafo.

No es de sorprender que el campesino antiguo estuviera siempre al margen de la seguridad. Catón daba a sus esclavos encadenados más pan del que el campesino medio en el Egipto greco-romano podía disponer para su consumo habitual.[37] La única fuente normal de ingreso subsidiario para los campesinos era el trabajo estacional en las grandes propiedades cercanas, en especial durante la cosecha: los escritores romanos sobre agricultura suponen y, de hecho, requieren la presencia de tal reserva de la fuerza de trabajo en todos sus cálculos. Pero en una sociedad pre-industrial las oportunidades de empleo de tiempo parcial eran pocas e inseguras. La marina ateniense de los siglos V y VI a.C. fue la gran excepción, y la clave de la libertad de Atenas de todo el problema agrario durante el periodo. Los ejércitos romanos de esa época, antes de entrar en largos servicios fuera de Italia, quizá fueron otra excepción, pero de menos importancia.

Hay aquí una paradoja profunda. Cuanto más libre el campesino antiguo, en el sentido político, más precaria su posición. El cliente del periodo arcaico o el *colonus* del Bajo Imperio pudieron estar oprimidos de diversas maneras, pero también eran protegidos por su patrono del desposeimiento, de las rígidas leyes de adeudos y, en general, del servicio militar (que tan a menudo conducía a un inevitable descuido de la granja, y a su final desposeimiento).[38] El campesino generalmente libre no tenía protección contra una serie de malas cosechas, contra el servicio militar obligatorio, contra las interminables depredaciones de las guerras, civiles o no. De allí la variada historia de las respuestas campesinas, desde las exigencias de tierras que fundamentaron la gran expansión griega comenzada desde el siglo VIII a.C., hasta el ocupar propiedades vacías o abandonadas,

[37] Véanse las cifras en D. J. Crawford, *Kerkeosioris*, pp. 129-131.

[38] Los efectos destructivos del servicio militar sobre el campesinado son uno de los principales temas de Brunt, *Manpower*; véanse sus observaciones sumarias, pp. 130, 155.

públicas o de un templo,[39] la huida de los campos a la ciudad o los bosques, la rebelión abierta; a la postre, hasta una aceptación del *status* de dependencia que fue la regla en el curso del imperio romano; esta historia ¡ay!, aún está por escribirse.

El hecho de que los grandes terratenientes fuesen esencialmente inmunes a las condiciones de crisis fue consecuencia del tamaño de sus posesiones y de sus reservas y, en algunos periodos aunque no todos, del influjo de riquezas por sus prerrogativas políticas, no por un enfoque cualitativamente distinto a los problemas y las posibilidades del cultivo. La familia y la sucesión universal desempeñaban el mismo papel en sus vidas. Tenían una pasión muy campesina por la autosuficiencia en sus posesiones, por muy espléndidos que se mostraran en sus desembolsos urbanos. Estaban igualmente atados por una tecnología limitada y bastante estática, con el ciclo de barbecho de dos años como base, y por los altos costos del transporte por tierra. Se deben mencionar explícitamente estos puntos, porque repetidas veces han sido puestos en duda por los estudiosos modernos, no tanto basados en pruebas como por motivos psicológicos, por no poder creer que griegos y romanos fueran tan incapaces de unas mejoras "sencillas". En el curso de la antigüedad, especialmente en el periodo clásico romano, hubo mejoras de una u otra índole en desagüe y riego, en herramientas y piedras de molino, en selección de semillas, pero fueron marginales, pues, como lo resumió nuestra principal autoridad contemporánea en materia de agricultura romana, "las pautas de utilización de la tierra y los métodos de labranza permanecieron intactos. Como en la industria antigua, se hizo frente a los nuevos requerimientos mediante la transferencia de las viejas técnicas".[40] Pero no hay nada misterioso en este "estacionamiento",

[39] El caso más conocido es el de las tierras pertenecientes a los templos en Heraclea, en el Sur de Italia; véase, recientemente, A. Uguzzoni y F. Ghinatti, *Le tavole greche di Eraclea*, Istituto di Storia Antica, Univ. de Pavía, *Pubblicazzioni*, núm. 7 (1968).

[40] K. D. White, *Roman Farming* (Londres, 1970), p. 452; véase la crítica de P. A. Brunt, JRS 62 (1972), 153-158. *Cf.* Jardé, *Céréales*, p. 194: "La agricultura griega en general, y el cultivo de granos en particular, apenas se modificaron en los tiempos históricos. Sólo por ilusión... algunos han pintado la agronomía griega como en estado de perpetuo progreso."

ni razones de peso para no creer en él: los grandes ingresos, el absentismo y su concomitante psicología de la vida en reposo, de propiedad de la tierra como no-ocupación y, cuando se le practicaba, el arriendo o sub-arriendo en parcelas fragmentadas, todo combinado para impedir toda búsqueda de mejoras radicales.[41]

En cuanto al objetivo de autosuficiencia, no era un "arcaizante" juicio de valor (de un Platón, por ejemplo), ni sólo un chiste de Trimalción. En este nivel, desde luego, estamos considerando propiedades que eran cultivadas por las ganancias que producían, no para subsistir. Por lo tanto, el interés en las medidas tendientes a evitar desembolsos para la compra de rodrigones para las viñas, forraje para los animales, vino o cualquier otra cosa requerida para cultivar la tierra y mantener a la fuerza de trabajo, debe explicarse dentro de un marco totalmente utilitario. No había nada extraño ni pérfido en que unos hombres acaparasen bienes en previsión —o con la esperanza— de unos precios más altos, que se tomaban la molestia de recomendar la venta de ganado y esclavos agotados, de carretas viejas, herramientas inservibles, ovejas defectuosas y esclavos enfermos. Catón concluyó su exhortación con una máxima (*De agricultura*, 2.7): "Un *pater-familias* debe ser vendedor, no comprador". Éste era un juicio menos moral que económico (en nuestro idioma), aunque yo dudo de que Catón hubiese podido establecer muy claramente la distinción. Un largo pasaje de una novela rosa del siglo XIX no es testimonio, estrictamente, del pensamiento antiguo, pero yo dudo de que la psicología fuese tan distinta que yo no deba copiar un fragmento.

"Los padres de Oblomov eran sumamente ahorrativos de todo artículo que no se produjera en casa, sino que hubiera que comprarlo. De buena gana mataban un pavo excelente o una docena de gallinas para agasajar a un invitado; pero nunca ponían una uva extra en un plato, y palidecían si su huésped se aventuraba a servirse otro vaso de vino. Tal depravación, sin embargo, era algo raro en Oblomovka... En términos generales, no les

[41] He tratado de desarrollar este análisis en "Technical Innovation". *Cf.* H. W. Pleket, "Technology and Society in the Graeco-Roman World": General Report, *Talanta* 5 (1973), 6-47.

gustaba gastar dinero en Oblomovka, y por muy necesaria que fuese una cosa, el dinero para comprarla era entregado con el mayor dolor y eso sólo si la cantidad era insignificante... Pagar 200, 300 o 500 rublos de una sola vez, por algo, así fuese indispensable, les parecía casi un suicidio. Al oír que un joven terrateniente local había estado en Moscú y había comprado una docena de camisas por 300 rublos, un par de botas por 25 rublos y un chaleco para su boda, por 40 rublos, el padre de Oblomov se santiguó y dijo, con una expresión de horror, que 'deberían encerrar a semejante pícaro' ".[42]

Es evidente el tono moral, y hay que reconocer totalmente la diferencia entre un importante senador romano, que residía y participaba en la política de la capital, y un insignificante noble ruso, enterrado en sus posesiones. Sin embargo, lo que me interesa es otro aspecto, retratado por el novelista, quien escribía en un momento de transición entre dos modos de vida en Rusia, cuando concluye así este pasaje: "En términos generales, eran sordos a las verdades económicas de lo deseable de un cambio rápido de capital, una producción aumentada, y el intercambio de bienes." Catón no era sordo a semejantes "verdades económicas"; nunca oyó hablar de ellas. En su mundo no hubo nadie que las sugiriese o arguyera en pro de ellas; carentes de técnicas para calcular y luego escoger entre varias opciones, por ejemplo, los méritos económicos relativos de cultivar o comprar la cebada para los esclavos, o las estacas para la viña, sin técnicas para calcular la costeabilidad, en ciertas condiciones, de uno y otro cultivo, o de la agricultura y el pastoreo;[43] orgullosos de su independencia del mercado como compradores, y de otros para sus propias necesidades, los terratenientes de la antigüedad operaban según la tradición, el hábito y las reglas

[42] I. Goncharov, *Oblomov*, trad. al inglés D. Magerschack (Penguin, 1954), pp. 128-129.

[43] Sobre lo inadecuado de la técnica contable, véase G. Mickwitz, "Economic Rationalism in Graeco-Roman Agriculture", *English Historical Review* 52 (1937), 577-589, y "Zum Problem der Betriebsführung in der Antiken Wirtschaft", *Vierteljahrschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte* 32 (1939), 1-25; G. E. M. de Ste. Croix, "Greek and Roman Accounting", en *Studies in the History of Accounting*, comp. A. C. Littleton y B. S. Yamey (Londres, 1956), pp. 14-74.

del sentido común, y una de tales reglas decía que "un *paterfamilias* debe ser vendedor, no comprador".[44]

Hay un famoso ejemplo de este enfoque en el manual de Catón (1.7), cuando enumera, en orden descendente de importancia, los productos de una granja ideal de 100 *jugerum*: vino, frutas y legumbres del jardín, sauces, olivos, pastos, grano, follaje del bosque para pastura y bellotas. El pasaje es célebre por una razón errónea: se le cita regularmente como declaración general de las realidades de la agricultura italiana en el siglo II a.C., cuando se le debiera citar como prueba de lo disparatado de lo que pasa por análisis económico en las fuentes antiguas. Casi huelga enumerar sus defectos: no se considera la localización de la granja con respecto a los mercados o a las posibilidades de exportación; no se dice nada acerca de la naturaleza del suelo, más que la única frase "si el vino es bueno y la cosecha es grande"; ni siquiera la más rudimentaria contabilidad de costos.*

No todos eran como Catón. Había otras ideas acerca del empleo óptimo de la tierra y sus productos; pero tales ideas estaban orientadas hacia lo social y lo político, no hacia lo económico. Existió el método de Pericles de disponer de todo el producto, en bloque, a fin de quedar libres para la actividad política de "tiempo completo". Existió Cimón, temprano rival político de Pericles, quien según nos dice Aristóteles (*Constitución de Atenas*, 27.3-4), "mantuvo a muchos miembros de su propio nomo, todos los cuales podían acudir a él diariamente, a recibir lo suficiente para su subsistencia. Además, ninguna de sus propiedades estaba cerrada, de modo que quien lo deseara podía tomar sus frutos". Éste fue un predecesor rudimentario del muy desarrollado sistema de clientela de los años postreros de la república romana, cuando hombres como Pompeyo y Enobarbo supieron apreciar las ventajas de sustentar a grandes reservas

[44] Véase también Varrón, *De re rustica*, 1.22.1; Plinio, *Historia Natural*, 18. 40.

* No estoy sugiriendo que Catón no se diera cuenta de las cosas. En 1.3 sí dice que al comprar una granja se debe considerar si tiene buen abasto de agua y acceso al mar, un río o una carretera. Queda en pie el hecho, no obstante, de que su enumeración pasa por alto todo esto, ya no digamos las variantes del suelo de un distrito a otro.

de mano de obra para obtener sus votos y, en última instancia, por su capacidad en combate.

He evitado hasta aquí hablar de economías de escala, no porque no hubiese ninguna sino porque, en mi opinión, eran insignificantes, aunque debo admitir que la base para sacar conclusiones es muy endeble. En las condiciones de la antigüedad, la consolidación de propiedades en grandes extensiones ininterrumpidas no implicaba automáticamente economías de escala, menos aun donde los esclavos constituían la principal fuerza de trabajo. Hay razón para creer, por sugestiones encontradas en los escritos de los agrónomos y agrimensores, que en su opinión 200 *jugera* constituían la propiedad óptima que podía administrar un solo mayordomo. Sin embargo, en el imperio había propiedades mucho mayores. En el norte de África, según el prudente Frontino, que escribía a fines del siglo I d.C., había dominios privados más grandes que los territorios de ciudades, con una fuerza de trabajo lo bastante numerosa para habitar aldeas (*vici*) que rodeaban la finca como murallas (*in modum munitionum*).[45] Y los recién explotados territorios del oeste estaban, obviamente, abiertos a la ocupación romana, en grandes extensiones ininterrumpidas. Por ejemplo, una propiedad recién desenterrada en Montmaurin, no lejos de Toulouse, posiblemente tenía mil hectáreas de tierras cultivadas, administradas desde un solo conjunto de edificios, que a su vez ocupaba 20 hectáreas, donde se alojaban el *vilicus* y su fuerza de trabajo, y al parecer también el propietario; allí se guardaban los animales, se almacenaban equipo y productos y se afectuaban todas las actividades subsidiarias. Construida a mediados del siglo I d.C., esta "finca" prosperó hasta el final del siglo II, cuando fue arrasada por una inundación, y nunca más reconstruida como unidad operativa.[46]

[45] Gromatici veteres, comp. C. Lachmann (Berlín, 1848), p. 53.

[46] Fouet, *Villa de Montmaurin*, pp. 32, 43-46, 291. La posesión situada en Chiragan acaso fuera siete u ocho veces más grande, con alojamiento para unas 500 personas; la situada en Anthée, en la provincia de Namur, Bélgica, incluía una gran villa y otras 20 construcciones, algunas obviamente industriales, dentro de una muralla de cerca de 15 hectáreas: Grenier, *Manuel* II, ii, pp. 843-858, 888-897. Muy recientes fotografías aéreas en la cuenca del Somme, en el Norte de Francia, han revelado cientos de fincas, grandes e inesperadas, hasta entonces desconocidas, separadas unas

En cambio, en las largas porciones civilizadas del imperio, la corriente de acaparar tierras no parece haber sido acompañada por un esfuerzo comparable para consolidarlas en mayores unidades de explotación. Aunque se conocen algunos ejemplos notables de propiedades consolidadas, como la *massa Calvisiana* del sur de Sicilia, establecimiento del siglo III que cubría unos 16 kilómetros del lado oriental del río Gela, al parecer no había renuencia a dividir *massae* y *fundi* si se presentaba la ocasión.[47] Ello parece indicar una escasa atención a las economías de escala, y creo yo que las dispersas posesiones de Herodes Ático representaban la pauta más común. Antes, dos clientes acaudalados del joven Cicerón habían poseído numerosas granjas, tratada cada una como separada unidad de explotación: la propiedad de Aulo Cecina aun llegó a incluir dos granjas adyacentes pero separadas, y al menos una arrendada a aparceros; Sexto Roscio en Ameria, en el extremo sur de Umbria, poseyó trece unidades, todas ellas en el valle del Tíber.[48]

de otras por dos o más kilómetros, al parecer dedicadas a la producción de trigo y la cría de ovejas: R. Agache, *Détection aerienne de vestiges protohistoriques gallo-romains et médiévaux...* [*Bulletin de la Société de Préhistoire du Nord*, núm. especial 7 (1970)], cap. 4, y los mapas en las láminas 185-186. Para las grandes posesiones en Britania, véase Applebaum, en *Agrarian History*, pp. 240-244, 266-267. La palabra "villa" ha perdido toda especificidad tal como la emplean arqueólogos e historiadores (y ya entre los romanos: Varrón, *De re rustica*, 3.2), pero su sentido es inequívoco en este contexto.

[47] Véase D. Adamesteanu, "Due Problemi topografici del retroterra gelese" [Accademia nazionale dei Lincei, *Rendiconti della Classe di scienze morali*, 8º ser., 10 (1955)], 198-210; P. Orlandini, "Lo scavo del thesmophorion di Bitalemi e il culto delle divinità ctonie a Gela", *Kokalos* 12 (1966), 8135; Finley, *Ancient Sicily to the Arab Conquest* (ed. rev., Londres, 1979), pp. 159-161.

[48] Los pasajes clave son la *Oración por Aulo Cecina* 11, 21, 94, y la *Oración por Sexto Roscio* 20. Cicerón se refiere repetidas veces a la granja aislada como a un *fundus* (por ejemplo, en *Sobre la Oratoria*, 1.58.249), término técnico para una unidad de explotación; véase A. Steinwenter, *Fundus cum instrumento* [Akad. d. Wissenschaften in Wien, Phil.-hist. *Klasse Sitzungsberichte* 221, núm. 1 (1942)], pp. 10-24. No puedo resistir la tentación de ofrecer un ejemplo más: las muy dispersas posesiones de una familia, quizá la más rica de Antioquía en el siglo IV d.C.; véase Liebeschuetz, *Antioch*, p. 42 y nota 2.

Tampoco olvidemos que los escritores del periodo nunca se refirieron a economías de escala. La frívola razón de Trimalción para desear "añadir Sicilia a mis tierritas" acaso no sea de mucho peso, mas una de las cartas de Plinio (3.19) resulta menos desdeñable. Unas tierras anexas a las suyas de Umbria estaban a la venta, a muy buen precio, por obra de la mala administración del dueño y sus arrendatarios. Plinio estaba pensando en comprarlas. La primera ventaja de hacerlo, escribe, sería la belleza (*pulchritudo*). También habría ventajas prácticas: se podría visitar las dos propiedades en un solo viaje, se las podría poner a las órdenes de un solo procurador (agente) y quizá de un solo *actor* (mayordomo), y habría que mantener una sola casa en condiciones apropiadas para alguna ocasional visita de un senador. Del lado negativo, añade, están los riesgos de poner dos propiedades ante la misma "incierta fortuna" (*incerta fortunae*), como por ejemplo el clima.

¿Qué me recomiendas?, es la pregunta que hace Plinio a su corresponsal, aun cuando no le da nada de la información que podría esperarse, ni las dimensiones de la propiedad ni su arriendo por entonces, ni detalles acerca de sus productos. Las ventajas previstas eran en gran medida psicológicas; aparte de los mayordomos, no hay una palabra de posibles economías de escala que pudieran seguir a la consolidación de dos propiedades contiguas, no digamos ya consideración de reorganizar la producción, por ejemplo hacia una mayor diversidad o mayor especialización, o de un uso más eficiente de la fuerza de trabajo.

Dirección y control de la fuerza de trabajo eran temas recurrentes en todos los escritos antiguos relacionados con la administración de tierras (aun bajo un régimen de arrendamiento), lo cual es obvio si tenemos en cuenta el hecho de que el típico gran terrateniente era un propietario absentista. Sin embargo, la preocupación era por la honradez de la fuerza de trabajo, honradez en el pleno empleo del tiempo de trabajo y en el cuidado del dinero y los bienes, no en alguna mejora cualitativa de la eficiencia del trabajo mediante mejores métodos de labranza o mediante la introducción de inventos que ahorraran trabajo. Representa el punto de vista del policía, no el del empresario. El estudio moderno revela que "el terrateniente absentista consti-

tuye una garantía de la observancia estricta de los métodos de cultivo habituales, por anticuados que sean".[49] Los métodos habituales dejaban espacio para *refinamientos*[50] técnicos —esto hay que repetirlo—, pero normalmente todo quedaba allí. Por ende, las economías de escala no eran una posibilidad realista para los hombres mismos cuyas posesiones, hipotéticamente, eran suficientemente extensas y crecían continuamente.

El arrendamiento, tan discutida alternativa a los *latifundia* de esclavos,[51] era peor a este respecto, a causa de los efectos limitadores de los plazos cortos y los ciclos de vida familiar. Después de todo, ¿quiénes eran arrendatarios? Con excepciones, sólo se conocen arriendos sencillos de grandes unidades en las tierras públicas, particularmente en los dominios africanos de los emperadores romanos, dominios subdivididos en pequeñas parcelas, de modo que los arrendatarios en jefe eran agentes y administradores imperiales, de hecho, si no en estricto derecho, antes que granjeros en gran escala. Así, generalizar a partir de los dominios del norte de África, como se ha vuelto práctica común, es falsificar la situación de Italia y Sicilia, Grecia y el oriente

[49] E. Feder, "*Latifundia* and Agricultural Labour in Latin America", en Shanin, *Peasants*, pp. 83-97, en la p. 88.

[50] Véanse los testimonios reunidos por A. G. Drachmann, *Ancient Oils Mills and Presses* (Copenhague, 1932).

[51] No he vacilado en poner *latifundia*, poco más o menos, por "grandes posesiones", como creo que lo hacían los propios romanos, pese a los intentos de encontrar un significado técnico al vocablo; por ejemplo, K. D. White, "Latifundia", *Bulletin* del London Institute of Classical Studies 14 (1967), 62-79; o por René Martin, "Pline le Jeune", y repetidas veces en *Recherches sur les agronomes latins et leurs conceptions économiques et sociales* (París, 1970), sobre la base de infundados cálculos de tamaño (véase antes, nota 7). El tan repetido dicho de Plinio el Joven (*Natural History*, 18.35) de que "el *latifundio* ha destruido a Italia" no es más que un arcaísmo moralizante (*cf.* su contemporáneo Séneca, *Sobre las ganancias*, 7.10.5, donde resulta que no se emplea la palabra *latifundia*), lamento por la desaparición de los hacendados romanos y los sencillos buenos tiempos de antes. No puedo encontrar nada en los textos que sugiera una seria discusión de una alternativa entre una explotación intensiva y en grande escala o unidades más fragmetadas. A diferencia de Martin, "Pline le Jeune", p. 67, no considero como una seria discusión las vacilaciones de Plinio el Joven en exponer dos propiedades a los mismos riesgos del clima.

helenístico, quizá también de España y la Galia (así como es falso, en el otro extremo de la escala, hacer generalizaciones a partir de los *fellahs* egipcios, tolomeicos o romanos). Esa propiedad contigua que Plinio estaba pensando comprar había sido cultivada (mal) por aparceros, en plural, y ésta era sin duda la norma clásica en las tierras privadas. Esto dependía, en gran parte, de encontrar gente disponible: no sólo era cuestión de ir a Roma o a cualquier otra gran ciudad y tratar con hombres capaces, financiera y profesionalmente, para encargarse de grandes propiedades. El arrendatario normal era un hombre de pocos recursos, sin tierras, un campesino fracasado, el hijo "superfluo" de un campesino, o un campesino desposeído, como el Ofelo de Horacio (*Sátiras*, 2.2), y éste, por necesidad, pensaba, como buen campesino, en unas tierras proporcionadas al trabajo de una familia; de allí la palabra *pater* que Horacio (*Epístolas*, 1.14.3), da a sus propios arrendatarios.[52]

En las extensiones mayores, el arriendo a corto plazo siguió siendo un freno para toda mejora o economía de escala. Un ejemplo particularmente notable fue el de 20 granjas de Delos y dos islas cercanas, que eran propiedad del templo de Apolo. Se trataba de unidades relativamente grandes, arrendadas a unos miembros ricos de la sociedad de Delos y cultivadas por esclavos; la mejor fue alquilada en la considerable suma de 1 650 dracmas anuales en el periodo más favorable. Pero el término era de 10 años y, aunque el contrato era renovable por el arrendatario, los testimonios detallados, sobre un largo periodo entre 313 y 170 a.c., muestran que los arrendatarios sólo hacían lo que se esperaba de ellos, es decir, devolvían la propiedad con el mismo número de olivos, higueras y cabezas de

[52] La granja sabina de Horacio, regalo de Mecenas, fue subdividida en un sector al que él explotaba directamente, con un personal permanente de ocho esclavos a las órdenes de un mayordomo-esclavo, y otros cinco sectores arrendados a aparceros; véase brevemente Heitland, *Agricola*, pp. 215-216. Esa propiedad dio a Horacio un ingreso suficiente para vivir con decoro en Roma, aunque, según las normas de la "alta sociedad", modestamente. No era siquiera un hidalgo campesino, y es extraña la observación de Rostovtzeff, RE, p. 59, al escribir que Horacio "pertenecía, por lo tanto, a la misma categoría que los terratenientes y los veteranos".

ganado que habían recibido, ni más ni menos.[53] Los arriendos por diez años son un contra-incentivo para emprender mejoras, aun en granjas de esta escala, y con mayor razón en posesiones menores, más típicas de las que trabajaba una familia. Los proyectos de reclamación de tierras normalmente resolvían una dificultad recurriendo a arriendos a perpetuidad, sobre todo en las posesiones imperiales, pero la afición a las pequeñas parcelas familiares también supuso un freno en ellas.

Volvemos así a la cuestión fundamental de la elección, planteada repetidas veces en este estudio. No dudo de que Columela, por ejemplo, pese a sus limitaciones, hubiese podido hacer los sencillos cómputos aritméticos requeridos para revelar la economía posible a partir de una mayor escala de explotación. En jerga moderna, el "umbral en el espectro del hectaraje" está determinado por una combinación de factores sociales y económicos, en ausencia de la cual pierde todo sentido la aritmética.[54] El poderoso influjo del hogar campesino, las actitudes hacia el trabajo y la administración, el débil mercado urbano, las satisfactorias ganancias del régimen de tierras existente, quizá las dificultades inherentes a la organización y administración de una numerosa fuerza de trabajo esclava —tema que, a partir de los testimonios antiguos, resulta aún más imposible de examinar concretamente que la fuerza de trabajo esclava—, todos éstos eran contra-incentivos para el cambio. Por mucho que se queje Plinio de sus arrendatarios, cuyos problemas son bastante comprensibles, él "nunca está sin dinero en efectivo en estos años".[55] Tampoco sus parientes: su carta acerca de la propiedad de Um-

[53] Véase J. H. Kent, "The Temple Estates of Delos, Rheneia, and Mykonos", *Hesperia* 17 (1948), 243-338.

[54] Véase P. David, "The Mechanization of Reaping in the Ante-Bellun Midwest", en 1966, pp. 3-39, reproducido por B. W. Fogel y S. L. Engerman, comps. *The Reinterpretation of American Economic History* (Nueva York, 1971), pp. 214-227. Gran parte de la actual controversia acerca del "segador galo" pasa por alto, en mi opinión, las implicaciones de la idea de un punto de umbral; véase K. D. White, "The Economics of the Gallo-Roman Harvesting Machines", en *Hommages à Marcel Renard* 2 (Bruselas, 1969), pp. 804-809; *Agricultural Implements of the Roman World* (Cambridge, 1967), cap. 10.

[55] Sherwin-White, *Pliny*, p. 258.

bria termina de este modo: "preguntarás si puedo reunir fácilmente los tres millones de sestercios. Lo que más tengo son tierras, pero he prestado dinero, y no será difícil pedir. Además, siempre puedo obtener dinero de mi suegra, de cuyas arcas puedo disponer como si fueran mías".

Una vez más hemos de volvernos a Trimalción para encontrar la verdad desnuda. El gran banquete es interrumpido de súbito por la llegada de un secretario, quien lee el diario del 26 de julio: en la posesión de Cuma han nacido 75 niños esclavos, se han amansado 500 bueyes, un esclavo ha sido crucificado por blasfemia, "diez millones de sestercios han sido colocados en el arcón porque no se les pudo invertir" (*Satiricón*, 54.3). Para los hombres con cuyo *status* se identificaba el propio Trimalción, había tres lugares para el dinero: tierras, préstamos a corto plazo con intereses, o una caja fuerte. Desde luego, admitamos que pudo haber exageración; también había riquezas en barcos, propiedades urbanas, almacenes, esclavos artesanos y materias primas, pero éstos representaban una pequeña fracción de la riqueza de la élite y no causaban una diferencia significativa en el pensamiento "económico".

Hablemos entonces de su "inversión de capital" y de la tierra como la "inversión preferida".[56] Tales frases contienen algo de verdad, pero no son toda la verdad, porque no revelan al lector moderno el muy considerable elemento no-económico de la preferencia. Para empezar, hay una ausencia completa del concepto de amortización.[57] Al llegar a la mayoría de edad, Demós-

[56] La mejor traducción inglesa de las *Cartas* de Plinio, obra de Betty Radice, en Penguin Classics y en la Loeb Classical Library, presenta las frases clave de 3.19 de esta manera: "Es cierto que casi todo mi *capital* es en tierras, pero hice ciertas *inversiones* y no será difícil obtener préstamos. Siempre puedo obtener dinero de mi suegra, cuyo *capital* puedo utilizar tan libremente como el mío propio." (Pueden compararse las palabras que he puesto en cursivas con la traducción más literal propuesta en mi texto.) El comentario de Sherwin-White en *Pliny*, p. 259 "Puede pagar una gran parte del precio cobrando sus préstamos, y después puede pagar todo lo que necesite con ahorros de su ingreso", es improcedente e incomprensible.

[57] Véase Mickwitz, "Betriebsführung", pp. 21-22. Es sorprendente que Mickwitz, quien hizo tan excelente uso comparativo del material italiano hanseático y renacentista, no observara las fuentes americanas, y creyera así que la mera presencia de esclavos excluía el concepto de amortización.

tenes, orador ateniense del siglo IV a.C., para recuperar su herencia entabló un pleito con sus tutores. Enumeró ante el jurado las posesiones registradas en el testamento de su padre, bajo dos titulares: 1) las activas (*energa*), que incluían 32 o 33 esclavos forjadores de espadas, que aportaban 300 dracmas al año; otros 20 esclavos dedicados a fabricar muebles, 1 200 dracmas anuales; y 6 000 dracmas prestados al 12%; 2) las inactivas: materias primas disponibles a la muerte de su padre, nueve años antes, por valor de 15 000 dracmas, la casa evaluada en 3 000, los muebles y las joyas de su madre, 8 000 en efectivo, en una caja fuerte de su casa, un préstamo marítimo de 7 000 dracmas, y 4 600 depositados en dos bancos y en manos de un pariente. Esto representa una concepción notable del "capital" que se vuelve más notable aún si se sigue en detalle la reclamación a los tutores, que no toman en cuenta amortización ni depreciación, y que da por sentadas unas cifras incambiables para la producción, la tasa de ganancia y el ingreso anuales.[58] Y, sin embargo, se trataba de una presentación normal para su época, incluso la amalgamación de posesiones personales, de la familia (las joyas de su madre) y propiedades de negocios (las materias primas). Demóstenes ganó su pleito.

Deliberadamente he escogido como mi primer caso un asunto urbano, donde podría haberse esperado una explicación menos burda. Si vemos hoy el texto regularmente citado por los historiadores modernos como el análisis antiguo más fidedigno de los ingresos de una granja de Italia, el viñedo modelo de 7 *jugerum* (casi 2 hectáreas), descrito por Columela (3.3.8-10), casi contemporáneo de Plinio, descubriremos que aun cuando toma en cuenta el precio de compra de la tierra, del viñador esclavo, de las vides y rodrigones, así como la pérdida de ingresos de dos años, mientras maduraban las vides nuevas, se le olvidan los edificios de la granja, el equipo, las tierras subsidiarias (por

[58] El texto principal es Demóstenes, 27.9-11, pero es necesario estudiar las dos oraciones, núms. 27 y 28, en todo orden, para apreciar todo lo que implican. Para los varios intentos erróneos de convertir los relatos de Demóstenes en aceptables procedimientos modernos de negocios, véase F. Oertel, "Zur Frage der attischen Grossindustrie", *Rheinisches Museum* 79 (1930), 230-252; J. Korver, "Demosthenes gegen Aphobos", *Mnemosyne*, 3er. ser., 10 (1941/2), 8-22.

ejemplo, para granos), el costo de mantenimiento de los esclavos, la depreciación y la amortización.[59] Su 34% anual de ganancia es absurdo, aun si admitimos su intención polémica en esta sección, y hemos de concluir que todo era un mero ejercicio superficial, que los grandes terratenientes trabajaban basados en un burdo conocimiento empírico, contando con el poderoso apoyo de las presiones socio-psicológicas de la propia posesión de la tierra. Plinio ni calculó ni afirmó que la segunda propiedad de Umbria produciría unas ganancias mayores que los préstamos cuyo pago habría de exigir para reunir el precio de venta. Sólo habla de la ganancia en belleza.

La inversión en tierras, en resumen, nunca fue en la antigüedad una política calculada y sistemática de lo que Weber llamó racionalidad económica.[60] No había un concepto claro de la distinción entre costos de capital y costos de trabajo, no había reinversión de las ganancias, no había préstamos a largo plazo con fines productivos. A este respecto, es imposible exagerar la importancia del préstamo a corto plazo (como del arriendo a corto plazo). De principio a fin de la antigüedad, fácilmente podemos contar los ejemplos conocidos de préstamo sobre la propiedad con objeto de hacer compras o mejoras. La hipoteca era un desastre, un préstamo personal a corto plazo destinado a "cubrir las diferencias en el abasto de subsistencias, generalmente ocasionado por alguna emergencia que hace demandas inesperadas a los recursos del prestatario",[61] no un recurso de-

[59] Véase Duncan-Jones, *Economy*, cap. 2, e *infra*, cap. VII, sec. 1.

[60] He de ser explícito acerca de las bases de mis párrafos siguientes. Apenas resulta creíble que no haya habido estudio sistemático (y si acaso algún estudio) de la compra y la venta de tierras en la antigüedad, aparte de la ley de ventas, que sólo es de interés marginal. Sólo tengo confianza absoluta en Atenas, a causa de mi *Land and Credit*; para el resto, dependo de una larga familiaridad con las fuentes y de lo que puede percibirse, especialmente de manera negativa, en obras tales como Frank, *Survey*; Heitland, *Agricola*; G. Billeter, *Geschichte des Zinsfusses im griechischrömischen Altertum* (Leipzig, 1898); E. Ziebarth, *Das griechische Vereinswesen* (Leipzig, 1896); F. Poland, *Geschichte des griechischen Vereinswesen* (Leipzig, 1903); J. Waltzing, *Étude historique sur les corporations professionelles chez les Romains* (2 vols., Lovaina, 1895-1896); Jones, LRE.

[61] Cito a H. Sieveking, "Loans, Personal", en la *Encyclopaedia of the Social Sciences* 9 (1933), pp. 561-565, en la p. 561, a fin de llamar la

liberado para reunir dinero a un interés bajo a fin de invertir a una tasa superior, función primordial de la hipoteca moderna. Entre los hombres de propiedades, estas exigencias eran o bien familiares (la dote de una hija) o bien suntuarias o políticas, por separado o en combinación. A veces tales gastos producían grandes ganancias, como hemos visto, pero no puede decirse que fueran ganancias sobre una inversión en propiedad.

No es sorprendente, entonces, que no hubiera un mercado reconocible de bienes raíces ni una profesión de agente o corredor de fincas. El idioma griego, como el alemán moderno, se presta a la creación de sustantivos compuestos, y se ha reunido una colección de más de cien combinaciones conocidas que incluyen la palabra "vendedor": "vendedor de granos", "vendedor de perfumes", invenciones cómicas como el "vendedor de decretos", de Aristófanes, pero ni una sola aparición de "vendedor de tierras", "vendedor de casas", "vendedor de propiedades".[62] No había siquiera una palabra para "corredor".[63] Y lo mismo puede decirse del latín.

Al ser enviado Plinio al Asia Menor por el emperador Trajano, probablemente en 109 o 110 d.c., con objeto de corregir el caos financiero y el despilfarro de las ciudades ricas de tal provincia, informó (*Epístolas*, 10.54) que, habiendo logrado colectar unas sumas considerables, gracias a una ciudad, probablemente Prusa, "Temo que el dinero quede ocioso, pues casi no existe oportunidad de comprar propiedades, y no se puede encontrar gente dispuesta a pedir prestado a la municipalidad, especialmente al 9%, que es el interés para los préstamos privados." Propuso entonces que se obligara a los consejales de la ciudad a tomar prestado a un interés menor. Trajano pronto rechazó

atención sobre su valioso y breve análisis del papel económico, social e histórico del préstamo personal o del consumidor.

[62] F. M. Heichelheim, *An Ancient Economic History*, trad. al inglés, Joyce Stevens, vol. 2 (Leiden, 1964), pp. 66-67.

[63] El diccionario Liddell-Scott-Jones traduce προπώλης como "uno que compra para otro o negocia una venta, un corredor". Pese al hecho de que esto resultó falso, como lo demostró J. Partsch, *Griechisches Bürgschaftsrecht* (Lepzig y Berlín, 1909), así como otros, subsiguientemente, el error no fue corregido en el suplemento de 1968. La traducción correcta es "garante".

la idea por "injusta". Deben notarse tres cosas. Primera, nuestra conocida trinidad: efectivo, tierras, dinero en préstamo. Segunda, que ni la ciudad ni el emperador vieron nada impropio en permitir que el dinero permaneciera ocioso. Tercera, la falta de tierras que comprar.

No está muy claro cómo descubrió Plinio que no había tierras disponibles. Sugeriré una respuesta: oyó los chismes de pueblo de toda sociedad mediterránea, particularmente los chismes de aquella misma aristocracia municipal a la que proponía imponerle préstamos. El ecuestre romano Cayo Canio, quien deseaba comprar un sitio para pasar vacaciones en Siracusa, "dejó saber" (*dictabat*), dice Cicerón (*De officiis*, 3.58), que estaba en el mercado. El rumor llegó hasta un banquero de la localidad, quien fraudulentamente procedió a vender a Canio su propio *hortulus* que daba al mar, a un precio exorbitante. La compra normal de tierras en la antigüedad, me atrevo a sugerir, era la ganga (lo que no es decir que las gangas eran raras). El propio Plinio no estaba buscando activamente otra propiedad cuando llegó a interesarse en la de Umbria, y ciertamente no se hallaba sobrado de dinero ocioso en efectivo, ya que había tenido que sacar de las arcas de su suegra para hacer la compra. Tierras abandonadas por causa de descuido, de devastaciones, de guerra, o de la mala suerte de alguien, podían ser tales gangas. Otra, más importante, era la tierra confiscada, como el *ager publicus* romano, ya fuese confiscado a individuos por sentencia de los tribunales o por *fiat* imperial, o tomada a comunidades y grupos enteros, mediante conquista o guerra civil. Y también hemos de incluir la tierra arrebatada a los campesinos, siempre que las circunstancias eran propicias, por medio de préstamos de usura, confiscación ilegal o "patrocinio".[64]

Las crisis o presiones políticas podían, desde luego, tener el efecto inverso de hacer subir rápidamente el precio de la tierra. En el capítulo 5 se estudia brevemente uno de tales casos, consecuencia de la marcha de César sobre Roma en 49 a.c. Otro ejemplo ocurrió a principios del siglo II d.c.; Plinio lo describe en una de sus cartas (6.19):

"¿Has oído decir que ha subido el precio de la tierra, particu-

[64] Véase, por ejemplo, Brunt, *Manpower*, Apéndice 8.

larmente en las cercanías de Roma? El súbito aumento ha provocado no pocas discusiones. En la última elección, el Senado expresó la opinión muy sensata de que debiera prohibirse a los candidatos ofrecer diversiones, distribuir regalos y depositar dinero en manos de agentes. Las dos primeras prácticas fueron ejercidas sin medida ni discreción, y la tercera en secreto, pero era sabida por todos." Se pidió al emperador Trajano que remediara el mal. "Esto lo ha hecho aplicando la ley contra sobornos para obligar a los candidatos a limitar sus gastos, escandalosamente grandes; y también los ha forzado a concentrar un tercio de su patrimonio en bienes raíces, por considerar indecoroso (como en efecto lo era) que los candidatos a un puesto público no tratasen a Roma y a Italia como su país natal, sino sólo como una posada o albergue para cuando vienen de visita. En consecuencia, los candidatos corren por todas partes, esforzándose por comprar todo lo que esté en venta, aumentando así la cantidad de lo que se vende."[65]

Este es un claro ejemplo de ganga de compradores, tan temporal e inesperada como una ganga de vendedores. La ausencia de un mercado de bienes raíces queda subrayada no sólo por la manera en que Plinio describe los apuros de los candidatos cuyas carreras políticas dependían de una compra rápida, sino también por el efecto de los requerimientos de unos cuantos individuos sobre los precios. También es notable que moralice acerca de los efectos del excesivo gasto ostensible (político, y esto se debe tomar literalmente). Así pues, el objeto del emperador no es "interesar a más personas en promover la agricultura italiana",[66] sino obligar al cada vez más provinciano Senado a

[65] Traducido por Betty Radice (Penguin, 1963). Una vez más (como en la nota 56) he remplazado sus palabras "inversión" y "capital", con sus inevitables connotaciones modernas, ahora por los literales "concentrado" y "patrimonio". Por una razón similar he escrito "aumentando así la cantidad de lo que se vende" en lugar de "llevar más al mercado", como la señora Radice.

[66] Esa es la explicación, por ejemplo, de Heitland, *Agricola*, p. 274; atinadamente explicada por Sherwin-White, *Pliny*, pp. 379-380. Marco Aurelio hizo un segundo intento, pero redujo la fracción italiana obligatoria a una cuarta parte del patrimonio total de un senador: *Historia Augusta*, *Marcus*, 11.8.

volverse realmente romano e italiano, como correspondía a su posición de élite del imperio.

La ganga en cuestión de tierras es visiblemente barata o cara, según el caso; no se necesitan investigaciones más profundas; basta con lo que ya he llamado burdo conocimiento empírico. Además, en las antiguas condiciones de cultivo sin riego, sin grandes instalaciones para agua ni maquinaria costosa, la tierra abandonada y devastada podía recuperarse muy rápidamente. Olivos, viñas y rebaños requerían unos cuantos años para su remplazo, pero eso sólo exigía paciencia de parte de las clases superiores y terratenientes que ahora nos interesan, más que capital, cuya escala habitualmente se exagera en los estudios modernos.

La compra de propiedades a precio de ganga es una forma de inversión, desde luego, pero sólo en el sentido limitado que he estado definiendo. Y era casi exclusivamente una actividad privada. Durante sus grandes programas de aposentamiento de veteranos, en 30 y 14 a.c., Augusto encontró insuficientes para el propósito sus propias posesiones excedentes y sus considerables confiscaciones, y compró parcelas a unas ciudades de Italia y de las provincias, con un costo total de cerca de ochocientos sesenta millones de sestercios, según su propio cálculo (*Res gestae*, 16.1). Tal realización fue importante, verdaderamente prodigiosa. Su afirmación ulterior, "De todos los que han fundado colonias militares en Italia o en las provincias, yo fui el primero y el único que ha hecho esto, hasta donde recuerdan mis contemporáneos", significa que "fue el primero en pagar con recursos que podía considerar privados".[67] No especifica cómo hizo las compras y nosotros podemos dudar, justificadamente, de la libertad de opción de muchos vendedores.

Sea como fuere, un hecho es que aun cuando todos los propietarios de la antigüedad poseían tierras de las que obtenían ingresos, normalmente arrendándolas, y en el caso de los emperadores romanos también mediante la explotación directa a través de agentes, casi nunca compraban tierras. Tampoco lo hacían los templos o centros de culto, muchos de los cuales

[67] Brunt, *Manpower*, p. 297.

acumularon innumerables tesoros por medio de donativos y ofrendas. Tampoco lo hacían los incontables grupos de culto y sociedades semi-privadas que proliferaron en el mundo greco-romano. Ellos, asimismo, obtenían tierras por medio de donativos, a veces en forma de depósitos apoyados por propiedades (como el esquema de *alimenta* de Trajano), y su efectivo fructificaba en préstamos con intereses, no en inversiones en tierras. Tan sólo los tutores parecen haber constituido una excepción, al menos en Roma, donde la ley les exigía que colocaran el efectivo de su pupilo en tierras o en préstamos con intereses.[68] Y aun este requerimiento está muy lejos de la tradición moderna, todavía bien viva, que mueve a las instituciones de caridad y a otros fideicomisos a colocar sus fondos en la seguridad que da la tierra.

Desde luego, no era posible conseguir gangas sin estar alerta, sin un genuino interés en la adquisición y, sobre todo, sin buena posición e influencia política. Hasta hubo algunos hombres, no muchos —creo yo— que especularon activamente con propiedades derrelictas sobre todo en edificios urbanos. Craso es el paradigma legendario (Plutarco, Craso, 2.1-6).[69] No he estado tratando de afirmar que en la mayor parte de los periodos de la antigüedad no hubo un movimiento constante de los bienes raíces. Sin él no habría podido existir esa tendencia, antes señalada, a una acumulación cada vez mayor; por una parte, no

[68] Las fuentes materiales han sido compiladas por E. J. Jonkers, *Economische en sociale toestanden in het Romeinsche Rijk blijkende uit het Corpus Juris* (Wageningen, 1933), cap. 1.

[69] El más famoso ejemplo griego aparece en Jenofonte, *Oikonomikos*, 20.22, famoso porque se le cita tan regularmente que se cae en la ilusión de que este caso, posiblemente ficticio, de un solo caballero ateniense, era un fenómeno griego general. Véase la descripción que hace Claudé Mossé, *La fin de la démocratie athénienne* (París, 1962), de la especulación de tierras en Atenas (pp. 35-67), en el siglo IV a.c. El "departamento de bomberos" de Craso, integrado por 500 esclavos es igualmente singular, y es muy probable que sea igualmente ficticio: B. W. Frier, *Landlords and Tenants in Imperial Rome* (Princeton, 1980), pp. 31-34. Sobre la prosperidad urbana como fuente de ingresos entre los romanos, véase además P. Sarnsey, "Urban Property Investment", en Finley, *Roman Property*, cap. 7.

habría habido Trimalciones, por la otra no habría habido gente como los ocupantes del *ager publicus* que causaron las muertes de Tiberio y Cayo Graco, después como Enobarbo y Herodes Ático. Lo que he estado intentando hacer es precisar el antiguo concepto de "inversión", definir su carácter y sus límites tanto en la idea como en la práctica. Los escritores antiguos —no debemos permitir que se nos olvide esto— no describieron la tierra como la mejor inversión para llevar al máximo las utilidades; era productiva, desde luego, si se tenía en escala suficiente, pero si la ponían en primer lugar era, asimismo, por razones de "naturaleza" y de moral, y todavía no habían aprendido a establecer una sencilla ecuación entre la moral y las ganancias. Aún hay, debe recordarse, importantes estratos sociales que con conocimiento de causa aceptan una baja tasa de ganancia sobre sus inversiones porque existen ventajas "ajenas a la ganancia monetaria directa... el sentimiento de seguridad personal, los derechos de practicar deportes, la posición social, posiblemente alguna ventaja en el pago de impuestos".[70]

"Con respecto a la propiedad", escribió el autor del primer libro del pseudo-aristotélico *Oikonomikos* (1343a 25-b2), "el mayor cuidado deberá ser que esté de acuerdo con la naturaleza. El primer lugar, según la naturaleza, lo ocupa la agricultura; el segundo, las artes de extracción del suelo, como la minería y similares. La agricultura es lo mejor porque es justa, porque no es a expensas de otros, ya fuese voluntariamente como en el comercio o la ganancia de jornales, fuese involuntariamente como en la guerra. También es una de las actividades que están de acuerdo con la naturaleza en otros aspectos, porque, por naturaleza, todas las cosas son alimentadas por su madre, y así los hombres se alimentan de la tierra". Hay más aún de esta confirmación, tan penosamente ingenua, de la buena doctrina aristotélica, pero yo no necesito continuar. También es buen Catón y buen Cicerón. Es, en suma, una de tantas formulaciones de la ideología terrateniente de las clases superiores de la antigüedad. Hemos conocido aristocracias que, en su comportamiento prác-

[70] C. Clark y M. Haswell, *The Economics of Subsistence Agriculture* (4ª ed., Londres, 1970), p. 164.

tico, se han aferrado a ideologías caducas, y con ellas se han hundido. No fuese ése su destino en la antigüedad. En comparación con la "ética protestante" de Weber, su mentalidad acaso parezca no productiva; mas estaba lejos de ser no adquisitiva. Podían darse el lujo de una opción moral y aun así hacerse más ricos, no más pobres.

V. LA CIUDAD Y EL CAMPO

EL ATRASO y el embrutecimiento de los europeos occidentales fuera de Italia, explicaba el geógrafo griego Estrabón, se derivan de su modo de vida: la caza, el pastoreo, la predación. Una vez convertidos (u obligados) a llevar una existencia pacífica, de agricultura sedentaria, se desarrollará el urbanismo y entonces se civilizarán.[1] Aunque Estrabón estaba escribiendo al principio de nuestra era, estaba repitiendo la buena y vieja doctrina griega (y romana). Griegos y romanos nunca se cansaron de elogiar la excelencia moral de la agricultura ni de insistir, simultáneamente, en que la civilización requería la ciudad. No estaban contradiciéndose: se habrá notado que Estrabón veía la agricultura, no el comercio ni la manufactura, como preludio de la estabilidad y el urbanismo. En la antigüedad clásica, la verdadera ciudad abarcaba tanto el *chora*, el *hinterland* rural, como un centro urbano, donde residía la mejor gente, donde la comunidad tenía su administración y sus cultos públicos. Conceptualmente, ambos eran tan complementarios que aun los absolutos monarcas helenísticos reconocieron la "libertad" del *chora* correspondiente a las recién creadas ciudades griegas de las regiones orientales; la tierra de la ciudad estaba exenta de los derechos reales que pesaban sobre todas las tierras del reino.

Pero ¿qué es una ciudad? Los geógrafos modernos no han logrado llegar a una "definición común".[2] Estrabón, por supuesto, no se molestó en intentarlo, ni aun cuando protestó (3.4.13) contra aquellos escritores que, erróneamente, llamaban "ciudades" a las grandes aldeas (*Komai*) de la península española. Su

[1] La declaración más explícita aparece brevemente en 4.1.5., pero el tema vuelve con cierta frecuencia; véase A. N. Sherwin-White, *Racial Perjudice in Imperial Rome* (Cambridge, 1967), pp. 1-13.

[2] R. F. Pahl, en R. J. Chorley y P. Haggett, comps., *Models in Geography* (Londres, 1967), p. 237; *cf.* H. J. Gans, "Urbanism and Suburbanism as Ways of Life: A. Re-evaluation of Definitions", en M. A. Rose, comp., *Human Behavior and Social Processes* (Londres, 1962), pp. 625-648, esp., pp. 643-644. Para lo general, véase W. Sombart, *Der moderne Kapitalismus*, vol. I, i (5ª ed., Munich y Leipzig, 1922), cap. 9.

público no requería definición. Un escritor griego aún posterior, Pausanias, desdeñosamente rechazó las pretensiones de un pequeño poblado de la Grecia central que aspiraba a ser llamado *polis*: "No hay edificios de gobierno, ni teatro, ni ágora, ni agua conducida a una fuente, y el pueblo vive en cobertizos, como cabañas en los flancos de una quebrada" (10.4.1). *Su* público lo habría comprendido. La definición estético-arquitectónica sirve de abreviatura de una definición política y social: una "ciudad" genuina era un centro político y cultural, ya con una muy restringida autonomía, desde luego, en contraste con la orgullosa independencia de las antiguas *poleis* griegas, pero todavía un lugar en que los bien nacidos y bien educados podían llevar una existencia civilizada, una vida de *urbanistas*, en el lenguaje de los romanos, en que podían dominar los asuntos municipales, aunque ya no toda la gama de la actividad del Estado. El mero tamaño no era un prueba: muchas ciudades genuinas no eran mayores que aldeas, en población o en área. Y la economía no entraba en absoluto en la consideración, aparte del requerimiento de que, de algún modo, se contara con los bienes materiales indispensables para los placeres de la civilización.[3]

En la antigüedad hubo, desde luego, definiciones administrativas de *polis* o *civitas*, como las que hay en todos los países modernos. A Estrabón no le preocupó ese aspecto, como no preocupa al historiador de la economía. Bien podemos convenir con Estrabón en que la mera aglomeración no constituye una ciudad. De otro modo, la Itaca homérica, o un poblado con catedral de

[3] N. J. G. Pounds, "The Urbanization of the Classical World", *Annals of the Amer. Assn. of Geographers* 59 (1969), 135-157, ha tratado de trazar una distinción "funcional" entre las ciudades y las aldeas de la antigüedad, y atinadamente subraya la continuada "función agrícola" de las primeras en la gran mayoría de los casos. Sin embargo, se satisface con un canon estético-arquitectónico, pasando por alto la dimensión política; su intento de calcular las dimensiones de la población, fundamentalmente a partir de zonas y, para la Grecia clásica, a partir de la cantidad del tributo pagado a Atenas, es indefendible en el aspecto metodológico. Sobre los aspectos admnistrativo y arqueológico de los pueblos griegos, la obra más completa y sutil es la de Roland Martin, *L'Urbanism dans la Grèce ancienne* (París, 1956); *cf.* R. E. Wycherley, *How the Greeks Built Cities* (2ª ed., Londres, 1962).

la Alta Edad Media o, para el caso, una prisión o la base de un numeroso ejército serían, todas, ciudades: hay cárceles modernas cuyos reclusos superan a la población total de muchas "ciudades" griegas. Dejemos atrás, entonces, a Estrabón (y a todos los demás escritores antiguos), y planteemos una clase de pregunta muy distinta: ¿cuál es la relación económica entre el poblado y el campo? La respuesta no fue la misma para Esparta que para Atenas, como en nuestros días no lo es para Roma y Génova. Cuando Martín Lutero en su *Llamado a la nobleza cristiana de la nación alemana*, tronó: "El Anticristo debe llevarse los tesoros del mundo, tal como está escrito... Si tenemos razón al ahorcar a los ladrones y decapitar a los asaltantes, ¿por qué hemos de dejar impune la codicia de Roma? ¡He aquí al mayor ladrón y asaltante que haya venido o pueda venir a la tierra!" Lutero, para sus propios fines, hizo una importante observación histórica. Desde el momento en que Roma se convirtió en ciudad imperial hasta hoy, ha sido una ciudad parasitaria, que vive de donaciones, rentas, impuestos, tributos. No por eso deja Roma de ser una ciudad, sólo una clase de ciudad distinta de Génova.

Hipotéticamente, la relación económica de una ciudad con sus campos —debemos empezar con una sola ciudad aislada— puede cubrir toda una gama, desde el completo parasitismo, en un extremo, hasta la completa simbiosis, en el otro. Todos los residentes de una ciudad que no participan directamente en la producción básica obtienen su alimento y sus materias primas de los productores del campo. En este sentido, todas las ciudades son centros de consumo. La cuestión es, entonces, si las ciudades de la antigüedad fueron, como pensó Max Weber, básicamente centros de consumo.[4] Dicho de otra manera, ¿cómo pagaban las ciudades por lo que tomaban del campo? La ciudad parasitaria pagaba tan sólo devolviendo todo o parte de las rentas e impuestos que inicialmente exigía al campo; la relación plenamente simbiótica había estado representada en un pago igual en la producción y los servicios urbanos. Puede construirse

[4] M. Weber, "Agrarverhältnisse im Altertum", en sus *Gesammelte Aufsätze zur Sozial— und Wirtschaftsgeschichte* (Tubinga, 1924), pp. 1-288, en la p. 13 (*cf.* p. 6).

un buen número de modelos en que las principales variables son la distribución de la población, la cantidad de la producción rural, la cantidad de la producción urbana y la proporción de cada una transferida a la otra. Se excluyen las manufacturas y los servicios urbanos destinados tan sólo al consumo urbano: a un campesino arrendatario no le importa si su señor, que vive en la ciudad, hace que en su propia casa conviertan en pan el trigo que recibe como alquiler, o si le paga por ello a un panadero.

El modelo debe ser complicado, porque la unidad aislada ciudad-campo sólo existe en sociedades muy primitivas, o en la imaginación de escritores utópicos. Una ciudad puede exceder la capacidad productora de alimentos de su propio *hinterland.* Sea como fuere, apenas habría ciudad autosuficiente en maderas, metales, sal, especias, para no mencionar esclavos, cueros, piedras semi-preciosas y otros artículos que se han vuelto necesarios para toda sociedad civilizada. Aun defensores tan inveterados de las ventajas morales de la autosuficiencia como Platón y Aristóteles admitieron ese lamentable hecho de vida.[5] Una vez más, preguntamos: ¿Cómo pagaba una ciudad? Y una vez más la respuesta es toda una gama de posibilidades, desde la incursión de Odiseo a Ismaro donde, según informó (Homero, *Odisea,* 9.39-42), "Saqueé la ciudad y maté a los hombres; habiendo tomado a las mujeres y muchas cosas, nos las repartimos", hasta una perfecta balanza de comercio. Algunos piensan, aunque yo no, que el mundo de Odiseo fue una tierra de Nunca Jamás, que no debe incluirse en ningún relato histórico serio. Pero César en la Galia fue bastante real e histórico, como lo fue el imperio que produjo el 60% del ingreso público ateniense en el siglo v a.c. (Tucídides, 2.13.3), o el diezmo sobre el grano de Sicilia, con el cual, durante un tiempo, hicieron gran parte de su pan los habitantes de Roma. Por ende, los modelos primitivos apropiados para la ciudad aislada deben ser modificados por nuevas variables: rentas, tributos e impuestos tomados de fuera del territorio inmediato de la ciudad; la producción, tanto urbana como rural, para la exportación; las facilidades del transporte. Tampo-

[5] Baste con citar a Platón, la *República,* 370 E-371 A; Aristóteles, *Política,* 1327 a 25-31.

co puede olvidarse la política, ni siquiera en un análisis "puramente económico". La triunfal expansión romana eximió de tributos la tierra italiana: caso este en que una variable, el tributo externo, canceló otra, la exacción interna en los campos.

Hubo también algunas constantes, como el buey, para empezar. El buey fue la principal bestia de tiro de la antigüedad, seguido de cerca por la mula y el burro; el caballo casi no cuenta. Los tres son lentos y voraces. Las cifras del transporte en el edicto de precios máximos de Diocleciano implican que una carretada de trigo de 540 kilos duplicaba su precio de 500 kilómetros, que un embarque de grano por mar, de un extremo a otro del Mediterráneo, costaba menos (sin contar los riesgos) que si se le transportaba por tierra 120 kilómetros.[6] El Estado podía permitirse utilizar yuntas de bueyes con el extraordinario propósito de transportar columnas a los templos, con un promedio de 30 yuntas para cada columna,[7] y podía realizar otros hechos extraordinarios, especialmente si el ejército los requería. Pero los individuos no podían transportar mercancías voluminosas por tierra como actividad normal; ni siquiera podían hacerlo más que las comunidades más ricas y poderosas. La mayor parte de los artículos de primera necesidad son voluminosos —cereales, alfarería, metales, maderas— y así no era prudente que los poblados excedieran en consumo la producción alimenticia de su *hinterland* inmediato, a menos que tuviesen acceso directo a las vías de agua.

Ni siquiera las famosas carreteras romanas, construidas por razones militares y políticas, no comerciales, representaban una diferencia considerable, pues los medios de tracción seguían siendo los mismos. Fueron los muchos ríos de la Galia, no sus caminos, los que provocaron el comentario de los escritores romanos y facilitaron el desarrollo de las ciudades del interior.[8] Y en

[6] Véase Jones, LRE, pp. 841-842 y, en general, el cap. 21; Duncan-Jones, *Economy*, Apéndice 17. *Cf.* Catón, *De agricultura*, 22-3, más de 400 años antes, sobre el costo de transportar mediante bueyes una prensa para olivos.

[7] Los testimonios están plenamente resumidos por A. M. Burford, "Heavy Transport in Classical Antiquity", ECHR, 2º ser., 13 (1969), 1-18.

[8] Véase L. Bonnard, *La navigation intérieure de la Gaule à l'époque gallo-romaine* (París, 1913); *cf.* A. Grenier, *Manuel d'archéologie gallo-*

el Asia Menor, Plinio, en su misión para el emperador Trajano, a principios del siglo II, escribía desde Nicomedia, ciudad-puerto del golfo de Izmit, en el extremo oriental del mar de Mármara, para proponer la construcción de un complejo canal que uniera el cercano lago Sofon, al oriente (con una salida natural al norte, hacia el mar Negro) con el mar de Mármara. A través del lago, relativamente extenso —explicó Plinio (*Epístolas*, 10.41.2)— "mármol, comestibles y madera para construcción se llevan con escaso costo y esfuerzo al camino, pero luego se les tiene que llevar en carretas hasta el mar, con mucho trabajo y grandes gastos". El camino era nada menos que la principal carretera romana que, desde Nicomedia, corría hacia el este, hasta llegar más allá de Angora; el corto tramo entre el lago, Nicomedia y el mar era de unos 18 kilómetros.[9] Esto puede ayudar a explicar cómo el hambre de 362-363 en Antioquía pudo alcanzar tan desastrosas proporciones, habiendo granos disponibles a unos 80 kilómetros de otra buena carretera romana. No hay duda de que el acaparamiento y la especulación tuvieron que ver en ello, pero el frecuente fenómeno del hambre en medio de la abundancia no puede atribuirse exclusivamente a la codicia.

Casi es verdad que, aparte del Estado, los campesinos fueron, dentro de ciertos límites, los principales beneficiarios de las carreteras romanas. Así, aun cuando la construcción de caminos en el romanizado sudeste de Britania estimuló el crecimiento de aldeas, la distancia media desde el pequeño mercado local hasta el límite de su "área tributaria" siguió siendo la máxima comúnmente preferida cuando los medios de transporte son primitivos, a saber, 6 a 8 kilómetros.[10] Los campesinos (y no sólo ellos)

romaine, vol. II, ii (París, 1934), caps. 12-13; Y. Burnand, "Un aspect de la géographie des transports dans la Narbonnaise rhodanienne: les nautes de l'Ardèche et de l'Ouvèze", *Revue archéologique de Narbonnaise* 4 (1971), 149-158.

[9] Véase F. G. Moore, "Three Canal Projects, Roman and Byzantine", *American Journal of Archaeology* 54 (1950), 97-111; Sherwin-White, *Pliny*, pp. 621-625 (quien, erróneamente, calcula la distancia en 28 kilómetros).

[10] Véase I. Hodder y M. Hassall, "The Non-Random Spacing of Romano-British Walled Towns", *Man* 6 (1971), 391-407, en p. 404, único intento que yo conozco de examinar una región antigua a la luz de la moderna teoría del lugar central, sobre la cual véase B. J. L. Berry, *The Geo-*

son gobernados por lo que los geógrafos de la economía han llamado la "ley del esfuerzo mínimo", o el "principio del menor esfuerzo".[11] Y los campesinos, casi huelga decirlo, no podían rescatar una gran ciudad en tiempos de hambre, ni abastecer a Nicomedia con su madera y sus mármoles.

Quienquiera que en la antigüedad olvidara estos elementales hechos de la vida no tardaba en arruinarse. Marco Antonio los olvidó al permitir que sus doscientos mil hombres fuesen sitiados por Agripa en el oeste de Grecia, en 31 a.C., con las consecuencias inevitables de hambre, enfermedad y deserción, pese a sus esfuerzos para abastecerlos por todos los medios, de modo que en la batalla de Accio se encontró en desesperada inferioridad numérica. Mas los emperadores romanos nunca los olvidaron. La expansión romana por el oeste y el noroeste de Europa apartó por vez primera al mundo antiguo del Mediterráneo y de sus tributarios. Pero había allí ríos navegables: los principales campamentos se establecieron en sus riberas, y constituyeron un factor importante en todos los cálculos logísticos militares, así como la creación del mayor complejo de molienda de la época, en la región de Arles.[12] Cuando era necesario acantonar tropas lejos de los ríos o del mar, la población local era obligada a mantenerlas, sin preocuparse por las relaciones entre la producción agrícola local y los requerimientos de los soldados. Por las carreteras, los ejércitos romanos podían recorrer largas distancias, mas no podían ser alimentados, vestidos ni armados desde largas distancias por esas mismas carreteras.

El transporte por agua, en resumen, y especialmente el transporte marítimo, creó posibilidades radicalmente nuevas para el

graphy of Market Centers and Retail Distribution (Englewood Cliffs, N.J., 1967); Chorley y Hagget, *Models*, cap. 9. La importante crítica de esta teoría por J. E. Vence, Jr., *The Merchant's World: the Geography of Wholesaling* (Englewood Cliffs, N.J., 1970), me parece poco pertinente para la economía antigua, como lo delatan sus pocas e inexpertas observaciones al respecto.

[11] B. J. Garner, en Chorley y Haggett, *Models*, p. 304.

[12] F. Benoit, "L'usine de meunerie hydraulique de Barbegal (Arles)", *Revuè archéologique*, 6º ser., 15 (1940), 18-80. *Cf.* el elogio de Libanio (*Oraciones*, 18.83) al emperador Juliano por haber restaurado el bajo Rin como camino por el cual llegaba a los ejércitos el grano de Britania.

poblado de la antigüedad. En primer lugar, las importaciones de alimentos y otros artículos pesados hicieron posible un aumento considerable de la población, ya no contenida por el factor limitador de la producción agrícola local, y una mejora de la calidad de la vida mediante una mayor variedad de bienes y una mayor abundancia de la fuerza de trabajo esclava para las labores tanto productivas como domésticas. Además, la población y sus ventajas fueron estimuladas, al atraer inevitablemente una población secundaria de artesanos, juglares, artistas, maestros y visitantes. Acaso hubiera también un efecto de retroalimentación sobre el campo, cuando los productos importados hicieron posible una explotación más eficiente de las grandes propiedades (aunque no de las de campesinos) mediante la especialización, realmente imposible en comunidades autosuficientes y más o menos aisladas. Nos gustaría saber si el cultivo de rosas, violetas y la cría de pavos reales en las fincas cercanas a la ciudad de Roma (Varrón, *De re rustica*, 3.2), habrían sido tolerados de no haber estado asegurado su abasto de granos en las provincias. La ciudad antigua se mostró renuente a dejar su provisión de alimentos siempre expuesta al acaso o al libre juego del mercado, al menos mientras la ciudad fue una comunidad genuina y autónoma.

Aun la Atenas clásica declaró delito capital la exportación de granos domésticos, pese a que dominaba el mar Egeo y, así, las enormes importaciones de trigo procedentes de la Rusia meridional (y de otras partes).

No precipitemos las cosas. La dialéctica de la relación ciudad-campo-mar es compleja, el ritmo del desarrollo es lento, y a veces éste se frustra. El fácil acceso al mar o a un gran río sólo era una condición necesaria para el desarrollo, mas no era la única. El gran puerto ateniense, el Pireo, fue creación del siglo v a.c. y su ímpetu original se debió al programa de Temístocles de construcción de una armada, para la cual ya no era adecuada la bahía de arena de Falero. Brundisium (la moderna Brindis), no llegó a convertirse en un gran centro aun cuando era el mejor puerto al sur de Ancona en la costa del este de Italia, frente a Grecia y al oriente. Aún más al norte, Ravena, en la desembocadura del Po, tenía un puerto espléndido que, según

se decía, podía ofrecer abrigo seguro a 250 naves (Dión Casio, 55.33), pero nunca llegó a ser un centro comercial.

La ciudad de Roma nos ofrece el testimonio más sorprendente. Roma se encuentra Tíber arriba a 25 o 35 kilómetros de Ostia y del mar. Y sin embargo, Roma había conquistado a Italia y vencido a Cartago antes de que Ostia empezara a desarrollarse como su puerto comercial.[13] El primer interés de Roma en Ostia, en el siglo IV a.C., fue militar-defensivo. Surgió entonces, en el siglo III, la necesidad de una armada para las guerras contra Cartago. En aquel momento crítico Roma, según la expresión un tanto exagerada de una autoridad antigua, "no tenía buques de guerra, ni aun una sola galera", ni conocimientos de las naves o de su construcción, ni ciudadanos con experiencia en remos, velas o guerra en el mar.[14] Y hacía ya más de dos siglos de que el cartaginés Hannón había descendido costeando el África occidental al menos hasta Sierra Leona.

El triunfo sobre Aníbal a fines del siglo III a.C., no sólo fue un hecho decisivo en la historia política de Roma: también en su historia urbana. El círculo oligárquico en el poder, la *nobilitas*, como se la llamaría pronto, adquirió vastas extensiones de *ager publicus* y necesitó mano de obra esclava; también contrajo costosos hábitos y gustos, tanto de lucha interna política cuanto de consumo ostensible, que aumentaron en progresión geométrica. Por ejemplo, los combates de gladiadores fueron introducidos originalmente como juegos funerales: el primer caso registrado, en 264, a.C., sólo es de tres pares de gladiadores, pero en 216 encontramos 22 pares, en 174 a.C., 74 pares, en una celebración que duró tres días.[15] Mientras tanto, esclavos y campesinos estaban acrecentando la población de la ciudad, y había que alimentar, alojar y vestir también a ellos y divertir a los hombres libres. Ya no era posible, como en siglos anteriores, depender del *hinterland* inmediato y de los pequeños barcos costeros que llegaban del puerto de Puteoli en la bahía de Nápoles y luego subían

[13] Véase R. Meiggs, *Roman Ostia* (2ª ed., Oxford, 1973), cap. 3.

[14] Polibio, 1.20-21; véase J. H. Thiel, *A History of Roman Sea-Power before the Second Punic War* (Amsterdam, 1954).

[15] L. Friedländer, *Darstellungen aus der Sittengeschichte Roms*, 10ª ed. por G. Wissowa (reimpresión Aalen, 1964), II, 50-76.

por el Tíber hasta Roma. Así, surgió finalmente la ciudad portuaria de Ostia como única rival, en escala, de Alejandría y Cartago, y había de florecer durante cuatro siglos antes de convertirse en una verdadera marisma palúdica.

Por todo ello, decir que Roma se volvió hacia el mar porque había llegado a ser una gran ciudad es más adecuado que lo inverso. Roma no podía considerarse típica; era la absoluta ciudad parasitaria (aunque sólo en su escala era única). Nadie pretenderá que Roma pagó con su producción siquiera una parte minúscula de sus enormes importaciones. Pero ¿qué decir de las ciudades que no recibían botín y tributos de las provincias para compensar sus cuentas? Pronto puede notarse un grupo considerable: las ciudades que, por su posición geográfica, eran cámaras de compensación y puntos de transferencia, las cuales obtenían buenos ingresos de peajes, portazgos y cargos de muelle, así como de los servicios requeridos por los mercaderes de paso y las tripulaciones de los barcos. Las naves de la antigüedad habitualmente preferían hacer paradas breves siempre que era posible: a ello contribuían las peculiares condiciones de los vientos y las corrientes del Mediterráneo, la falta de la brújula, la limitada capacidad de las *amuras*, el poco espacio para almacenar alimentos y agua potable. De allí la importancia de Rodas, el más notable ejemplo de un puerto de carga y descarga en el periodo helenístico. Cuando a mediados del siglo II a.C., por razones políticas decidió Roma humillar a Rodas, lo logró mediante el sencillo procedimiento de declarar puerto libre a la isla de Delos y mejorar sus instalaciones. Pronto se quejaron los rodios de que el efecto sobre sus ingresos públicos era una reducción de un millón de dracmas anuales a sólo ciento cincuenta mil.[16] Tan radical declinación del volumen del tráfico, 85%, del cual no había protección para los mercaderes rodios —ya que los Estados de la antigüedad cobraban el portazgo a ciudadanos y extranjeros por igual— afectó asimismo todos los servicios subsidiarios, asestando en su conjunto un durísimo golpe a la economía rodia, pública como privada.

Había otras ciudades comerciales: a la memoria vienen Egina,

[16] Polibio, 31.7, 10-12; véase F. G. Gruen en *Classical Quarterly* 25 (1973), 58-81, para los antecedentes.

Chíos, cámara de compensación del tráfico de esclavos,[17] o Marsella, depósito para productos transportados o adquiridos a los bárbaros del interior.[18] Pero éstos fueron casos especiales. En su gran mayoría, las ciudades antiguas contaban como el núcleo de su ciudadanía a los granjeros, fuesen activos o absentistas, hombres cuyo interés económico estaba principal o exclusivamente en la tierra. Entre las importantes, no pocas eran absolutamente agrarias; es decir, la tierra era su única fuente de riqueza, y con sus excedentes agrícolas pagaban por sus importaciones de metales, esclavos y artículos suntuarios; por ejemplo: Tebas, o Acragas (la Agrigentum romana), la segunda ciudad de la antigua Sicilia, o Cirene o, a un nivel inferior, Pompeya. Casi no hay más que decir en este contexto acerca de ellas o de las ciudades que servían a una zona agrícola más extensa —pero continua— que la suya propia, como en Campania; o de aquellas ciudades en que un numeroso personal imperial, militar y administrativo aumentó el sector del consumo en los tiempos helenísticos y romanos, tales como Antioquía en Siria o Sirmium (la moderna Mitrovica) sobre el río Save, pequeña colonia que conoció un breve periodo de sensacional crecimiento como una de las capitales imperiales en el siglo IV.

Finalmente llegamos a un grupo interesante, difícil y, quizá, el más significativo: el de las ciudades con una base agrícola insuficiente y una economía genuinamente mixta: agraria, manufacturera y comercial. Atenas es el caso típico, no sólo porque es la única de tales ciudades de la que sabemos casi lo suficiente al respecto, sino porque su historia económica plantea de la manera más urgente esta pregunta: ¿Cómo pagaba una ciudad antigua por sus bienes, algunos de producción interna, otros ob-

[17] Aristóteles, *Política*, 129 Ib 24, sólo dice que Chíos era ejemplo de una ciudad mercantil (junto con Egina), pero que el tráfico de esclavos era la clave es algo que a mí me parece seguirse de la afirmación de Tucídides (8.40.2) de que Quíos era la ciudad que, después de Esparta, tenía más esclavos en Grecia, y de la curiosa tradición, que se remonta al menos al historiador del siglo IV a.C., Teopompo, originario de la isla, de que los quiotas fueron los primeros griegos en comprar esclavos (Ateneo, 6.264 C-266 F).

[18] Véase E. Lepore, "Strutture della colonizzazione focea in Occidente". *Parola del Passato* 25 (1970), 19-54.

tenidos del extranjero? No la Atenas imperial y parasitaria con sus grandes tributos, sino la Atenas del siglo IV, que ya no podía pasar los costos a los Estados sometidos.*

No podemos hacer siquiera ni una aproximación de hoja de balance de las importaciones y exportaciones; en rigor, no podemos ofrecer ninguna cantidad; por lo tanto, hemos de recurrir de nuevo a modelos e indicadores. En la que sigue siendo una réplica —muy leída— a la escuela de Weber y Hasebroek, anunció Gomme que "los griegos estaban bien conscientes de que, a la larga, importaciones y exportaciones deben equilibrarse de alguna manera".[19] Ni citó ninguna autoridad, y las pocas que conocemos caben perfectamente en la clase de "declaraciones precientíficas" de Schumpeter, incapaces de soportar ninguna "superestructura". La trivial observación de Plutarco (*Solón*, 22.1), de que el legislador ateniense fomentó las artesanías porque estaba enterado de que a los mercaderes no les gustaba hacer importaciones a ningún país —y Atenas ya necesitaba importaciones de grano— del que no pudiesen sacar un cargamento como pago, va seguida inmediatamente por una miscelánea acerca de las leyes de Solón respecto a las mujeres y los bastardos, la etimología de "sicofante" y de "parásito" y muchas cosas más. Los célebres pasajes de Plinio el Antiguo (*Historia Natural*, 6.101; 12.84), que ofrecen unas cifras dudosas sobre la fuga de oro y plata romanos hacia la India y otras provincias orientales en pago por objetos de lujo, sólo tienen implicaciones morales. Toda duda al respecto queda acallada por la retórica explícitamente anti-santuaria de Dión Crisóstomo (79.5-6) sobre dicho tema. A ello no le siguió ningún análisis o programa económico, ni en los escritos moralistas ni en la práctica, pública o privada.[20]

Además de todo, Gomme al parecer pasó por alto el hecho

* En este sencillo modelo estoy excluyendo deliberadamente los efectos sobre la "balanza de pagos" del tributo imperial y de los ejércitos acantonados más o menos permanentemente en las partes limítrofes de un imperio.

[19] A. W. Gomme, "Traders and Manufacturers in Greece", en sus *Essays in Greek History and Literature* (Oxford, 1937), pp. 42-66.

[20] No tiene importancia que los dos textos de Plinio hayan causado tediosos intentos modernos de análisis económicos; por ejemplo E. H. War-

de que aun en nuestra compleja economía muchas ciudades y pueblos "logran mantenerse exclusivamente por su papel de centros de mercado", como "racimos de establecimientos de venta al menudeo y de servicios".[21] Insistió en que se encontrara el "equilibrio" si se sumaban las exportaciones de vino y aceite de olivo, los artículos manufacturados y la plata, junto con las importaciones invisibles (las ganancias de los embarques y el turismo). El catálogo no tiene falla, pero es inútil, a menos que pueda establecerse una proporción entre los artículos individuales. Recuérdese que estamos examinando la ciudad más populosa del mundo greco-romano en su mayor grandeza (para nuestros propósitos hemos de contar como consumidores a los no-ciudadanos y a los esclavos), obligada a importar regularmente quizá dos tercios de su trigo, todo el hierro, estaño, cobre y maderas para barcos que requería, todos sus muchos esclavos (aparte de los nacidos en las casas), y todo el marfil, las piedras semipreciosas, la mayor parte de los cueros y pieles, y una vasta miscelánea de artículos (incluso lino para la ropa blanca y papiros para escribir), esenciales para un nivel de vida civilizada que ya era tradicionalmente alto. Atenas sólo fue autosuficiente en miel, aceite de olivo, vinos ordinarios, plata, piedras para la construcción (incluso mármol), barro de alfarería y combustible; probablemente sólo estuvo en posición favorable, cercana a la autosuficiencia, pero nada más, en algodón, peces y carne. No hay duda de que la cuenta por las importaciones era impresionante.

¿Cómo evaluar, luego, las exportaciones? Para empezar, yo no puedo atribuir ninguna importancia a los productos agrícolas, ni aun al aceite de oliva y el vino. Escribiendo acerca de los olivos en el mundo griego en general, un historiador de la economía observó que "en una zona en que la producción del artículo era tan común, es natural que sólo encontremos referencias dis-

mington, *The Commerce between the Roman Empire and India* (Cambridge, 1928), pp. 272-318. Véase ahora P. Veyne, "Rome devant la prétendue fuite de l'or..." *Annales* 34 (1979), 211-44.

[21] Berry, *Market Centers*, p. 3. Las pruebas en que se basa el resto de este párrafo son presentadas completas por E. Erxleben, "Das Verhältnis des Handels zum Produktionsfaktoren in Attica im 5. und 4. Jahrhundert v.u.Z.", *Klio* 57 (1975), 365-98, que termina con una conclusión sorprendentemente pobre.

persas, y a menudo relacionadas con circunstancias extraordinarias".[22] Tal no es, sin embargo, convención literaria, sino consecuencia de las realidades de la producción y el comercio de Grecia. A lo largo de su historia, los atenienses exportaron algunos olivos y un poco de aceite de oliva; ello queda demostrado por la ley adriánica, de cerca de 125 d.C., que reservaba un tercio de la producción local para el consumo público, ley que nos recuerda inequívocamente que las ciudades griegas (y las romanas) también eran grandes *consumidoras* de aceite de oliva.[23] Tomando en cuenta este último hecho, así como la ubicuidad del olivo, ¿dónde estaban los mercados exteriores para la exportación de este artículo, *procedente de las comunidades urbanas importantes*, en una escala lo bastante grande para pesar considerablemente sobre la balanza de pagos? En cuanto a las exportaciones de vino, es válida la misma consideración, con la nueva reserva, para el caso de Atenas, de que su vino era de mediocre calidad. El comercio exterior importante era en vinos regionales afamados; el *vin ordinaire* normalmente se producía en casa.[24]

[22] H. Michell, *The Economics of Ancient Greece* (2ª ed., Cambridge, 1957), p. 285.

[23] *Inscriptiones Graecae* II² 1100; un texto revisado y una traducción se encontrarán en J. H. Oliver, *The Ruling Power* [*Transactions of the Amerphilosophical Society*, n.s., vol. 43 (1953), pt. 4], pp. 960-963.

[24] En el texto he puesto en cursivas las palabras "procedente de las comunidades urbanas importantes" para subrayar la falta de importancia, en este contexto, de regiones productoras de vino tales como la provincia romana de Bética, en el sur de España. El muy discutido tráfico de vinos de fines de la república romana y del imperio tampoco interesa aquí. La mayor parte de los vinos italianos eran embarcados a Roma —fabulosa consumidora de vinos—, a otras ciudades de Italia y a los ejércitos romanos en el Norte, como a Panonia, hasta que ésta empezó a producir lo suficiente. Por lo tanto, no eran importaciones que compensaran las exportaciones en el sentido que hoy se considera. L. Casson, "The Grain Trade of the Hellenistic World", *Transactions of the Amer. Philological Assn.* 85 (1954), 168-187, útil colección de datos, muestra tal obsesión por la balanza de comercio que deja la impresión, patentemente falsa, de que las exportaciones de vino, ayudadas por productos misceláneos como miel, galactita y queso, podían equipararse, o casi, con un tráfico de granos que, según su propia evaluación, en un tiempo "empleó una flota organizada que... no tuvo rival hasta los días del vapor". (*Cf.* cap. VII, sec. 7.)

Muy distinta es la situación de otros dos artículos del catálogo. La plata era la riqueza más importante de Atenas, y se exportaba en cantidades considerables; lo mismo da que fuese en barras o en monedas. Para Jenofonte (*Poroi*, 3.2), Atenas contaba con una gran ventaja: los importadores "que no deseaban llevar a cambio cargamentos", podían obtener una buena ganancia sencillamente llevándose plata. Así elaboró Jenofonte su programa en la pequeña obra acerca de los ingresos públicos en las minas inagotables de Laurión y sobre la presencia de muchos metecos. Éstos crearon lo que nosotros llamamos exportaciones invisibles, para las cuales tenía Atenas dos ventajas interrelacionadas. Quizá desde la tiranía de fines del siglo VI a.c., llegó a ser un centro comercial y cámara de compensación y, no mucho después, un centro turístico. Los principios son oscuros, pero es fácil seguir el continuo crecimiento de la ciudad en ambos respectos, así como la manera en que los dos intereses se estimularon mutuamente, y el modo en que el imperio le dio un ímpetu mayor aún. No debemos ser muy delicados y pensar sólo en las Grandes Dionisiacas y en los sofistas. El Pireo era un puerto internacional, con todo lo que ello implica, y también llegaban como visitantes buenos pagadores como el hijo de aquel noble de Crimea, quejoso en la 17ª oración de Sócrates, conocido como el *Trapeziticus*, para quien el estudio (*theoria*) era un concepto elástico. Los alcahuetes de Menandro, Plauto y Terencio no son invenciones cómicas; el que el tema de la oración del seudo-Demóstenes contra Neaira se desarrolle principalmente en Corinto y no en Atenas es mera contingencia. El constante arribo y partida de docenas de miles de "extranjeros", griegos o no, con cualquier propósito, constituía una contribución importante, aunque no mensurable, a la balanza de pagos ateniense.

He dejado para el final la exportación de artículos manufacturados. Tal es el coronamiento del modelo de Gomme. Acaso debiera yo decir el eslabón perdido: efectivamente, no hay testimonios de la exportación de manufacturas atenienses aparte de alfarería, y la afición de los griegos a los vasos bellamente pintados murió rápida y misteriosamente en el siglo IV a.c., precisamente el siglo que estamos considerando. ¿Cuánto debió manufacturarse para la exportación, aunque no se le reconozca

en las fuentes de que disponemos? A este respecto se observa una clara conciencia en los escritores antiguos; empezaré por dos textos clave, ambos de Jenofonte.

La superioridad de las comidas que se servían en la corte de Persia, nos explica (*Cyropaedia*, 8.2.5), no es sorprendente dado lo numeroso del personal de cocina. "Así como los varios comercios están más desarrollados en las grandes ciudades, así la comida en palacio es preparada de modo superior. En los poblados pequeños, un mismo hombre hace canapés, puertas, arados y mesas, y a menudo hasta construye casas, y todavía se siente agradecido si logra encontrar trabajo suficiente para mantenerse. Y es imposible que un hombre de muchos oficios los haga bien. En las grandes ciudades, en cambio, como muchos hacen demandas a cada oficio, uno sólo, y a menudo menos de uno basta para mantener a un hombre: por ejemplo, uno hace zapatos de hombre, otro de mujer y hasta hay lugares donde un hombre se gana la vida tan sólo reparando zapatos, otro cortándolos, otro cosiendo las partes superiores, en tanto que otro no efectúa ninguna de estas operaciones, sino que une las partes. Necesariamente, el que realiza una tarea muy especializada, la hace mejor."

Éste es el texto antiguo más importante sobre la división del trabajo,[25] pero mi interés actual está en otra cosa: en el énfasis en el bajo nivel y la falta de elasticidad de la demanda, en la amenaza de sobreproducción. La demanda se halla en una sencilla proporción geométrica con los números: cuanto más grande la ciudad, mayor demanda. Y aun en las grandes ciudades, nos dice en otra parte Jenofonte, la demanda no llega a constituir una presión. Al defender en el *Poroi* sus proposiciones, pronosticando un aumento del producto de las minas de plata, aumento tan grande que a la postre cada ciudadano sería mantenido por el Estado, alega lo siguiente (4.4.6): "De todas las actividades que yo conozco, la extracción de plata es la única cuya expansión no provoca envidia... Por ejemplo, si hay más trabajadores del cobre, las piezas de cobre se abaratan, y los trabajadores se

[25] He examinado este aspecto del pasaje, con su hincapié en la calidad, que no en la cantidad de la producción, en "Technical Innovation" y en "Aristotle and Economic Analysis", *Past & Present*, núm. 47 (1979), 3-25.

retiran. Los mismo puede decirse del comercio del hierro... Pero un aumento de la cantidad de mineral de plata... trae más gente a esta industria."

En ambos pasajes piensa Jenofonte en la manufactura tan sólo para el mercado local; de otro modo, sus observaciones no tienen sentido.[26] De modo similar, cuando Aristóteles en la *Política* (1291b, 22-26) ofrece ejemplos de ciudades en que el *demos* tiene una oportunidad extraordinaria para el trabajo no agrícola, especifica la pesca (Bizancio y Tarento), el comercio (Egina y Chíos), el transporte por agua (Ténedos) y la marina (Atenas), pero no menciona ninguna actividad manufacturera. Estrabón explica largamente (8.6.20-23) las bases de la gran riqueza de Corinto, saqueado por los romanos en 146 a.c.; no sabe de ninguna manufactura para la exportación. Entre los símbolos infinitamente variados de las monedas griegas no son raros los productos agrícolas favoritos, pero son desconocidos los productos manufacturados. Cuando los moralistas griegos o romanos admiten aunque sea de mala gana, que los mercaderes extranjeros tienen alguna virtud, en contraste con los pequeños tenderos locales, invariablemente les dan crédito por sus servicios como importadores, no como exportadores: no necesito repetir los párrafos correspondientes de Aristóteles y Cicerón. A veces se tomaron excepcionales medidas de protección a la agricultura doméstica, como la ley de la isla de Thasos, en el norte del Egeo, a fines del siglo v a.c., que prohibía la importación de vinos extranjeros a las zonas costeras de Tracia que estaban bajo la jurisdicción de Thasos.[27] No conozco ninguna ley comparable para proteger una manufactura.

No voy a alargar el Catálogo. Se objetará que todos éstos son argumentos basados en el silencio, a lo que yo replicaré que, dada la naturaleza de las fuentes informativas, el asunto se reduce a

[26] Es asombroso que Pounds, "Urbanization", p. 144, haya leído mal el pasaje de la *Cyropaedia* y así diga que las ciudades mayores tenían "funciones claramente relacionadas... con necesidades que se hacían sentir mucho más allá de sus propios límites territoriales". Ello no está en el texto, y resulta incomprensible en el contexto. La cita de Elio Arístides (*A Roma*, 61), que luego introduce Pounds, no tiene nada que ver con el tema.

[27] *Inscriptiones Graecae*, XII, Sup., núm. 347.

cómo interpretar el silencio. ¿Es, como dice Gomme, un mero accidente de la conservación de los testimonios, literarios o arqueológicos, o es cuestión de los gustos literarios de la antigüedad? ¿O es, como creo yo, un silencio que se explica de la manera más sencilla posible, porque realmente no había nada de que hablar? No hay duda de que hubo algunos artículos deliberadamente destinados a la exportación, como los zapatos y las túnicas de verano, hechos no sabemos dónde, que un ateniense llevaba a Cirene una vez al año, en tan pequeña cantidad que el obispo de Sinesio llegó a impacientarse, temeroso de no poder comprar. Allí estaban los ropajes de lino de alta calidad de Tarso, la ciudad de San Pablo, famosos en todo el imperio romano, que daban trabajo al parecer continuo a los tejedores de aquella ciudad, pero manteniéndolos en un nivel tan bajo que pocos pudieron pagar los 500 dracmas requeridos para obtener la ciudadanía local (Dión Crisóstomo, 34.21-23). Allí estaba Patavium (Padua), situada en un distrito famoso por su cría de ovejas, con acceso al mar mediante un río que por un tiempo exportó productos de algodón a Roma en escala considerable, especialmente tapetes y mantos finos (Estrabón, 5.1.7,12).[28] Allí estaba Arretium (Arezzo), que durante un momento efímero vio amasar fortunas considerables a partir del predominio de la *terra sigillata* recién puesta en boga, posición que no duró dos generaciones. Es cierto que sus más importantes sucesores, Lezoux y La Graufesenque, en la Galia, exportaron sus mercancías durante un largo periodo a todo el Imperio de Occidente, pero aquellos alfareros eran hombres modestos.

A David Hume no le falló mucho la memoria cuando "no pudo recordar un solo pasaje de algún autor de la antigüedad en que se atribuyera el desarrollo de una ciudad al establecimiento de una fábrica".[29] El tejido de lino no echó las bases de Tarso, ni la producción de zapatos y mantos de verano las de Atenas; en cuanto a Lezoux y La Graufesenque, sólo florecieron en los manuales de arqueología, mientras que Patavium fue un cen-

[28] Las pruebas de la cría de ovejas en la región han sido compiladas por G. E. F. Chilver, *Cisalpine Gaul* (Oxford, 1941), pp. 163-167; pero véase Brunt, *Manpower*, pp. 181-182.

[29] Toda la cita aparece en el cap. 1, nota 14.

tro de manufactura de algodón en (y para) la zona criadora de ovejas del norte de Italia mucho antes de que la omnívora ciudad de Roma fuese uno de sus mercados.[30]

En su periodo de florecimiento, relativamente breve, en Arezzo hubo alfarerías que empleaban hasta más de 50 esclavos. La fábrica de escudos de Cefalú, en la Atenas del siglo v, empleaba más de 100. Gomme tuvo razón al hacer notar que talleres de tal magnitud no pudieron ser ni fueron sobrepasados hasta que la revolución industrial modificó el equilibrio del insumo de una empresa, de la mano de obra al equipo, y luego a los bienes de capital. Se ha dicho, un poco exageradamente, que unos distritos desenterrados, como el barrio de los alfareros de Corinto, evocan, por su apariencia física, "los barrios de artesanos de las ciudades medievales".[31] Pero ya parece cosa común olvidar que quienes excavaron en Tarso no encontraron Lonja de Pañeros, que ninguna ciudad antigua tenía las casas consistoriales y bolsas de valores que, junto con las catedrales, son aún hoy glorias arquitectónicas de las grandes ciudades medievales de Italia, Francia, Flandes, las ciudades hanseáticas o Inglaterra. Compárese el ágora de Atenas con la plaza mayor de Bruselas. No fue por descuido por lo que Pausanias omitió esa clase de edificios al hablar despectivamente del pequeño poblado de Fócida.

[30] Sería un enorme esfuerzo desperdiciado enumerar todas las ciudades antiguas elevadas por uno u otro historiador moderno a la categoría de centro industrial internacional, pero quizá Capua merezca ser señalada porque parece ser su favorita. Ciudad más importante de la Campania desde tiempos muy anteriores, fue, naturalmente, un centro importante —pero no el único— de producción del equipo que requerían los terratenientes de la región (Catón, *De agricultura*, 135). También producía bronces finos para la exportación, sobre todo para las fronteras del Norte, de lo que hay pruebas arqueológicas en números considerables, aunque no espectaculares, al no requerir una escala de operaciones mayor que la de otros ejemplos de moderna exageración, que mencioné al final del cap. 1. Pero se afirma aún más: "No puede dudarse seriamente de que gran parte de los bronces romanos eran manufacturados en Capua": M. W. Frederiksen, "Republican Capua: A Social and Economic Study", PBSR 27 (1959), 80-130, en p. 109. Esto es increíble, pues Roma tenía su propia industria del bronce, y en el largo estudio de Frederiksen no hay ninguna prueba convincente en su apoyo.

[31] Martin, *Urbanisme*, p. 34.

Los fabricantes de paños de Flandes no tenían dificultades al hacer frente a las cargas financieras de la ciudadanía; por el contrario, constituían una sección integral de la oligarquía gobernante. El papel político de los gremios diferenció la ciudad medieval de la antigua, así como el papel político del campesinado diferenció la ciudad antigua de la medieval.[32] La antigüedad no sólo desconoció las casas consistoriales; desconoció los gremios, por mucho que, erróneamente, se hayan traducido así los *collegia* romanos y sus equivalentes griegos y helenísticos, de diversos nombres. Los *collegia* desempeñaron un papel importante en la vida social y religiosa de las clases bajas, fuesen libres o esclavas; a veces efectuaron labores de beneficencia, como pagar entierros; nunca llegaron a ser agencias reguladoras o protectoras en sus respectivos comercios,* y ésa, desde luego, fue la razón de ser de los gremios genuinos, medievales o modernos.[33]

El contraste entre lo antiguo y lo medieval está estrechamente vinculado con la diferencia en cantidad y el significado de la producción para exportaciones en uno y otro mundo. El campesinado local siguió siendo una constante; los hombres con las pequeñas parcelas que hemos examinado, aun los campesinos-ciudadanos libres, representan el mercado más ínfimo y menos elástico posible para la producción urbana. Ésta es la razón por la cual "en la mayoría de las sociedades campesinas, los mercados son periódicos, que no permanentes y continuos... la demanda *per capita* de los bienes que se venden en el mercado es escasa, la zona del mercado está limitada por una primitiva técnica de transporte, y la demanda acumulada no basta, por ello, para mantener tiendas permanentes".[34] Lo que puede decirse

[32] Weber, "Agrarverhältnisse", p. 257; *cf.* su *Wirtschaftsgeschichte*, comps. S. Hellman y M. Paly (Munich y Leipzig, 1923), *passim* (mediante su detallado índice).

* A fines del imperio romano algunas se volvieron agencias obligatorias del Estado, pero tal es una función completamente distinta.

[33] G. Mickwitz, *Die Kartellfunktion der Zünfte...* [Societas Scientiarum Fennica, *Commentationes Humanarum Litterarum*, VIII, (1936)]. cap. 5, es fundamental.

[34] Berry, *Market Centers*, p. 93. Acerca de los mercados periódicos en diferentes regiones del Imperio romano, véase R. MacMullen, "Market-days in the Roman Empire", *Phoenix* 24 (1970), 333-341.

de los campesinos respecto al nivel de la demanda (aunque no de la periodicidad) puede decirse también de la plebe urbana. Por lo tanto, la producción puede aumentar de un salto hasta el punto y sólo hasta el punto en que haya mercados para la exportación, que en la antigüedad eran mercados accesibles al tráfico marítimo o fluvial. El difundido predominio de la autosuficiencia doméstica bastaba para frenar la producción extensiva destinada a la exportación.

Esto es lo que Max Weber tenía en mente cuando llamó a la ciudad antigua centro de consumo, no de producción. Weber no había olvidado los cientos de artesanos que hacían una variedad infinita de cosas, no menos variadas en calidad. Pero atinadamente los colocó dentro de la estructura de la ciudad. En el curso de la historia antigua, el nivel de consumo ascendió a veces hasta alcanzar proporciones fabulosas. Las pruebas son demasiado conocidas para que valga la pena repetirlas. De tiempo en tiempo, las autoridades trataron de contener los excesos: hay leyes suntuarias asociadas a los nombres de figuras tan distintas como Solón, Demetrio de Falero, Sila, Julio César y Augusto. Plinio el Joven fue enviado por Trajano a Bitinia a principios del siglo II a fin de reprimir el desorden y el despilfarro de los fondos municipales. La meta siempre fue la misma: impedir la autodestrucción de la élite local, atrapada bajo las poderosas presiones creadas por los requerimientos del *status*, meta totalmente ajena a la de Colbert, por ejemplo, cuando redujo el número de días festivos para aumentar la productividad de los obreros y los campesinos franceses.

En resumen, la capacidad de las ciudades antiguas para pagar por su alimentación, metales, esclavos y otros artículos básicos se basaba, esencialmente, en cuatro variantes: 1) el monto de la producción agrícola local, es decir, del producto de la zona rural de la propia ciudad; 2) la presencia o ausencia de riquezas especiales, sobre todo de plata, mas también de otros metales, o de vinos o plantas oleaginosas particularmente codiciables; 3) las exportaciones invisibles de comercio y turismo, y 4) el ingreso de la propiedad y explotación de la tierra, rentas, impuestos, tributos, donaciones hechas por clientes y súbditos. La contribución de las fábricas era insignificante; es sólo un modelo falso

el que mueve a unos historiadores a buscarlas cuando no encuentran testimonios de ellas, pues no existen.

Se habrá observado que tampoco yo incluí el tamaño de la ciudad como variante de importancia. A este respecto, asimismo, la tendencia en la antigüedad era muy ascendente, y culminó en los dos primeros siglos del imperio romano, que no sólo conocieron a las pocas grandes metrópolis, encabezadas por la propia Roma, sino también a una serie de ciudades, especialmente en la parte oriental del orden de cien mil habitantes. La nueva dimensión fue visible a lo largo de toda la línea: hasta una población menor como Pompeya tenía, en la época de su destrucción en 79 d.c., cerca de veinte mil habitantes, total superado por no más de 12 ciudades griegas en el periodo clásico. Este desarrollo urbano fue, en parte, consecuencia de un crecimiento general de la población; en parte, reflejó el aumentado volumen del comercio y la mayor riqueza que había en manos de las clases altas. Pero fue, principalmente, respuesta a la nueva pauta política: el remplazo de la ciudad-Estado por un gran imperio burocrático. Unas ciudades (o unos centros militares) mayores significaron, entonces, una mayor demanda de comercios urbanos para los servicios internos y, en algunos casos, sobre todo en Roma, también hubo una repercusión, a distancias considerables, sobre los campos situados más allá del *hinterland* inmediato, por ejemplo, para llevar vinos y carne de cerdo a los consumidores romanos. Sin embargo, lo que no se descubre es ningún efecto notable sobre la producción urbana para la exportación.

No viene mucho al caso el hecho de que las ciudades hubiesen perdido en gran parte los impuestos y el tributo que tanto habían contribuido a las anteriores ciudades-Estados. Aunque técnicamente tal ingreso estaba destinado ahora a la tesorería imperial, una buena porción iba a parar a muchas ciudades aparte de Roma, mediante los jornales, gajes y dádivas otorgados a un número creciente de funcionarios imperiales y sus ayudantes, y por medio de los ejércitos. Por lo demás, grandes ingresos urbanos, especialmente en aquel sector de la población que era gran consumidor, se derivaron de las mismas fuentes de antes: de la tierra, del servicio gubernamental y de las exportaciones invisibles. Eran grandes ingresos, por razones previamente indicadas:

quizá no sea coincidencia el que este periodo de creciente urbanismo, de aumento absoluto y relativo de números en las clases económicamente parasitarias, del lujo en los estilos de vida, fuese también el periodo en el cual cobró toda su fuerza la diferenciación entre *honestiores* y *humiliores*, síntoma de la depresión del *status* de los hombres libres pobres, tanto artesanos como campesinos. No había en el programa ningún plan de tratar de aumentar los ingresos urbanos mediante la manufactura: no había ni incentivos financieros ni oportunidades de mercado para quienes poseían el capital potencial, y en su contra había poderosas presiones sociopsicológicas. En contraste, el mundo agrario europeo feudal dio a las ciudades medievales los mercados externos que no conocían las ciudades antiguas. Los reyes, señores y dignatarios de la Iglesia que vivían en sus casas solariegas o en pequeñas aglomeraciones crearon una relación ciudad-campo totalmente distinta de la de sus predecesores, terratenientes pero sumamente urbanizados.[35]

La misma negación de incentivos se halla bajo otro rasgo de la economía de la antigüedad que ya he observado repetidas veces: la situación de las que, formando un poco el término, pueden llamarse sus prácticas de negocios. Aquél era un mundo que nunca creó moneda fiduciaria en ninguna forma, ni instrumentos negociables. El dinero consistía en moneda, en su mayor parte de plata, y una buena cantidad se hallaba almacenada en cajas fuertes, enterrado en el suelo, a menudo en bancos como depósitos sin intereses.[36] El pago se hacía en monedas; sólo en condiciones especiales mediante una transferencia dentro de un banco particular o dentro de los cofres de una corporación romana de recolección de impuestos. Según la ley griega, la venta no era legal ni comprometía mientras el precio de venta no hubiese sido totalmente pagado; las ventas al crédito tenían la forma de préstamos ficticios (y por lo tanto son imposibles de descubrir en las fuentes). Entre griegos y entre romanos había, como hemos visto, incontables operaciones de préstamo, pero todos los prestamistas estaban rígidamente limitados por la cantidad

[35] G. W. Fox, *History in Geographic Perspective* (Nueva York, 1971), tiene algunos comentarios sugestivos al respecto, especialmente en el cap. 3.

[36] Se encuentran ejemplos en Bogaert, *Banques*, pp. 336, 368-370.

real de efectivo que tuviesen a mano; en otras palabras, no había ninguna maquinaria para la *creación de un crédito* por medio de instrumentos negociables.[37] A este respecto, la total ausencia de una deuda pública resulta un buen indicador. Ningún griego o romano habría podido entender una definición moderna de "la oferta monetaria" como el "total de los depósitos bancarios más el efectivo en poder del público".[38]

Un estudio reciente y profundo de la banca y los préstamos en Grecia no ha podido mostrar más que dos ejemplos realmente registrados (uno de ellos dudoso) de préstamos con fines de negocios, fuese para la agricultura, el comercio o la manufactura, en las fuentes de cualquier periodo, aparte de los préstamos marítimos (o a la gruesa), excepción que se explica por la función de ese tipo de préstamo como política de seguros, más que como forma de crédito.[39] (Los que hemos decidido llamar "bancos" de la antigüedad casi no se notan en el negocio a la gruesa.)[40] Ciertamente hubo transacciones que no aparecen en nuestras fuentes, pero la pauta de los préstamos griegos con propósitos no productivos resulta indudable.

La estructura de la ciudadanía romana no creó ese muro legal, característico de la ciudad-Estado, entre la tierra y el crédito, que antes hemos examinado. Cicerón se dirigió a los *faeneratores* en busca del dinero para comprar una finca urbana (*Cartas a sus amigos*, 5.6.2). Pero cuando Plinio pensó comprar una gran propiedad en Umbria (*Epístolas*, 3.19), lejos de solicitar una hipoteca a un prestamista profesional, planeó lo opuesto: cobrar sus propios préstamos con intereses y luego, de ser necesario, compensar cualquier déficit metiendo mano en las ar-

[37] Véase mi "Land, Debt, and the Man of Property in Classical Athens", *Political Science Quarterly* 68 (1953), 249-268: *cf.* Bogaert, *Banques*, pp. 352-355; Rougé, *Commerce*, pt. III, caps. 2 y 7.

[38] B. J. Fogel y S. L. Engerman, comps., *The Reinterpretation of American Economic History* (Nueva York, 1971), p. 441.

[39] Bogaert, *Banques*, pp. 356-357. Los dos ejemplos son Demóstenes, 40.52. y Lisias, frag. 38.1, el último ciertamente dudoso.

[40] *Ibid.*, p. 355; Bogaert, *Chronique d'Égypte* 40 (1965), 140-156. Sólo existe un papiro mutilado concerniente a un préstamo marítimo, y muy pocos testimonios directos romanos: Rougé, *Commerce*, pt. 111, cap. 2. Véase además cap. VII, sec. 5, *infra*.

cas de su suegra. ¿Qué proceder es el más típico, el de Cicerón o el de Plinio? Mientras no se haga un estudio de los préstamos en Roma comparable a la obra mencionada sobre la banca en Grecia, estamos limitados a hipótesis. La mía es que también entre los romanos el préstamo en gran escala, el préstamo entre hombres pudientes, era no productivo, con fines de consumo, y en él incluyo, claro está, el préstamo con objetivos políticos.[41] Los préstamos a corto plazo, la rudimentaria contabilidad (incluso la práctica común de no expedir recibos por los pagos privados), la ausencia del concepto de amortización —no necesito repetir lo que ya he dicho al respecto— eran todos subproductos de este fenómeno. También lo eran para el caso las casas de empeño y los mezquinos préstamos usurarios que florecieron a expensas de los pobres.

En consecuencia, no sólo eran atribuibles siempre los altibajos de la producción a alguna catástrofe natural o a disturbios políticos, nunca a crisis cíclicas, sino que las llamadas "crisis de crédito" resultan con las mismas raíces, no en operaciones de oferta y demanda en un "mercado de dinero" normal. Atribuibles y atribuidos: Cicerón estaba penosamente consciente de los efectos de una súbita escasez de moneda sobre las tasas de interés y los precios de las tierras, y casi tres siglos después el historiador Dión Casio reveló una conciencia similar del fenómeno opuesto, cuando Augusto llevó a Roma el tesoro arrebatado a Egipto.[42] No obstante, se ha observado que ningún comentador de la antigüedad, por muy "atento que estuviese a las circunstancias particulares en que se encontró día tras día, o que describe como historiador, ofrece algunas reflexiones acerca de lo que nosotros llamamos movimientos a largo plazo, sobre el movimiento secular de los precios".[43]

[41] Esto es lo que implica el material examinado por Rougé, *ibid.* Digo aparentemente porque el método de Rougé es impresionista, no cuantitativo.

[42] Cicerón, *Cartas a Ático,* 7.18.4; 9.9.4; 10.11.2; 10.14.1, todo de la primera parte del año 49 a.c.; la crisis cesárea es mencionada inmediatamente debajo en mi texto; Dión Casio, 51.21.5 (*cf.* Suetonio, *Augusto,* 41.1-2).

[43] C. Nicolet, "Les variations des prix et la 'théorie quantitative de la monnai' à Rome, de Cicerón à Pline l'Ancien", *Annales* 26 (1971,

Conocemos un ejemplo rudimentario pero revelador de una crisis de crédito ocasionada por una catástrofe militar, gracias a la conservación casual de un decreto largo y complicado de la ciudad de Efeso, a principios del siglo III a.C., que aplica temporales medidas paliativas relacionadas con el pago de los préstamos hipotecarios sobre tierras, dotes y otros tipos de obligaciones.[44] Tras esa legislación de emergencia había años de continuas guerras entre los sucesores de Alejandro Magno. Efeso se hallaba dentro de una de las principales arenas de combate, y quedó devastada. Por lo tanto, allí hubo una crisis.

Ahora bien, la guerra civil que llevó a César al poder instiló en los círculos de prestamistas romanos el miedo de una medida "demagógica" de cancelación de deudas. Los tribunos reducían las tasas de interés, los acreedores cobraban sus préstamos, los deudores no podían pagar; sus tierras eran confiscadas, sobresaturando el mercado, mientras las monedas literalmente se agotaban. Los esfuerzos de César por dominar la situación incluyeron un fallido ataque a la escasez de moneda —problema crónico—, ciertas revisiones de los procedimientos de evaluación de la propiedad y quizá de la ley de traspaso de propiedades.[45] Otra crisis, bastante misteriosa, ocurrió en la ciudad de Roma en 33 d.C., en la época de Tiberio. Según un relato muy breve pero no muy lúcido de Tácito (*Anales*, 6.16-17) esta crisis comenzó con un clamor popular contra las frecuentes irregularidades de los prestamistas, al cual respondieron éstos, una vez más, exigiendo el pago de sus préstamos y amenazando, una vez más, las

1203-1227, en la p. 1225. La frase entre comillas invertidas en el título y mucho de la parte anterior de la discusión tiende a hacer demasiada "teoría" de un rudimentario sentido común, como lo admite Nicolet en la frase que he citado; *cf.* los comentarios de M. H. Crawford que siguen inmediatamente en los *Annales* (pp. 1228-1233) bajo el título de "Le problème des liquidités dans l'antiquité classique". Un estudio interesante y fácil de leer acerca del efecto de las escaseces de moneda, es el de J. M. Kelly, *Roman Litigation* (Oxford, 1966), cap. 3.

[44] *Syll.* 364. El texto, traducción italiana y breve comentario, con bibliografía completa, se encuentra en D. Asheri, "Leggi greche sul problema dei debiti", *Studi classici e orientali* 18 (1969), 5-122, en pp. 42-47 y Apéndice II.

[45] El relato más completo es el de Frederiksen, "Caesar".

propiedades inmuebles de muchos hombres respetables. El emperador intervino destinando un fondo a préstamos sin intereses de cien millones de sestercios para los deudores honorables, y pronto cesó la conmoción.[46] Tiberio se preocupó por "aquellos cuyas *dignitas* y *fama* estaban amenazadas".[47] Asimismo se preocupó Cicerón, en su feroz denuncia (*De officiis*, 2.78-84) de las medidas de cancelación de deudas, en general y en particular. Son un ataque a las propiedades y a las clases poseedoras, dice en términos nada ambiguos, pero no sabe nada de una amenaza al crecimiento económico o *a la economía*, aparte de la observación "precientífica" (nuevamente el término de Schumpeter) de que se presta más dinero en los periodos en que el cobro de las deudas no es amenazado por intervenciones demagógicas.

Hay que introducir una negativa más en esta larga historia de estabilidad cualitativa: la "fijeza" de las prácticas de negocios después de terminado el siglo IV a.C.[48] Me refiero a la ausencia no sólo de la empresa, sino aun de toda sociedad a largo plazo. Durante el imperio romano había mercaderes que tenían sus representantes o agentes establecidos en algunos grandes puertos, así como había representantes de "colectividades" tan poco regulares como los propietarios de barcos (*naviculari*) de Arles, con agentes en Beirut.[49] Sin embargo, esa operación, relativamente sencilla y limitada, no condujo en los negocios privados a la formación de sociedades a largo término, no digamos ya de las organizaciones extensas, poderosas y duraderas creadas antes, durante la república, por las corporaciones de cobros de impuestos, excepto, quizá, entre los comerciantes y embarcadores

[46] Véase la descripción de la crisis por C. Rodewald, *Money in the Age of Tiberius* (Manchester, 1976), y cap. VII, sec. 5, *infra*.

[47] M. H. Crawford, "Money and Exchange in the Roman World", JRS 60 (1970), 40-48, en p. 46.

[48] Véase el sumario en las primeras páginas del cap. 7 de Crook, *Law*.

[49] Véase Rougé, *Commerce*, pp. 420-421 (la palabra "fijeza" es suya, p. 491). De modo característico, Rougé dice que había muchas redes de "agentes", adjetivo que justifica mediante sólo uno o dos ejemplos. El tomo del Pseudo-Demóstenes 56, al describir los agentes colocados en Rodas por Cleómenes, gobernador de Alejandro en Egipto, implica una práctica nueva y ésta es una razón de que yo dijera "después de terminado el siglo IV a.C."

responsables del abasto imperial de grano.[50] Tenemos aquí pruebas —uso la palabra deliberadamente— de que no nos hallamos ante una falla intelectual. Puesto que la idea de la empresa era conocida, su no extensión a otras esferas de actividad refleja la ausencia de una necesidad, específicamente de la necesidad de mancomunar recursos de capital, de trascender la capacidad financiera de cualquier individuo para producir artículos pignorables, de comerciar, de prestar dinero.

En suma, el poderoso afán de adquirir riqueza no se manifestó en un afán de crear capital; dicho de otro modo, la mentalidad predominante fue adquisitiva, pero no productiva.* Esto me lleva de vuelta, a riesgo de ser repetitivo, al papel de los metecos, libertos esclavos en la vida de los negocios del mundo antiguo. No tiene objeto insistir en que los metecos eran tan griegos como aquellos terratenientes griegos que vilipendiaban el comercio. Nadie está afirmando la existencia de actitudes racistas. Lo que estoy sosteniendo es la existencia de poderosas actitudes sociales y políticas de importantes consecuencias económicas. Gran parte de la diaria compra y venta de alimentos procesados y de otras materias primas y de bienes manufacturados en todas las ciudades de la antigüedad —hasta me atrevería a mencionar una cifra máxima— se llevaba a cabo sin intermediarios, por medio de venta directa de abastecedores individuales a consumidores individuales. En el mundo griego, paradójicamente, estos artesanos vendedores eran en su mayoría ciudadanos de sus comunidades respectivas, y también en gran parte del imperio romano —excepto donde prevalecía el sistema romano de libertos— en gran parte, ciudadanos pobres, sin voz ni voto en política salvo en comunidades tan atípicas como la democrática Atenas clásica, socialmente inferiores, mas pese a todo, ciudadanos, no metecos, no extranjeros. Los empresarios, los hombres que administraban el comercio marítimo en gran escala o que prestaban

[50] Esto queda demostrado, en mi opinión, por el alegato con que Rougé, *ibid.*, pp. 423-434, arguye lo contrario. No ve la importancia del hecho de que su único ejemplo plausible es de mercaderes dedicados a una operación gubernamental, la *annona* imperial.

* De modo similar, los antiguos esquemas utópicos se concentraron en el consumo, no en la producción, como el "comunismo" satirizado en el *Ecclesiazusae* de Aristófanes.

dinero a los ricos, la *burgeoisie* de Rostovtzeff, en su mayoría estaban libres de las obligaciones e interrupciones de la administración municipal o imperial; eran los hombres de quienes se habría esperado que desarrollaran y crearan nuevas técnicas de formación de capitales... y no lo hicieron. En realidad, no eran los hombres de mayor potencial. Para encontrar a éstos hemos de buscar entre las élites terratenientes, y para éstas los disuasivos eran concluyentes.

Nada de lo que he dicho debe interpretarse como negación de la ausencia de expertos y de conocimiento especializado en todos los campos que contribuían a la manufactura, la ingeniería, el procesamiento de alimentos y la navegación. En la antigüedad se escribió extensamente sobre estos temas, mas casi todo se ha perdido, con una destacada excepción, el *De architectura* de Vitruvio, escrito probablemente en el reinado de Augusto, obra básica sobre el tema para los siguientes 1 500 años, poco más o menos.[51] Cuando Vitruvio decidió escribir un libro de texto completo, sus credenciales eran impecables; su educación literaria y científica era considerable, y él mismo había ejercido como ingeniero y arquitecto, y estaba empapado de la nada desdeñable literatura helenística. Por ello, su libro es el ejemplo más elevado de que disponemos, para la antigüedad, del conocimiento y el pensamiento de un hombre de acción, no sólo de cultura, y que combinaba las mejores prácticas de griegos y romanos.

En secuencia, el *De architectura* trata los temas siguientes: arquitectura en general y requisitos para el arquitecto, urbanismo, materiales de construcción, templos, otros edificios públicos, construcciones domésticas, pavimentos y enyesado decorativo, abastecimiento de agua, geometría, medición, astronomía y astrología y, finalmente, "máquinas" y aparatos para sitiar una plaza. Vitruvio es un escritor discursivo. Tiene mucho que decir; por ejemplo, acerca de la ética de su profesión. En el prefacio del libro X se halla una sugestión de que los descuidos de los arquitectos podrían remediarse fácilmente por medio de la adopción universal de una ley de Efeso que hacía al arquitecto responsable personal de todos los costos que excedieran un 25% de su cálculo original. Dispersos por los prefacios hay relatos

[51] Sigo de cerca el argumento de mi "Technical Innovation".

tomados de la historia de las invenciones: invariablemente las circunstancias, y por ende las explicaciones, son o bien accidentales (como en el descubrimiento de las canteras de mármol de Efeso cuando dos carneros en lucha arrancaron unos fragmentos de la colina) o frívolas (como en el descubrimiento, debido a Arquímedes, del principio de la gravedad específica en respuesta a una petición real para desenmascarar a un platero tramposo).

Como, digamos, Aristóteles en el siglo IV a.C., Vitruvio no veía una virtud ni una posibilidad en el progreso incesante de la tecnología mediante una investigación continuada y sistemática. Ahora que las "máquinas" esenciales —la escalera, la polea, el torno, la carreta, el fuelle y la catapulta— eran ya conocidas, Vitruvio, como Jenofonte, subrayó los beneficios cualitativos de la tecnología y la técnica, no sus posibilidades cuantitativas y productivas, aun cuando era ingeniero y arquitecto, en tanto que Jenofonte tan sólo estaba elogiando la excelencia de la comida en la corte de Persia. Por tanto, resulta normal que en un solo y nada exaltado párrafo (10.5.2) dé cuenta de la reciente invención de la aceña y que en todo el *De architectura* sólo haya un pasaje en que se consideren los logros de la mayor economía de esfuerzo o la mayor productividad. Vitruvio recomienda (5.10.1) que en los baños públicos se coloque la sala del agua caliente para hombres al lado de la destinada a las mujeres, de modo que les pueda alimentar con una sola fuente de calor. Reconozcamos que este ejemplo no es muy impresionante.

Griegos y romanos heredaron un cuerpo considerable de técnicas y conocimientos empíricos, que explotaron bien mientras servían a sus valores particulares, y a los que añadieron el engrane y el tornillo, el molino giratorio y la aceña, el soplado del vidrio, el hormigón, el vaciado en bronce, la vela latina y unos cuantos más. En muchas esferas hubo afinaciones y mejoras. Pero no hubo muchas innovaciones genuinas después del siglo IV o III a.C., y hubo bloqueos efectivos. Por alguna extraña razón, estos últimos son negados por muchos historiadores, pero hubo dos que resisten en toda la línea, y ambos afectaron actividades esenciales y provechosas. El primero fue en la minería, especialmente en las provincias del oeste y del norte donde la

línea de agua a menudo creó grandes dificultades; nadie descubrió una manera de achicar mejor a mano, con la rueda hidráulica movida por un pedal y quizá el tornillo de Arquímedes para los instrumentos de desagüe: no hay testimonios ni siquiera de un invento tan sencillo como la noria tirada por un animal.[52] El segundo ejemplo es más generalizado. La energía en la antigüedad era energía muscular, fuese humana o animal; los antiguos navegaron aprovechando el viento e hicieron complicadas veletas, pero nunca un molino de viento.

Existe un relato, repetido por bastantes escritores romanos, de que un hombre —característicamente innominado— inventó el cristal irrompible y lo demostró a Tiberio, esperando una gran recompensa. El emperador le preguntó si alguien compartía su secreto y el inventor respondió que nadie más lo sabía, después de lo cual su cabeza fue prontamente separada de su cuerpo, pues, dijo Tiberio, de no hacerlo el oro quedaría reducido al valor del polvo. No quiero opinar sobre la autenticidad de este relato, que sólo es un relato. Pero ¿no es interesante que ni Plinio el Antiguo, ni Petronio, ni el historiador Dión Casio se fijaran en el hecho de que el inventor, en pos de una recompensa, se dirigió al emperador, en lugar de buscar a un inversionista, en pos de capital para poner a producir su invención?[53] Mi respuesta a esta pregunta es "no" (no es muy interesante), antes que "sí". Debemos recordar una y otra vez que la experiencia europea desde la baja Edad Media en tecnología, en economía y en el sistema de valores que las acompañó, fue única en la historia humana hasta el comienzo de la reciente tendencia a la exportación. El progreso técnico, el crecimiento económico, la productividad y aun la eficiencia no han sido objetivos importantes desde el principio de los tiempos. Mientras pudo mantenerse un estilo de vida aceptable —se definiera como se definiera— otros valores ocuparon el primer plano.

La situación de los gobiernos constituye la última piedra de toque. Los Estados de la antigüedad fueron capaces de invertir grandes riquezas con fines estéticos o militares, y la corriente fue

[52] Véase O. Davies, *Roman Mines in Europe* (Oxford, 1935), p. 24.

[53] Las referencias son: Plinio, *Historia Natural*, 36.195; Petronio, *El Satiricón*, 51; Dión Casio, 57, 21.7.

en ascenso, con una especie de megalomanía, desde la Casa de Oro de Nerón hasta el palacio de 3,6 hectáreas de Dioclesiano en Dalmacia, en la esfera privada, o desde la transformación de Roma en una ciudad de mármol, debida a Augusto, hasta las 12,5 hectáreas de baños públicos, obra de Diocleciano, en la esfera pública. Aun ciudades muy modestas pudieron levantar un Pont du Gard, que llevaba agua dulce a un poblado provinciano no muy importante al sur de la Galia, o el vasto anfiteatro de Puteoli. Pero ¿qué más hicieron? En el siglo que siguió a la conquista de Egipto por Alejandro, los Tolomeos reconstruyeron íntegramente el país. Reclamaron grandes extensiones de tierra, mejoraron y extendieron el sistema de riego, introdujeron nuevos cereales, hicieron pasar, tardíamente, a Egipto de la edad de bronce a la edad de hierro, y establecieron cambios administrativos, todo en interés del ingreso real, y todo con el objeto único de dar a Egipto las ventajas de la tecnología griega ya existente y de los procesos griegos. Simultáneamente, los Tolomeos fundaron y financiaron el Museo de Alejandría, principal centro occidental, durante dos siglos, de la investigación científica y la invención. Grandes cosas salieron del museo, tanto en tecnología militar como en ingeniosos juguetes mecánicos. Pero ni aun los propios Tolomeos, que se habrían aprovechado mucho y directamente, pensaron en dedicar la energía y la inventiva de un Ctesibios a la tecnología industrial o agrícola. Es manifiesto el contraste con la Real Sociedad de Inglaterra. También lo es el contraste entre los últimos emperadores romanos y Luis XIV, cuyos ejércitos dentro de la que había sido una sola provincia romana, como hizo notar Gibbon, eran mayores que los que hubiese podido reunir ningún emperador antiguo. Desde mediados del siglo III, lo inadecuado del número de tropas que debían rechazar las continuas y crecientes incursiones germanas y persas ya no pudo pasar inadvertido para los responsables del imperio. Nada pudo hacerse: ni el elemento humano disponible, ni la producción de alimentos, ni el transporte podían soportar una carga mayor que la impuesta por Diocleciano cuando duplicó las fuerzas del ejército, al menos en el papel. Aumentaron los impuestos y los servicios obligatorios, y la mayor carga cayó sobre quienes menos podían llevarla. Hombres y riquezas fueron

desviados hacia los puntos de mayor peligro, a veces beneficiando unas provincias a expensas de otras. Pero nada pudo hacerse para aumentar la productividad del imperio en conjunto o para redistribuir las cargas: para ello habría sido necesaria una completa transformación estructural.

VI. EL ESTADO Y LA ECONOMÍA

AL FINAL mismo del siglo V a.C., un rico que había sido acusado de algún grave delito contra el estado ateniense, del que no se sabe más, comenzó su defensa ante el tribunal de esta manera improcedente desde el punto de vista legal, pero reveladora (Lisias, 21.1-5):

"En el arqueontado de Teopompo [411/410 a.C.], habiendo sido designado *choregos* para el concurso de tragedias, gasté tres mil dracmas, y otros mil doscientos dos meses después, cuando gané el premio con el coro de hombres en el festival de Targelia." Al año siguiente, "gasté ochocientos dracmas con los danzantes pírricos en la Gran Panatenea, y en la Dionisia fui el vencedor con un coro de hombres que me costó mil quinientos dracmas, incluyendo la dedicatoria de un trípode". Al año siguiente, "trescientos para el coro cíclico en la Panatenea Menor, y durante todo ese tiempo fui trietarca por siete años y por ello deposité seis talentos [treinta y seis dracmas]... Apenas había desembarcado cuando fui gimnasiarca para el festival de Prometeo. Fui el vencedor y desembolsé mil doscientos dracmas. Fui entonces *choregos* para un coro de niños que me costó mil quinientos dracmas". Al año siguiente "fui el *choregos* victorioso para el poeta cómico Cefisodoro y gasté mil seiscientos dracmas, contando la dedicatoria de la utilería, y también fui *choregos* para los danzantes pírricos imberbes en la Panatenea Menor, con un costo de setecientos dracmas. También fui vencedor con una trirreme en la carrera Sunia, gastando mil quinientos dracmas", y hubo asimismo varios ritos menores, cuyo costo ascendió a más de tres mil dracmas.

El término técnico griego para estas costosas actividades públicas era *leitourgia*, vieja palabra de la que, con el tiempo, había de salir nuestra palabra eclesiástica "liturgia" mediante un claro desarrollo (trabajo para el pueblo-servicio al Estado-servicio a la divinidad).[1] La liturgia griega estaba enraizada en la

[1] N. Lewis, "*Leitourgia* and Related Terms", *Greek, Roman and Byzantine Studies* 3 (1960), 175-184; 6 (1965), 226-230.

época en que la comunidad aún estaba incoada, en que las familias aristocráticas prestaban importantes servicios públicos, como la construcción de un templo empleando fuerza de trabajo y materiales de que disponían. En la ciudad-Estado clásica, la liturgia se había vuelto a la vez obligatoria y honorífica, recurso mediante el cual el Estado no burocrático lograba que se hicieran ciertas cosas, no teniendo que sacar de la tesorería sino asignando a particulares ricos la responsabilidad directa por los costos y por la operación misma.

El elemento honorífico fue puesto en relieve de dos maneras. Primero, la esfera principal de la actividad litúrgica fue siempre la religión: en la época de Demóstenes había en Atenas al menos 97 nombramientos litúrgicos anuales para los festivales, que aumentaron a más de 118 en un año panateneico (cuadrienal).[2] En Atenas y en algunas otras ciudades (aunque fuera de Atenas los testimonios son endebles) la trierarquía, el mando personal de un navío durante un año, constituía la otra liturgia principal. Pero aún no había liturgias de levantar paredes o limpiar calles. Segundo, había un elemento libre y de competencia, lo que los griegos llamaban un *agon*: al ciudadano honrado con una liturgia no se le pedía una suma específica, sino que se le asignaba una tarea, que podía llevar a cabo con mayor o menor efectividad y mayor o menor gasto. Nuestro hombre se jactaba de que en ocho años su colaboración había triplicado con creces los requerimientos legales. Nadie podría verificar tal afirmación, pero podemos tener confianza en su cadena de victorias.

Aun dejando espacio para la exageración, el gasto es enorme: el total que se afirma para los ocho años (años de guerra) es de cerca de nueve talentos y medio, más de 20 veces el mínimo de propiedad requerido para el servicio de hoplita.

En la actualidad nadie alardea persuasivamente de su impuesto sobre el ingreso, y no, desde luego, de que paga el triple de lo que le pide el cobrador. Pero en los tribunales atenienses, y a veces en la asamblea popular, era práctica normal hacer alarde de las propias liturgias y acusar a los enemigos de evadir

[2] J. K. Davies, "Demosthenes on Liturgies: A Note", *Journal of Hellenic Studies* 87 (1967), 33-40.

las suyas. En un *topos*, un lugar común retórico, se nos dice. Sin duda, pero los buenos oradores no se valían de *topoi* que no hicieran vibrar una cuerda sensible en el público. El elemento honorífico tenía un significado, era un reflejo de las complejidades de la idea griega de "comunidad". A menudo se pasa por alto el hecho de que Aristóteles definió al hombre no sólo como un *zoön politikon*, un ser de la polis, sino como en un *zoön oikonomikon*, un ser de la familia, y un *zoön koinomikos*, un ser destinado por la naturaleza a vivir en una *Koinonia*. Tal palabra no es fácil de traducir, salvo en contextos muy precisos; podemos decir aquí "comunidad" siempre que la palabra se interprete en sentido más amplio que en el actual sentido popular; por ejemplo, en el espíritu de las primeras comunidades cristianas.

La dificultad obvia de la ciudad-Estado como comunidad, con su hincapié en que todos compartieran tanto cargas cuanto beneficios, era la dura circunstancia de que sus miembros no eran iguales. La más embarazosa dificultad no era entre ciudad y campo ni entre clases, sino sencillamente entre ricos y pobres, ¿cómo podía superarse esto en una verdadera comunidad? La parcial respuesta democrática fue: mediante el sistema de liturgias, por el cual los ricos soportaban una pesada carga financiera y eran recompensados con honores proporcionales. "He gastado mis riquezas para que las disfrutéis", dijo un orador ateniense del siglo IV (Esquines, 1.1), resumiendo el principio litúrgico. Quienes desaprobaban la democracia hacían resaltar otro aspecto: "la gente común", escribió un anónimo libelista del siglo V "exige pago por cantar, correr, bailar y navegar a la vela, para poder obtener dinero y empobrecer a los ricos" (seudo-Jenofonte, *La Constitución de Atenas*, 1.13).

La dualidad inherente al sistema de liturgias —el honor de ser un benefactor público, por una parte, y el gasto financiero, por la otra— terminó a fines del imperio romano. Para entonces las liturgias (*munera* en latín) tan sólo se efectuaban porque unos ciudadanos veíanse obligados a aceptarlas, lo que en la práctica significaba que ya era obligatorio ser miembro de ciertos cuerpos clave, como los senados municipales y los *collegia* apropiados y, lo que es más, que esta obligación era para ge-

neraciones sucesivas, hereditarias.[3] Éste es un proceso conocido, pero debemos rechazar la idea de que no era más que otra innovación brutal, obra del absolutismo militar de fines del imperio.[4] Por el contrario, fue el final inevitable de un largo desarrollo que puede determinarse (aunque no se ha hecho) por etapas, pero no en gráficas.*

Desde el momento en que los sucesores de Alejandro establecieron sus monarquías autocráticas y burocráticas, proliferaron las liturgias; su ámbito se extendió y cada vez resultaron más gravosas. Entonces, los emperadores romanos adoptaron la práctica helenística; la universalizaron y, gradualmente, la esquematizaron. Los estratos superiores imperiales, ciudadanos romanos de categoría senatorial o ecuestre, estaban exentos (y, parcialmente, asimismo los veteranos). La gente sin propiedades hacía su contribución en trabajos forzosos. Ello dejó la carga principal a la aristocracia terrateniente de las provincias, la llamada clase curial, ya que no se podía turnarla a los *coloni*. De hecho, un grupo de liturgias importantes llegó a ser clasificado como "patrimonial"; se asignaban no a personas, sino a propiedades campestres específicas, como gravamen permanente, que se transfería con los cambios de propietario. No puedo resistir la tentación de mencionar una de éstas: la calidad de miembro del *corpus noviculariorum*, el cuerpo de propietarios de naves responsables del transporte de granos del gobierno.[5]

Por todo el imperio romano se esperaba que los magistrados municipales, no pagados —a diferencia de los privilegiados que ocupaban puestos imperiales— ofrecieran *summae honorarie*, donaciones para juegos, edificios públicos, baños y otros servicios. Para el siglo I d.C., estas *summae*, instituidas a fines de la repú-

[3] Véase A. H. M. Jones, "The Caste System in the Later Roman Empire", *Eirene* 8 (1970), 79-96; S. Dill, *Roman Society in the Last Century of the Western Empire* (2ª ed., Londres, 1921), pp. 248-270.

* Aquí y en otras partes paso por alto las ciudades "libres" y "exentas" del imperio romano. Pese a sus pomposas y reiteradas afirmaciones, repetidas en libros modernos, fueron un elemento insignificante de la estructura imperial.

[4] Por ejemplo, J. Vogt, *The Decline of Rome*, trad. al inglés J. Sondheimer (Londres y Nueva York, 1967), pp. 27-28.

[5] Véase Jones, LRE, pp. 827-829.

blica, eran ya una obligación en toda forma. El mínimo convencional cambiaba de una ciudad a otra; la generosidad de los donadores variaba enormemente de un individuo a otro; pero el antiguo elemento honorífico conservó su fuerza, como lo muestra la competencia para los puestos.[6] Mas para la mayoría, el honor estaba en el cargo como tal y en los beneficios para la comunidad local, mientras que las crecientes liturgias eran cuestión aparte, especialmente el grupo, grande y cada vez más costoso, relacionado con la construcción y el mantenimiento de los caminos imperiales,[7] el correo imperial y el sistema de transporte, el abastecimiento de granos al ejército y el alojamiento del ejército. Por ello, el carácter obligatorio empezó a manifestarse durante el reinado de Adriano, mucho antes de terminar la Edad de Oro tradicional.[8]

La historia de las liturgias documenta así el punto, nada nuevo, de que el "Estado" es una categoría demasiado extensa. Todo estudio de las relaciones entre el Estado y la economía habrá de establecer diferencias no sólo entre la comunidad autónoma, la ciudad-Estado y la monarquía autocrática, sino, en el último tipo, también entre las monarquías helenísticas y la romana. En esencia, las monarquías helenísticas, fueran tolomeicas, seléucidas o atálidas, fueron unidades territoriales contenidas en sí mismas, gobernadas desde dentro, en tanto que los emperadores romanos, al menos empezado el tercer siglo de nuestra era, siguieron haciendo marcadas diferencias entre una minoría de ciudadanos romanos y la mayoría de los súbditos que no lo eran, entre Italia y las provincias. En ambos tipos había distinciones internas basadas en orden y *status*, entre un ciudadano griego de Alejandría y un campesino egipcio de Kerkeo-

[6] El análisis más detallado (para las provincias africanas de Italia) se encontrará en Duncan-Jones, *Economy*, caps. 3-4.

[7] Se ha demostrado que, contra la opinión común, una parte considerable del costo de construir las carreteras caía sobre individuos particulares, pese a las frecuentes afirmaciones de los emperadores de haberlas costeado ellos mismos: T. Pekáry, *Untersuchungen zu den römischen Reichsstrassen* (Bonn, 1968), cap. 3.

[8] Véase P. Garnsey, "Aspects of the Decline of the Urban Aristocracy in the Empire", de próxima aparición en uno de los volúmenes del *Festschrift* para Joseph Vogt.

siris, como entre *honestiores* y *humiliores*, y los gobernantes helenísticos de vez en cuando tenían posesiones en el extranjero. No obstante, sigue siendo válida la principal distinción y, aun cuando no se sigue automáticamente que hubo las consecuentes diferencias en su repercusión sobre la economía, siempre se debe tener presente tal posibilidad.

A pesar de todo, para fines de análisis, hubo un elemento común que supera todas las diferencias estructurales. La autoridad del Estado era total, tanto de las ciudades-Estados como de las autocracias, y se extendía a todos los que residían dentro de las fronteras territoriales (de hecho, a todos los que residían doquier alcanzaban sus decretos). Los griegos de la época clásica y los romanos de la república disfrutaban de un grado considerable de libertad: de palabra, en el debate político, en sus negocios, aun en religión. Sin embargo, no tenían derechos inalienables, y éstos los habrían asombrado. No había límites teóricos al poder del Estado, ni actividad ni esfera de conducta humana donde el Estado no pudiese intervenir legítimamente, siempre que la decisión fuese propiamente tomada, por una razón que fuese considerada válida por una autoridad legítima. La libertad significaba el imperio de la ley y la participación en el proceso de tomar decisiones. Dentro de tal definición había infinito espacio para intervenciones del Estado, tanta como en tiempos de los tiranos griegos. Tan sólo variaban los métodos. Por lo tanto, si un Estado griego no asignaba las máximas tasas de interés, por ejemplo, habría que explicar aquello de algún modo concreto, no por referencia a derechos o a esferas privadas que estuviesen fuera del alcance del Estado.

Tampoco necesito añadir —huelga decirlo— que ningún ejemplo específico de no intervención en la economía puede explicarse por una teoría de *laissez faire*. Ni esa doctrina ni ninguna otra puede existir sin el concepto previo de "la economía", sobre cuya ausencia, sin duda, no necesito repetirme en esta avanzada etapa. Había, desde luego, suficiente conocimiento empírico, sin teorías ni conceptos generalizados, para tomar decisiones *ad hoc* en una u otra situación. Y había consecuencias económicas de las acciones emprendidas por otras razones, algunas previstas, otras no. La política económica y las consecuencias econó-

micas involuntarias son difíciles de separar, especialmente en una sociedad en que "los elementos económicos están inextricablemente unidos a los factores políticos y religiosos",[9] pero debemos intentarlo.

Permítaseme hacer una ilustración. Cuando Roma castigó a Rodas estableciendo un puerto libre en Delos, los senadores romanos no podían ignorar que la decisión reportaría beneficios económicos a los mercaderes que comerciaban a través de Delos. ¿Afectó esto la decisión, que fue básicamente política, o fue sólo una consecuencia de significado incidental, aun cuando no indeseable? ¿Podemos decir, con un historiador de la economía, que fue éste un ejemplo notable de la "penetración económica" que siguió a todas las conquistas romanas, que "la circulación rodia de bienes declinó constantemente y pasó a manos de sus competidores romanos"?[10] El hecho de que Polibio se muestre satisfecho con una explicación someramente política acaso no signifique mucho, pero sin duda es decisivo que la mayoría de los beneficiarios en Delos no fuera de romanos, sino de hombres de otras comunidades italianas, incluso de las antiguas colonias del sur de Italia, cuyos intereses mercantiles no fueron factor en las decisiones de Roma en la segunda mitad del siglo II a.C.[11]

[9] Citado por Lukács: véase cap. II, en la nota 34.

[10] S. Lauffer, "Das Wirtschaftsleben im römischen Reich", en *Jenseits von Resignation und Illusion*, comp. H. J. Heydorn y K. Ringshausen (Frankfurt, 1971), pp. 135-153, en p. 137.

[11] Esto fue demostrado hace mucho tiempo por J. J. Hatzfeld, *Les trafiquants italiens dans l'Orient hellénistique* (París, 1919). A. J. N. Wilson, *Emigration from Italy in the Republican Age of Rome* (Manchester y Nueva York, 1966), dedica dos capítulos (7-8) a un malogrado intento de refutar las conclusiones de Hatzfeld. Su argumento, en gran parte hipotético, se basa en una concepción falsa de la economía romana y su sistema de valores, tomada de Rostovtzeff: "Los ciudadanos romanos probablemente eran los mejor colocados, por lo que hace al capital, para el comercio exterior" (p. 88). Su intento ulterior de reasignar individuos a "nacionalidades" basándose en sus nombres, que es todo lo que puede hacerse, es en gran parte una generalización sin fundamentos, con otra hipótesis central ciertamente falsa: "Es muy improbable que el pionero, o grupo de pioneros, al que debe remontar cada familia (que comercie en el oriente), no era libre" (p. 107). Sin embargo, admite (p. 102) que en la acción del gobierno romano al establecer Delos como puerto libre, no se concedieron privilegios especiales a los italianos ("romanos").

¿Dónde debemos hacer hincapié? ¿En la universal restricción griega de la propiedad de la tierra a los ciudadanos, o en los intentos hechos en el siglo II para obligar a los recién nombrados senadores romanos de la provincia a adquirir posesiones en Italia? Estas leyes y medidas tuvieron ramificaciones económicas, pero ¿cuál era su intención? Es difícil concebir en una sociedad tan compleja como la griega o la romana una acción del Estado que careciera de un componente económico, que no entrañara desembolsos públicos o privados, que no tuviese repercusiones sobre un aspecto u otro de la economía. En ese sentido, todos los actos públicos son actos económicos; esto es claro, y resulta una perogrullada. Para apreciar cómo dejó su marca el Estado antiguo sobre la economía (y viceversa, la economía sobre el Estado), no sólo es necesario diferenciar objetivos y consecuencias, sino también hacer el hincapié correcto (evito la palabra "causa"), para determinar los intereses tan precisamente como sea posible. Así, en 67 a.c., Pompeyo limpió el este del Mediterráneo de los piratas que en número considerable lo infestaban basados en Cilicia, en el sur del Asia Menor. Acción sencilla, se dirá, y, sin embargo, tenemos derecho a preguntar cómo logró hacerlo Pompeyo en unos cuantos meses, cuando ningún romano había tenido el menor éxito en los cien años anteriores. La respuesta revelaba la existencia de un conocido conflicto de intereses. Los piratas habían sido los principales abastecedores de esclavos para las posiciones italianas y sicilianas, lo que era de vital interés romano hasta que entraron en escena dos factores nuevos: los magistrados romanos y los ingresos romanos se encontraron bajo ataque, y la actividad de los piratas en el Adriático empezaba a comprometer el abasto de granos de la ciudad de Roma. Entonces, y sólo entonces, emprendió Roma una acción efectiva.[12]

La guerra y el imperio nos ofrecen el mejor ejemplo. Subyacente había una franqueza en el hablar acerca de explotación, característica de toda sociedad en que están difundidas la esclavitud y otras formas de mano de obra dependiente, franqueza

[12] Estrabón, 14.5.2., llegó tan cerca como se atrevió de una declaración franca de la posición: *cf.* Cicerón, *De imperio Pompeii*, 32-33, 54; Plutarco, *Pompeyo*, 25.1.

que no requería justificación ni ideología de conquista o imperio. En un pasaje de la *Política* (1333b 38-34ai), citado en las historias de la ética menos frecuentemente que algunos otros, Aristóteles incluye entre las razones por las que los estadistas deben conocer el arte de la guerra, "para hacerse amos de quienes merecen ser esclavizados". Pocos o ninguno habrían disentido. Tengamos presente que no se conoce ningún ateniense o romano que propusiera abandonar el sistema de imperio. Hubo disensiones acerca de tácticas u oportunidades, no acerca del imperio como tal.

A pesar de todo, la historia de la guerra en la antigüedad recorre una vasta gama a este respecto. En el periodo arcaico hubo bastantes guerras locales que no fueron más que incursiones en pos de botín; también las hubo ocasionalmente en épocas posteriores, como cuando el padre de Alejandro, Filippo II, preparó —se dice— una invasión a Escitia, que dio buenos resultados, en 339 a.c., con el propósito único de llenar las arcas de su tesorería.[13] Cuando César partió rumbo a la Galia su objetivo no sólo era la gloria para él y un territorio no explotado para su país. Por otra parte, ni una sola conquista de un emperador romano fue motivada por la posibilidad de enriquecer el imperio: todas, sin excepción, fueron resultado de cálculos políticos-estratégicos y, aun cuando las tropas se adueñaban del botín que podían y los emperadores añadían algunas provincias al imperio, el elemento económico era incidental e insignificante excepto, normalmente, en lado del "debe": el costo a la tesorería y las pérdidas de elementos humanos. Ya en el año 54 a.c., escribía Cicerón a su amigo Ático (*Cartas a Ático*, 4.16.7) que la segunda expedición de César a Britania estaba causando preocupación en Roma; entre otras cosas, ahora estaba claro que no había plata en la isla, ni "esperanzas de botín, aparte de cautivos, entre los cuales no espero encontrar a ninguno bien calificado en literatura o en música". No hubo cambio de actitud en las generaciones subsiguientes —la conquista siguió llevando a la explotación—, sino cambio de las circunstancias del conquista-

[13] Justino, 9. 1-2, repetido por Orosio, 3.13. 1-4, probablemente basado en el historiador contemporáneo Teopompo; véase A. Momigliano, "Della spedizione scitica di Filippo...", *Athenaeum*, n.s. 11 (1933), 336-359.

dor, de la capacidad romana de conquistar, y luego de defender, más allá de las remotas fronteras ya alcanzadas.

"Explotación" e "imperialismo" son, en realidad, categorías demasiado vastas para el análisis. Como "Estado", requieren especificación. ¿Cuáles formas tomaron y cuáles no tomaron, en el imperio romano, el mayor y más complejo de la historia antigua? Para el Estado romano, las provincias fueron una fuente vital de ingresos, por medio de impuestos. Un pequeño número de romanos amasó grandes fortunas como gobernadores de provincias, colectores de impuestos y prestamistas en las provincias durante la república, o al servicio imperial bajo los emperadores. Unos romanos ricos adquirieron extensas propiedades en las provincias, que normalmente administraron como propietarios absentistas; también romanos más pobres, especialmente veteranos, fueron re-colocados en las provincias, y los más pobres de todos, los plebeyos de la ciudad de Roma, recibieron las migajas de *panem et circenses*. Sin embargo, los romanos no monopolizaron las tierras imperiales ni negaron a los pueblos locales la oportunidad de convertirse en ricos terratenientes, o de seguir siéndolo. Por el contrario, la tendencia fue hacia una provincialización de la aristocracia imperial, conforme más y más provincianos ricos disfrutaban también de la *pax romana*, obtenían la ciudadanía romana y, en pocos casos, aun el rango senatorial.

Lo que falta en este cuadro es la explotación comercial o capitalista. La economía de la antigüedad tuvo su propia forma de fuerza de trabajo barata y por ello no explotó de esa manera las provincias. Tampoco tuvo capital sobrante que buscara las oportunidades de inversión más productivas que nosotros asociamos con el capitalismo. La extendida actividad comercial de los dos primeros siglos del imperio no fue un fenómeno exclusivamente romano. La compartieron muchos pueblos dentro del imperio, y no fue parte de la explotación imperial; no hubo competencia por los mercados entre romanos y no romanos.[14] Por consiguiente, no hubo guerras comerciales o inspiradas por el co-

[14] Tenney Frank, *An Economic History of Rome* (2ª ed., Londres, 1927), pp. 114-118, vio esto claramente, aunque, característicamente, procedió a criticar a los romanos por ser "ciegos al punto de vista económico" (p. 125).

mercio en la historia romana, ni en algún momento de la antigüedad.

En nuestros libros sí existen, desde luego: la guerra del siglo VII a.c., por la meseta lelantina, en Eubea, la Guerra del Peloponeso, las guerras de Roma con Cartago, hasta el mal calculado y costoso ataque de Trajano a Partia han sido atribuidos, todos, a conflictos comerciales por uno u otro historiador. No obstante, si se investiga, resulta evidente que estos historiadores se han dejado confundir por las guerras anglo-holandesas; no se han enfrentado a la pregunta crítica hecha a uno de ellos hace algunos años: "Quisiera saber si el autor intenta decir la competencia por los mercados o por el abasto de artículos. En un caso u otro, ¿qué significa esto en el marco de la técnica y la psicología griegas, cerca de 430 a.c.? Mientras estas preguntas preliminares no se plantean siquiera, la resonante 'explicación' es mera palabrería".[15]

Cuando las preguntas se plantean, las pruebas muestran que la "resonante explicación" es gratuita y falsa.

En una reciente y extensa monografía acerca del comercio marítimo en el imperio romano, leemos lo siguiente: "Propicios como eran a la actividad económica, los emperadores romanos —ya fuese un monstruo como Nerón, ya un hombre sabio como Trajano— realizaron en su favor toda clase de grandes obras: la creación o el ensanchamiento de puertos, la limpieza y vuelta al servicio del canal que conectaba el brazo pelusiaco del Nilo con el mar Rojo... la erección de faros en las entradas de los puertos y en los puntos peligrosos... Además, ya hemos visto cómo, a causa de los requerimientos de alimentar a la ciudad de Roma, los mismos emperadores fueron llevados a adoptar ciertas medidas en favor de quienes dedicaban toda o parte de su actividad a satisfacer esta necesidad. Dicho de otro modo... el imperio se preocupó por los problemas económicos: ¿significa esto que metió las manos en el comercio, que la casi total libertad de principios del imperio estaba cediendo

[15] E. J. Bickerman, comentando la primera edición (que nunca ha sido corregida al respecto) de H. Bengston, *Griechische Geschichte*, en *American Journal of Philology* 74 (1953), 96 *cf.* Ed. Will, *Le monde grec et l'Orient*, vol. I (París, 1972), pp. 201-211.

ante el comienzo del control del Estado? Beneficiar no significa controlar: el comercio conservó su libertad".[16]

Dejando de lado la recurrente incapacidad de separar el problema de alimentar al populacho de Roma de la actividad económica en general, y el concepto, patéticamente anticuado, de "libertad de comercio" —incapacidad que ya señalé antes, de distinguir entre la no intervención y una doctrina de *laissez faire*— tenemos derecho a preguntar qué está diciendo *monsieur* Rougé acerca de política económica. Pudo añadir una segunda categoría de actividades del Estado, la extensiva actividad policíaca dedicada a aplicar el derecho penal respecto a las ventas en general y las regulaciones de mercado en particular. Pudo entonces recordar su propia explicación de los impuestos portuarios imperiales, habitualmente, pero no siempre, de 2½% *ad valorem*, colectados probablemente en todos los grandes puertos del Mediterráneo, y de los frecuentes peajes municipales, de los que sólo estaban exentos la *annona* imperial (abastecimiento de granos), el abasto del ejército y los individuos excepcionalmente favorecidos.[17]

Lo primero que debe notarse es que, aparte de la escala, en este catálogo de grandes obras en favor del comercio nada es nuevo ni peculiarmente imperial. Durante el imperio hubo benefactores privados y gobiernos municipales que también se preocuparon por las instalaciones portuarias y demás. Antes, cada ciudad-Estado hizo todo lo que estuvo en su poder en esa dirección —no se necesitó emperador para desarrollar el Pireo—, vigilando los merodeadores y luego cobrando peajes y tributos a todos y cada uno, a exportaciones o importaciones, con la misma estrecha gama de exenciones en gran parte honoríficas. La sociedad antigua fue civilizada, al fin y al cabo, y necesitó belleza y comodidades. Que mejorara sus puertos tanto para satisfacer sus requerimientos marítimos como para subvenir a sus necesidades materiales no es gran motivo para felicitaciones. Antes bien, podríamos preguntar qué más hicieron (o no hicieron), y particularmente qué hicieron o no hicieron los emperadores romanos, con su poder y sus riquezas sin precedentes, su domi-

[16] Rougé, *Commerce*, pp. 465-466.

[17] *Ibid.*, pp. 443-449. El relato más completo es de S. J. De Laet, *Portorium*, publicado por la Universidad de Gante (Brujas, 1949).

nio sobre cerca de cinco millones de kilómetros cuadrados, considerablemente distinto de lo que las pequeñas Atenas o Corinto habían hecho en el siglo v a.c.

La "satisfacción de las necesidades materiales" es el concepto clave, no sinónimo de las necesidades de la economía, del comercio como tal, ni de una clase mercantil. Esta última a veces fue beneficiaria (aunque no siempre), y cuando ello ocurrió fue como subproducto. Cuando otros intereses se interpusieron, perturbando no pocas veces la satisfacción de las necesidades materiales, tales intereses fueron político-militares entre los cuales yo incluyo los intereses del tesoro público. El ejemplo más gráfico es el romano de la eliminación del "contratista privado y el mercader" de "un sector considerable de la economía".[18] Tampoco esta vez debemos pensar en una súbita innovación de Diocleciano. Al convertirse Sicilia en provincia romana en el siglo III a.c., y pagar tributos en especie, se dio el primer paso importante por el largo y tortuoso camino que condujo a retirar del juego del mercado el abasto de granos para la ciudad de Roma y los ejércitos, y a la postre muchos otros requerimientos imperiales, básica pero no exclusivamente militares.[19] Los emperadores crearon así su complejo militar-industrial, en que el equilibrio de las fuerzas era precisamente opuesto al de nosotros, pues las ganancias, hasta donde puede aplicarse la palabra, iban a parar al gobierno y sus agentes.[20] Tales medidas entrañaron no sólo una pesada carga para las clases bajas, sino asimismo una reducción del potencial económico de la clase rica

[18] A. H. M. Jones, en los *Proceedings* de la Tercera Conferencia Internacional de Historia Económica, Munich, 1965, vol. 3, *The Ancient Empires and the Economy* (París y La Haya, 1969), p. 97. (Reimp. en su *Roman Economy*, cap. 6.)

[19] El estudio fundamental de la *annona* sigue siendo el de D. van Berchem, "L'annone militaire dans l'empire romain au IIIe siècle", *Mémoires de la Société nationale des antiquaires de France*, 8º ser., 10 (1937), 117-202.

[20] Sobre el progresivo retiro del ejército de la economía privada, véase R. MacMullen, *Soldier and Civilian in the Later Roman Empire* (Cambridge, Mass., 1963), cap. 2; Erik Gren, *Kleinasien und der Ostbalkan in der wirtschaftlichen Entwicklung der römischen Kaiserzeit* [*Uppsala Universitets Arsskrift* (1941), núm. 9], cap. 4. Tampoco debe pasarse por alto el empleo de soldados en caminos, puentes y canales.

situada inmediatamente debajo de la élite social y política, y un artificial desequilibrio regional de los costos y las ganancias. También estos efectos fueron un subproducto, no una política ni un objetivo. Y la élite finalmente respondió refugiándose en sus propiedades, en condiciones de máxima auto-suficiencia, retirando sus artículos de los productores industriales de la ciudad y aumentando el daño causado ya por el gobierno.[21]

La distinción entre satisfacción de las necesidades materiales y política económica quedó revelada de otro modo durante el largo periodo en que se fragmentó el mundo mediterráneo. En rigor, el acceso al debido proceso de la ley era prerrogativa de los miembros de cada comunidad individual y, aunque a los extraños no se les negaba normalmente *de facto*, relaciones legales, sin duda eran deseables y a veces necesarios otros procedimientos de *jure*, una vez que se volvieron comunes y esenciales el comercio y el desplazamiento más allá de las fronteras de la comunidad. Era menester *asegurar* a quienes compraban y vendían en el exterior que se respetarían sus contratos privados, que sus personas y bienes estarían protegidos por la ley, que sus comunidades serían inmunes a represalias en caso de deudas no pagadas o disputas no solventadas. Los primeros romanos alcanzaron este objetivo de dos maneras: mediante acuerdos mutuos con sus vecinos, primero los latinos y luego otros pueblos itálicos, o repitiendo el precedente etrusco y entrando en una serie de tratados comerciales con Cartago, definiendo condiciones y delimitando esferas de comercio en breves estipulaciones.[22] Sin embargo, no hay razón para creer que el Estado romano en expansión extendió y desarrolló estos métodos fuera de Italia, ni, en rigor, razón por la que debiera haberlo hecho. En adelante, el conquistador hacía y aplicaba las leyes unilateralmente.

En cuanto a las ciudades-Estados griegas, surgieron en un medio étnico, político e "internacional" distinto del romano, y desarrollaron una práctica distinta. En el siglo v a.c., empezaron a contraer acuerdos rudimentarios, llamados *symbola*, entre

[21] Véase Salvioli, *Capitalisme*, pp. 118-125.

[22] Sobre los tratados romano-cartagineses, véase F. W. Walbank, *A Historical Commentary on Polybius*, vol. 1 (1957), pp. 337-356, y mi *Aspects of Antiquity* (Penguin ed., 1972), cap. 9.

pares de Estados, estableciendo procedimientos legales en las disputas (de todo tipo) entre individuos.[23] Aunque los comerciantes se beneficiaron, no fueron los únicos. La documentación existente, reconocidamente escasa, se caracteriza por una ausencia completa de todo lo que pudiéramos reconocer como cláusulas o aun referencias comerciales. Esto no es afirmar que nunca se establecieron acuerdos comerciales. Aristóteles (*Retórica*, 1360a 12-13) incluyó el abasto de alimentos (*trophè*) —su elección de las palabras es digna de mención— entre las materias en que un dirigente político debe ser experto, para poder negociar convenios entre ciudades.[24] Sin embargo, en las fuentes es difícil encontrar ejemplos concretos. En el siglo IV a.C., los gobernantes del reino semi-griego, semi-escita, de Crimea, conocido como reino del Bósforo, concedió a Atenas lo que nosotros llamaríamos condición de nación favorecida. Crimea era entonces el centro de distribución de granos rusos a Grecia, y los barcos destinados a Atenas, principal cliente, recibieron prioridad de embarque y una reducción de los impuestos portuarios. La ciudad agradecida correspondió dando a la familia real la ciudadanía honoraria. Pero está lejos de ser seguro que este acuerdo importante y relativamente duradero se formalizara algún día en un tratado.[25]

"Barcos destinados a Atenas", no "barcos atenienses": la preocupación era el *trophè*, no los intereses de los mercaderes atenienses, exportadores o propietarios de barcos. A mediados del siglo IV a.C., Atenas dio un paso más para facilitar y así fomentar la actividad de los comerciantes extranjeros. Se introdujo por derecho una acción, llamada literalmente "acción comercial", *dike emporike*, para ventilar rápidamente las disputas que surgieran de las transacciones comerciales en Atenas (sólo allí) en la época de zarpar. Los magistrados de turno recibieron instrucciones de plantear los casos ante los jurados normales den-

[23] Lo que sigue está basado en gran parte en P. Gauthier, *Symbola. Les étrangers et la justice dans les cités grecques* [*Annales de l'Est*, núm. 42 (1972)].

[24] En la *Política* (1280-238), Aristóteles los llama "acuerdos acerca de importaciones". Sobre estos pasajes, véase Gauthier, *Symbola*, pp. 90-93.

[25] El principal testimonio está en la XX oración de Demóstenes (*Contra Leptines*) y en una inscripción, *Sill*, 206 (Tod. *GHI* II, 167).

tro de un mes, de admitir ciudadanos y no ciudadanos en igualdad de condiciones, hubiese o no *symbolai* con las ciudades de origen de los extranjeros implicados.[26] Así garantizó Atenas a todo extranjero que le llevara mercaderías la total protección de la ley y una rápida jurisdicción. Deben notarse tres puntos. El primero es la necesidad pública de mercaderes no atenienses, tan poderosa que Atenas no exigió garantías recíprocas para sus propios comerciantes en el exterior. La segunda es que no hay ningún rastro de la difusión de estas acciones, específica y explícitamente comerciales, a ningún otro Estado griego, clásico o helenístico; los demás siguieron dependiendo tranquilamente de una buena fe unilateral y de sus primitivos acuerdos mutuos contra represalias, hasta que la conquista romana puso fin a la autonomía política que los había hecho necesarios.[27] Y el tercer punto es que el estímulo a los metecos se detuvo ante líneas claramente marcadas.

Los *Poroi* de Jenofonte, a los que ya me he referido repetidas veces, se escribieron precisamente en este periodo y en esa atmósfera, al ser introducidas las acciones comerciales atenienses. No es coincidencia que sus proposiciones en esa obrita destinada a aumentar los ingresos públicos se basaran en dos grupos de la población: los esclavos en las minas de plata y los metecos, sobre todo en el Pireo, la ciudad portuaria. Su esquema comienza con seis sugestiones para aumentar el número de metecos en Atenas: 1) liberarlos de la carga del servicio obligatorio en la infantería; 2) admitirlos en la caballería, ahora servicio honorífico; 3) permitir a los metecos "dignos" comprar solares para construcción en la ciudad, para edificar casas para ellos mismos; 4) ofrecer premios a los funcionarios del mercado por el justo y expedito arreglo de las disputas; 5) dar asientos reservados en el teatro y otras formas de hospitalidad a los mercaderes ex-

[26] Véase Gauthier, *Symbola*, pp. 149-155, 198-201; L. Gernet, "Sur les actions commerciales en droit athénien", *Revue des études grecques* 51 (1938), 1-44, reproducido en su *Droit et société dans la Grèce ancienne* (rep., París, 1964), pp. 173-200.

[27] Las pruebas presentadas por Gauthier, *Symbola*, me parece que imponen esta conclusión, aunque el propio Gauthier sólo se atreve a decirla cuchicheando (p. 204, nota 20).

tranjeros merecedores de ellas; 6) construir más alojamientos y hoteles en el Pireo, y aumentar el número de mercados. Con vacilaciones, añade una séptima: que el Estado forme su propia flota mercante. Y eso es todo.

Lo práctico o impráctico de las proposiciones no me interesa ni estoy sugiriendo que Jenofonte fue el principio y el fin de la sabiduría antigua; pero es notable que todo esto se halle bajo el título de "ingresos públicos" —los metecos son una de las mejores fuentes, explica—, y que las ideas de Jenofonte, aunque audaces en algunos aspectos, nunca rebasaron realmente los límites convencionales.[28] Fue audaz proponer una ruptura en el nexo tierra-ciudadano, hasta el punto de permitir a los metecos poseer casa (para su propio uso, exclusivamente). Pero es revelador que no pasara de allí. Tampoco tocó Jenofonte el tributo *per capita*, el *metoikon*, un dracma mensual para los varones, medio dracma para las hembras, impuesto a cada no ciudadano residente en la ciudad más allá de un periodo muy breve, quizá tan sólo de un mes.[29] Semejante propuesta no sólo habría echado por tierra la idea de introducir más metecos en la ciudad a fin de aumentar el ingreso público, sino que habría tenido un cariz político inaceptable: toda forma de impuesto directo a los ciudadanos era tildada de tiránica (salvo en casos de guerra), y el *metoikon*, una capitación, el impuesto directo por excelencia, era así la marca degradante del intruso.

Era práctica común en las ciudades griegas, cada vez más frecuentes en el periodo helenístico, honrar a los "benefactores" extranjeros con asientos reserados en el teatro (precisamente como proponía Jenofonte), con una igualdad en la tributación, *isotelia*, que significaba exención del *metoikon*, y a veces con una exención de los impuestos portuarios. Los muchos textos epigráficos breves de que disponemos rara vez nos informan de

[28] Nótese, sin embargo, el comentario de Y. Garlan, "Les esclaves grecs en temps de guerre", en *Actes du colloque d'histoire sociale*, Univ. de Besançon, 1970 (París, 1972), pp. 29-62, en p. 49, sobre la proposición en los *Poroi* (6.41-42), aparentemente única entre los escritores griegos, de que los esclavos propiedad del Estado eran reclutados en la infantería.

[29] D. Whitehead, *The Ideology of the Athenian Metic* (Cambridge, Philological Soc., Supp., vol. 4, 1977), remplaza todas las versiones anteriores.

los motivos por los que alguien era aclamado como "benefactor". Cierto es, empero, que en la gran mayoría de los casos los servicios fueron políticos o filantrópicos, no servicios al comercio y a la industria, y sin duda no a la exportación. En realidad, con no poca frecuencia la exención estaba limitada específicamente a los bienes adquiridos y llevados al exterior para uso personal.[30]

Sea como fuere, la existencia misma de una exención honoraria al impuesto personal habla por sí sola. Nos dice que lo que nosotros llamaríamos repercusión del sistema impositivo sobre la economía no se hallaba dentro del mundo conceptual griego. Nunca hay el menor indicio de que la exención de los impuestos portuarios fuese concebida como una contribución (justa o injusta) a la posición competitiva del homenajeado en el comercio o la manufactura; se le daba la misma categoría que a los asientos reservados en el teatro. Los impuestos no se utilizaban como palancas económicas; no eran siquiera re-examinados cuando resultaban obvios frenos a la economía (como siempre, tomando en cuenta los límites que impone el sentido común). Considérese tan sólo lo que implica un impuesto portuario universal, aplicado a la misma tasa, a todas las importaciones y exportaciones. No había ninguna idea de proteger la producción interna, ni de fomentar las importaciones esenciales, ni de cuidar la balanza de comercio: ni aun se hacía normalmente una excepción del abasto de granos,[31] al que iba dirigido tanto esfuerzo legislativo, y a veces militar.

Tampoco se han encontrado pruebas de cálculos tendientes a permitir una elección entre diversas fuentes de ingresos, a establecer cuál sería mejor o peor para la economía. El argumento de Jenofonte acerca de la demanda ilimitada de plata es una excepción, rara y rudimentaria. Se elegía de acuerdo con la tradición, la convención y las consideraciones de la psicología social, sobre todo en la combinación de evitar un impuesto a la propiedad e imponer unas liturgias. A veces fallaba el sistema: o bien escaseaba demasiado el ingreso, o bien un grupo poderoso se consideraba exprimido con razón o sin ella más allá

[30] No conozco ningún estudio sistemático de esta documentación.

[31] Ps. Demóstenes, 59-27, es decisivo, al menos para Atenas.

del máximo aceptable (para él). Había entonces *stasis*, guerra civil, con las consecuentes confiscaciones y a veces, una nueva legislación, y el ciclo volvía a empezar: el derrocamiento político no producía una reconsideración del sistema de impuestos y el gasto público sino en los términos más estrechos de poder y estructura social.

Y para volver a una pregunta planteada antes, ¿qué aportaron de nuevo los emperadores romanos? La respuesta es: virtualmente nada. Tanto los impuestos portuarios imperiales como los peajes locales municipales fueron simples recursos para obtener ingresos, aplicados a la manera tradicional, a todo lo que pasara en una u otra dirección. Sólo estaban exentos el grano destinado a la ciudad de Roma y los artículos destinados al ejército. Toda la estructura tributaria era regresiva, y al pasar los años* cada vez lo fue más. Los emperadores romanos, en su pensamiento, estuvieron tan lejos de Thomas Mun y de los reyes de su época como hayan podido estarlo las pequeñas ciudades-Estados griegas. Subvenir a las escaseces de alimentos, las necesidades del ejército o las demandas de los senadores mediante importaciones no es lo que Mun tenía en mente al hablar de "tesoro por el comercio exterior". De haber presentado alguien a Carlos I la invención del cristal irrompible mencionada en el capítulo anterior, bien podría haberle pedido una patente. El inventor romano tan sólo pedía una recompensa, porque en la antigüedad no fue aplicado ninguno de los recursos mercantilistas comunes de los cuales medraba la tesorería real, mientras favorecía a las empresas (patentes, cédulas, monopolios, subsidios).

No es que los emperadores tuviesen alguna aversión a favorecer materialmente a algunos individuos, o a los monopolios como tales. Todos los Estados de la antigüedad conservaron al menos derechos reales sobre las riquezas mineras. Además, en las ciudades-Estados griegas los monopolios fueron raras medidas de emergencia. Sin embargo, los reyes helenísticos pronto siguieron el precedente, sentado por el Medio Oriente, de monopolizar una vasta gama de actividades económicas —una vez más, habitualmente por regulación, no por operación directa—,

* Podría considerarse que las liturgias estaban destinadas a restablecer el equilibrio, de no ser por la exención a la aristocracia.

y fueron imitados por los emperadores romanos.[82] Pero el motivo fue estrictamente fiscal. Nadie afirmó que el monopolio imperial favoreciera la producción o la productividad, ni hubo a este respecto más interés que en la actitud hacia la tecnología.

Un monopolio que conservaron todos los Estados antiguos, fuesen ciudades o imperios, fue el del derecho de acuñar. Empero, no acompañaron tal prerrogativa con una obligación de mantener un abasto suficiente de monedas, salvo cuando el Estado mismo las necesitara para pagos, usualmente a las tropas.[83] El dinero era moneda y nada más, y la escasez de monedas era crónica, tanto en números totales como en la disponibilidad de los tipos o denominaciones preferidos. Sin embargo, ni aun en los periodos de las llamadas crisis de crédito, como hemos visto, tomó el Estado grandes medidas para aliviar la escasez, como no fuese mediante ocasionales esfuerzos, fallidos de antemano, por obligar a los acaparadores a devolver lo apilado a la circulación. Tampoco esta vez mostraron los emperadores, helenísticos o romanos, ninguna tendencia a ir más allá del modo de pensar de la ciudad-Estado. De hecho, llegó un momento, a principios del imperio romano, en que los emperadores no pudieron resistir la tentación de aprovechar su poder y su monopolio de acuñar monedas para enriquecerse degradando la acuñación, procedimiento que ciertamente no contribuyó a una buena circulación de la moneda.

Un problema al que los emperadores ya no tuvieron que enfrentarse fue la coexistencia de una gran variedad de monedas independientes (aparte de las monedas de bronce puramente locales), acuñadas según normas diferentes y con variada maestría por las innumerables autoridades independientes que había en el mundo griego. Bien conocida y a veces mal interpretada es la

[82] Las pruebas han sido compiladas por F. M. Heichelheim, "Monopole", en *Paulys Real-Enzyklopädie der Klassischen Altertumswissenschaft* 16 (1933), 147-199.

[83] Sobre la existencia en monedas, véase C. G. Starr, *Athenian Coinage 480-449 B.C.* (Oxford, 1970), esp., pp. 64-70; Bogaert, *Banques*, pp. 328-329; Frederiksen, "Caesar", pp. 132-133; M. Crawford, "Money and Exchange in the Roman World", JRS 60 (1970), 40-48, en pp. 46-47. "Le problème des liquidités dans l'antiquité classique", *Annales* 26 (1971), 1228-1233, en pp. 1231-1232. (Véase también, cap. VII, sec. 5.)

pasión griega por las monedas, especialmente por las monedas bellas. Durante largo tiempo, esta pasión no fue compartida por muchos de sus vecinos más avanzados, fenicios, egipcios, etruscos o romanos, porque era esencialmente un fenómeno político, "un ejemplo de variedad local, patriotismo o propaganda, sin mayor importancia" (el Medio Oriente pudo desenvolverse perfectamente bien durante milenios, aun en su comercio extensivo, con moneda metálica intercambiada por su peso, sin acuñar el metal).[34] De allí la insistencia, con la importante excepción de Atenas, en monedas artísticas, económicamente absurdas (ningún cambista pagaba más por una moneda siracusana de cuatro dracmas porque estuviese firmada por Euainetos). De allí también que los griegos evitaran la degradación oficial y castigaran ferozmente la falsificación o el niquelado de monedas, considerados como traición y no como meros delitos mercantiles.*

Una gran variedad de monedas constituye una molestia, que sólo aprovecha a los ubicuos cambistas, aunque no debemos exagerar, como bien sabe cualquier familiarizado con el comercio del Renacimiento. El grado de la molestia variaba según el metal. El bronce no causaba dificultades, ya que estaba reservado a las denominaciones bajas de uso local. La plata y el oro se habían establecido bastante bien, con proporciones tradicionales que cambiaban lentamente, y los cambistas sabían determinar su peso y pureza.* Tan sólo la aleación oro-plata, oro blanco u oro argentífero estaba fuera de todo control: ya fuese acuñada a partir de una aleación natural, ya aleada artificialmente, el estáter de oro argentífero de Cícico en Asia Menor no se aquilató antes de que Arquímedes descubriera la gravedad específica, y por lo tanto circuló con un valor convencional.[35]

[34] J. M. Keynes, *A Treatise on Money* (2 vols., Londres, 1930), I, 12.

* Los romanos mantuvieron esta severa actitud hacia la falsificación cuando empezaron a acuñar.

* Antes de Alejandro, el oro era acuñado principalmente por los persas, pero también circulaba entre los griegos. Después fue acuñado asimismo por Macedonia y por los reyes helénicos.

[35] Véanse los elaborados cálculos de R. Bogaert, "Le cours du statère de Cyzique au Ve et IVe siècles avant J.C.", *L'antiquité classique* 32 (1963), 85-119, con discusión en 34 (1965), 199-213, y por S. K. Eddy, en *Museum Notes* 16 (1970), 13-22.

Dado el sentido político de la acuñación, no es de sorprender que los Estados griegos autónomos no hicieran grandes esfuerzos por combatir esta molestia. Por ejemplo, los acuerdos entre Estados acerca de las tasas de cambio fueron tan escasos que, puede decirse, virtualmente no existieron.[36] Lo que es revelador en este marco es la persistencia con que no se acuñaron monedas de una denominación bastante grande para pagar adecuadamente grandes sumas. En su proceso contra sus tutores, Demóstenes en cierto momento dijo al jurado, con no poca elocuencia: "algunos de vosotros" visteis a Teógines "contar el dinero en el ágora". La referencia es a un pago de tres mil dracmas, y contar tal cantidad ante testigos, en piezas de cuatro dracmas, la denominación mayor y más común en plata griega, sin duda era toda una operación, especialmente si quien las recibía dudaba del peso o la pureza de muchas de las monedas. Por ello, sugeriré, fueron tan gustados en los siglos V y IV a.C., los dáricos de oro persas y los estáters de oro argentífero de Cícico, que valían, cada uno, más de veinte dracmas de plata.[37]

Así, los individuos se hallaron librados a sus propias fuerzas, sin ayuda del Estado, y hubieron de depender de su experiencia acumulada, y de los cambistas y, hasta cierto punto, dieron preferencia a algunas monedas, como los búhos atenienses y los estáters de Cícico.[38] Un decreto expedido en el siglo IV a.C. por

[36] Basta con observar los ejemplos, patéticamente escasos, que pudo compilar T. Reinach, "L'anarchie monétaire et ses remèdes chez les anciens Grecs", Mémoires de *l'Acad. des Inscriptions et Belles Lettres* 38 (1911), 351-364. Las acuñaciones conjuntas de ligas regionales no son excepción; como dice Reinach (p. 353), este fenómeno, no muy importante y puramente político, tan sólo agrandó ligeramente la base territorial de la "anarquía".

[37] Véanse los cuadros en Bogaert, "Cours du statère", pp. 105 y 114.

[38] La jactancia de Jenofonte (*Poroi*, 3.2) acerca de la preferencia por las monedas atenienses recibe sorprendente confirmación de Egipto. A principios del siglo IV, los egipcios, que no acuñaban moneda, requirieron un abastecimiento continuo de monedas con que pagar a los mercenarios griegos, y satisficieron su necesidad acuñando monedas atenienses: J. W. Curtis, "Coinage of Pharaonic Egypt", *Journal of Egyptian Archaeology* 43 (1957), 71-76. Pero acerca de este tema hay mucho que no entendemos y que debe investigarse. Una extensa inscripción ateniense publicada por R. S. Stroud en *Hesperia* 43 (1974), 157-188, anuncia las medidas toma-

la ciudad griega de Olbia, en las costas del norte del mar Negro,[39] ilustra bastante bien la situación: 1) sólo podían usarse monedas de plata de Olbia para las transacciones dentro de la ciudad; 2) la tasa de cambio entre el oro argentífero y las monedas de plata locales sería determinada por el Estado; 3) podrían intercambiarse otras monedas "sobre cualquier base en que convengan las partes", y 4) habría un derecho ilimitado a importar y exportar monedas de todas clases. Aparte de la comprensible regulación en el espinoso caso del oro argentífero, la regla era, pues, total no intervención del Estado en cuestiones monetarias, con excepción de la insistencia política en el uso de monedas locales. No se daba ninguna preferencia a las olbianas sobre las extranjeras; todos los partidos habían de someterse a las mismas reglas; un olbiano que saliera a vender trigo y volviera con monedas extranjeras había de pagar el mismo descuento a los cambistas antes de poder gastar su dinero en Olbia, como los extranjeros que llegaban allí con sus monedas o con cualesquiera otras.

No menos político fue el decreto ateniense del siglo v a.c. por el cual sólo las monedas atenienses circularían, para todo propósito, dentro del imperio ateniense.[40] Se ha discutido sobre la fecha exacta del decreto; algún día se la podrá determinar sobre bases epigráficas (quizá con ayuda del análisis numismático), pero no, como se ha intentado, metiendo en la discusión complejas consideraciones de política, como el argumento de que eso huele más a Cleón que a Pericles. El elemento político es

das por el Estado ateniense en 375-374 a.c., para castigar a los comerciantes que se negaron a aceptar los "buhos" ofrecidos en pago por bienes en los mercados atenienses. El texto no explica por qué fue necesaria esta pasmosa regulación, y yo no puedo ofrecer siquiera una conjetura.

[39] *Syll*, 218; véase J. Hasebroek, en *Philologische Wochenschrift* 46 (1926), 368-372.

[40] Véase Starr, *Athenian Coinage*, cap. 4; Finley, en *Proceedings... Aix*, pp. 22-25. La descripción más completa de los testimonios y del análisis moderno es de E. Erxleben, "Das Münzgesetz des delisch-attischen Seebundes", *Archiv für Papyrusforschung* 19 (1969), 91-139; 20 (1970), 66-132; 21 (1971), 145-162, pero no me parece convincente su argumento para fechas posteriores, en la segunda mitad de la década de 420, mucho menos su precipitada conclusión de que el decreto fue parte de la "desastrosa política de Cleón... carente de toda proporción razonable".

inconfundible; el volumen sin precedente de pagos militares y administrativos atenienses en un tiempo en que el tributo extranjero era la fuente principal del ingreso público, se facilitó mucho por una acuñación uniforme, y Atenas podía y quería demostrar por entonces quién era la soberana del imperio, negando a los Estados sometidos el símbolo tradicional de la autonomía: una moneda propia. Acaso los atenienses también aspiraban a obtener ventajas de la acuñación, pero no lo sabremos hasta encontrar el fragmento faltante del texto en que se estipula el cargo por re-acuñación.

También se ha sostenido que hubo un motivo comercial, un deseo de dar ventajas a los mercaderes atenienses sobre los demás. No lo entiendo; todos por igual habían sido víctimas de una profusión de casas de moneda; si los atenienses hubiesen podido poner en vigor su decreto durante un número de años suficiente, dentro del imperio todos se habrían beneficiado ligeramente pero por igual, no más los atenienses que los otros, orgullo y patriotismo aparte. Sólo habrían perdido los cambistas, y nadie ha sugerido hasta ahora que un decreto tan poderoso fue aprobado sólo para perjudicarlos. De todos modos, el decreto resultó un fracaso, desde antes de que el imperio quedara destruido por la derrota de Atenas en la Guerra del Peloponeso. Sus objetivos no fueron ni podían ser alcanzados antes de que los emperadores, helenísticos o romanos, hubiesen abolido la autonomía política de las ciudades, quitando así la base de las múltiples acuñaciones.

Igualmente implacables, y más exitosos, fueron los atenienses al aplicar su poder imperial, mientras duró, para obtener sus abastos de alimento y maderas.[41] El mundo antiguo con su bajo nivel de tecnología, limitados métodos de distribución y poca capacidad para conservar alimentos, vivía bajo permanente amenaza de hambre, sobre todo en las ciudades. En tiempos de Aristóteles, mucho después de desaparecido el imperio (y sin duda también antes, aunque no sepamos cuánto tiempo antes), se pidió a la *Kyria ekklesia* ateniense, principal asamblea de cada

[41] Véase L. Gernet, "L'approvisionnement d'Athènes en blé au Ve et au IVe siècles", en *Mélanges d'histoire ancienne* [*Bibliothèque de la Faculté des Lettres, Univ. de París* 25 (1909)], cap. 4.

pritanía, que considerara el "grano y la defensa del país", interesantísima cláusula (*Constitución de Atenas*, 43.4). Para entonces, también, había 35 *sitophylakes*, guardianes del grano (después de un total original de 10), junta excepcionalmente numerosa cuyos deberes según los definió Aristóteles (*ibid*, 51.3) consistían primero en "ver que el grano se vendiera en el mercado al precio justo; luego, que los molineros vendieran el cereal en proporción al precio de la cebada, que los panaderos vendieran el pan en proporción al precio del trigo, que el pan tuviera el peso que se le había fijado". El precio justo fue un concepto medieval, no antiguo, y esta intervención del Estado, absolutamente excepcional en su permanencia, nos da idea suficiente de la urgencia del problema alimenticio. Y cuando fracasaron éstas y todas las demás medidas que he mencionado en otras ocasiones, el Estado, como último recurso, nombró unos funcionarios llamados *sitonai*, compradores de grano, que buscaban abastos por donde podían, emprendían suscripciones públicas para obtener fondos necesarios e introducían reducciones de precios y racionamiento.[42]

La institución de los *sitonai* fue originalmente una medida temporal, pero desde fines del siglo IV a.C. hubo una tendencia creciente a convertirlos en funcionarios permanentes. Las difundidas escaseces de 330-326 a.C. quizá hayan servido de estímulo.[43] Probablemente fue en el mismo periodo cuando Cirene distribuyó 1 200 000 medimnos áticos de granos —el equivalente de las raciones de un año para unos 150 000 hombres—, a 41 comunidades diseminadas por la península griega y las islas; 100 000 medimnos a Atenas, 50 000 cada una a Corinto, Argos y Larisa en Tesalia, 30 000 a Rodas, 72 600 a Olimpias, madre de Alejandro, 50 000 a Cleopatra, hermana de éste, etc. El texto de la inscripción que registra esta acta dice que la ciudad de Cirene dio (*edoke*) el grano.[44] Algunos estudiosos se han mostrado escépticos, pero sí hay casos auténticos de donaciones de

[42] Véase H. Bolkestein, *Wohltätigkeit und Armenpflege im vorchristlichen Altertum* (Utrecht, 1939), pp. 251-257, 364-378.

[43] Ps. Demóstenes, 34.37-39, da una idea de la situación de la Atenas de entonces.

[44] *Supplementum epigraphicum graecum*, IX, 2.

grano, una de ellas del faraón egipcio a los atenienses en 445 a.c. No fue cuestión, entonces, de venta a precios reducidos. El grano fue distribuido sin ningún costo, pero sólo a los ciudadanos, todos ellos elegibles, en una muestra de supervivencia del antiguo principio según el cual los bienes de la comunidad pertenecían a sus miembros y, en ciertas circunstancias, deberían ser compartidos por todos ellos.[45]

Esas "ciertas circunstancias" se presentaron cuando hubo gangas o cuando la conquista y el imperio aportaron botín y tributo. En 58 a.c., cuando Roma comenzó su largo historial de distribuir grano gratuitamente (y después otros alimentos) dentro de la ciudad, fueron elegibles los ciudadanos residentes, sin tomar en cuenta sus medios, y nadie más. Tal principio se mantuvo hasta que los Severos, a principios del siglo III de nuestra era, convirtieron el reparto de alimentos en dádiva para los romanos pobres, independientemente de su *status* político, poniendo así de hecho punto final a la ciudadanía como *status* formal dentro del imperio.[46] Cuando en el siglo IV Constantinopla pasó a ser la capital del Imperio de Oriente, los pobres de dicha ciudad compartieron dádivas con los pobres de Roma. Luego, los emperadores perdieron interés.[47] Aunque hay indicios de distri-

[45] Hubo entonces una purga en toda forma de la lista de ciudadanos, a resultas de acusaciones de que muchos residentes inelegibles tomaban una parte del presente faraónico (Plutarco, *Pericles*, 37). Para otros presentes de granos hechos a Atenas, véase Bolkestein, *Wohltätigkeit*, pp. 260-262; sobre el principio de compartir los bienes de la comunidad, *ibid.*, pp. 269-273, y K. Latte, "Kollektivbesitz und Staatsschatz im Griechenland, *Nachrichten d. Akad. d. Wissenschaften* in *Göttingen, Phil. hist. Kl.* (1946/47), 64-75, reproducido en sus *Kleine Schriften* (Munich, 1968), pp. 294-312.

[46] Véase D. va. Berchem, *Les distributions de blé et d'argent à la plèbe romaine sous l'Empire* (Ginebra, 1939).

[47] Es obvio que la preocupación por la producción de granos en interés del consumidor romano se refleja en el edicto de Domiciano, de 92 d.c., que prohibía la extensión de los viñedos en Italia y ordenaba la destrucción de la mitad de los de las provincias; explícitamente lo declaran así las fuentes contemporáneas (o casi). Estacio, *Silvae*, 4.3. 11-12, y Suetonio, *Domiciano*, 7.2., el primero de los cuales añade una nota suntuaria. Los historiadores modernos que insisten en citar este edicto como medida destinada a proteger la producción de vino en Italia contra la competencia de

buciones de víveres en otras ciudades del imperio, como Alejandría o Antioquía, allí fueron irregulares y, lo que viene más al caso, fueron donaciones de benefactores individuales que responsabilidad de los emperadores o de la municipalidad local.[48]

Como era inevitable, la literatura romana que ha llegado hasta nosotros repite unos relatos maliciosos acerca de hombres ricos que aceptaron su parte del grano gratuito, y de otros que liberaron a sus esclavos para pasar al Estado los gastos de manutención. Es probable que algunos de estos relatos sean ciertos, pero no cabe duda de que el grano gratuito siempre fue considerado fundamentalmente como medida de beneficiencia para los pobres. ¿Qué más se hizo? Allí estuvieron el irregular ingreso, debido a las obras públicas, las ganancias indirectas o intermitentes de la guerra y el imperio, el beneficio a los campesinos de la ausencia de un impuesto sobre la tierra (dondequiera que la hubo), las dádivas ocasionales a los físicamente impedidos. Sin embargo, la manera básica de tratar a los pobres cuando las circunstancias hacían indispensable tratarlos, usualmente consistió en librarse de ellos a expensas de alguien.

La historia de lo que llamamos "colonización" en la antigüedad, término impreciso, fue larga y compleja. La secular expansión del mundo griego, comenzada antes de 750 a.c., que condujo al establecimiento de comunidades desde el extremo oriental del mar Negro hasta Marsella, fue un envío en masa de ciudadanos excedentes a tierras extrañas, a veces por medio de conquista, y no siempre con el consentimiento de los así enviados.[49] Para el siglo v a.c., tales oportunidades estaban ago-

las provincias, pasan por alto la lógica y las afirmaciones explícitas de las autoridades antiguas y no ven que, de todas maneras, la medida fue aislada y, aun peor, que fue rescindida por el propio Domiciano (Suetonio, 7.2.; 14.5.). El intento hecho por Rostovtzeff, RE, p. 202, por argüir otra cosa, es desesperado: no menciona las dos afirmaciones de Suetonio acerca de la abrogación del edicto.

[48] Véase Liebeschuetz, *Antioch*, pp. 126-132.

[49] Herodoto, 4.153, leído junto con una inscripción, *Supplementum Epigraphicum Graecum*, IX, 3, sobre la primitiva colonización griega de Cirene, no deja duda respecto del elemento de compulsión; ni, al menos para las llamadas "colonias latinas" de Roma, la deja Cicerón, *Oración por Aulo Cecina* 98.

tándose, pero aún se aprovechaba rápidamente cada ocasión en cuanto surgía. Tenemos ejemplos de las colonias militares (clerucías) establecidas por Atenas en tierras expropiadas a los miembros rebeldes de su imperio: el de los sesenta mil emigrantes —cifra probable— llevados a Sicilia, con la cooperación de sus ciudades de origen, por Timoleón en el siglo IV a.C., después de que él hubo conquistado la mitad de la isla; el del número grande, incalculable, de griegos que migraron hacia el este en el tiempo de los sucesores de Alejandro. La práctica romana de establecer "colonias", en territorio conquistado no necesita de ningún examen detallado; también ésta era una deportación en masa de pobres a expensas de los demás. Pero la colonización es una evasión, no una solución de las necesidades de los pobres, y llegó un momento en que ya no hubo tierras disponibles para colonias.

Durante gran parte de la colonización romana, los veteranos fueron el elemento predominante. Tal es un reflejo de la compleja historia del ejército romano, y específicamente de su lenta profesionalización. Tradicionalmente, el servicio militar en las ciudades-Estados era obligación de los sectores más ricos de la ciudadanía, de quienes podían costearse la armadura pesada requerida; aunque el Estado trató de pagarles lo bastante para su mantenimiento mientras estuvieron en servicio activo, no siempre pudo hacerlo.[50] No se les relevaba de sus obligaciones si no había paga, ni esperaban recompensas materiales por sus servicios ulteriores: tan sólo la gloria. Atenas y otras ciudades mantuvieron a los huérfanos de guerra, pero esto difícilmente podía catalogarse como beneficencia para los pobres, ya que sus padres habían sido, por definición, hombres pudientes.[51]

[50] Para el testimonio griego, véase Pritchett, *Military Practices*, caps. 1-2.

[51] Los testimonios atenienses están resumidos por R. S. Stroud, "Theozotides and the Athenian Orphans", *Hesperia* 40 (1971), 280-301, en pp. 288-290. La nueva inscripción publicada por Stroud muestra el texto de un decreto, probablemente de 402, que establece el sostenimiento, sobre la misma base de los huérfanos de guerra, de los hijos de un pequeño número de hombres muertos en las luchas que derrocaron a los Treinta Tiranos y restauraron la democracia. El decreto limita explícitamente aun estos beneficios a los hijos legítimos de ciudadanos.

La marina ateniense, en cambio, era un servicio pagado. Salvo en épocas de depresión financiera, la marina regularmente ofreció empleo y la que para entonces era buena paga a muchos miles de remeros atenienses (y también a muchos miles de no atenienses) y a cientos de constructores de buques y personal de mantenimiento. Aunque no podemos especificar a cuántos miles, sí constituyeron una fracción considerable del total de la ciudadanía, y en particular de la sección más pobre o potencialmente más pobre, como los hijos de los pequeños aparceros.

En un célebre pasaje (*Constitución de Atenas*, 24.3), Aristóteles escribió que, gracias al imperio, "Atenas dio a la gente común abundancia de ingresos... Más de veinte mil hombres fueron mantenidos por el tributo, los impuestos y los aliados, pues había 7 000 jurados, 1 600 arqueros, 1 200 caballeros, 500 miembros del Consejo, 500 guardias de los arsenales, 50 guardias de la Acrópolis, cerca de otros 700 funcionarios en la ciudad, y otros 700 en el exterior. Además, en tiempo de guerra había 12 500 hoplitas, 20 naves guardacostas, barcos que colectaban el tributo, con tripulaciones de 2 000 escogidos por tiraje a la suerte, los *prytanes*, huérfanos de guerra y carceleros". La aritmética es ridícula; no todas las categorías comprendían ciudadanos atenienses o siquiera hombres libres; sorprendentemente, la marina queda omitida; los hoplitas con la mayor frecuencia se encontraban sin dinero; no todos los 6 000 jurados en lista estaban todos los días en sesión. Sin embargo, Aristóteles encontró la clave del singular sistema ateniense: el principio del pago a los ciudadanos por servicios públicos, por efectuar sus tareas de ciudadanos. Con excepción de la marina, no había en cuestión ningún ingreso regular: la mayor parte de los oficios públicos era anual y no renovable, y el servicio como jurado era imprescindible. Empero, carices políticos aparte, este ingreso suplementario, como las ocasionales intervenciones en las obras públicas, tenían un efecto reconfortante, particularmente cuando al ingreso normal de la familia se añadía una paga temporal u ocasional de los ancianos, por ejemplo. Tal es la realidad que hay detrás de las *Avispas*, de Aristófanes.

Ahora bien, es un hecho notable que no haya testimonios de pago por los trabajos públicos en ninguna ciudad griega (o roma-

na) aparte de Atenas, y que ninguna otra ciudad mantuviera una marina de dimensiones comparables durante tantas décadas. No menos notable es que Atenas estuviera libre de la pugna civil, si se exceptúan dos incidentes de la Guerra del Peloponeso, durante casi dos siglos; libre hasta de los tradicionales presagios de guerra civil, de las exigencias de cancelación de deudas y redistribución de tierras. Yo no dudo, primero, de que la común distribución de fondos públicos fue la clave; segundo, de que el imperio fue fundamento del sistema financiero. Después de perder el imperio al final del siglo V a.c., los atenienses lograron conservar el sistema, pese a grandes dificultades y presiones financieras. Esta es otra historia, acerca de la tenacidad de la democracia en Atenas.[52] Lo que importa aquí es que, ante la carencia de recursos imperiales, ninguna otra ciudad imitó el modelo ateniense. Después, Roma adquirió el tributo, en una escala incomparablemente mayor, pero Roma no fue nunca una democracia y la distribución romana de las ganancias del imperio siguió otro camino.

Los modos precisos en que estadistas atenienses del siglo IV a.c., como Eubulo, Demóstenes y Licurgo, lucharon para aportar las finanzas requeridas por el sistema político, en que no necesito entrar,[53] revelan estrechos límites dentro de los cuales un Estado de la antigüedad se veía precisado a maniobrar financieramente. Es un lugar común decir que los Estados antiguos carecían de presupuesto en el sentido moderno. Sin embargo, los estadistas griegos o romanos tenían un buen conocimiento empírico de los ingresos y egresos anuales, y sabían restar unos de otros. En ese sentido, sabían presupuestar; nuevamente debemos recordar que aquellas sociedades no eran sencillas, y que los Estados no habían podido funcionar en absoluto sin algunas predicciones presupuestales. Lo que requiere examen son los límites.

Para empezar, el Estado estaba tan limitado como cualquier

52 A. H. M. Jones, *Athenian Democracy* (Oxford, 1957), pp. 5-10, aúna las dos cuestiones de la introducción en el siglo V de la costosa maquinaria democrática y de supervivencia en el siglo IV.

53 Véase brevemnete Claudé Mossé, *La fin de la démocratie athénienne* (París, 1962), pp. 303-313.

individuo particular por el dinero que tuviera a la mano (ocasionalmente por préstamos a corto plazo, a menudo forzosos). En el siglo II a.c., el rico templo de Apolo en Delos guardó tanto sus propios ahorros como los de la ciudad-Estado de Delos en su bóveda divinamente protegida, como también lo hizo el templo de Atenea, en la Atenas clásica.* Las dos tesorerías fueron llamadas el "arca sagrada" y el "arca pública", respectivamente, y cada una constaba de un buen número de tinajas "en las que estaba indicado el lugar de origen del contenido, o el propósito para el cual estaba destinado".[54] Delos tenía ahorros realmente considerables —una serie de tinajas que contenían más de 48 000 dracmas permaneció sin destapar al menos de 198 a 196 a.c.— y en conjunto, por sus pequeñas dimensiones y su carácter peculiar de santuario internacional, no es buen modelo de los Estados antiguos en general. Sin embargo, el principio de tener dinero en una caja fuerte no limitó menos a los emperadores romanos, por muy dispersas que pudiesen estar las cajas fuertes por muchos centros del imperio: cuando se volvió costumbre que al ascender al trono un nuevo emperador distribuyera monedas a sus soldados, la magnitud del donativo estuvo determinada en gran parte por la cantidad disponible en las tinajas. En contraste, la mayoría de las ciudades-Estados griegos habían llegado pronto a un equilibrio entre ingresos y egresos, tenían pocos o ningunos ahorros acumulados, y por lo tanto habían de financiar toda actividad extraordinaria, fuese guerra, socorro contra el hambre, aun construcción de un templo nuevo, adoptando medidas temporales y *ad hoc* para reunir fondos.

Durante muchos siglos, en realidad durante todo el tiempo que subdividieron las ciudades-Estados autónomas, las medidas temporales siguieron siendo temporales. Atenas nunca se vio tentada —o al menos resistió toda tentación— de convertir la irregular exacción de capital de tiempos de guerra, la *eisphora*, en un regular impuesto sobre la tierra. Lo mismo hicieron los roma-

* Sólo me refiero aquí a moneda acuñada, no a la cantidad infinitamente superior de tesoros no acuñados, que permanecían estériles en este templo como tantos otros.

[54] Larsen, en Frank, *Survey*, IV, 341.

nos, y con el tiempo lograron obtener del exterior la ayuda necesaria para financiar todas sus guerras. "Tentada" no tiene connotaciones morales: en la realidad no había elección que hacer. Los impuestos directos, fuesen sobre el ingreso o sobre la tierra, eran imposibles por razones políticas; los mercados no elásticos y los métodos tradicionales de la tecnología y la organización agrícola impedían todo desarrollo considerable de la productividad, de lo que nosotros llamaríamos el producto nacional bruto, y por lo tanto todo aumento continuo de la suma de los impuestos indirectos. Cuando por alguna razón los recursos públicos resultaban demasiado escasos para las demandas hechas a las subsistencias disponibles, al tesoro público y a las contribuciones de los ricos por medio de instituciones como el sistema de liturgias, entonces el mundo antiguo sólo tenía dos respuestas posibles: una, reducir la población enviando una parte a otras regiones; la otra, obtener del exterior medios adicionales, en forma de botín y tributo. Como ya he dicho ambas eran recursos de emergencia, no soluciones. La colonización griega no aportó cambios a la estructura de las originales colonias griegas en el Egeo ni, por lo tanto, soluciones permanentes a sus problemas, incluso los de las finanzas públicas.

El cambio llegó con la conquista romana y con la creación del vasto imperio romano, y tal cambio en primer término fue fundamentalmente político. En el campo fiscal, el cambio puede identificarse de dos modos principales: el impuesto a las tierras se volvió la principal fuente de ingresos por todo el imperio (aunque no debemos subestimar los ubicuos impuestos portuarios); y la parte mayor de la carga fiscal pasó del sector más rico de la población al más pobre, con la consiguiente depresión del *status* de este último.*

Nada de esto se completó de la noche a la mañana, y no podemos seguir el proceso década tras década, pero en el siglo III d.c., ya era visible que se había completado. En el ínterin, las posibilidades de nuevas soluciones externas, de aún más conquistas seguidas por una colonización, gradualmente llegaron a su fin: los recursos disponibles sencillamente ya no daban para más, como lo demostraron —de ser necesaria una demostración—

* La exención de Italia no afecta el argumento.

las desastrosas expediciones de Trajano contra los partos. Medio siglo después de Trajano hubo una apariencia de estabilidad y equilibrio, la Edad de Oro cantada por Gibbon. Hipotéticamente, si el imperio romano abarcaba todo el mundo civilizado, como han dicho sus panegiristas, no hay razón clara por la que Europa, el occidente de Asia y el norte de África no debieran estar aún hoy gobernados por emperadores romanos; el norte de América aún sería de los pieles rojas.

A pesar de todo, antes de terminar el siglo II, comenzaron las presiones externas a las que no se podía resistir eternamente. No se podía agrandar el ejército más allá de todo límite, porque la tierra no podía cultivarse si se le quitaban más campesinos; la situación en el campo se había deteriorado porque impuestos y liturgias eran excesivos; las cargas eran demasiado grandes, principalmente porque las exigencias militares iban en aumento. Se había entrado de lleno en un círculo vicioso. El fin del mundo antiguo fue apresurado por su propia estructura política y social, su sistema de valores, profundamente arraigado e institucionalizado y, en el fondo, por la organización y explotación de sus fuerzas productivas. Ésta es, si se quiere, una explicación económica del fin del mundo antiguo.

VII. REFLEXIONES ULTERIORES (1984)

1. La economía de la antigüedad

En los últimos veinticinco años del siglo XVI, de los que contamos con las cifras necesarias, hubo una alta correlación entre el precio del grano en Amsterdam y el precio en Danzíg.[1] La Europa Occidental era entonces un mercado establecido para el grano de Polonia, con Amsterdam como principal cámara de compensación, pero el concepto de independencia económica significa más que esto. Significa lo que las estadísticas del siglo XVI revelan, a saber, que había un vínculo directo entre la producción y los precios, tanto en los centros de producción como de consumo, lo cual se muestra en la correlación positiva y también en los momentos en que esta correlación se interrumpió por razones que se pueden comprender y explicar. La simple presencia de un comercio sobre largas distancias es, desde luego, condición necesaria para la interdependencia, pero no es condición suficiente. Después de todo, ha existido comercio a largas distancias desde la Edad de Piedra.[2] Este comercio no justifica, por sí solo, hablar de "un gran espacio económico unificado"[3] a menos que se pueda demostrar o al menos sugerir con cierta medida de sensatez que el tipo de relación recíproca que existía entre la producción del grano polaco y las importaciones de grano holandesas estaba presente, por ejemplo, en el caso del cristal de la Colonia romana exportado a Egipto. De otra manera, un "gran espacio económico unificado" no es más que una manera caprichosa de decir que se intercambiaban bienes dentro de tal área, y entonces yo no veo razón para no incluir a China, Ceilán y Malasia en el mismo espacio económico que Roma, porque ésta recibía sedas y muchas especias del Asia Oriental.

[1] Kula, *Theory*, 95-100.

[2] Véase, por ejemplo, J.G.D. Clark, "Traffic in Stone Anes and Adze Blades", *EcHR*, 2ª ser., 18 (1965), 1-28.

[3] La frase ("eine einheitliche grosse Wirtschaftsraum") es la de Kohns, GGA, 125.

Por desgracia, el problema de la interdependencia nunca se resolverá estadísticamente; es utópico creer que una colección más completa de los precios disponibles bastaría para probar algo.[4] Sólo resta examinar la paciente recabación de Duncan-Jones sobre cifras de la Italia imperial y del norte de África: los costos de estatuas, templos, tumbas, funerales, todo, *salvo artículos de comercio*, para los cuales "faltan precios explícitos".[5] La única alternativa consiste en analizar los factores del comercio y sacar inferencias que parezcan legítimas.

El comercio de granos nos ofrece una buena prueba.[6] Los precios del grano fluctuaron considerable y rápidamente, con una respuesta casi instantánea a los cambios de la oferta (por ejemplo, pseudo-Demóstenes, 56.9), salvo cuando el Estado intervenía directamente para regular la oferta y los precios. Productores y embarcadores de grano intentaron, cuando les fue posible, invadir mercados de los que se sabía que eran más favorables para el vendedor. Aunque obstaculizados por una tecnología rudimentaria tanto en la transmisión de información cuanto en el traslado de artículos voluminosos, a veces lograron causar escaseces y hasta una crisis alimentaria en las comunidades importadoras. La red de informadores y agentes establecida en el Egeo por Cleómenes, gobernador de Egipto en tiempos de Alejandro, es claro ejemplo.[7] Productores y embarcadores también trataron de influir sobre los precios de venta locales acaparando abastos, retirando bienes del mercado durante periodos, y mediante otros recursos.[8] Sin embargo, ninguna de estas maniobras

[4] Kohns, GGA, 126, parece pensar que esa posibilidad es realista.

[5] Duncan-Jones, *Economy* 63, 120; *cf.* los apéndices (8 y 10) que muestran la mísera lista de los precios registrados del trigo y los esclavos (incluyendo algunos ficticios) de Roma e Italia.

[6] Véase además, sección 6, *infra*.

[7] Véase la versión de Karl Polanyi, *The Livelihood of Man*, ed. H. W. Pearson (Nueva York, 1977), pp. 240-251.

[8] Para la situación de Atenas a comienzos del siglo IV a.C., véase *Lisias* 22. Tal era también la situación en Antioquía en 362-363 d.C., exacerbada por una sequía, que movió a Juliano a intervenir (*supra*, pp. 33-34). No comprendo por qué Kohns, GGA, 126-127, y otros a los que cita se niegan a aceptar la versión de Juliano, al que dan una lección de "liberalismo económico" atribuyendo la escasez de 363 a las propias medidas correlativas "mal calculadas" del Emperador.

logró más que crear un desequilibrio temporal entre la oferta y la demanda; por sí solas, no tuvieron un efecto estructural sobre la producción de granos, y no necesariamente siquiera sobre las ganancias de los productores. En el caso de Atenas, para continuar con tal ejemplo, no hay prueba que yo conozca, o siquiera verosimilitud de que la producción de grano del sur de las estepas rusas o de Egipto fuese afectada por los tratantes de granos a quienes Lisias censuró, o por las actividades de los agentes de Cleómenes en el Egeo. La interdependencia económica requiere algo más (cualitativamente) de lo que podemos discernir en este campo en particular.

Todo intento de afirmar una interdependencia en la economía de la antigüedad tropieza con una dificultad inicial: en el extremo de producción de la supuesta relación no hay uno sino toda una variedad de medios en que estaba organizada la producción. A mi parecer, es esencial exorcizar para siempre el fantasma del modo de producción esclava como característico de la economía de la antigüedad.[9] En primer lugar, grandes sectores (en el tiempo y en el espacio) del mundo greco-romano nunca emplearon mano de obra esclava productiva en escala importante. Esto sabemos hoy de los periodos antiguos, tanto el griego como el romano,[10] y siempre fue cierto en las regiones orientales que fueron llevadas a la esfera greco-romana por las conquistas de Alejandro. En estas últimas, el número relativamente pequeño de ciudades auténticamente griegas, algunas como Alejandría y Antioquía verdaderamente grandes, parecen haber tenido numerosos esclavos en el servicio doméstico y administrativo y hasta cierto punto en la producción, pero los campos permanecieron como habían estado durante milenios, como dominio de pequeños campesinos independientes o, de mayor importancia, de una u otra forma de trabajo dependiente, atado *de facto* a la tierra, pero en ningún sentido correcto de la palabra esclavos ni sier-

[9] En el cap. III he expuesto extensamente mis razones para llamar "sociedades esclavas", en ciertos periodos, a ciertas regiones de la antigüedad clásica, pero esto es, desde luego, un concepto distinto del "modo de producción esclavo": *cf.* Finley, *Slavery* y *Opus*, 1.

[10] Véase Y. Garlan, "Le travail libre en Grèce ancienne", en Garnsey, *Labour*, cap. 2.

vos. Los griegos fundaron un régimen funcionante de tenencia de la tierra y labor agrícola y, como ya lo he notado (página 116), no tenían razón para cambiar tal sistema; tampoco hay pruebas de que ellos o los romanos, después, hiciesen algunos cambios de importancia.[11] Hoy creo que ciertamente en el África del norte y probablemente en España y la Galia, ciertas variedades locales de mano de obra dependiente sobrevivieron a la conquista romana, así como habían sobrevivido en el Oriente.[12] Y en las ulteriores adquisiciones romanas en la Europa Central, los pequeños terratenientes independientes fueron la regla.[13]

La segunda dificultad del concepto "modo de producción esclava" es que la esclavitud-cosa ha sido integrada, en el pasado, a otros modos de producción, obviamente al capitalismo. El propio Marx dijo esto simplemente: "El hecho de que hoy no sólo llamamos capitalistas a los propietarios de plantaciones en los Estados Unidos, sino que *eran* capitalistas, se basa en su exis-

[11] Véase ahora, ante todo, Keissig, *Seleukidenreich*; *cf.* K. W. Welwei, "Abhängige Landbevölkerungen auf 'Tempelterritorien' im hellenistischen Kleinasien und Syrien", *Ancient Society* 10 (1979), 97-118; P. Debord, "Populations rurales de l'Anatolie Greco-Romaine", *Atti del Centro ricerche e documentazion sull' antichita classica* B (1976-1977), 43-68 (quien eficazmente anuló, de antemano, los argumentos en la otra dirección, de Ste. Croix *Struggle* 151-157); y las secciones sobre el Asia Menor y Egipto, en T. V. Blavatskaya, *et al.*, ed., *Die Sklaverei im hellenistischen Staaten im 3.-1, Jh. v. Chr.* (Wiesbaden 1972; publicado originalmente en Rusia en 1969). Esto no exige aceptar el concepto de un modo de producción asiático, que ha sido atacado en la reciente literatura marxista, por tanto, añádase a la bibliografía en 182, nota 39: P. Anderson, *Lineages of the Absolutist State* (Londres, 1974), II, pp. 462-549; S. P. Dunn, *The Fall and Rise of the Asiatic Mode of Production* (Londres y Boston, 1982). Una versión masiva (450 pp.) del desarrollo de las ideas de Marx y Engels sobre el tema aparece hoy en L. Krader, *The Asiatic Mode of production* (Assen, 1975).

[12] Por tanto, debo retirar lo que escribí en pp. 112 y 191, nota 18. Véase en particular C. R. Whittaker, "Rural Labour in Three Roman Provinces", en Garnsey, *Labour*, cap. 9, y "Land and Labour in North Africa", *Klio* 60 (1978) 331-362, con bibliografía; A. Daubigney, "Reconnaissance des formes de la dépendance gauloise", *Dialogues d'histoire ancienne* 5 (1979), 145- 190.

[13] Véase por ejemplo I. Glodairiu, "Die Landwirtschaft im römischen Dakien", en ANRW, II, 6 (1975), pp. 950-89.

tencia como anomalías dentro de un mercado mundial basado en la mano de obra libre".[14] Este tipo de anomalía es razón importante para introducir en el marxismo contemporáneo el concepto de "formación social" (o alguna variante de tal término), en que se dice que un modo de producción co-existe con otros a los cuales domina. Entonces, el problema es que los modos secundarios —la esclavitud en el caso del capitalismo norteamericano— no sólo están "dominados" por el modo principal, sino incorporados a él, de modo que "modo de producción" pierde todo sentido sino es cual síntoma de una categoría particular de mano de obra.[15] Cuando se empleaba esta mano de obra, como los esclavos norteamericanos, con objeto de producir para un mercado mundial capitalista, no tiene sentido y es engañoso hablar, en tal contexto, de un modo de producción esclava.

Nada de esto pretende sugerir que no hubiese una variedad de relaciones sociales de producción en la antigüedad clásica, como en cualquier otro periodo histórico extenso. Mi objeción sólo va dirigida al esfuerzo por "codificar" la situación mediante el marbete "modo de producción".[16] Tal vez valga la pena añadir una tercera objeción a las dos que ya he planteado: si no hemos de falsificar burdamente la situación, ningún esquema basado en modos de producción puede dejar de incluir largos periodos de transición, concepto que Wallerstein ha desdeñado, correctamente, como "confuso-no concepto sin indicadores operativos".[17]

Baste dirigir la atención a la "transición" de la antigüedad al feudalismo. En cualquier versión, la esclavitud-cosa dejó de predominar incluso en Italia ya en el siglo IV o V, mientras que es

[14] Marx, *Grundrisse* 513.

[15] La esclavitud en los Estados Unidos es el motivo de la objeción hecha por R. Banaji a todo el concepto de formación social: "Modes of Production in a Materialist Conception of History", *Capital & Class* (1977), núm. 3, pp. 1-44, esp., pp. 30-31, publicado por primera vez en versión más abreviada en *Journal of Peasant* 15 (ct'd) *Studies* 3 (1976), 299-320. La réplica, de J. Martin, en esta última publicación, 4 (1977), 190-3, no es persuasiva.

[16] Para un planteamiento claro y sucinto de los usos (variados) del propio Marx de la frase "modo de producción" véase G. A. Cohen, *Karl Marx's Theory of History* (Oxford, 1978), pp. 79-84.

[17] I. Wallerstein, *The Capitalist World-economy* (Oxford, 1979), p. 15; en la página 138 lo llama "término esponjoso".

impropio hablar de feudalismo antes de la época de Carlomagno, dejando una "transición" que duró no menos de trescientos o cuatrocientos años.[18] Para aquellos que, como la escuela de Carandini, consideran que el "modo de producción esclava" llegó a su fin a mediados del siglo II, la transición duró al menos seis siglos: llenarla con un supuesto "modo latifundista" es un esfuerzo desesperado.[19]

No menos desesperada es la reciente racha, encabezada una vez más por Carandini, de publicaciones que toman el concepto de "economía bisectorial" de la obra de Kula *Economic Theory of the Feudal System*.[20] Aunque Kula escribe en cierto punto (p. 24) que su modelo "representa el punto de partida para el análisis económico de todas las sociedades pre-industriales", es obvio que su versión sólo se refiere a las sociedades feudales, en que los dos sectores de la economía, uno de los cuales solamente producía bienes para la subsistencia, y el otro para el mercado, formaban parte de *un solo dominio perteneciente al señor feudal en que no había costos de mano de obra en el sector que producía para el mercado*".[21] El intento de Carandini de transferir los cálculos de un señor feudal a la Italia del siglo I, en el esfuerzo por rescatar los cálculos notoriamente falsos de Columela, acerca de las viñas (3.3.8-10) tropieza contra el he-

[18] Véase en *Opus* 1 (1982), el fin del artículo por Giardina (pp. 142-5) y brevemente, Whittaker (pp. 175-176).

[19] Véase brevemente Finley, en *Opus* 1 (1982), 208-10. C. Wickham, "The other Transition: from the Ancient World to Feudalism, *Past and Present* 103 (1984), 3-36, ha tratado de rodear la dificultad mediante una concepción excéntrica del modo de producción, que a mí me resulta incomprensible.

[20] A. Carandini, "Columella's Vineyards and the Rationality of the Roman Economy", *Opus* 2 (1983), 177-204; *cf.* E. Fentress, *ibid.*, 161-75; M. Corbier, en Giardina/Schiavone I (1981), 427-44.

[21] Sólo conozco la obra de Kula por la traducción al inglés hecha de una traducción italiana del original polaco (1962), y por tanto no puedo estar seguro de que Kula escribió precisamente lo que he citado. Sea como fuere, como lo notó Momigliano en *Rivista storica italiana* (87, 975, 168), Kula nunca se interesó en el mundo antiguo. Su modelo se basó explícitamente en uno de W. A. Lewis, Economic Development with Unlimited Supplies of Labour", *Manchester School*... 22 (1954), 139-191, y cualquiera que se tome la molestia de leer a este último pronto apreciará lo inútil del esfuerzo de Carandini.

cho elemental de que los cultivadores de viñas de que habla Columela eran esclavos a los que había que mantener, no siervos que tuviesen que mantenerse a sí mismos. Escribe Carandini (pp. 194-195): "Una vez creado el núcleo original de cultivadores de viñas, ellos plantarían la viña y prepararían esclavos en la propiedad, y el futuro requerimiento de cultivadores de la viña entrará en el sector doméstico, fuera de las cuentas del sector capital (*vitis ratio*)". Los puntos "que están apropiadamente ausentes... pertenecen a otro conjunto de libros, el del sector natural". De todo esto no hay ni rastros de una prueba, ni un asomo de probabilidad. La contabilidad greco-romana era excesivamente rudimentaria, limitada esencialmente a una enumeración de recibos y gastos, a partir de la cual era imposible determinar la ventaja o lo contrario de cualquier actividad en una policultura; de allí la máxima familiar sucintamente planteada por Catón: vended, no compreis.[22] Carandini se ve impelido a emprender vuelos retóricos por el supuesto absurdo de pensar esto de los refinados romanos con su sed de lucro: "Parece que existe una tradición que va desde Young hasta Finley pasando por Mickwitz, que hace un juicio negativo sobre la economía romana porque los romanos no eran ingleses y no vivían en el siglo XVIII" (p. 179). Pero Kula indica que sus igualmente voraces terratenientes feudales polacos de los siglos XVII y XVIII fueron incapaces de juzgar mejor: "No era posible... determinar objetivamente si en realidad había ocurrido una *dezolacja* (literalmente 'devastación'), y hasta qué grado".[23]

Todo esto me hace volver al punto en que cerré mi primer capítulo de la edición original, a saber, que podemos hablar de

[22] Véase el estudio básico de los procedimientos contables de la antigüedad, que fue pasado por alto por Carandini: G. E. M. de Ste. Croix, "Greek and Roman Accounting", en *Studies in the History of Accounting*, ed. A. C. Littleton y B. S. Yamey (Londres 1956), pp. 14-74.

[23] Kula, *Theory* 36-37; *cf.* 174-175 (con nota 10). Escribiendo acerca de la contabilidad señorial medieval inglesa, M. E. Levett observó que "donde los debes señoriales eran pesados, una cuenta que muestra un gran balance total puede cubrir fácilmente una pérdida neta del dominio": "The Financial Organization of the Manor", ECHR 1 (1927), 6-8, en p. 69. *Cf.* M. Confino, *Domaines et seigneurs en Russie vers la fin de XVIIIe siècle* (París 1963), pp. 170-176.

"la economía de la antigüedad" sólo por razones que tienen poco o nada que ver con la economía, por causa de la historia política y cultural de la antigüedad greco-romana. Que sea adecuado conceptualizar y analizar la economía de la antigüedad en ese sentido especial me parece que sigue siendo proposición válida, pese a las objeciones planteadas por diversos críticos.[24] Por ejemplo, no es una objeción seria el evocar en oposición un pasaje particular de un autor antiguo o un caso específico de comportamiento económico a menos que pueda argüirse razonablemente que el pasaje o el caso representa más que una excepción pasajera.[25] Cualquier análisis de la economía de la antigüedad que pretenda ser algo más que una mera lista de anticuario de datos discretos tiene, por fuerza, que emplear modelos (los tipos ideales de Weber). Se ha definido a un modelo como "una estructuración simplificada de la realidad que presenta relaciones supuestamente significativas en una forma generalizada. Los modelos son aproximaciones sumamente subjetivas, al no incluir todas las observaciones o mediciones asociadas, pero, como tales, son valiosas al oscurecer el detalle incidental y permitir que aparezcan aspectos fundamentales de la realidad".[26] O, como escribió Weber: "En su pureza conceptual, este constructo mental no puede encontrarse por doquier en la realidad. Es una *utopía.* La investigación histórica se enfrenta a la tarea de determinar, en cada caso individual, hasta qué punto este ideal se aproxima a la realidad o diverge de ella, como por ejemplo hasta qué grado la estructura económica de cierta ciudad debe ser clasificada como 'economía de ciudad' ".[27]

[24] Véase especialmente Andreau, "Banque"; *cf.* A. Carandini, *L'anatomia della scimmia* (Turín, 1979), pp. 209-215.

[25] Un punto anterior que se debe determinar, desde luego, es si un texto revela una interpretación errónea de su autor, o si provoca una de los historiadores de hoy; por ejemplo dos célebres pasajes breves de la *Historia Natural*, de Plinio (6.26.101; 12.41.84), que comúnmente se ha supuesto que indican una gran "sangría" de oro, del Imperio Romano al este, pero sobre los que véase hoy P. Veyne "Rome devant la prétendue fuite de l'or...", *Annales* 34 (1979), 211-44.

[26] *Socio-Economic Models in Geography*, ed. R. J. Chorley y P. Hagget (edición en rústica, abreviada, Londres), p. 22; *cf.* Kula, *Theory*, cap. 2.

[27] M. Weber, *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, ed. J. Winckelmann (5ª ed., Tubinga, 1982), 191.

Un buen ejemplo de forma apropiada de emplear modelos en el estudio de la economía de la antigüedad ha sido recién aportado por dos modelos diversos de comercio en el Imperio romano. Keith Hopkins ha presentado un modelo elaborado que muestra un aumento considerable en el volumen del comercio durante los tres o cuatro siglos y un regimiento económico significativo en el imperio durante tal periodo.[28] El otro, de Thomas Pekáry, niega todo cambio importante en el volumen de comercio y por tanto la existencia de un crecimiento económico importante. Los elementos de su modelo son: *i*) Pequeñas dimensiones del "estrato de consumidores"; *ii*) Bajo volumen de acuñación (punto en el cual contradice a Hopkins), y *iii*) el alto costo de los transportes, especialmente por tierra.[29]

Escoger entre estos dos modelos (o proponer otro más) requeriría un análisis más extenso del que es posible hacer aquí. Para mí, es claro que ésta es la forma de hacer avanzar nuestro conocimiento de la economía de la antigüedad, y no la evocación continua de "hechos" particulares. Tal vez deba yo decir que de momento prefiero el modelo de Pekáry al de Hopkins porque este último, me parece a mí, pasa por alto la posibilidad de explotación sin ningún aumento en la productividad, que las "provincias romanas simplemente eran sistemáticamente explotadas y [que] no es necesario suponer una balanza comercial que diera a los provincianos su dinero del tributo".[30]

[28] Hopkins ha presentado su modelo en diferentes formas en tres ocasiones, con algunas variantes en los matices; la más completa se encuentra en "Taxes in the Roman Empire (200 B.C.-A.D. 400)", JRS 70 (1980), 101-25, pero véase también su escrito "Economic Growth and Towns in Classical Antiquity", en *Towns in Societies*, ed. P. Abrams y E. A. Wrigley (Cambridge, 1978), pp. 35-77, y su introducción a Garnsey, *Trade*.

[29] T. Pekáry, "Zur Bedeutung des Handels in der Antike", en *Aspekte der historischen Forschung in Frankrich und Deutschland*, ed. G. A. Ritter y R. Vierhaus (Gotinga, 1981), pp. 30-39. Ya había tocado extensamente el punto de la escasez de moneda en *Les "dévaluations" à Rome*, núm. 2, publ. 29 (ct'd), por la École Francaise de Rome (1980), pp. 103-120, en un coloquio (Gdansk, 1978), en que fue desafiado por varios participantes que no comprendieron el punto central que él estaba estableciendo, como lo observó Lévêque (p. 119).

[30] C. R. Whittaker, en una "Multi-crítica" de este libro, aparecida en *Europa* 5 (1982), 75-90, en p. 87.

En este contexto, algo debe decirse acerca de la crítica de que yo he pasado por alto el mundo helenístico, y hasta que lo he hecho "porque no conviene muy limpiamente a los conceptos".[31] El término "helenístico" fue inventado por el gran historiador alemán J. G. Droysen en el decenio de 1830 para definir el periodo de la historia griega transcurrido entre la muerte de Alejandro Magno, ocurrida en 323, y la muerte de Cleopatra, en 30 a.c. Ha sido aceptado casi universalmente, y sin embargo para el estudio de la economía de la antigüedad resulta gravemente engañoso porque en aquellos trescientos años existían dos sociedades "griegas" fundamentalmente distintas.[32] Por una parte, el antiguo mundo griego, que incluía a los griegos "occidentales", no sufrió cambios en la economía que requieran consideración especial, pese a todos los cambios políticos y culturales que indudablemente ocurrieron.[33] Por otra parte, en las regiones orientales recién incorporadas —gran parte del Asia Menor, Egipto, Siria y Mesopotamia— el sistema social y económico fundamental no fue modificado por los conquistadores macedonios

[31] J. F. Oates, en *ibid.*, p. 77.

[32] A lo largo de los mismos lineamientos, véase H. Kreissig, "Versuch einer Konzeption der hellenistischen Epoche", *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte* (1982), núm. 1, 153-160.

[33] Gates (citado en nota 31, *supra*) dice acerca de mi capítulo II, que la "consideración de las ideas sociales y políticas del *Díscolo*, de Menandro, socavaría gravemente la idea de la universalidad de la conceptualización de Finley". No especifica, pero yo supongo que está pensando en las dos últimas escenas, en la primera de las cuales el granjero misántropo, Cnemón, quien cree que se está muriendo, pasa por un súbito cambio de carácter, adopta a Gorgias, medio hermano de su propia hija, le traspasa toda su propiedad y le pide apartar la mitad para su hermana, lo que va seguido por una escena en que un rico pueblerino se aplaca y accede a que su hijo se case con la misma hija, con una rica dote. Aquí, el texto está lleno de sentimientos como "mientras poseais vuestro dinero, como padre, debereis usarlo generosamente vos mismo y ponerlo a disposición de todos, y hacer ricos a tantos como podais" (renglón 805-808, en la traducción libre de Philip Vellacott, en la edición Penguin). Pero tales notas éticas minoritarias con respecto a la riqueza y sus empleos se pueden encontrar *hasta* en Píndaro, en la antigua comedia y en Eurípides (documentadas en detalle en la edición de la obra por E. W. Handley, Londres, 1965), y no hay razón para suponer que su aparición en Menandro refleje un nuevo pensamiento económico. No encuentro ninguna huella de ideas políticas.

ni por los inmigrantes griegos que los siguieron ni, más adelante, por los romanos, como ya lo he indicado. Por tanto, no hubo desde el principio una "economía helenística"; hubo dos, un sector antiguo y un sector oriental.

2. Clase y "status", mano de obra libre y no libre[34]

Hay muchos contextos en que todos hablamos vaga y no técnicamente de "clase", sin causar ninguna dificultad de comprensión.[35] Esto ocurrió también en el propio caso de Karl Marx, aunque en los escritos marxistas "clase" acabó por adquirir un rígido sentido técnico y un lugar clave en la teoría de la historia. Pero ni Marx ni Engels elaboraron jamás una definición adecuadamente meditada de clase, ni les preocupó suficientemente el concepto en las sociedades no-capitalistas. Por ejemplo, al principio del *Manifiesto Comunista*, en 1848, leemos que: "La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre..."; pero en el prefacio a la segunda edición (1869) de *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, leemos que "en la antigua Roma, la lucha de clases sólo se ventilaba entre una minoría privilegiada, entre los libres ricos y los libres pobres, mientras la gran masa productiva de la población, los esclavos, formaban un pedestal puramente pasivo para aquellos luchadores".

[34] La bibliografía de los pasados doce o quince años es casi imposible de ordenar, especialmente sobre la esclavitud. Bastante se encontrará en mi obra *Slavery*, con una extensa crítica, en el cap. 1 de la "historia ideológica" del tema; en *Opus* 1, núm. 1 (1982), dedicado enteramente a una discusión de tal libro, celebrada en Roma en 1981; y en Y. Garlan, *Les esclaves en Grèce ancienne* (París, 1982). Véase también M. Morabita, *Les realités d'esclavage d'après le Digeste* (*Annales Besançon* 245, 1981), que en su mitad es producto de una computadora.

[35] Yo mismo lo he hecho en *Politics in the Ancient World* (Cambridge, 1983) y explicado (pp. 10-12) por qué eso no era incongruente con mi rechazo, en este libro, de la clase como categoría útil en el análisis de la economía antigua.

Estas dos afirmaciones equivaldrían a una incongruencia intolerable en un escritor que, como Marx, fue tan cuidadoso con sus categorías y su terminología, a menos que, como me parece a mí claramente, nunca se dedicara al problema de las relaciones de clase en las sociedades pre-capitalistas. La estructura de clase, ha escrito recientemente Bottomore, "es un fenómeno mucho más complejo y ambiguo de lo que puede suponerse por los escritos de Marx y Engels, que fueron grandemente influidos en sus opiniones por la notable prominencia de las relaciones de clase en el capitalismo temprano, y ante todo por la irrupción, en la vida política, del movimiento obrero".[36] En particular, ni los esclavos como tales eran miembros de una sola clase, ni lo eran los propietarios de esclavos. Variaban demasiado extensamente en función de su lugar en el sistema de producción.[37] Sólo aquellos esclavos que estaban directamente dedicados a la producción, como mano de obra esclava, y aquellos esclavistas que empleaban su mano de obra esclava en la producción, podían considerarse como miembros de la(s) misma(s) clase(s). Esto no sólo es cuestión de semántica o de crítica textual marxista. Está en juego la concepción de la sociedad antigua y de la economía de la antigüedad, pues la prueba que acabo de plantear se centra aún más, en el tiempo y en el espacio, en el papel central de la esclavitud en la economía de la antigüedad. Tampoco es simple prurito semántico negarse a incluir el término (y el concepto) de "servidumbre" en el mundo antiguo como nombre

[36] T. E. Bottomore, "Class", en *A Dictionary of Marxist Thought*, ed. Bottomore *et al.* Oxford, 1983), pp. 74-77. De Ste. Croix, *Struggle* 61, busca otra salida: desdeña como "observaciones aisladas que son de importancia trivial" todas las afirmaciones de Marx que no coinciden con lo que De Ste. Croix considera como la única interpretación correcta. Esto lo pone en la notable posición de afirmar que en el prefacio a la segunda edición del *Dieciocho Brumario*, el pasaje que cité antes muestra que Marx "podía olvidar la antítesis formulada cerca del fin de este libro".

[37] Esto es breve pero claramente afirmado por Kreissig, *Seleukidenreich* 8-9. De Ste. Croix hace una concesión graciosa del punto, que carece de importancia, según insiste (pp. 44-45), pero pasa por alto la posición de Kreissig, aquí así como después, en su ataque (pp. 63-65) a la impecable demostración de Vidal Naquet (referencia en 186, nota 32) de que los esclavos greco-romanos no constituían una clase en el sentido marxista.

para los ilotas o *penestae*, o para la mano de obra agrícola dependiente (llamada *laoi* en los textos griegos) del Asia Menor helenística. La servidumbre está demasiado íntimamente relacionada con la Europa feudal y por tanto no sólo con una servidumbre a la gleba sino, igualmente, con relaciones feudales como el vasallaje y la jurisdicción legal del terrateniente individual, para poder liberarla de un trasfondo social que no existía en la antigüedad, para mantener una convencional terminología tripartita (esclavo, siervo, campesino libre).[38] Los ilotas, por ejemplo, estaban sujetos, en última instancia, al dominio del estado espartano que podía darles muerte, mandarlos al ejército o manumitirlos (por ello, el geógrafo Estrabón les llamó "en cierto modo, esclavos públicos": 8.5.4); hasta donde yo sé, no había nada ni siquiera aproximadamente similar al sistema señorial con su división en tierras de los siervos (o 'aparceros') y los dominios del señor; no había feudos, no había sistema de "multa", no había jurisdicción privada.

En general, puedo apreciar mejor hoy cuán complejo y variado era en la antigüedad el sistema de producción, particularmente la naturaleza de la fuerza de trabajo. Dos puntos generales que establecí: 1) que la mano de obra contratada y libre era casual y estacional (pp. 73, 107); 2) que no había una auténtica competencia o sentido de competencia entre la mano de obra esclava y la libre (pp. 80-81), siguen siendo válidos, a mi juicio, pero requieren más análisis y más matices.

Los números relativos están casi por completo fuera del alcance de toda conjetura, y esto crea una desventaja inicial. Sin embargo, no es claro para mí que en los campos que ocupaban a la gran mayoría de la población, aun las posesiones más grandes, trabajadas por esclavos, necesitaran siempre una complementaria fuerza de hombres libres, por razones económicas elementales, obvia pero no exclusivamente para la cosecha. Por ello, Catón recomendó al comienzo de su manual (1.1.3) que

[38] Hay algo bastante cómico en la inquebrantable indignación marxista por mi negativa "irrazonable" a aceptar una "definición internacionalmente aceptada de la servidumbre (con lo cual se refiere a la Convención sobre la Esclavitud, de la Sociedad de las Naciones, celebrada en 1926): De Ste. Croix, *Struggle*, 137-138.

se seleccionara un lugar en que, entre otras consideraciones, "abundara la oferta de trabajo". El empleo de esta oferta acaso fuera casual y estacional pero no por ello menos indispensable, y por ello he hablado recientemente de una simbiosis entre la mano libre y la esclava.[39] Además, acepto el argumento de que gran parte de esta fuerza de trabajo rural estacional fuese de pequeños terratenientes, tratando de ganarse la subsistencia.[40]

La situación urbana era un tanto distinta, al menos en las pocas metrópolis auténticas que a lo largo de los años atrajeron grandes números de inmigrantes, muchos de los cuales no eran calificados o, si acaso, semi-calificados. No cabe duda de que muchos artesanos calificados aceptaban trabajos casuales en obras públicas cuando surgía la oportunidad (y cuando la necesitaban, lo que debió ser frecuente): el mejor ejemplo no procede de una metrópolis sino del gran complejo de templos de Delos, cuyos detallados registros financieros, revelan la frecuencia con que un artesano llegaba de una isla cercana a pasar unos cuantos días haciendo un trabajo específico, para no reaparecer durante meses o años o nunca. Estos hombres eran los paralelos de los pequeños terratenientes que aceptaban labores de temporada durante la cosecha en los campos. Pero en Roma, Alejandría y aun la Atenas clásica, en mucho menor escala, decenas de miles de hombres no calificados y semi-calificados debieron de encontrar empleo frecuente, aunque casual estrictamente hablando, en aquella importante actividad urbana de todas las sociedades pre-industriales: la construcción, complementada con trabajos de porteador, vendedor, mendigo y ladrón.[41] Mucho menor proporción de esta fuerza era productiva que su equivalente rural, y hasta ese punto es menos pertinente el concepto de una simbiosis con la mano de obra esclava.

De semejante fuerza de trabajo no debemos esperar que hubiese surgido alguna ideología positiva del trabajo. La distinción

[39] Finley, *Slavery*, 77-78.

[40] Véase Garnsey, *Labour*, cap. 6 (Garnsey) y 8 (Skydsgaard).

[41] Véase, ahora, ante todo, P. A. Brunt, "Free Labour and Public Works at Rome", JRS, 7º ser. (1980), 81-100, aunque se esfuerza demasiado por establecer algunos de sus puntos; *cf.* G. Rickman, *Roman Granaries and Store Buildings* (Cambridge, 1971), pp. 8-11, sobre los requerimientos para los porteadores, de los graneros de Ostia y Roma.

que he subrayado entre el hombre que trabajaba para sí mismo, como granjero o artesano independiente, y el hombre que trabajaba para otros (por ejemplo pp. 79-82) siguió siendo fundamental y no modificada a lo largo de la antigüedad. Por ejemplo, esta distinción queda oculta en un enfoque que divida las disposiciones de trabajo, básicamente, según si había o no dinero que cambiaba de manos;[42] ello nos conduce a una evaluación deformada de la posición del trabajo asalariado en la antigüedad.

Los lemas revolucionarios, la medida de la conciencia de clase que encontramos eran de un campesinado, no de una clase obrera. La docena de ejemplos —poco más o menos— de huelgas de obreros que se han aducido, de finales de la antigüedad (p. 194, nota 57), si las examinamos resulta que no fueron eso.[43] Por tanto, no había ni una ideología positiva del trabajo ni un resentimiento por la "competencia" esclava.[44] Al menos en las grandes ciudades, y especialmente en la Roma imperial, la psicología básica fue reforzada por las condiciones de vida, ya que grandes números de hombres libres pobres y muchos esclavos vivían y trabajaban codo con codo en los distritos más pobres. Así, cuando el prefecto de Nerón, Pedanio Segundo fue asesinado por uno de sus esclavos en el año 61 a.C., la aplicación de la antigua regla de que todos sus esclavos "bajo el mismo techo" —eran 400— debían recibir la muerte fue temporalmente bloqueada por una manifestación plebeya (Tácito, *Anales*, 14.42, la llama una *seditio*) hasta que el emperador envió las tropas.

Ninguna fuente examina las razones de esta reacción popular, pero parece probable que haya sido el sencillo hecho de que los motines plebeyos trataban de salvar las vidas de

[42] Por ejemplo, M. Corbier, "Salaires et salariast sous le Haut-Empire", en *Les "dévaluations" à Rome*, núm. 2 (citado en nota 29), pp. 61-101.

[43] A. Giardina, "Lavoro e storia sociale: antagonismi e alleanze dell' allenismo al tardoatico", *Opus* 1 (1982), 115-146.

[44] Lo contrario fue argüido por G. Nenci, "Il problema della concorrenza fra mandopera libera e servile nelle Grecia classica", *Index* 8 (1978-1979), 121-131, pero debe observarse que el argumento es totalmente abstracto e hipotético, en un esfuerzo por superar el silencio de las fuentes antiguas, silencio que yo prefiero interpretar como reflexión precisa de la realidad.

hombres con quienes los plebeyos (libertos muchos de ellos, o descendientes de libertos) estaban en contacto cada día.[45]

Lo que falta en la historia de Pedanio Segundo es alguna crítica de la institución de la esclavitud como tal. Pero, para el caso, tampoco hubo un ataque fundamental del lado de los esclavos, ni siquiera en las raras revueltas de esclavos. Tres revueltas graves —y eso es todo lo que hubo en la antigüedad— brotaron de circunstancias especiales. Por lo demás, las reacciones de esclavos hostiles fueron personales: robo, sabotaje, violencia personal o fuga. Aunque bastante comunes, se impone la conclusión de que —lo que no es de sorprender— la gran mayoría de los esclavos se acomodaban al sistema lo mejor que podían.[46] Había un difundido temor a los esclavos en ciertos sectores de la población libre. Por ejemplo, la ley romana no podía prevenir la cohabitación y la relación social entre los hombres pobres y libres y los esclavos, pero sí podía prohibir que los esclavos formaran asociaciones de beneficencia (*collegia*) sin autorización expresa de sus amos (*Digesto*, 47.22.3.2), y pruebas satisfactorias del imperio occidental indican que los amos se mostraban renuentes a dar la aprobación necesaria, salvo en caso de asociaciones de culto.[47] La explicación es sencilla: se temía que un contacto personal y social más íntimo en los *collegia* pudiera "contagiar" a los miembros esclavos. Sin embargo, de la existencia de un temor, por muy bien documentado que esté, no se sigue que fuera una acción hostil de los esclavos la que causara la decadencia de la esclavitud de la antigüedad, como recientemente ha vuelto a argüirse en forma muy extensa (expresamente, contra la versión de este volumen).[48]

La brecha entre la legalidad y la práctica real siempre fue

[45] Véase Finley, *Slavery*, 102,103, con bibliografía.

[46] Para todo esto, véase Finley, *Slavery*, 103-117.

[47] Véase Ausbüttel, *Vereine*, 40-42. La mitad oriental del imperio no parece haber sido diferente, desde los tiempos griegos: F. Poland, *Geschichte der griechischen Vereinswesen* (Leipzig, 1909), pp. 328-329.

[48] P. Dockès, *Medieval Slavery and Liberation*, trad. A. Goldhammer (Londres, 1982), cap. 4. Sin embargo, Dockès no puede presentar otra prueba, aparte de su inferencia del temor y de las crueles medidas adoptadas contra los fugitivos y similares, de lo que él llama "dialéctica interna de la lucha de clases", en el primer ejemplo de esclavos contra esclavistas.

grande en el Imperio Romano. Hace un siglo observó Mommsen (aunque a esto no se prestara la atención debida) que, con pocas excepciones, los esclavos individuales en el imperio, cuyos orígenes están especificados en fuentes literarias o epigráficas, proceden de Italia o de provincias situadas *dentro* del Imperio.[49] Los estudios que se han efectuado desde aquella época han confirmado este descubrimiento.[50] Claramente, había una superabundancia de leyes imperiales que prohibían varias formas de "esclavización interna". Sólo conocemos una parte de dicha legislación,[51] y virtualmente nada acerca de la capacidad (o el deseo) de las autoridades de ponerla en vigor. Sea como fuere, dijese lo que dijese la ley, la venta de sí mismo, la venta de niños libres y el secuestro en toda forma parecen haber sido efectuados por profesionales tratantes de esclavos, en muy grande escala. La presencia de poderosos patrones queda implicada como condición necesaria.

En las recién descubiertas cartas (adicionales) de San Agustín han salido a la luz impresionantes testimonios nuevos.[52] En uno de ellos (el Núm. 10), fechado cerca de 422 o 423, se queja de extensos secuestros de niños y jóvenes nacidos libres en el norte de África, que eran embarcados al exterior como esclavos desde el puerto de Hipona. Agustín dice también que los padres estaban vendiendo niños, no sólo por el periodo de 25 años autorizado por la ley, sino a perpetuidad. No tenemos ninguna otra referencia a semejante ley, aunque hay misteriosas insinuaciones en algunos otros textos, lo que indica que a fines del Imperio se permitieron algunas excepciones a la prohi-

[49] T. Mommsen, "Bürgerliches und peregrinisches Freiheitsschutz im römischen Staat", en su obra *Juristische Schriften* 3 (Berlín, 1907), pp. 1-20 (publicada originalmente en 1885).

[50] Véase brevemente Finley, *Slavery*, 128-9, y ahora, en detalle, W. V. Harris, "Towards a Study of the Roman Slave Trade", en *The Seaborne Commerce of Ancient Rome*, ed. J. H. D'Armes y E. C. Kopff (*Memoirs of the American Academy in Rome* 36, 1980), pp. 117-140.

[51] Véase W. W. Buckland, *The Roman Law or Slavery* (Cambridge, 1908), cap. 18.

[52] *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum* 88 (Viena, 1981), un valioso resumen de las cartas, con comentarios y referencias con material agustiniano relacionado, aparece en H. Chadwick en *Journal of Theological Studies* 34 (1983), 425-452.

bición básica (aunque no se le hiciese caso) contra tal venta.[53] En la carta Núm. 24, Agustín pregunta a un amigo, jurista, acerca de la ley pertinente para esa situación y otras comparables, pero no se ha conservado la respuesta.

Obviamente, queda mucho por hacer en este campo. El punto de partida debe ser que estas cartas agustinianas reflejan algo endémico en la sociedad imperial romana, no en una nueva situación "pre-vandálica".[54]

3. Explotación de la tierra, riqueza y utilidades

Generalmente se acpeta que la forma principal (y predilecta) de riqueza a lo largo de la antigüedad fue la tierra. Debiera entonces seguirse automáticamente que la explotación de la tierra incluía, normalmente, la exhibición de los recursos disponibles con fines de auto-enriquecimiento o avance en categoría social y poder de muy diversas maneras, incluyendo no sólo ganancias en el sentido más estrecho sino también, por ejemplo, expansión de la fuerza laboral bajo la influencia personal del terrateniente, o su dominio directo. Esto me parece a mí evidente, y sin embargo, consideré necesario protestar (pp. 52-60) contra la persistente renuencia de los historiadores a aceptar una lógica tan sencilla, pues se aferran a la falacia de que no hay diferencia entre una "economía de subsistencia" y una explotación capitalista, en toda forma, impulsada por el lucro.

Un decenio después, Whittaker se sintió movido a repetir la misma queja: "La idea de que los ricos terratenientes no participaban ni se interesaban en las ganancias de los productos de sus tierras... es simplemente absurda. El 'Negocio' de esta índole, es decir, la disposición directa de los excedentes y la adquisición de artículos de primera necesidad o de lujo (que, después de todo, son de primera necesidad para los ricos), sea me-

[53] Véase M. Humbert, "Enfants à louer ou à vendre. Augustin et l'autorité parentale", en un coloquio sobre las epístolas, publicado por Etudes Augustiniennes (París, 1983), pp. 189-204.

[54] Véase la importante protesta en esta dirección (contra una corriente en favor del hablar del "recrudecimiento de la esclavitud en el siglo IV") por P. A. Février, en *ibid.*, pp. 101-115.

diante el mercado o no, y sea por medio de agentes o no, *debe ser agudamente separado de 'vivir de las ganancias de comprar y vender', como los legisladores romanos trataron de definirlo"* (las cursivas son mías).[55]

La dificultad central para desarrollar un cuadro tan concreto de las formas complicadas y diversificadas en que los grandes terratenientes explotaban sus propiedades es, claramente, el silencio casi total de las fuentes literarias y documentales sobre los procedimientos adoptados por los terratenientes para disponer de sus productos. Sin embargo, poco a poco una información, o al menos una hipótesis y probabilidades están brotando de un material inadecuado y opaco. Por ejemplo, en el extremo inferior de la gama económica hoy se ha revelado que el mercado campesino, en ciertas condiciones (notablemente bajo el Imperio romano) se convertía en fuente a la vez de ingresos y de poder para grandes terratenientes y para el estado.[56] En el extremo superior, no sólo había la venta de artículos en el mercado, sino también el empleo de la riqueza agrícola como instrumento de patrocinio y el considerable desplazamiento no comercial de productos agrícolas, en otros sentidos.[57]

Sin embargo, para mis propósitos del momento, basta concentrarme en los aspectos de producción de bienes de las grandes heredades, que llegaron a ser centrales en los periodos clásico e inmediatamente post-clásico de la historia griega y romana. La mayoría de los progresos de nuestra comprensión se han hecho especialmente con respecto a lo que hasta aquí se ha tratado como aspecto muy marginal, a saber, la explotación de lechos de barro para la fabricación de alfarería, tejas y ladrillos. El barro no acude a la memoria "naturalmente" en una enumeración de los productos de la tierra, y tal vez no sea demasiado sorprendente que los historiadores lo hayan pasado por alto en

[55] Whittaker en Garnsey, *Trade*, 173. La referencia a la legislación romana es al *Código Teodosiano*, 13.1.13.

[56] Véase B. D. Shaw, "Rural Markets in North Africa and the Political Economy of the Roman Empire", *Antiquités africaines* 17 (1981), 37-83, similar, en *Research in Economic Anthropology* 2 (1979), 91-117. versión considerablemente extendida de un artículo anterior con un título

[57] Véase especialmente Whittaker en Garnsey, *Trade*, cap. 13, para el periodo de finales del Imperio Romano.

gran medida. Hasta los burócratas y juristas romanos estaban inciertos acerca de su condición: testimonio de ello es el desacuerdo entre los juristas (*Digesto*, 8.3.6; 33.7.25.1) sobre si los lechos de barro contaban entre los *instrumenta* de un estado con fines de derecho usufructuarios o *servitudes*; o, en el siglo IV d.C., después que Constantino hubo introducido la *collatio lustralis*, un impuesto sobre los *negotiatores*,[58] los repetidos esfuerzos de los emperadores por reducir la incidencia del impuesto, eximiendo a los negocios normales de la administración estatal (*Código Teodosiano*, 13.1).

Sin embargo, éstos son argumentos de juristas que hilan demasiado delgado, por muy significativos que hayan podido ser en contextos particulares, ante la creciente demostración de que los terratenientes tenían un interés considerable en sus riquezas de arcilla, fuese como explotadores directos o, más probablemente en el caso de propietarios de *latifundia*, como rentistas. La demostración más impresionante hasta hoy ha surgido de un análisis minucioso de los sellos que aparecen en ladrillos romanos de los dos primeros siglos del Imperio, cuando los ladrillos llegaron a ser el material de construcción más importante y, por tanto, se les necesitó en cantidades enormes.[59] De allí se desprende que los propietarios de los lechos de barro, en contraste con el personal encargado de la producción de ladrillos, o que ingresaba en ella, era en gran proporción de la clase alta, con los emperadores cada vez más predominantes, con el paso del tiempo. En Italia y en Sicilia participaron hasta santuarios y ciudades. También hay indicaciones de que algo comparable ocurrió, a menudo, en la producción de cerámica, no la fina mer-

[58] Sigue siendo fundamental A. H. M. Jones, *The Roman Economy*, ed. P. A. Brunt (Oxford, 1974), cap. 2 (publicado originalmente en 1955).

[59] Véase especialmente T. Helen, *Organization of Roman Brick Production in the First and Second Centuries A.D.* (Helsinki, 1975); *cf.* P. Setälä, *Private Dominium in Roman Brick Stapms of the Empire* (Helsinki, 1977). No comprendo por qué J. Andreau, haciendo la crítica del libro de Helen en *Annales* 37 (1982), 923-925, se muestra tan sarcástico hacia el análisis, mientras reconoce que Helen había abierto una discusión de los aspectos económicos de la industria que antes casi no habían sido notados. Contrástese esto con la recepción positiva de la obra por D. P. S. Peacock, *Pottery in the Roman World* (Londres y Nueva York, 1982), pp. 133-135.

cancía pintada de Atenas y de otras partes, producto de una pequeña industria urbana, sino las ánforas y platos producidos en masa, fabricados por millones en todas partes del mundo antiguo. Esto ha sido demostrado por medio de una brillante labor arqueológica, para la Isla de Tasos, en el norte del Egeo, en los siglos IV y III a.C., y para la región de Cosa en el centro de Italia a fines de la República y comienzos del Imperio.[60] Y lo mismo se ha argüido persuasivamente para los centros gálicos de *terra sigillata,* en especial La Graufesenque.[61]

Lo que la arqueología no puede mostrar, desde luego, es la relación jurídica y económica entre los terratenientes y los fabricantes de alfarería, tejas y ladrillos. Sorprende cuán pocos hornos se han identificado —actividad verdaderamente arqueológica— y aún menos han sido sistemáticamente investigados.[62] Sin embargo, la reciente publicación de tres papiros de mediados del siglo III d.C. de Oxirrincos ha sacado a luz una posible relación entre terratenientes y alfareros que, hasta donde yo sé, había sido pasada por alto en todas las especulaciones.[63] Los papiros son contratos por dos años de las alfarerías situadas en grandes propiedades (frase empleada en el texto) de ese nombre. Los inquilinos, quienes se identifican como "alfareros que ha-

[60] Y. Garlan, "Greek Amphorae and Trade", en Garnsey, *Trade*, 34-35; D. Monacorda, "Produzione agricola, produzione ceramica e proprietari nell' ager Cosanus nel I a.C.", en Giardina/Schiavone, II, 3-54, esp., pp. 47-49.

[61] C. Delplace, "Les potiers dans la société et l'économie de l'Italie et de la Gaule au 1re siècle av. et au 1re siècle ap. J.-C.", *Ktema* 3 (1978), 55-76, en pp. 73-76, con un rechazo explícito del punto de vista de Wiseman antes criticado, p. 52 y nota 42.

[62] D. P. S. Peacock, "Recent Discoveries of Roman amphora Kilns in Italy", *Antiquaries Jornal* 57 (1977), 262-269, con bibliografía; *cf.* A. Hesnard y C. Lemoine, "Les amphores du Sécube et du Falcone", MEFRA 93 (1981), 243-295.

[63] H. Cockle, "Pottery Manufacture in Roman Egypt: A New Papyrus", JRS 71 (1981), 87-95. Estrictamente hablando, se ha publicado solamente uno de los papiros; los otros se mencionan en el artículo sólo en caso de variantes. Los dos no publicados son sobre el alquiler de un tercio y un cuarto de una alfarería, respectivamente, y hemos de suponer, como el editor, que los restos quedaron en documentos que no se han conservado. Yo he ajustado las cifras en consecuencia.

cen jarras de vino", se comprometen a fabricar anualmente 15 mil, 24 mil y 16 mil jarras "para cuatro tragos", respectivamente, que se les pagarán a razón de 32 dracmas por cada 100 en los dos primeros casos, pero 36 por cada cien en el tercero. También producirán un número pequeño de jarras "para dos y ocho tragos", que se les pagarán en jarras de vino o cantidades de lentejas. Los terratenientes pondrán la alfarería, las materias primas y el equipo, y los alfareros sólo la fuerza de trabajo (no especificada). Y en dos de los casos (los no publicados), otros testimonios refuerzan la idea de que los terratenientes eran personas de considerables recursos.[64]

No estoy sugiriendo que los contratos de Oxirrincos representen un método común de poner alfarerías a producir en el mundo romano (aunque no veo forma de demostrar que esto fuese insólito). Pero creo que es seguro, primero, que había una considerable variedad de "métodos", no sólo en los grandes centros —Arezzo, Pisa, Puteoli, Lezoux, La Graufesenque, África del Norte— sino también en los incontables pequeños centros de producción para distribución puramente local; en segundo lugar, que todos los terratenientes, grandes y pequeños que tuviesen a su disposición materias primas, lucraban directa o indirectamente explotándola. Esto era inherente al hecho mismo de ser terratenientes.

4. La ciudad consumidora y la producción urbana[65]

La literatura antigua está llena de referencias al contraste entre la ciudad y el campo, empezando con las claras implicaciones peyorativas que significaban "rústico". Lo que está ausente en

[64] He omitido algunos detalles y posibles complicaciones ulteriores. Resulta perturbador que la práctica fuese pasada por alto, aunque desde hace tiempo se supiera de ella, aunque no con tanto detalle, por otros varios contratos de arrendamiento de alfarerías egipcias. Dos de ellas, del siglo VI d.C., son contratos por fracciones de una alfarería, un catorceavo en un caso, un tercio en el otro, por diez años y por toda la vida del contraste, respectivamente P. Lond, III, 994 (p. 259) y P. Cairo Masp., I, 67-110.

[65] Esta sección se basa casi enteramente en mi obra "The Ancient City: From Fustel de Coulanges to Max Weber and Beyond", *Comparative*

tal literatura es, sin embargo, el concepto de una división *económica* fundamental entre los dos sectores de la sociedad humana, fuese en la formulación armoniosa con que Adam Smith inicia el tercer libro de su *Riqueza de las naciones* —"El gran comercio es el que se efectúa entre la ciudad y el campo, y es evidentemente ventajoso para ambos"— o en la idea de una hostilidad fundamental, expresada por Marx y Engels en *La Ideología Alemana* (completada en 1946) y repetida por Marx en el primer volumen del *Capital*: "La base de todo régimen de división del trabajo un poco desarrollado y condicionado por el intercambio de mercancías es la separación entre la ciudad y el campo. Puede decirse que toda la historia económica de la sociedad se resume en la dinámica de este antagonismo".[66]

Desde luego, griegos y romanos estaban conscientes del intercambio de bienes entre la ciudad y el campo, y hasta de un conflicto de intereses. Todo campesino ignorante encontraba tales intercambios y conflictos a lo largo de su vida. Esto no tiene importancia, porque ni siquiera los intelectuales hicieron alguna teoría de la economía o de la sociedad, algunos conceptos, sobre esa base de observación rudimentaria. Sólo en el siglo XVIII ocurrió este desarrollo, y sólo a finales del siglo XIX o a principios del XX fue reconocida claramente la gran división que había ocurrido entre la ciudad antigua y la ciudad de fines del periodo medieval, y la ciudad europea moderna. Esto fue obra de Max Weber y Werner Sombart, quienes estuvieron asociados durante muchos años, precedidos por Karl Bücher. La ciudad medieval, escribió este último, "no sólo era un centro de consumo, como lo fueron las ciudades de los griegos y los romanos".[67] Sombart elaboró entonces y refinó el concepto: "Por ciudad consumidora

Studies in Society and History 19 (1977), 305-327, reimpresa en Finley, *E. & S.*, cap. 1. P. Leveau, "La ville Antique et l'organization de l'espace rurale", *Annales* 38 (1983), 920-942, considera que el concepto de una ciudad consumidora es demasiado "recóndito" pero yo no considero que su enfoque sea incompatible con el mío.

[66] Citado de la traducción Penguin (1976) por Ben Fowkes, p. 472. En *La Ideología Alemana*, en lugar de "antítesis", leemos, "choque de intereses" entre la ciudad y el campo.

[67] K. Bücher, *Die Entstehung des Volkswirtschafts* (5ª edición, Tubinga, 1906), p. 371.

quiero decir la que paga por su mantenimiento (*Lebensunterhalt*)... no con sus propios productos, porque no necesita hacerlo. Deriva su manutención, antes bien, sobre la base de una pretensión legal (*Rechtstitel*), como impuestos o rentas, sin tener que entregar valores a cambio".[68]

Los historiadores de la antigüedad clásica han solido pasar por alto estas ideas o, siguiendo a Edward Meyer, han tratado a Bücher, Weber y Sombart como ignorantes y como intrusos, no muy listos, en un campo que se les recomendaba abandonar. Confío no tener que repetir que yo ya he escrito acerca de los tipos ideales (o modelos) weberianos, y que no tendré que establecer el punto de que él y los otros tenían perfecta conciencia de que la abrumadora mayoría de la población urbana, esclavos, extranjeros y ciudadanos, se ganaban la vida como artesanos, labradores no calificados, tenderos y profesionales. Muchos —esclavos o libres, no importa en este contexto—, se dedicaban a hacer cosas para venderlas en su casa o para exportarlas. Nada de esto ha sido seriamente disputado. Señalaré lo que escribí originalmente acerca de la alfarería de Arezzo, los paños de Tarso o las lanas de Patavio (pp. 136-137), aunque también acepté más de tal actividad de la que se ha confirmado. Hoy es evidente, por ejemplo, que Marsella acaso fuese depósito de productos importados o exportados a los bárbaros del interior (p. 131) en sus tempranos días "coloniales" pero no después.[69] También se ha demostrado que la supuesta industria de la lana de Tarento (Rostovtzeff la incluyó entre los "grandes centros industriales del mundo antiguo") no encuentra la menor confirmación en ninguna fuente informativa antigua.[70]

Gran parte de mi análisis, se ha dicho recientemente, "se basa en el argumento del silencio y en su gemelo, la generalización a partir de datos insuficientes".[71] Lo que parecemos estar poniendo en su lugar, del odiado argumento basado en el silencio

[68] W. Sombart, *Der moderne Kapitalismus* (2ª ed., Munich y Leipzig, 1916), I, 142.

[69] Véase C. Goudineau, "Marseilles, Rome and Gaul from the Third to the First Century B.C.", en Garnsey, *Trade*, 76-86.

[70] J. P. Morel, "La laine de Tarente", *Ktema* 3 (1978), 93-100.

[71] W. E. Thompson, "Entrepreneur", 54.

es, en grandes dosis, lo que en otra parte llamé el "argumento de las personas faltantes", es decir, especulaciones y afirmaciones acerca de lo que estaría en textos que no existen. Vano sería examinar extensamente este tipo de argumentación, pero se me permitirán dos ejemplos, en vista de lo omnipresente que se ha vuelto esta técnica. D'Arms empezó un artículo sobre la condición de los mercaderes en el mundo romano citando la correspondencia personal, recién descubierta, de una familia ennoblecida de La Rochelle a comienzos del siglo XVIII, en que era evidente una gran tristeza por el hecho de que la fortuna de la familia, debidamente invertida en tierras, se originó en las ganancias producidas por el tráfico de esclavos. Pero el testimonio romano, continúa D'Arms, "nos falla en un detalle . . .no tenemos ni un solo ejemplo, hasta donde yo sé, de un senador romano que, como Depont, censurara a los mercaderes pero que, no obstante, puede señalársele que entre sus antecedentes hubo comercio"; y concluye de esta manera: "Si se hubiese conservado de Roma más correspondencia privada, en contraste con la correspondencia literaria. . . confío en que en realidad encontraríamos a nuestro Jean Samuel Deponts en la antigua Roma".[72]

Un esfuerzo más general y espectacular es el de Moeller, por crear una gran industria de la lana en Pompeya, basada, en primera instancia, en la cría local de ovejas, de la que no hay pruebas, a menos que aceptemos su afirmación de que Lactario Mons, nombre que implica producción de leche, fuese una región en que se criaban ovejas, pese al hecho de que las fuentes antiguas especifican ganado bovino. Toda la estructura del argumento de Moeller, en favor de la existencia de una industria de exportación controlada y coordinada por los bataneros, se apoya en una sucesión de tales conjeturas y errores. Por ejemplo, convierte a una casa pequeña en pequeña fábrica con unos veinte

[72] J. H. D'Arms, "M. I. Rostovtzeff and M. I. Finley: The Status of Traders in the Roman World", en *Ancient and Modern. Essay in Honor of G E. Else* (Ann. Arbor, 1977), pp. 159-179. Las dos citas de mi texto aparecen en pp. 163 y 179. El artículo ha sido reproducido en gran parte como capítulo 1 de D'Arms, *Commerce and Social Standing in Ancient Rome* (Cambridge, Mass., 1981), en el que podemos ver la crítica de P. Garnsey en *Classical Philology* 79 (1984), 85-88.

obreros, sobre la base de una gráfica en que un hombre es identificado como tejedor. Y un espacioso edificio en que los bataneros levantaron una estatua de Eumaquia se convierte, contra toda probabilidad arqueológica, en la casa consistorial de los bataneros y en un "lugar de intercambio de paños, en que se vendían, a remate, artículos en grandes cantidades".[73]

Pero eso basta y sobra como discusión metodológica tan penosamente elemental. El modelo de una "ciudad consumidora", en realidad todo el análisis que yo he tratado de hacer de la economía de la antigüedad no se vería afectado ni menoscabado en lo más mínimo por el descubrimiento de unos cuantos telares más en Pompeya, o de unos pocos miembros de la aristocracia senatorial dedicados activamente al comercio y la fabricación. Nadie puede disputar la existencia de hombres excepcionales, y aun de ciudades excepcionales. Ningún modelo histórico o sociológico pretende incorporar todos los ejemplos individuales conocidos o posibles. A falta de datos reveladoramente cuantitativos, lo mejor que podemos hacer es juzgar si un modelo, conjunto de conceptos, explica o no los datos disponibles más satisfactoriamente que otro modelo (el procedimiento de anticuario, aún prevaleciente, que consiste en enumerar todos los "hechos" discretos disponibles, no es método, en absoluto). El modelo de una ciudad consumidora no sólo se basa en la presencia de un factor decisivo que derivaba su manutención de las rentas y los impuestos, antes que de transacciones comerciales con un sector agrícola "extranjero", sino también en la restricción de la mayor parte de la producción urbana a producción de artículos en pequeño, a la producción por artesanos independientes de artículos vendidos al menudeo, para consumo local. Hasta la ciudad consumidora quintaesenciada, Roma, necesitó grandes números de tales hombres, pero normalmente sólo para la producción de artículos en pequeño. La proposición crítica fue hecha por Sombart inmediatamente después del fragmento que

[73] W. O. Moeller, *The Wool Trade of Ancient Pompeii* (Leiden, 1976). La cita acerca del edificio de Eumaquia aparece en p. 162. Mi crítica ha sido tomada del devastador análisis del libro, *The Economy and Society of Pompeii* por W. S. Jongman, quien tuvo la bondad de adelantarme una copia de la sección pertinente.

he citado, definiendo a la ciudad consumidora, cuando escribió: "Los creadores de ciudad, originales y primarios fueron consumidores, los creadores derivados secundarios, terciarios, etc., fueron productores", y estos últimos fueron un elemento independiente, "cuya existencia fue determinada por la parte del fondo de consumo asignada a ellos por la clase consumidora".

Tal es la cuestión hacia la cual debe dirigirse el argumento. Planteada de otra manera, la pregunta es si la manufactura y el comercio urbanos *generaron* o no riqueza en el mundo antiguo, hasta un grado importante o si simplemente tomaron su parte del consumo creado por los sectores agrario y minero. Que este último creció considerablemente, aunque en forma un tanto dispareja a lo largo de la antigüedad es cosa que está fuera de duda: la simple incorporación de todo el territorio que acabó por constituir el Imperio Romano es prueba suficiente. El número de creadores secundarios y terciarios de ciudad, de Sombart, también creció enormemente, aunque yo creo que llegó un momento, digamos, en el siglo III y sólo en el Imperio Occidental, en que la producción de bienes urbanos empezó a sufrir una decadencia, a la vez por la fuga de grandes terratenientes de las ciudades y porque el estado retiró cada vez más sus necesidades del mercado (brevemente antes, p. 115). Ésta es una sugestión que requiere más investigación de la que hasta hoy se ha efectuado, y de todos modos en nuestro contexto su importancia se limita, principalmente, a fijar un momento en que hasta la posibilidad de un crecimiento económico urbano dejó de existir.[74]

A la postre, una vez reunidas todas las excepciones, reales o imaginarias, buen número de mis puntos generales acerca de la producción urbana han quedado básicamente intactos, pese a los esfuerzos recientes por elevarla a una estatura casi moderna. El primero es que no hubo gremios en la antigüedad (p. 168): esto ha sido reafirmado, nuevamente, por el estudio más reciente de

[74] Yo consideré este desarrollo en el contexto de la decadencia de la esclavitud a finales de la antigüedad: *Slavery*, 139-141. Desde entonces, C. R. Whittaker ha analizado en dos ocasiones esta posibilidad. Como yo interpreto su vacilación, se basa en una incertidumbre acerca de la difusión e importancia de la decadencia (dado el estado insatisfactorio de la investigación), y no en una negativa de su existencia: véase Whittaker en Garnsey, *Trade*, 174-7, y su fundamental artículo, "Inflation", 9-12.

los *collegia* romanos.[75] El segundo punto se sigue del primero, a saber, que si no hubo gremios, *a fortiori* no hubo casas consistoriales, no hubo salones de pañeros y, además, no hubo bolsas de valores ni cajas de cambio (pp. 158-159). Los esfuerzos ocasionales por descubrirlos han sido desesperadamente patéticos, como el "edificio de Eumaquia" pompeyano, ya descrito, o la llamada "Piazzale delle Corporazioni" de Ostia, nombre típicamente exuberante dado por un arqueólogo a un edificio que desempeñaba una función incierta, y que si acaso sería un edificio comercial con habitaciones que parecen celdas.[76] Tales puntos generales (y otros más que consideraré inmediatamente, en la próxima sección) me parecen fundamentales en todo intento por caracterizar la economía de la antigüedad.

5. El dinero y el crédito

No es fácil para nadie que viva hoy en un país occidental capitalista captar adecuadamente el funcionamiento de una sociedad usuaria de dinero en que el dinero era esencialmente metal acuñado y nada más, y en que en particular no había dinero fiduciario (lo que es diferente de un metal bajo circulando con valores convencionales, como las fichas) y sin papel negociable. Obviamente, todo análisis de la inflación en la antigüedad, especialmente la supuesta inflación de los siglos III y IV d.C., es esencialmente defectuoso si no se centra en ese hecho elemen-

[75] Ausbüttel, *Vereine*, esp., cap. 3. Por desgracia, Ausbütel informa sin comentar demasiadas discusiones y conjeturas de estudiosos modernos, por muy infundadas que sean y por muy poco que hayan influido sobre él; por ejemplo, su breve nota (97, nota 72) acerca del "alegato" de Moeller, de que los magistrados de Pompeya protegían los derechos de agua de los miembros de la asociación de bataneros, de lo que no hay ninguna prueba.

[76] El "edificio de Eumaquia" nunca fue reconstruido después del terremoto de 62 d.C.; véase H. Eschebach, *Pompeii* (Leipzig, 1978), p. 293. Eschebach acepta la versión de Moeller sin criticarla, y no parece impresionarle el hecho de que en diecisiete años no se reconstruyera esta supuesta casa consistorial y bolsa de paños. La *piazzale* de Ostia ha sido ofrecida como candidato de M. Frederiksen en su crítica de este libro en JRS, 65 (1975) 170, pero véase R. Meiggs, *Ostia* (2ª ed., Oxford, 1973), pp. 283-288, sobre las dificultades de interpretar los restos.

tal.[77] No menos obviamente, el abasto de dinero dependía en gran parte de la cantidad de oro y de plata de que dispusiese la autoridad que los emitía, y no cabe duda de que la oferta a menudo era inadecuada para las necesidades de la sociedad, ya no digamos para las perspectivas de un desarrollo económico. Aun si alguien conviniera con Lo Cascio en sus persistentes esfuerzos por argüir que las autoridades romanas, desde el último siglo de la República habían tenido un "entendimiento empírico... de algunas nociones económicas" suficiente para desarrollar "un intento de política monetaria" entre otras cosas para "abastecer el mercado con medios adecuados de cambio"[78] —y yo no estoy totalmente convencido—, queda fuera de toda disputa que hasta Roma sufrió una "crisis" ocasional atribuible a una escasez de moneda, expliquemos como expliquemos esto último.[79] Tampoco hay duda de que, dejando aparte a Roma y otros estados imperiales, los estados de la antigüedad se encontraban ante una escasez crónica salvo cuando obtenían súbitas ganancias mediante conquista o un golpe de suerte en la minería.

Sin embargo, lo que aquí me interesa es más el crédito que la moneda, y específicamente la maquinaria para obtener crédito aparte del préstamo de monedas. En la edición original subrayé la ausencia de divisas, conocida desde finales de la Edad Media o desde los principios de la época moderna, que permitió la *creación* del crédito, es decir, la extensión de los recursos de la sociedad mediante técnicas que permitían a los prestamistas o instituciones prestamistas tratar en "fichas" de una u otra índole, como si fuesen dinero en efectivo. Observé en particular la falta de papel negociable, la correspondiente ausencia de bolsas de valores o de cambio, y la ausencia de una deuda pública en forma de billetes de banco o similar dinero fiduciario (pág. 106). La función esencial de estas instituciones y técnicas en el desa-

[77] Véase especialmente Whittaker, "Inflation".

[78] Lo Cascio, "Coinage", 76 (el abasto monetario es analizado en pp. 82-86); *cf.* su extensa crítica en los *Annali* del Ist. Italiano di Numismatica 25 (1978), 241-261 de C. Rodewald, *Money in the Age of Tiberius* (Manchester, 1976).

[79] Véase ahora Rodewald y la crítica por Lo Cascio, citada en la nota anterior.

rrollo de la economía moderna es demasiado conocida para que algún historiador de la economía necesite documentación, y su ausencia en la antigüedad, si tal fue el caso, es tan fundamental como la ausencia de gremios y de casas consistoriales. Ningún desfile de posibles excepciones puede sobrepasar esa condición básica de la práctica comercial y las finanzas de la antigüedad.

Ahora han aparecido dos ataques "anti-primitivistas", en masa, contra mi posición, por Andreau y Thompson, y es necesario preguntar cómo han tratado la cuestión de la creación del crédito.[80] No vale la pena dedicar mucho espacio a los familiares "argumentos de las personas perdidas", en que Thompson se especializa, mientras ofrece su explicación privada de los silencios de las fuentes: los "jurados (atenienses) no querían oír los detalles de la administración de sus posesiones".[81] Pero cuando ambos estudiosos dependen de tal tipo de argumento para declarar que una cantidad importante de los préstamos de la antigüedad estaba destinada a uso productivo, es esencial pedir un alto e insistir en las pruebas. Un reciente "catálogo de casi novecientas transacciones, préstamos de todos tipos, tomados de toda la Grecia clásica" ha producido "tal vez cinco —con exclusión de los préstamos marítimos— que concebiblemente se podrían clasificar como productivos".[82] Ninguna concesión especial, ninguna disputa acerca de la clasificación de una transacción en tal catálogo puede alterar los efectos de la aritmética. No se dispone, para el mundo helenístico ni para Roma, de tal pintura sinóptica, y nos vemos impulsados a conjeturas y corazonadas.

[80] Andreau, "Banque"; Thompson, "Entrepreneur", y su anterior obra "A View of Athenian Banking", *Museum Helveticum* 36 (1979), 224-241. Thompson no parece conocer el artículo de Andreau.

[81] "Entrepreneur", 58. No puedo dejar de dar un ejemplo de la calidad de su pensamiento económico: "...pero esto presupone que ellos [los banqueros atenienses] actuaban conservadoramente. Y sin embargo sabemos que algunos de ellos cayeron en bancarrota" ("Banking", p. 235 nota 69).

[82] P. Millet, "Maritime Loans and the Structure of Credit in Fourth century Athens", en Garnsey, *Trade*, 36-52, en p. 43. La prueba de este cálculo será presentada en el volumen que hoy está preparando Millett. Yo he sugerido (p. 141) que el carácter excepcional de los préstamos marítimos a este respecto y la tasa sumamente alta de interés pueden explicarse por el carácter de seguro de esa forma de préstamo. Millet (p. 44) ha expresado dudas, pero a mí no me resulta convincente su razonamiento.

Aunque no puedo afirmar con seguridad que el cuadro del préstamo no productivo no fuese significativamente alterado, la evidencia que yo conozco señala en esa dirección.

Thompson no parece haber tomado en cuenta, para nada, el punto acerca de la creación del crédito. Andreau registra la ausencia de la deuda pública, pero se deshace de ella en menos de una frase, incorrectamente, como de un fenómeno limitado a la época de la revolución industrial "y el periodo que inmediatamente lo precedió" (p. 1132). Arguye luego que la banca, aun en la antigüedad "tuvo el poder de aumentar el poder adquisitivo global disponible dentro del marco de una cantidad de dinero económica fija" porque duplicó la cantidad, por una parte como dinero que seguía siendo propiedad de los depositarios y al mismo tiempo como dinero que el banco podía prestar (p. 1143). Esto me deja pasmado y no me queda más remedio que desdeñarlo como curiosa aberración.[83] La ausencia de instrumentos e instituciones creadoras de crédito sigue siendo el fundamento inconmovible de la economía de la antigüedad. Tal vez, antes de abandonar el tema, debà yo repetir que ni por un momento discuto que en la antigüedad se prestaron grandes cantidades de dinero, que un porcentaje desconocido e indescubrible de él tomó la forma de pequeños préstamos de usura a los pobres en los poblados y en el campo, y que las ganancias de los agiotistas formaban parte regular del ingreso de las clases superiores. El punto en cuestión no es eso, sino la función de los préstamos en la producción y en el desarrollo económico, ante lo cual mi posición es casi enteramente negativa.

6. Alimentar las ciudades

Algunas ciudades de la antigüedad se vieron obligadas a importar regularmente cantidades considerables de grano del extranjero, sobre todo Atenas y Roma. Esta última era de una clase especial, y necesitaba importar (según un cálculo moderno conservador) al menos 150 000 toneladas de grano anualmente des-

[83] Como fue sumaria y correctamente rechazado por Lo Cascio, "Coinage", 77 nota 3.

de el siglo I a.C. hasta el siglo III d.C. (además de los abastos para los lejanos ejércitos romanos).[84] Tales cantidades (y después de 332 d.C., los abastos para Constantinopla), ya se ha observado, fueron "el único ejemplo en la antigüedad de transporte continuo sobre una larga distancia, de artículos baratos en cantidades considerables". "Era un sistema muy complicado y que fácilmente se podía alterar", y sin embargo, "no subrayaríamos las evidentes deficiencias del sistema sino, en cambio, el hecho de que normalmente funcionara bastante bien".[85] El grano se obtenía principalmente por medio de rentas e impuestos en especie, y en parte por compra (a la vez privada y pública) del centro de Italia, Sicilia, Cerdeña, África del Norte, y, a veces, de Egipto y, en cantidades menos importantes, de la Galia y de España. La mayor parte de este enorme abasto, puede calcularse que 85%, llegaba por mar (durante una temporada para navegar de unos siete meses), no a la propia Roma sino a Puteoli, en la Bahía de Nápoles, antes de que Claudio empezara a crear el Puerto de Ostia, y aún después, río arriba, por el Tíber, hasta la etapa final. Los navíos más grandes eran del orden de 400 a 600 toneladas, reducidos para el Tíber a cerca de 150 toneladas. Sin embargo, no hay manera de conocer cuánto del transporte se efectuaba en navíos más pequeños, especialmente en el viaje costero de Puteoli al Tíber. Para alentar a los constructores de barcos durante una escasez de granos, el emperador Claudio ofreció varios incentivos a todo el que construyera barcos capaces de transportar un mínimo de cerca de 70 toneladas de trigo.[86]

[84] Garnsey, *Trade,* 118.

[85] E. Tengström, *Bread for the People* (*Skrifter* of the Swedish Institute of Rome 12 (1974), pp. 7, 93. Pese al título, el libro es acerca de la ciudad de Roma en el siglo IV d.C. y se basa en un minucioso análisis filológico de las secciones pertinentes del *Código Teodosiano.* Carandini presentaría como otro ejemplo la cerámica del norte de África, del siglo II al siglo VII: "Pottery and the African Economy" en Garnsey, *Trade,* 145-162. Sin embargo, ese comercio no era indispensable, en ningún sentido, mientras que la ciudad de Roma habría muerto de inanición sin las formidables importaciones anuales de grano.

[86] Todas estas cifras fueron tomadas de P. Pomey y A. Tchernia, "Le tonnage maximum des navires de commerce Romains", *Archaeonautica* 2 (1978), 233-51, esp., pp. 237-243.

Ofrezco estas cifras sólo para indicar concretamente la escala del esfuerzo requerido para alimentar a la población de la Ciudad de Roma. No hay manera de cuantificar el material y el personal requeridos para llevar el grano a los puertos en las regiones abastecedoras, para cargar y descargar los navíos a mano, almacenar el grano en Puteoli, Ostia y Roma, y llevar el grano bruto del depósito al molinero, al panadero y, por último, al distribuidor.[87] Sólo podemos decir que los números de hombres necesarios en Italia, Sicilia, Egipto, África del Norte y por doquier eran grandes y que la maquinaria administrativa era considerable, tanto más en una sociedad básicamente no-burocrática. Cierto, como lo ilustran las medidas tomadas por Claudio para fomentar la construcción de navíos, la intervención estatal tardó mucho en desarrollarse y permaneció durante largo tiempo restringida. Durante la República, la intervención fue un fenómeno de crisis. Luego, bajo el principado. el Estado creó una maquinaria administrativa desde temprana fecha del reinado de Augusto,[88] pero el Estado siguió prefiriendo "privilegios y términos favorables" antes que los "servicios obligatorios" hasta finales del siglo III o el IV, en una operación que fue "algo menos que *libero commercio* o *laisser faire, laisser passer*" pero que aún estaba lejos del "*dirigismo*".[89] A este respecto, es sorprendente la comparación con la única otra ciudad antigua de la que sabemos bastante, a saber, la Atenas clásica, donde un cuerpo relativamente numeroso de funcionarios y severas regulaciones que pedían a los comerciantes y embarcadores con base en Atenas dar grano a la ciudad, no hizo que interviniera el personal como tal, gran parte del cual era de metecos, no de ciudadanos.[90] Atenas ni siquiera aplicó su sistema fiscal para satisfacer sus necesidades alimentarias, pero aumentó los derechos de puerto a los granos importados, como a cualquier otro artículo (p. 164). De otras ciudades, nuestro conocimiento es

[87] La colección más completa de pruebas se encuentra en G. Rickman, *The Corn Supply of Ancient Rome* (Oxford, 1980).

[88] Véase, ahora, H. Pavis d'Escurac, *La préfecture de l'annone* (*Bibl. des Écoles fr. d'Athènes et de Rome*, 226, 1976).

[89] Garnsey, *Trade*, 128.

[90] Véase, más recientemente, P. Gautlier, "De Lysias à Aristote (Ath. Pol., 51,4)...", *Revue historique de droit français* 59 (1981) 5-28.

demasiado fragmentario para permitir una evaluación apropiada: ni de Alejandría ni de Cartago, las dos ciudades más comparables en dimensión a la Roma Imperial, tenemos información reveladora sobre el tema.

Supongo yo que fue inevitable que la distribución de grano y las medidas de crisis hubiesen ocupado la atención de los historiadores, mucho más que los problemas rutinarios de alimentar a las grandes ciudades. Aunque las nuevas pruebas no abundan, en forma de inscripciones y papiros que sólo nos ofrecen información marginal y accidental, ha habido bastantes discusiones recientes para que sea necesario cierto re-examen de lo que escribí originalmente (pp. 40, 169-1971). Sigue siendo cierto que sólo en la propia Roma y después en Constantinopla hubo una regular distribución en gran escala de granos, o, a la postre, de pan (y a veces de otros alimentos) por el estado (romano). ¿Qué otra cosa podíamos esperar? La riqueza de los emperadores romanos no habría bastado para un esquema extenso que fuese siquiera remotamente comparable a la distribución efectuada en la ciudad de Roma. Todos los demás esquemas conocidos —y su número sigue siendo pequeño— fueron o bien financiados en privado, o bien municipales aplicados a relativamente pocas personas, y no dan pruebas de gran longevidad.[91] Es imposible cuantificar las sumas totales disponibles bajo estos esquemas, la mayoría de los cuales estaban destinados a juegos, fiestas, estatuas conmemorativas, etc., antes que a la distribución de granos o de limosnas, o también el número de recipiendarios. Sea como fuere, en la Italia imperial parecen bastante claras las pruebas de que, aparte de las labores de beneficencia de unos cuantos miembros de las oligarquías municipal o imperial, las sumas donadas eran bastante pequeñas.[92] Lo pequeñas que a veces eran queda ilustrado por una inscripción, recién

[91] Carrié, "Distributions", 1070-1100.

[92] Véase J. Andreau, "Fondations privées et rapports sociaux en Italie romaine (Ire-IIIe siècles), *Ktema* 2 (1977), 157-209. Un ejemplo excelente de la gama de los beneficios nos lo ofrece la carrera de Opramoas, rico benefactor de la ciudad de Licia, de mediados del siglo II, conocido sólo epigráficamente: véase Balland, *Xanthos*, cap. 7. Estoy agradecido a Peter Garnsey por dirigir mi atención hacia esta publicación y las inscripciones citadas en la nota siguiente.

publicada, de mediados del siglo II a.C., procedente de Tlos, en Licia, que registra un donativo de 12 500 denarios de una mujer llamada Lalla, que fue colocado a interés. De este ingreso, la ciudad garantizaba entregar un denario el 15 de junio de cada año a cada uno de los mil cientos nombres de una existente lista de ciudadanos calificados para participar en una distribución municipal de granos.[93]

Al analizar originalmente la distribución de granos en Roma (pp. 40 y 170-171), insistí en que era la excepción que prueba la regla de que, antes de la cristianización del Imperio, ni siquiera el estado se preocupaba mucho por sus pobres.[94] Que fue una verdadera excepción me parecía seguro, y aún me lo parece. La repetida insistencia en las versiones modernas, en el hecho de que la distribución fue abierta a todos los ciudadanos, sin que haya rastros de una prueba de pobreza, tiene implicaciones erróneas. La cuestión crítica no es de elegibilidad sino de práctica: ¿quién calculó, en realidad, la proporción de los granos gratuitos en los cientos de años en que continuaron a su disposición (no quién tuvo un papel para hacerlos)? Las fuentes antiguas son unánimes en su opinión de la distribución como forma de alivio a los pobres, conquistada por la plebe después de considerables luchas.[95] Hasta se cuentan historias de ciudadanos que "hacían trampa" mediante seudo-manumisiones de sus esclavos para pasar una parte de los costos de su mantenimiento al estado. Tratar de refutar este testimonio y el elemental sentido común diciendo que cada senador también tenía el derecho de formar cola por su ración, o enviar un doméstico a que lo hiciera en su lugar, me parece un pedantesco absurdo. Cuando el tribuno Clodio Pulcher introdujo la distribución regular de granos en 58 a.C., lo estableció como derecho de los ciudadanos, no como caridad para los pobres. Esto es interesante en lo simbólico y lo ideo-

[93] La inscripción es la núm. 1 del grupo publicado por C. Naour en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 24 (1977), 265-290.

[94] Véanse los lineamientos generales en la sección intitulada "De la générosité antique à la charité chrétienne", en E. Patlagean, *Pauvreté économique et pauvreté sociale a Byzance 4e-7e siécles* (París y La Haya, 1977), pp. 181-196.

[95] Véase el comentario general en H. Schneider, *Wirtschaft und Politik* (Erlangen, 1974), pp. 361-391.

lógico, pero no cambia la realidad como fue vista por sus partidarios y por sucesivos comentadores romanos.[96] Los emperadores, empezando por Augusto, pronto vieron las ventajas políticas que podían obtener si se presentaban como patronos de la ración de granos gratuitos. Pero tampoco esto hace que la distribución no sea una forma de alivio a los pobres.

Una excepción más fue introducida por Trajano (o concebiblemente por Nerva) con su llamado programa de *alimenta* en Italia. Una gran suma de dinero fue asignada por el emperador —no se sabe cuánto— para la manutención de los niños pobres (y unas cuantas niñas) tal vez hasta las edades de 18 y 14 años, respectivamente. Sin embargo, el dinero no era entregado directamente a las autoridades locales, sino canalizado a ellas mediante pago de intereses, de cerca de cinco por ciento hechos por grandes terratenientes sobre préstamos que recibían del fondo original, de cerca de ocho por ciento del valor de las pertenencias gravadas. El esquema era complejo, requería considerable estimación de valores y por lo que sabemos era a perpetuidad, aunque ninguna regulación habría podido prevenir una bancarrota económica y falta de pagos individuales. En conjunto, se sabe que cuarenta y nueve ciudades participaron en el programa, casi tres cuartas partes de ellas en las cuatro regiones centrales de Italia.[97]

Aunque la evidencia es totalmente epigráfica y por tanto expuesta al azar, hoy es virtualmente seguro que el esquema nunca llegó a todos los poblados de Italia. No tenemos ninguna idea de cómo se hacía la selección, cómo se elegían los niños que sal-

[96] Acerca de Clodio, véase el importante análisis de W. Nippel, "Die *plebe urbana* und die Rolle der Gewalt in der späten römischen Republik", en *Vom Elend der Handarbeit*, ed. H. Mommsen y E. Schulze (Stuttgart, 1981), pp. 70-92, esp., 81-90. Como lo ha dicho Paul Veyne, en Veyne, "Alimenta", 166, "Pratiquement ce sont les pauvres qui sont visés...; eux seuls bénéficient des lois agraires, et touchent le blé fourni comme tribut par les provinces... Cependant, jusqu'á l'époque chrétienne le langage continuera à dissoudre le catégorie sociale des pauvres dans l'universalité civique de la loi".

[97] Véase Duncan-Jones, *Economy*, Apéndice 5. Acerca de varios aspectos administrativos, véase también W. Eck, *Die staatliche Organisation Italiens in der hohen Kaiserzeit* (Munich, 1979), cap. 5.

drían beneficiados, o qué porcentaje representaban de todos los niños libres de cada comunidad.

Cualesquiera que fuesen los propósitos del esquema, estuvo limitado a Italia. Las implicaciones políticas son obvias, pero por lo demás los propósitos, tal vez sorprendentemente, siguen expuestos a considerable e inconcluso debate. Que en apariencia el objeto era dar alivio financiero a algunos de los pobres, manteniendo a sus hijos, está fuera de toda disputa. Pero Veyne, en particular, ha afirmado que tanta preocupación por los pobres es incomprensible sin algún motivo ulterior, que él encuentra en el deseo de elevar la tasa de nacimientos.[98] Yo acepté esto originalmente (p. 40), pero ahora tengo dudas. Veyne ha supuesto que en Veleia, de donde tenemos la información más detallada, tal vez un niño de cada diez era beneficiario. Esto sólo es una conjetura, pero me basta. ¿Qué clase de plan para aumentar la tasa de nacimientos en Italia era el que restringía los beneficiarios a alguna de las ciudades y sólo a un pequeño porcentaje de los niños? ¿Por qué recurrieron los emperadores a algo tan indirecto, en lugar de las habituales medidas de penalizar a los solteros y beneficiar directamente a los padres que tuviesen más del número especificado de hijos, métodos conocidos por otras sociedades y empleados por Augusto a principios de su reinado en Roma? La respuesta de Veyne a tales objeciones es que la política demográfica gubernamental siempre ha sido ciega y que no debemos juzgar los objetivos de Trajano por la ineficacia del plan. Tal vez, pero yo no estoy seguro de que la sencilla explicación política inherente a la extensión del patrocinio del emperador sea mejor, y aún menos me impresiona por el reciente planteamiento nuevo de la vieja sugestión de que el esquema tendía simultáneamente a mejorar la agricultura italiana, al crear un fondo de tierras.[99] El concepto de que lo que equivalía a un impuesto sobre la tierra (el interés sobre los préstamos) obligaría a los terratenientes a hacer mejoras para recuperar el dinero, y hacerlo a perpetuidad, puesto que los pagos

[98] Véase P. Veyne, *Le pain et le cirque* (París, 1976), pp. 647-658, y Veyne, "Alimenta".

[99] E. Lo Cascio, "Gli alimenta, l'agricoltura italica e l'approvigionamento di Roma", *Rediconti...* Lincei, 8ª serie, 33 (1978), 311-354.

anuales no cesaban, me parece totalmente imposible, y una vez más sabemos que podían emplearse directos métodos brutales cuando se les consideraba deseables, como en el efímero intento de Domiciano por restringir la viticultura (p. 212, nota 47).

Un enigma final queda por considerar, acerca de los *alimenta*. La última referencia al plan data de poco después de mediados del siglo III, de modo que tuvo una vida de siglo y medio por lo menos. Hay razones para creer que se le inyectó un poco más de capital imperial, y no puede haber duda de que hubo quiebras y bancarrotas durante la larga vida de este plan. Pero, ¿fue voluntaria u obligatoria la participación? En el primer caso, ¿podían retirarse los participantes? Se ha argumentado vigorosa y persuasivamente que tanto los testimonios internos como los pocos testimonios externos que tenemos (especialmente Plinio, *Epístolas*, 10.55) hacen muy poco probable el carácter obligatorio.[100] Yo acepto los argumentos, pero dudo de que la alternativa haya sido correctamente planteada. La imagen de miles de prósperos terratenientes italianos aceptando una carga financiera perpetua para ayudar a mantener a los niños pobres por la mayor gloria del emperador (ya no digamos para ayudar a estimular la tasa italiana de nacimientos) me parece a mí aún más contraria a la mentalidad de la época que la idea de la directa benevolencia imperial hacia los pobres. Hay muchas formas en que se puede ejercer presión "moral" en semejante situación, aparte de la orden legislativa. La anuencia, como la sinceridad, es sumamente elusiva.

Un nuevo cariz ha tomado el análisis de la distribución de alimentos en Roma, con la publicación en 1972 de un grupo de papiros de Oxirrincos, que datan entre 268 y 272 d.c., y que revelan una ración mensual de granos, probablemente a 4 mil cabezas de familia locales. Los papiros muestran, dice su editor, "que los repartos no eran provisión para los muy pobres, sino requisito de las clases medias ya privilegiadas de las ciudades, *como en Roma*" (las cursivas son mías).[101] Esta notable conclusión, que pone de cabeza la historia interna de Roma desde la

[100] Véase especialmente Garnsey, citado en 184, nota 10 y Veyne, "Alimenta".

[101] J. R. Rea, ed., *The Oxyrhynchus Papyri*, XL, p. 8.

época de Claudio (y aún antes), ha recibido cierta sorprendente aceptación, todo ello porque una parte de la maquinaria para llenar vacantes e identificar recipiendarios en las listas de Oxirrincos parecen haber sido copiadas de la práctica imperial romana.[102] la interpretación ha sido hoy refutada con vehemencia, y creo yo que decisivamente.[103] Sea como fuere, todas las referencias conocidas a la distribución de granos hasta el fin del imperio no prueban absolutamente nada, aparte de las continuas excepciones de Roma y Constantinopla. Ninguna de las otras fue permanente, aunque no tenemos idea de cuándo fueron introducidas o por qué fueron introducidas o abandonadas al serlo. La "economía provincial", se ha dicho con justicia, "habría tenido dificultades para sobrevivir a una multiplicación excesiva" de instituciones como la distribución de grano de Oxirrincos.[104] Yo sigo prefiriendo juzgar la mentalidad de los últimos emperadores por la práctica de Constantinopla, la segunda capital, y no por lo que pudiera hacerse durante unos cuantos años en la insignificante aldea egipcia de Oxirrincos.

7. La guerra y el imperio

Estos dos temas gemelos recurren, naturalmente, en este libro (especialmente pp. 156-161 y 169-176), aparte de los problemas especiales de las postrimerías del Imperio romano (pp. 90-93). También aquí requieren consideración algunos aspectos, o al menos, algunos matices.

Acerca del punto central de que no hubo guerras comerciales ni imperialismo comercial por grandes que hayan sido las ganan-

102 El apoyo más entusiasta ha procedido de E. G. Turner, "Oxyrhynchus and Rome", *Harvard Studies in Classical Philology* 79 (1979), 1-24, en pp. 16-24; véase también Ballan, *Xanthos*, 215-221, y, sorprendentemente, Carrié, "Distributions", cuya propia discusión pasa por alto en su mayor parte el endeble fundamento echado por Rea. Acerca de la maquinaria, véase ahora C. Nicolet, "Tessères frumentaires at tessères de vote", en *Mélanges... Heurgon (École française de Rome*, 1976), II, 694-716.

103 R. J. Rowland, Jr., "The 'Very Poor' and the Grain Dole at Rome and Oxyrhynchus", *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 21 (1976), 60-72.

104 Carrié, "Distributions", 1096.

cias del Imperio, no tengo razones para modificar mis ideas.[105] Tal vez valga la pena repetir, para prevenir todo equívoco, que yo no me propongo minimizar la explotación pública y privada de los pueblos sometidos o subordinados, ni niego que el comercio pudo haberse beneficiado de la guerra y el Imperio. Sin embargo, este último fue en parte un sub-producto no intencional y no esencial de la motivación de las guerras y conquistas, y ciertamente no pueden descubrirse intereses de mercaderes en el pensamiento de quienes tomaban las decisiones políticas. El hecho de no aplicar impuestos como palanca comercial, que ya he notado brevemente una o dos veces probablemente merezca mayor hincapié, como tal vez el síntoma más característico de este punto negativo.

Como siempre hay excepciones, pero sorprendentemente pocas. Una de ellas sólo se conoce por una breve frase satírica de la *República*, de Cicerón (3.16): "Somos los más justos de los hombres, los que no permitimos a los pueblos situados más allá de los Alpes plantar olivos y viñas, de modo que nuestros propios olivos y viñas valgan más". Cicerón no nos da fecha ni contexto, *y no hay otra medida común en la historia romana que le sea comparable.* Por tanto, se han expresado dudas acerca de su autenticidad. Sin embargo, resulta difícil imaginar por qué Cicerón, aunque no sea muy fidedigno en sus datos históricos, debiera inventar esta regulación particular (dejando aparte toda pregunta sobre si esto se podía poner en vigor) y hoy tenemos razones arqueológicas para colocar esta medida a finales del siglo II a.C.[106] Desde el último cuarto del siglo II hasta el último cuarto del siglo III, es posible que hasta 100 mil hectolitros de vino fuesen mandados anualmente desde Italia, principalmente de la costa del Tirreno, a la Galia, y ésta fue una adición al vino enviado a los soldados romanos.

Los principales beneficiarios fueron, desde luego, los grandes

[105] Yo he desarrollado, después, más completamente el análisis conceptual en "Colonies—and Attempt at a Typology", *Transactions of the Royal Historical Society*, 5ª serie, 26 (1976), 167-188; "Empire in the Greco-Roman World", *Greece and Rome*, 2ª serie, 25 (1978), 1-15, reproducido en *Review* 2 (1978), 55-68.

[106] Sigo a A. Tchernia, "Italian Wine in Gaul at the End of the Republic", en Garnsey, *Trade*, 87-104.

terratenientes de Italia, y no los mercaderes o embarcadores independientes. Ya se ha observado que, por considerable que sea la cantidad de 100 mil hectolitros, probablemente representa menos de una décima parte del consumo de vino en el periodo imperial tan sólo en la ciudad de Roma, y tenemos derecho a preguntar si esto justificaba una regla tan injusta (descripción del propio Cicerón). Ahora se ha planteado la atractiva hipótesis de que para este siglo, cuando la élite gala aún se encontraba en la etapa pre-monetaria y era proverbialmente adicta a un gran consumo de vino (Diódoro, 5.26.3), el vino servía a los romanos como una especie de moneda en un sistema de intercambio de regalos, con el propósito específico de procurarse esclavos. Este comercio singular cesó bruscamente cuando la incorporación de la Galia al imperio puso fin a la esclavización legal de los galos, y casi al mismo tiempo la estructura económica de la Galia sufrió una transformación interna.[107]

Dejando aparte dichas curiosidades, hoy se comprenden bastante bien las ganancias del Imperio en la antigüedad, pero las ganancias de la guerra no han sido suficientemente examinadas (y no fueron debidamente tratadas en la versión original de del presente libro.[108] Hoy, me parecen fundamentales dos distinciones.

La primera es entre los estados grandes y pequeños, que deben distinguirse no por pruebas cuantitativas sino por su capacidad de desplegar eficazmente un poderío militar.[109] Una vez que el mundo antiguo dejó atrás la etapa de frecuentes redadas entre comunidades vecinas, en que los estados pequeños también podían desempeñar una parte, las ganancias de la guerra quedaron limitadas a los estados mayores. Y esto me lleva a mi segunda distinción, entre un número reducido de "estados-conquista" y los demás. Los primeros eran los estados agresivos, que se be-

[107] Tchernia, *ibid.*; A. Daubigney, "Relations marchandes méditerranéennes et procès des rapports de dépendance (*magu*-et ambactes), en Gaule protohistorique", en Colloque de Cortone (1981), publicado (1983), por la École française de Rome bajo el título de *Modes de contact et processus de transformation dans les sociétés anciennes.*

[108] Aquí sigo mi obra "Soziale Modelle zur antiken Geschichte, II. Krieg und Herrschaft", de próxima aparición en *Historische Zeitschrift.*

[109] Para Grecia, véase M. Amit, *Great and Small Poleis* (Bruselas, 1973).

neficiaban de la guerra y el Imperio y que formaron los estados estables de la antigüedad.[110]

Es tan imposible para nosotros calcular las ganancias (o las pérdidas) brutas o netas de una guerra de la antigüedad como lo fue para los propios actores. Cuando Tucídides informó que el sitio de Potidea, que duró dos años, costó al Estado ateniense dos mil talentos (2.70.2), pudo dar esa cifra sólo porque el Estado había organizado una gran reserva en efectivo, del tributo pagado por los estados sometidos —fenómeno muy raro en la antigüedad—, pero no hizo nada por conjeturar siquiera otros costos, ya no digamos compararlos contra el ingreso del botín que fue a parar a manos particulares o a la tesorería. Por ello, cuando yo escribí (p. 157) que en todas las conquistas de los emperadores romanos "el elemento económico... normalmente estaba del lado del adeudo", existió el peligro de que se sacara una implicación errónea. Para cuando se fundó el Imperio, el espacio disponible para conquistas se hallaba a tan gran distancia del centro que alteraría todos los tradicionales cálculos de costos. Un análisis de la economía de la guerra y la conquista bajo el Imperio Romano tropieza, entonces, con el problema excesivamente difícil de los límites del imperialismo antiguo, o si con la muerte de Augusto, digamos, Roma no había llegado a los límites impuestos por su tecnología, mano de obra y organización económica y social. Ciertamente llegaría el momento, en los siglos III y IV, en que el Imperio ya no podría extender su capacidad impositiva y por tanto no podría aumentar su fuerza militar como lo exigían las nuevas circunstancias. Si los impuestos ya para entonces eran mucho más exorbitantes (como escribí antes, pp. 89-90) o si, como hoy se ha dicho insistentemente, la dificultad fue, sobre todo, de los manifiestos desequilibrios y de la debilidad del centro imperial ante la creciente auto-afirmación de la élite,[111] es cosa que requiere mayor investigación. Sea como fuere, no puede haber desacuerdo en que en los cuatro siglos que terminaron con la muerte de Augusto, la guerra romana había producido ganancias a individuos y al es-

[110] Éste es tema central de mi obra *Politics in the Ancient World* (Cambridge, 1983).

[111] Whittaker, "Inflation", 7-15.

tado en un gran *crescendo*. Y así, en escala incomparablemente menor, lo hicieron las conquistas de la Atenas clásica.[112]

El punto esencial es que hasta el fin de la República, y probablemente aún después, los romanos supusieron que la guerra produciría ganancias, y tomaron sus decisiones en consecuencia. Cicerón se quejó de la invasión de César a Britania (citada en p. 157), porque esta vez una guerra estaba resultando insuficientemente lucrativa: ni siquiera los cautivos eran bastante buenos (debe recordarse que las guerras de los emperadores continuaron llevando grandes números de cautivos como esclavos al Imperio, al menos hasta fines del siglo IV). Sin embargo, cederé la última palabra no a un romano, cuyas opiniones sobre tales hechos estamos aprendiendo a dar por sentadas, sino a Tucídides. En su planteamiento en que explica por qué, a la postre, todos votaron por la expedición siciliana en una reunión decisiva de la asamblea ateniense en 415 a.c., Tucídides incluyó lo siguiente (6.24): "La gran masa del pueblo, incluso los que servían en la expedición, pensaron que de momento ganarían dinero, y también que añadirían una fuerza [es decir, al Imperio] que garantizaría una paga permanente en el futuro".

[112] Véase mi escrito "The Fifth-Century Athenian Empire: A Balance Sheet", en *Imperialism in the Ancient World*, ed. P. D. A. Garnsey y C. R. Wittaker (Cambridge, 1978), cap. 5, reproducido en Finley, *E. & S.*, cap. 3.

ABREVIATURAS Y TÍTULOS ABREVIADOS

Andreau, "Banque"—J. Andreau, "La banque antique et l'économie moderne", *Annali... Pisa*, 3ª ser., G (1977), 1125-1152.

Annales — *Annales, Économies, Societés, Civilisation* (antes *Annales d'histoire économique et sociale*).

ANRW — *Aufstieg und Niedergang der römischen Welt*, ed. H. Temporini.

Ausbüttel, *Vereine*—F. M. Ausbüttel, *Untersuchungen zu den Vereinen Westen des römischen Reiches* (*Frankfurter Althistorische Studien*, 11, 1982).

Balland, *Xanthos* — *Fouilees de Xanthos*, vol. 7, ed. A. Balland (1981).

Bogaert, *Manpower* — P. A. Brunt, *Italian Manpower 225 B.C.-A.D. 14* (Oxford, 1971).

Carrié, "Distributions"—J. M. Carrié, "Les distributions alimentaires dans les cités de l'Empire romain tardif", MEFRA, 87 (1975), 995-1101.

Crook, *Law*—J. A. Crook, *Law and Life at Rome* (Londres, 1967).

De Ste. Croix, *Struggle* — G. E. M. de Ste. Croix, *The Class Struggle in the Ancient Grek World...* (Londres, 1981).

Duncan-Jones, *Economy* — R. D. Duncan-Jones, *The Economy of the Roman Empire: Quantitative Studies* (2ª ed., Cambridge, 1982).

Finley, *Land and Credit* — M. I. Finley, *Studies in Land and Credit in Ancient Athens* (New Bruswick, 1952).

Finley, "Slavery and Freedom" — M. I. Finley, "Between Slavery and Freedom", *Comparative Studies in Society and History*, 6 (1964).

Finley, *Economy and Society in Ancient Grece*, ed. B. D. Shaw y B. C. Saller (Londres y Nueva York, 1981).

Finley, "Technical Innovation"—M. I. Finley, "Technical Innovation and Economic Progress in the Ancient World", ECHR, 2º ser., 18 (1965), 29-45.

Finley, *Roman Property* — *Studies in Roman Property*, ed. M. I. Finley (Cambridge, 1976).

Finley, *Slavery* — M. I. Finley, *Ancient Slavery and Modern Ideology* (Londres y Nueva York, 1980).

Frank, *Survey* — T. Frank, ed., *An Economic Survey of Ancient Rome* (6 vols., Baltimore, 1933-1940).

Frederiksen, "Caesar" — M. W. Frederiksen, "Caesar, Cicero and the Problem of Debt", JRS, 56 (1966), 128-141.

Garnsey, *Labour* — *Non-slave Labour in the Greco-Roman World*, ed. P. Garnsey (Cambridge Philological Society, Supp., vol 6, 1980).

Garnsey, *Trade* — *Trade in the Ancient Economy*, ed. P. Garnsey *et al.* (Londres y Berkeley, 1983).

Giardina/Schiavone — *Società romana e produzione schiavistica*, ed. Giardina y A. Schiavone (3 vols., Bari, 1981).

Heitland, *Agricola*—W. E. Heitland, *Agricola* (Cambridge, 1921).

Jones, LRE — A. H. M. Jones, *The Later Roman Empire*, 284-602 (3 vols., Oxford, 1964).

JRS — *Journal of Roman Studies.*

Kohns, GGA — *H. G. Kohns*, crítica de este libro en *Göttingische gelehrte Anzeiger*, 230 (1978), 120-32.

Kreissig Selevkiderreich — H. Kreissig, *Wirtschaft und Gesellschaft im Selevkiden reich.*

Kula, *Theory* — W. Kula, *An Economic Theory of the Feudal System* (Londres, 1976).

Liebeschuetz, *Antioch* — J. H. W. Liebeschuetz, *Antioch... in the Later Roman Empire* (Oxford, 1972).

Ossowski, *Class Structure* — S. Ossowski, *Class Structure in the Social Consciousness*, trad. S. Patterson (Londres, 1963).

Lo Cascio, "Coinage" — E. Lo Cascio, "State and Coinage in the late Republic and Early Empire", JRS, 71 (1981), 76-86.

MFRA — *Mélanges de l'École française de Rome. Antiquité.*

PBSR — *Papers of the British School at Rome.*

Pritchett, *Military Practices* — W. K. Pritchett, *Ancient Greek Military Practices*, pt. I [*Univ. of California Publications: Classical Studies*, vol. 7 (1971)] 233-249.

Proceedings... Aix — *Proceedings* of the 2nd. International Conference of Economic History, Aix-en-Provence, 1962, vol. I, *Trade and Politics in the Ancient World* (París y La Haya, 1965).

Rostovtzeff, *RE* — M. Rostovtzeff, *The Social and Economic History of the Roman Empire*, 2nd ed. by P. M. Fraser (2 vols., Oxford, 1957).

Rougé, *Commerce* — J. Rougé, *Recherches sur l'organisation du commerce maritime en Méditerranée sous l'empire romain* (París, 1966).

Salvioli, *Capitalisme* — G. Salvioli, *Le capitalisme dans le monde antique*, transl. from the Italian MS by A. Bonnet (París, 1906). An Italian edition, published in 1929, was not available to me.

Sherwin-White, *Pliny* — A. N. Sherwin-White, *The Letters of Pliny. A. Historical and Social Commentary* (Oxford, 1966).

Syll. — W. Dittenberger, ed., *Sylloge inscriptionum graecarum*, 3rd ed. by F. Hiller von Gaertringen (4 vols,, Leipzig, 1915-24).

Thompson, "Entrepreneur"—W. E. Thompson, "The Athenian Entrepreneur", *L'Antiquité classique*, 51 (1982), 53-85.

Tod, *GHI* II — M. N. Tod, ed., *A Selection of Greek Historical Inscriptions*, vol. 2, 403-323 B. C. (Oxford, 1948).

VDI — Vestnik drevnei istorii.

Veyne, "Trimalcion" — P. Veyne, "Vie de Trimalcion", *Annales* 16 (1961), 213-47.

Veyne, "Alimenta" — P. Veyne, "Les 'alimenta' de Trajan", en *Les empereurs romains de l'Espagne* (París, CNRS, 1965).

Whittaker, "Inflation" — C. R. Whittaker, "Inflation and the Economy in the Fourth Century A.D.", en *Imperial Revenue, Expenditure and Monetary Policy in the Fourth Century*, ed. C. E. King (*British Archaelogical Reports*, Intl. Series, 76, 1980), pp. 1-22.

ZSS — Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte, Romanistische Abteilung.

ÍNDICE

Prólogo a la segunda edición 9
I. Los antiguos y su economía 11
II. Órdenes y *status* 35
III. Amos y esclavos 68
IV. Terratenientes y campesinos 113
V. La ciudad y el campo 150
VI. El Estado y la economía 183
VII. Reflexiones ulteriores (1984) 216

Este libro se terminó de imprimir el día 14 de julio de 1986 en los talleres de Editorial Melo, S. A., Av. Año de Juárez 226-D, Col. Granjas San Antonio, 09070 México, D. F.
Se tiraron 5 000 ejemplares.

M.I. Finley
La economía de la antigüedad

El origen de este libro es un ciclo de conferencias dadas en Berkeley en 1972, por el eminente profesor M.I. Finley, una de las principales autoridades de nuestro siglo sobre el mundo antiguo, catedrático de Cambridge. Aunque no se trata, en el sentido más estricto del término, de una obra de "historia económica", el vasto conocimiento de Finley acerca del mundo grecorromano ofrece una perspectiva privilegiada para abordar y comprender las peculiaridades de los sistemas de intercambio, comercio, moneda y producción de aquellas civilizaciones. La lectura de estas páginas no requiere una información o destrezas especializadas sobre las modernas ciencias de la economía y la sociología; ello excluye, de antemano, una visión *retrospectivista,* que aplique a realidades ya extintas las categorías de nuestro tiempo. Las relaciones entre el campo y las primeras grandes ciudades; el fenómeno de la esclavitud; la presencia del poder estatal antiguo en la órbita de las actividades económicas son algunos de los temas que el profesor Finley examina en este ensayo. Al mismo tiempo, pues, que traza un panorama general, el autor analiza las principales tendencias y características de la economía antigua; permite al lector lego, de ese modo, adentrarse en el pasado, sin perder de vista la amenidad narrativa y el rigor científico y metodológico.

Diseño: Carlos Haces/Fotografía: Carlos Franco.

Creative Commons

Fondo de Cultura Económica / Serie de Economía